TUSQUETS EDITOR

Acracia

Cornelius Castoriadis

LA SOCIEDAD BUROCRATICA
Vol. 2
La revolución contra la burocracia

Con todos sus artículos publicados en la revista SOCIALISMO O BARBARIE

[redacted]
15
C318
1976
v.2

Colección dirigida por Carlos Semprún Maura

Volumen 10

Título original: *La société bureaucratique 2: La révolution contre la bureaucratie*
Traducción: Enrique Escobar, Daniel de la Iglesia y Joan Viñoly
Diseño de la cubierta: Clotet - Tusquets

© Unión Génerale d'Éditions y Cornelius Castoriadis, 1973
© De la edición en lengua española y de la traducción Tusquets Editor, Barcelona, 1976
Tusquets Editor, Lauria, 134, 4.° 2.ª Barcelona-9
ISBN 84 - 7223 - 710 - 9 84 - 7223 - 999 - 3
Depósito Legal: B. 29612 - 1976
Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-15

Índice

P. 7 *Sobre la traducción*

9 *Nota preliminar del autor para la edición francesa*

11 Discusión sobre las relaciones de producción en Rusia (1949)

23 La burocracia yugoeslava (1950)

127 La burocracia después de la muerte de Stalin (1953)

153 Jruschov y la descomposición de la ideología burocrática (1956)

169 Un partido de viejos burócratas (1956)

171 La metafísica de los procesos: telón (1956)

185 La insurrección húngara: preguntas a los militantes del PCF (1956)

213 La revolución proletaria contra la burocracia (1956)

273 La «vía polaca» hacia la burocratización (1957)

301 Sobre la degeneración de la Revolución Rusa (1958)

317 Concepciones y programa de «Socialisme ou barbarie» (1960)

341 La educación sexual en la URSS (1963)

La sociedad burocrática, 2, *es la traducción de la obra publicada en francés con el título* La société bureaucratique, 2, La révolution contre la bureaucratie, *París, col.* «10/18», *1973.*

Los textos «*Discusión sobre* Las relaciones de producción», «*Jruschov y la descomposición de la ideología burocrática*», «*La metafísica de los procesos: telón*», «*La revolución proletaria contra la burocracia*», *y* «*La "vía polaca" hacia la burocratización*», *han sido traducidos por Daniel de la Iglesia y Enrique Escobar. La traducción de los demás textos corrió a cargo de Joan Viñoly.*

Las notas entre corchetes en pie de página señaladas por la abreviatura N. del T. son de Enrique Escobar.

Nota preliminar del autor para la edición francesa

Las referencias al volumen I, 1 de esta edición corresponden a *La sociedad burocrática, 1: las relaciones de producción en Rusia.* La «Introducción» de ese volumen permite situar los textos recogidos en éste en su contexto cronológico y teórico.

Agradezco a Georges Dupont, Alain Girard y Claude Lefort el haber aceptado la reimpresión en esta obra de artículos escritos en colaboración.

El lector encontrará en el primer volumen una lista con las abreviaturas de los textos más frecuentemente citados, así como un plan general de la reedición francesa de los textos del autor.

Discusión sobre *Las relaciones de producción en Rusia* *

El compañero C... inició la discusión recordando la enorme importancia de la cuestión de la naturaleza de clase del régimen ruso para la reconstrucción ideológica y política del movimiento revolucionario. El principal obstáculo que encuentra esa reconstrucción es la influencia aplastante del estalinismo en la clase obrera; la base política e ideológica de esa influencia es la imagen de Rusia como Estado «socialista» u «obrero». El fondo de la argumentación de los estalinistas y de sus compañeros de viaje es sencillo: ya no hay burguesía en la URSS, por lo tanto ya no hay explotación. Esa idea es tanto más eficaz, desde el punto de vista de la propaganda estalinista, cuanto que es cierto, no sólo que ya no hay burguesía en Rusia, sino que el estalinismo destruye a más o menos corto plazo a la burguesía como clase dominante en todos los países en los que toma el poder. Es no menos cierto que en esos países sigue habiendo explotación, con la misma intensidad —o más— que en los países burgueses tradicionales. Hay pues que mostrar claramente a la clase obrera que no basta con destruir a la burguesía para abolir la explotación.

Para hacerlo, hay que definir con precisión lo que se entiende por explotación. El primer aspecto, el más visible, de la explotación, se encuentra en la distribución del producto social, en el hecho de que se

* Informe sobre una reunión pública que tuvo lugar en julio de 1949, publicado en «Socialisme ou Barbarie», n.º 4, octubre de 1949.

expropia a los productores de una parte del producto de su trabajo, y que una clase social determinada se apropia ese producto. La existencia de ese aspecto de la explotación en Rusia es indiscutible, y C... recuerda que el juego de la diferenciación de los ingresos en Rusia da como resultado que un 15 % de la población, como máximo (la clase burocrática), dispone de más del 50 % del producto destinado al consumo personal, lo que supera probablemente lo que ocurre en los países capitalistas.

Pero, además de ese aspecto de la explotación, que se refiere a la distribución del producto social, hay otro más profundo, que es la explotación en la producción misma. Esa explotación, que afecta a todas las manifestaciones del ser humano, se traduce por la subordinación completa de los productores en el curso de la producción, el sometimiento total del trabajo vivo a la máquina, el hecho de que los obreros son completamente ajenos a la gestión de la producción; la determinación del objeto, de los medios y de las modalidades de la producción se hace por y para la clase dominante y sus agentes, únicamente en función de sus necesidades de acumulación y de consumo improductivo. Eso es lo que ocurre, y en mayor grado que en cualquier otra parte, en Rusia, donde los trabajadores están tan sojuzgados como en un país fascista, transformados completamente en accesorios de las máquinas y de los instrumentos de producción. Es ese aspecto de la explotación, al que Marx daba el nombre de enajenación (porque priva al ser humano de su manifestación esencial: el trabajo productivo libre y creador), el más importante y es ése el que se ha desarrollado de modo casi ilimitado en el régimen ruso.

Esa explotación, la burocracia la ejerce en su propio beneficio (dando a la palabra beneficio su sentido más amplio). La burocracia rusa se ha creado y existe sobre la base de la oposición entre los dirigentes y los ejecutantes en el proceso de producción. Sobre

esa base económica real del poder de la burocracia, la propiedad estatal universal no es más que la expresión adecuada del monopolio que ejerce la clase burocrática dominante sobre lo medios de producción.

La duración del trabajo y su ritmo los dictan dictatorialmente los agentes de la burocracia, sin hablar ya del trabajo forzado en el sentido estricto del término: en las fábricas, los trabajadores «libres» son siervos de las máquinas, ya que el objetivo constante de la burocracia, al regular la producción, el ritmo de trabajo, etc., es aumentar el rendimiento sin ocuparse de un «material humano» cuyo desgaste le es indiferente, pues se trata de una materia prima que no le cuesta prácticamente nada. Pero lo inevitable es entonces el descenso de la productividad del trabajo, no sólo debido a la actitud negativa que adopta el proletariado hacia la producción, sino también porque es imposible establecer así una relación óptima entre la máquina y el hombre, y éste ya no puede intervenir en la producción con la experiencia viva, que sólo él posee, de la máquina y de toda la actividad productiva. La burocracia intenta luchar contra ese descenso de la productividad con un control policíaco agravado de los trabajadores, y los sindicatos desempeñan explícitamente, según las declaraciones oficiales, el papel de cuerpo de vigilancia que intenta que aumente a toda costa el rendimiento.

La famosa «planificación» burocrática en Rusia no es más que la expresión en cifras de los intereses de la clase dominante, la planificación de la explotación. Y difícilmente podría ser otra cosa, puesto que es la propia burocracia quien planifica. Se ha intentado presentar esa planificación como algo progresivo que permitiría un desarrollo ilimitado de la economía. Eso es falso, en primer lugar porque no hay desarrollo de la economía en abstracto, la burocracia rusa «planifica» la economía orientándola hacia la satisfacción de sus propias necesidades, dándole su propio

contenido de clase. El objetivo de la planificación rusa es, como lo admiten hasta apologistas declarados de la burocracia como Bettelheim, la realización del potencial militar máximo, y también la satisfacción de las necesidades de consumo de la burocracia. Esa orientación se manifiesta de modo concreto en los planes rusos, en los cuales el desarrollo de la industria pesada ocupa el primer lugar, y el de las industrias de objetos de lujo o considerados tales en Rusia el segundo, mientras que la producción de objetos de amplio consumo sigue prácticamente estacionaria. La planificación estalinista es la más perfecta realización del ideal capitalista: hacer trabajar al máximo y pagar a los trabajadores un mínimo (a).

Por lo demás, la anarquía de la producción capitalista se ve reemplazada, en la «planificación» burocrática, por el derroche y la anarquía burocráticos, que no son en modo alguno accidentales y pasajeros, sino el resultado de rasgos esenciales de la burocracia como clase, y esencialmente del hecho que la burocracia, clase parásita y exterior a la producción propiamente dicha, no puede dirigir realmente una producción que le es ajena (b).

¿Cuál es el significado histórico de ese régimen? Puede decirse que representa la última etapa del modo de producción capitalista, en la medida en que la concentración del capital, factor esencial del desarrollo del capitalismo, alcanza su último límite, puesto que todos los medios de producción están a la disposición de un poder central y son dirigidos por éste, que expresa los intereses de la clase explotadora. Es también la última etapa del modo de producción capitalista en la medida en que realiza la explotación más extrema del proletariado. Podemos pues definirle como el régimen del capitalismo burocrático, pero a condición de hacer resaltar que, al llegar a esa etapa, el capitalismo se presenta como algo completamente diferente del capitalismo tradicional, y hasta en algunos puntos como su verdadero contrario. Por ejem-

plo, tanto la burguesía como la burocracia son clases dominantes en la medida en que personifican la dominación del capital sobre el trabajo. Pero mientras que la burguesía dirige la producción en función de su posesión de los medios de producción, la burocracia posee colectivamente los medios de producción en función de su gestión de la economía.

Por último, C... subrayó que la expresión más importante de la identidad entre el capitalismo burocrático y el capitalismo tradicional es que tanto el uno como el otro desarrollan los gérmenes de la revolución proletaria. Primero, al desarrollar las fuerzas productivas, pero, sobre todo, al desarrollar la conciencia de clase del proletariado. Ya que a pesar de las dificultades infinitamente mayores que existen para la organización del proletariado bajo un régimen de ese tipo, es evidente que la supresión total de la propiedad privada y la dominación de la sociedad por una clase manifiestamente parásita demuestra claramente al proletariado que sólo su propia dominación puede cambiar el destino y el porvenir de la humanidad.

Las intervenciones de los compañeros, después de la exposición, fueron diversas y numerosas. Un compañero insistió en los aspectos tradicionales y «privados» de la explotación que parecen subsistir en Rusia; deudas del Estado, por ejemplo (existencia de empréstitos estatales que dan un interés), especulación en el mercado «libre», «fondo del director», que da a los directores de las fábricas soviéticas la posibilidad de disponer libremente del 4 % de la ganancia «planificada» de la empresa y del 50 % de la suplementaria, los «balances secretos» de transacciones «clandestinas» entre directores de fábricas en las cuales éstos se comportan como propietarios privados, etc. En definitiva, a ese compañero le parecía difícil afirmar que el capitalismo privado ya no existe en Rusia.

C... no negó la existencia o la importancia de estos fenómenos, pero dio de ellos una interpretación di-

ferente, recordando que cualquier interpretación de fenómenos particulares de ese tipo debe ser subordinada a una concepción coherente de lo que es la economía burocrática en su conjunto. En el caso del «ahorro» burocrático, por ejemplo (bajo la forma de empréstitos o de depósitos), lo interesante es la tendencia de los burócratas individualmente —y de la burocracia como clase— a garantizar un fondo de consumo a sus miembros con independencia de las vicisitudes menores de su carrera burocrática, y al mismo tiempo un medio para el Estado de utilizar los excedentes del ingreso que no pueden consumir totalmente las capas privilegiadas. La última reforma monetaria ha probado que el Estado sigue siendo en definitiva el dueño de esos «capitales» y que puede recuperarlos cuando lo crea conveniente. Lo mismo puede decirse del «fondo del director»: en el capitalismo privado, la ganancia de cada capitalista, o grupo de capitalistas, es función de la magnitud y de la posición del capital que poseen. En el capitalismo burocrático, la ganancia de los miembros de la clase dominante es independiente de una relación específica de ese tipo con el capital. Los «directores» no constituyen más que una categoría de burócratas entre otras, y ni siquiera es seguro que el «fondo del director» sea la fuente principal de sus ingresos, aunque sólo sea porque un gran número de empresas rusas están, desde el punto de vista del «plan», en déficit; ese fondo desempeña un papel de estímulo para esa categoría de burócrata, una especie de «prima al rendimiento», y no modifica en nada las bases específicas del funcionamiento de la economía burocrática.

Un compañero africano tomó después la palabra e insistió en cuán falso es ligar la cuestión de la explotación a la cuestión de la propiedad formal. Evocó el ejemplo, opuesto y simétrico al de la burocracia rusa que explota sin ser propietaria, de la explotación del campesinado colonial por el capitalismo metropoli-

tano o local: el campesino, aunque sea propietario tanto de su terreno como de su cosecha, es sin embargo radicalmente explotado, ya que se ve obligado primero a vender esa cosecha a los monopolios capitalistas, al precio que fijan éstos de modo autoritario. y a comprar después los productos que consume a esos mismos monopolios, también al precio que han fijado ellos. Esa explotación por los monopolios se combina con la explotación por una burocracia colonial específica.

El compañero dio después una forma más general a su intervención, recordando que el movimiento marxista se ha solido ocupar sobre todo de la explotación del proletariado, y desatendido un poco las otras formas de explotación —por ejemplo la explotación colonial—, tendiendo a asimilar el problema de la revolución colonial al problema de la revolución en los países industriales, lo cual constituye un error. Una revolución en los países avanzados no resolvería todos los problemas, ya que subsistiría una enorme diferencia de nivel técnico entre éstos y los países coloniales, y a partir de esa diferencia de nivel técnico, de productividad del trabajo y de aptitudes de las poblaciones podrían desarrollarse de nuevo diferenciaciones sociales.

Los compañeros C... y G... respondieron al compañero africano, admitiendo la realidad y la enorme importancia del problema que planteaba. En efecto, a pesar del gigantesco desarrollo del capitalismo, la gran mayoría de la población de la tierra vive todavía en condiciones coloniales o semicoloniales; la cuestión del papel del campesinado debe ser efectivamente estudiada de nuevo, y hay que reconocer que las posiciones tradicionales (por ejemplo, las de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista) son insuficientes. Es evidente que la revolución en los países avanzados no resuelve por sí sola el problema, ya que la libertad no es un artículo de importación. El problema debe ser estudiado en la más

estrecha colaboración con los compañeros de los países coloniales.

Otro compañero planteó la cuestión de saber si la burocracia constituye una etapa necesaria del desarrollo social, y si la revolución rusa hubiera podido evitar la degeneración. El hecho de que las condiciones revolucionarias en Europa no estuvieran maduras después de la primera ni de la segunda guerra mundial parece indicar que la burocracia es inevitable. Si efectivamente es así, ¿no sería deseable que la dominación burocrática se realice lo más pronto posible?

C... respondió que la burocracia ha sido efectivamente la prueba de una falta de madurez del proletariado ante la revolución, pero no tanto en el sentido político habitual como en el sentido económico: el proletariado todavía no había adquirido conciencia del problema de la gestión obrera de la economía, en todo caso no había sido capaz de realizarla, y se dejó expropiar por la burocracia. En un sentido más general, la burocracia es objetivamente «necesaria» mientras la decadencia del capitalismo y la descomposición de la burguesía continúen, sin que la revolución alcance la victoria. En ese mismo sentido, el fascismo también es objetivamente «necesario». Pero nuestra actitud política frente a la burocracia no está determinada por ese factor, sino por el hecho de que la burocracia es una clase explotadora, «relevo» histórico de la burguesía, que es pues incapaz de permitir una nueva fase histórica de expansión de las fuerzas productivas y de la actividad social. La única raíz de la «necesidad» de la burocracia, y hasta de su existencia, es que el proletariado no ha podido instaurar todavía su propio poder económico y político. Eso plantea evidentemente la cuestión de la capacidad histórica del proletariado; nuestro punto de vista es que esa capacidad se desarrolla constantemente, pero toda discusión a priori sobre ese asunto es vana; sólo en la práctica podrá mostrar el proletariado si es capaz o no de realizar la sociedad comunista.

El compañero M..., del grupo «Internationalisme», tomó después la palabra para decir que percibía, en nuestras posiciones actuales, un «viraje» hacia la teoría del «capitalismo de Estado»; cambio que por lo demás le satisfacía, puesto que él era partidario de esa teoría; que hasta entonces nuestro grupo era partidario de la teoría del «colectivismo burocrático», e insistía en las diferencias que separan el régimen ruso de las sociedades capitalistas, pero que afirmamos ahora que existen rasgos esenciales comunes a los dos regímenes. Hay pues que sacar las conclusiones de ese «viraje», y admitir que los Estados Unidos constituyen ahora un régimen análogo, y que la guerra futura será una guerra entre dos bloques capitalistas.

C... respondió que, a pesar del escaso interés que pudiera tener el problema para la mayor parte de los compañeros, era necesario hacer una aclaración. Cuando nuestro grupo se constituyó, existían, además de la absurda teoría del «Estado obrero degenerado» (que defendían los trotsquistas, y también, en aquella época, los «bordiguistas»), dos concepciones sobre Rusia: la del «capitalismo de Estado» y la del «colectivismo burocrático». Nuestra concepción se vio evidentemente determinada por la existencia de esas dos concepciones anteriores, en la medida, sobre todo, en que nos permitieron definirnos por contraste (c). Por ejemplo, con el nombre de «capitalismo de Estado», tuvimos que luchar contra una concepción completamente estúpida (la única que se nos opuso) que consistía en identificar explotación y capitalismo, en negar las diferencias entre el régimen ruso y las sociedades capitalistas tradicionales, en afirmar que en Rusia, el Estado se había convertido en patrón y que todo lo demás reproducía exactamente el capitalismo que ya conocíamos, etc., etc. Nos vimos obligados a responder a esos absurdos subrayando constantemente las enormes diferencias que separan al

régimen ruso de una sociedad capitalista de tipo tradicional. Nada de lo que dijimos en ese sentido era falso; pero nuestro análisis era insuficiente, en la medida en que no se encontraba englobado en una concepción general de la evolución de la economía y de la sociedad moderna. Hemos ampliado nuestras concepciones, no hoy, sino desde marzo de 1948, y el compañero M... debe recordar una intervención de C... de esa época, en el marco de una serie de conconferencias comunes de los grupos de izquierda, donde presentó ya lo esencial de nuestra posición actual. Más adelante, la formulamos en los textos publicados en el P. C. I. a partir de marzo de 1948, que el compañero M... seguramente conoce. Resumamos brevemente esa concepción: decimos que el capitalismo burocrático representa la continuación del capitalismo tradicional en la medida en que lleva al límite la tendencia a la concentración total del capital y a la explotación máxima del proletariado y continúa desarrollando actualmente las premisas de la revolución socialista, pero que aparte de eso, en todos los demás puntos, representa exactamente lo opuesto, la antítesis completa del capitalismo (estructura de la clase dominante, leyes económicas, etc.). Además, es completamente falso decir que la sociedad rusa de hoy es idéntica a la sociedad americana y que la guerra será simplemente la guerra de dos bloques capitalistas. Los Estados Unidos están muy a la zaga de la URSS por lo que respecta al grado de concentración del capital, y las diferencias sociológicas de los dos regímenes influirán poderosamente sobre el carácter y las modalidades de la guerra futura.

NOTAS

(a) Sobre las posiciones que sigo manteniendo aquí y que he revisado ulteriormente, véanse las «Notas finales» de *SB* y *RPR* en el vol. I, 1 de esta edición (*La sociedad burocrática, 1*), y los textos que serán publicados en los vol. I, 3, II y III.

(b) Las expresiones «parásita» y «exterior a la producción» están empleadas aquí con un sentido que nada tiene que ver con el que les da la concepción trotsquista. Véase *RPR* en el vol. I, 1, p. 156-157 y, en este vol. p. 282.

(c) El lector encontrará una nota sobre la historia de la «cuestión rusa» en el vol. I, 3 de esta edición.

La burocracia yugoeslava *

De 1923 a nuestros días, el movimiento obrero ha estado dominado por el estalinismo. Al controlar a las fracciones más avanzadas y más combativas del proletariado, la política de la burocracia estalinista ha sido el factor decisivo del desenlace de las crisis sociales del último cuarto de siglo. Una de las manifestaciones más significativas de ese predominio aplastante fue la imposibilidad, durante todo ese período, de reconstruir frente al estalinismo una vanguardia revolucionaria digna de ese nombre; o sea una vanguardia fundada en bases ideológicas y programáticas sólidas y que tuviera una influencia real en una fracción, aunque ésta fuera muy reducida, del proletariado. El principal obstáculo con que chocaba esa reconstrucción era la incertidumbre y la confusión reinantes sobre la naturaleza y las perspectivas de desarrollo del propio estalinismo, incertidumbre y confusión que eran entonces casi inevitables. La burocracia estalinista acababa de aparecer y sus rasgos fundamentales surgían apenas de la realidad social; sólo había llegado al poder en un solo país, completamente aislado del resto del mundo; los partidos estalinistas seguían siendo, en casi todos los países capitalistas, partidos «de oposición». Todos esos factores explican a la vez por qué durante ese período el proletariado no ha logrado desembarazarse de la influen-

* «Socialisme ou Barbarie», n.os 5-6, marzo de 1950. Escrito en colaboración con Georges Dupont.

cia estalinista, y por qué la propia vanguardia no ha llegado a comprender la naturaleza de la burocracia y a definir frente a ésta un programa revolucionario.

Pese a las apariencias, la segunda guerra mundial introdujo un cambio radical en esa situación. La burocracia estalinista rebasa ahora con mucho el marco del antiguo territorio ruso; se ha convertido en una fuerza dominante, está en el poder en una docena de países, o con una industria avanzada como Checoeslovaquia o Alemania Oriental, o con un inmenso territorio atrasado como China. El poder absoluto de la burocracia, que podía parecer antes una excepción, o el resultado de rasgos particulares de la situación rusa, ha resultado ser también posible en otras partes. Los partidos estalinistas en los países burgueses han adquirido una fuerza considerable (en la mayor parte de los casos), pero eso les ha condenado a participar en «las responsabilidades del poder», a asumir el papel de promotores de una sociedad burocrática.

Con esa expansión, el estalinismo ha perdido virtualmente su «misterio». Si se observa a las masas obreras, ya no es posible negar que ha empezado una experiencia de la burocracia estalinista, incomparablemente más profunda que la que era posible antes de la guerra; porque la experiencia actual del estalinismo ya no se refiere a sus «traiciones», sino a su propia naturaleza como capa explotadora. Tarde o temprano, esa naturaleza es o será comprendida por los proletarios de las regiones en las que la burocracia estalinista ha tomado el poder. Para el proletariado de los demás países, las dudas sobre el asunto tienden a convertirse en certidumbre, corroborada por la actitud y el papel de la burocracia política y sindical estalinista en el régimen capitalista. En cuanto a la vanguardia, ésta dispone ahora de todos los elementos necesarios para elaborar y difundir en el seno de la clase obrera una concepción clara de la burocracia y un programa revolucionario frente a ella.

Pero lo que pone de manifiesto la expansión actual del estalinismo, es sobre todo un cambio radical en la situación de la propia burocracia, aún más importante que el que ha afectado las relaciones entre ésta y la clase obrera. La burocracia ha salido de la guerra disponiendo de una fuerza infinitamente mayor en potencial material y humano; pero esa expansión ha puesto al descubierto, con muchísima más claridad que antes, sus contradicciones propias, inherentes a su naturaleza de clase explotadora. Esas contradicciones provienen, claro está, de la oposición radical entre sus intereses y los del proletariado. Sin el apoyo de la clase obrera, los partidos estalinistas no son nada; tienen por tanto que mantener y fortalecer sus lazos con ésta, precisamente porque no hay otro medio de imponerle una política radicalmente opuesta tanto a sus intereses inmediatos como a sus intereses históricos; de ahí una oposición que, sofocada al principio, tiene forzosamente que agudizarse. Aunque aparentemente esa oposición ya no exista cuando la burocracia se apodera del poder (puesto que a medida que instaura su dictadura absoluta, puede prescindir de la adhesión de los obreros), en realidad la contradicción pasa a un plano aún más profundo y más importante, el plano económico, y se identifica así con la contradicción fundamental de la explotación capitalista. Si la burocracia no necesita ya la adhesión política de los obreros, necesita su adhesión económica. Como elementos políticos, los obreros pueden ser domados por el GPU; como productores que se niegan a ser explotados, son irreductibles. La contradicción elemental entre los intereses obreros y la explotación burocrática se convierte, en esa etapa, en algo materialmente evidente para el proletariado. Como la burocracia necesita explotar al obrero lo más posible, pero también hacerle producir lo más posible, llega a un callejón sin salida que se expresa en la crisis de la productividad del trabajo; crisis que significa simplemente que los obreros, como produc-

tores, se niegan a dar su adhesión a un régimen sobre el que ya no pueden hacerse ilusiones, y que ven como lo que realmente es: un régimen de explotación. De ese callejón sin salida al que llegan la economía y la sociedad burocrática, la burocracia intenta salir aumentando la explotación —o sea agravando la causa misma de la crisis— y ampliando su zona de dominación. La necesidad de expansión, el imperialismo burocrático, son el resultado inevitable de las contradicciones de la economía burocrática como economía de explotación. (a)

Hemos podido observar concretamente esa evolución durante los dos últimos años, y ver cómo la agravación constante de la explotación y la necesidad interna de expansión son rasgos esenciales del capitalismo burocrático. Hemos visto también que esa expansión sólo podía realizarse mediante la burocratización total de los países sometidos a la dominación rusa. Pero esa burocratización no sólo significa que la contradicción de la que hemos hablado cobra dimensiones aún mayores, sino que provoca además la aparición de otra contradicción en el seno mismo de la burocracia. Asistimos a la aparición de una oposición entre las bases nacionales y las bases internacionales del poder de la burocracia: la burocracia sólo puede existir como clase mundial, pero es al mismo tiempo una clase social con intereses particulares en cada nación. Las burocracias de los diferentes países tienden pues necesariamente a oponerse unas a otras, y esa oposición no sólo ha llegado a manifestarse concretamente, sino que ha estallado de modo violento en la crisis rusoyugoeslava. (b)

Vamos a intentar precisar esas ideas con un análisis del nacimiento y de la evolución de la burocracia yugoeslava. El por qué de ese análisis no es difícil de comprender. Desde un punto de vista teórico, la «cuestión yugoeslava» permite ver claramente lo que valen las diversas concepciones de la burocracia esta-

linista que se han afrontado desde hace años. Como nadie puede negar que la burocracia yugoeslava llegó al poder por sí misma (ya que el papel desempeñado por Rusia y por el ejército soviético fue en este caso totalmente indirecto), el análisis de la cuestión yugoeslava permite resolver definitivamente el problema de saber si es posible que la burocracia se apodere o no del poder, así como el de la estructura económica y social a la que ese poder corresponde. Por otra parte, el conflicto entre burocracias nacionales (y en particular entre la burocracia de un país relativamente poco importante y la burocracia rusa), conflicto cuya expresión más aguda por el momento es precisamente la crisis yugoeslava, nos obliga a examinar las contradicciones que implican las relaciones entre diferentes burocracias, y el desarrollo posible de esas contradicciones en el porvenir. Responder ante ese problema que se trata de una «riña entre capillas burocráticas» es una reacción un tanto primitiva, sana y positiva pero insuficiente para la vanguardia revolucionaria: las raíces de ese conflicto y su desarrollo ulterior son de la mayor importancia para ella.

Desde el punto de vista político, la importancia de la crisis yugoeslava se traduce por la influencia que puede ejercer en los obreros que poco a poco se separan del estalinismo. No quiero decir con ello que esos obreros corran el peligro de ser arrastrados por el «titismo»; la experiencia prueba lo contrario. Pero los esfuerzos aunados de los confusionistas, empezando por los trotsquistas y acabando con los desechos políticos de la ex RDR, que han encontrado en el *affaire* Tito una inesperada ocasión de prolongar su existencia caduca aferrándose a cualquier mal asidero, pueden crear problemas entre algunos militantes de vanguardia. Es indispensable disipar esa confusión y ayudar de este modo a los elementos obreros a desembarazarse de la influencia del estalinismo y a sacar las conclusiones necesarias sobre la

verdadera naturaleza de la burocracia y de sus conflictos internos.

ALGUNAS CUESTIONES DE MÉTODO

El material más importante del que se dispone para estudiar la cuestión yugoeslava es el conjunto de los textos y documentos publicados por las dos partes afectadas. Para poder apreciar el valor de esa documentación, para ver de qué modo es posible su utilización, debemos situarla en su marco y ver cómo ha evolucionado.

Ya se sabe que la explosión de la crisis ruso-yugoeslava fue, tanto para el público en general como para los «especialistas» de la política, como el retumbar del trueno en un cielo sin nubes. Hasta el 28 de junio de 1948, nada parecía molestar la idílica armonía de las relaciones entre la iglesia estalinista y su hija mayor y favorita. La resolución del Kominform, primera expresión abierta de la lucha que, como sabemos ahora, llevaba cierto tiempo desarrollándose entre bastidores [1], mantenía un tono «político»; criticaba al PC yugoeslavo por una serie de «desviaciones» (subestimación del papel de la URSS, liquidación del Partido Comunista en provecho del Frente Popular, supresión de la «democracia» en el Partido Comunista y en el país, política aventurera y «extremista» sobre la liquidación del capitalismo al tiempo que abandono de la lucha de clases en el campo que llevaba a un reforzamiento de los kulaks), acusaba a Tito y a Djilas de ser responsables de esas desviaciones y pedía de modo conminatorio al PC yugoeslavo que cambiara de política y de dirección.

1. Véase más adelante, «La ruptura con Moscú».

Por supuesto ningún fundamento, ningún intento de demostración se aportaba a esas «críticas», que no sólo son contradictorias entre sí, sino que podrían dirigirse sin más a cualquier otro partido estalinista en el poder, empezando por el de la URSS. Es inútil insistir en lo que pueden tener de trágicamente bufo las críticas sobre la ausencia de democracia en Yugoeslavia, hechas por las gentes del Kominform que hablan con conocimiento de causa.

Sería estúpido tomarse en serio la argumentación de la resolución del Kominform. Como todas las manifestaciones ideológicas del estalinismo, su tenor aparente tiene una relación vaga y puramente simbólica con su verdadero contenido, que sólo está ahí de forma latente. En realidad, la resolución debe traducirse de la siguiente forma: la dirección del PC yugoeslavo se nos escapa, habría que cambiarla; hay pocas posibilidades de operar este cambio sin ruptura (por eso sacamos el conflicto a la luz del día; la crítica «política» pública, sin el acuerdo de los interesados, es el último medio «pacífico»); no está excluido que el PC yugoeslavo se someta (por eso no cortamos aún todos los puentes y damos a entender que el enderezamiento de ese partido es posible todavía en determinadas condiciones; pero ésa es la perspectiva más improbable); pero en el caso de que los yugoeslavos mantengan su actitud, pasaremos al ataque más violento posible (cuyos jalones situamos ya hoy señalando una serie de desviaciones — y cada una de ellas, como es sabido, conduce directamente al «fascismo»). La resolución del Kominform da el tono a la polémica de los órganos estalinistas durante ese primer período: el estilo de los ataques se hace cada vez más violento, pero no parece que el Partido Comunista yugoeslavo esté aún irremediablemente perdido.

Durante este mismo período, que abarca los dos o tres primeros meses de la ruptura, la reacción de la burocracia yugoeslava es puramente defensiva; su

actitud es abiertamente incómoda y titubeante. Los titistas se dedican a rechazar las acusaciones del Kominform, es decir, a negarlas pura y simplemente. Sería inútil buscar en sus respuestas una argumentación o simples datos materiales.

La situación se invierte, por así decirlo, en el curso del período siguiente (que empieza con el invierno de 1948); los ataques del Kominform, siguiendo la vía del desarrollo normal de la polémica estalinista, culminan con la identificación del titismo con el fascismo, con la caracterización de la dirección titista como «banda de espías, traidores y asesinos», entiéndase incluso «trotsquistas», y desde este momento, operada esa reducción fundamental, el *affaire* Tito equivale para el estalinismo a un *affaire* policial. En lo sucesivo ya no se tratará de criticar las desviaciones yugoeslavas o luchar contra ellas, sino de afirmar que los dirigentes del PC yugoeslavo pertenecían desde 1941 (cuando no antes), a diversas policías imperialistas, y de dar el destello ritual indispensable al reconocimiento de este hecho por el sistema de «proceso» basados en las confesiones espontáneas de los acusados, confesiones cuya autenticidad será sellada con la sangre de los propios condenados. Yugoeslavia será de ahora en adelante un país fascista, hasta el día en que las fuerzas históricas (de las que, como sabemos, el ejército ruso es la diligente partera) permitirán que se libre de sus dirigentes vendidos al imperialismo.

Precisamente en el curso de este segundo período la burocracia titista pasa al contraataque en el plano ideológico y cesa de rechazar pura y simplemente los ataques del Kominform, para desviar las acusaciones contra el adversario. A partir de este momento asistimos al desarrollo de una ideología titista propia, cuyo interés reside en el hecho de que es la expresión casi natural y universal de toda burocracia explotadora que lucha sobre una base «nacional» contra

un imperialismo burocrático [2] que tiende a someterla. El análisis de esa ideología es una tarea de particular importancia, sobre la que volveremos para tratarla extensamente. Digamos simplemente que su carácter mistificador se presenta con toda evidencia cuando se constata que en ningún momento, ni ahora ni antes, la burocracia yugoeslava responde realmente a las acusaciones de las que ha sido objeto o habría podido serlo: ninguna indicación sobre el nivel de vida de los obreros y de los campesinos yugoeslavos, ni sobre el de los burócratas; ninguna indicación acerca de la repartición de la renta nacional; ninguna indicación real acerca de los «progresos» de la producción; ninguna explicación sobre la estructura de las relaciones de producción, acerca del verdadero papel de los sindicatos o de los comités «populares» —y así sucesivamente respecto a todos los demás asuntos algo importantes. La burocracia yugoeslava sigue de este modo el ejemplo dado desde hace veinte años en ese ámbito por su primogénita, la burocracia rusa, disimulando en la medida de lo posible la realidad social a los ojos del público obrero mundial. Es evidente que este silencio es la más elocuente de las confesiones; pues ¿en qué podría molestar a la burocracia yugoeslava la publicación de estadísticas relativas al nivel de vida, por ejemplo, si esas estadísticas evidenciaran un aumento de, digamos, simplemente el 10 % del nivel de vida?

Hay que llegar a la conclusión de que los documentos oficiales de la burocracia yugoeslava no son utilizables, como todos los documentos de la burocracia contemporánea, salvo si se tiene en cuenta, ante todo, su carácter de camuflage. Evidentemente, a través del camuflage, y la mayoría de las veces por el hecho mismo del camuflage, la realidad llega a descubrirse en sus aspectos más esenciales, cuando no

2. Nos explicaremos más extensamente sobre este tema.

en sus detalles. Pero es imposible utilizarlos sin analizarlos y sin preguntarse qué intereses deben servir y según qué método. En política, sólo a los imbéciles les basta con las palabras.

Es necesario concluir estas ideas con una consideración general. No vamos a forjar una concepción de la burocracia a partir del estudio del caso yugoeslavo; vamos a analizar el caso yugoeslavo a partir de una concepción de la burocracia que ya tenemos. El acceso de la burocracia yugoeslava al poder, su ruptura con Moscú son sólo manifestaciones particulares de uno proceso general que se afirma desde hace treinta años; pueden entenderse únicamente en tanto que partes integrantes de ese conjunto y sólo con esa condición su análisis permite profundizar y enriquecer una concepción general de la burocracia. Dejemos a los periodistas pequeño-burgueses su pretendida «objetividad» y su pretendida «falta de prejuicios», que no son más que la máscara consciente o inconsciente de una extraordinaria suma de los prejuicios más groseros y primitivos. Para nosotros, no se trata de descubrir con asombro que Tito ha destruido la burguesía en Yugoeslavia, ni que lo ha conseguido con la ayuda de los trabajadores yugoeslavos; ese descubrimiento lo hicimos antes del verano de 1948. Se trata de confrontar nuestra concepción de la burocracia con los hechos, y si éstos la confirman, ver de qué modo podemos desarrollarla y enriquecerla. Pero los hechos brutos no existen; los hechos sólo adquieren significado en función de una interpretación, y la base de esa interpretación sólo puede ser suministrada por una concepción de conjunto del mundo moderno.

Si se quiere comprender la naturaleza de la burocracia yugoeslava, hay que empezar por analizar el proceso de la conquista total del poder por la burocracia en las «democracias populares» de Europa del Este entre 1941 y 1948. Al presentar este breve análisis. no pretendemos desde luego ni agotar el asunto, ni dar una descripción fiel de cada caso particular; lo que queremos es poner de relieve los principales factores, señalar lo esencial tras la multitud de fenómenos coyunturales y frecuentemente contradictorios que sirvieron de marco a la enorme transformación social desarrollada en los países satélites.

La raíz de ese desarrollo se encuentra en la ocupación alemana y en el movimiento de resistencia. En países como Polonia, Checoeslovaquia, Yugoeslavia y Grecia, la ocupación significó una crisis social sin precedentes: el saqueo sistemático del país por el ejército alemán, la miseria que se extendió rápidamente y a la que sólo escaparon un puñado de «colaboradores», de grandes patronos y de potentados del mercado negro, hicieron que para la población, tanto en la ciudad como en el campo, lo que estaba en juego era la simple existencia biológica, y la lucha a muerte era el único medio de defender esa existencia. Pero el aparato de Estado «nacional» había sido prácticamente destruido por la ocupación, y las «autoridades» eran consideradas por todo el mundo como lo que realmente eran: agentes subalternos del ejército alemán: la lucha tomó pues objetivamente, en muy breve plazo, el carácter de una lucha contra la ocupación y contra Alemania. Las ilusiones nacionalistas, reforzadas por la ocupación y la opresión nacional que Alemania infligía a la población, adquirieron así una base económica que hizo prácticamente imposible superarlas durante ese período.

Desde un punto de vista teórico «tradicional», el

fortalecimiento de las ilusiones nacionalistas hubiera debido someter a las masas a la influencia ideológica y política de la burguesía, legítimo representante de la «nación». Pero no fue eso lo que ocurrió. La burguesía estaba en un estado de verdadera descomposición. Dividida ya antes de la ocupación, pero sobre todo después de ésta, en un ala pro-«democrática» y un ala pro-nazi (y de todas formas es esta última la que parece haber sido, en muchos casos, la más importante), su posición a la cabeza del aparato de producción le imponía, lo quisiera o no, la «colaboración» con el ocupante; por último, cosa aún más importante, la lucha tuvo, en cada una de sus fases, un contenido social persistente y bien determinado —las reivindicaciones materiales de las masas—; el resultado de todos esos factores fue que la actitud de la burguesía hacia ese movimiento se hizo cada vez más hostil, y sólo participó en él para poder jugar con dos barajas, y sobre todo para impedir que los partidos estalinistas monopolizaran su dirección. Lo consiguió hasta cierto punto en Polonia y en Checoeslovaquia; tuvo mucho menos éxito en Yugoeslavia, donde el movimiento de Mijailovitch quedó aislado en un territorio determinado, y menos aún en Grecia, donde sólo las intervenciones del Estado Mayor aliado del Mediterráneo impidieron que el ELAS aplastara totalmente a Zervas.

En esas condiciones, la única expresión política que pudo encontrar el movimiento de las masas fue la que le ofrecieron los partidos estalinistas. Desde la entrada de Rusia en la guerra, en junio de 1941, ese movimiento constituyó para éstos a la vez la forma más eficaz de defensa de Rusia y la deseada ampliación de la táctica de los «Frentes Populares», convertidos ahora en «Frentes nacionales»; estos «Frentes» eran sin embargo, desde el punto de vista de la eficacia táctica, infinitamente superiores a los «Frentes Populares» de antes de 1939, ya que actuaban en una situación de crisis social profunda y de guerra

civil larvada; y esa guerra, los estalinistas querían y podían llevarla lo más lejos posible dentro de los límites que les imponían sus objetivos y sus medios, mientras que las formaciones políticas burguesas y socialdemócratas correspondientes eran incapaces por naturaleza de lanzarse a fondo en esa lucha. Los «Frentes nacionales» fueron además utilizados por los estalinistas mucho más intensa y eficazmente que los «Frentes populares». La táctica estalinista era incorporar a las masas al movimiento, «organizarlas» en todas partes y sobre todas las bases posibles, y controlar esas organizaciones por medios de fracciones clandestinas que ocupaban firmemente los puestos clave. Esa misma táctica de infiltración fue aplicada en el movimiento de guerrillas, de cuya dirección se apoderaron rápidamente los estalinistas, y que en la mayor parte de los casos crearon ellos mismos.

Se desembocó así en una situación de doble poder: «poder legal» de los gobiernos colaboradores, poder ficticio que escondía el poder real de las bayonetas alemanas y cuyo único sostén eran éstas [3], y poder «ilegal» en manos de la dirección de la Resistencia, que se apoyaba en las guerrillas y en las organizaciones de masas, monopolio a veces de la dirección estalinista (Yugoeslavia, Grecia), o compartido por ésta, la socialdemocracia y las formaciones «neoburguesas» que participaban en la Resistencia, poder que presentaba casi siempre la careta de un órgano «gubernamental» provisional, supuesta expresión de la «alianza» de todas las fuerzas antialemanas y antifascistas del país.

La delimitación de esos dos poderes tomó bastante rápidamente un carácter territorial, con regiones «liberadas» por los guerrilleros que escapaban a toda influencia del poder «legal». La dirección del movimiento tuvo pues que asumir las funciones esenciales

3. Y sobre las formaciones policiales «nacionales» (Seguridad Nacional, Milicias, etc.).

de un Estado: la administración, la justicia, etc., fueron reorganizadas de modo rudimentario, con un simulacro de formas «democráticas populares» que no era más que una máscara de la dictadura de la dirección estalinista.[4] Por otra parte, la influencia de ese poder llegaba al resto del país gracias a las organizaciones clandestinas, que disponían de armas y estaban además apoyadas por el ejército de «partisanos».

La participación de las masas en la lucha fue, permítasenos esta expresión paradójica, a la vez lo más activa y lo más pasiva posible. Fue activa hasta el límite de las posibilidades humanas en el plano físico, organizativo y táctico. Fue al mismo tiempo absolutamente pasiva en el plano de la orientación, del contenido político del movimiento, de la conciencia. La guerra y los primeros meses de la ocupación dejaron a las masas en un estado de aturdimiento total, pero salieron rápidamente de él y se lanzaron denodadamente a la lucha contra la ocupación. Sin embargo, no surgió de esa lucha ninguna clarificación, ninguna superación de las ilusiones nacionalistas, ninguna autonomía en relación con las organizaciones. Como si las masas delegaran todo pensamiento, reflexión y dirección del movimiento a las organizaciones, y se limitaran sin más a la ejecución de directivas y a la lucha física. El partido estalinista, por su parte, no sólo aprovechó esa actitud, sino que hizo además todo lo que pudo por reforzarla; y la actitud política

4. Existen personas lo bastante estúpidas (la mayor parte de trotsquistas) como para ver en los diversos «Comités» surgidos a lo largo de la Resistencia, ¡formas soviéticas de organización de masas! De hecho, en la mayor parte de los casos, esos comités fueron nombrados por los jefes de los partisanos estalinistas, arma en mano. No era tolerada la menor oposición a la política estalinista; las decisiones eran tomadas de antemano por la fracción estalinista, y el papel de los Comités era el de proporcionar una cobertura de «legalidad popular» a la dictadura y a la dirección estalinistas.

pasiva de las masas permitió así colocar alrededor suyo en muy breve plazo una alta empalizada, coronada por ametralladoras invisibles, pero no por ello menos eficaces.

La única base real del poder «legal» desapareció con la retirada del ejército alemán en 1944-1945. Los «representantes» de ese poder huyeron y se escondieron. Pero no hubo, salvo durante un cortísimo momento, ni vacío ni «poder vacante». El poder clandestino se instalaba a medida que el otro desaparecía en todo el país, bien por sus propias fuerzas, como en Yugoeslavia o en Grecia o bien al avanzar el ejército ruso, éste instauraba un gobierno legal que iba en su retaguardia y representaba en dosis variables a las diversas formaciones de la Resistencia, y que se superponía a —y absorbía— los embriones de organización estatal creados por ésta, como en Checoeslovaquia y en Polonia. En todos los casos, un gobierno de (más o menos) «Unión» (más o menos) «nacional» llegaba «al poder». Pero en la mayor parte de esos casos, ese «poder» tenía escasa realidad. El país lo dominaban de hecho, y ahora mucho más que en el pasado, organismos dirigidos declarada o secretamente por el Partido Comunista: «partisanos» y milicias «populares». El caso más claro es el de Yugoeslavia durante el breve período de gobierno de «coalición», Tito-Chubachitch. O Grecia entre octubre y diciembre de 1944, aunque en este país el proceso abortara, debido a la intervención militar de los ingleses después del golpe de Estado estalinista de diciembre de 1944. Es algo diferente en Polonia, y sobre todo en Checoeslovaquia, donde el gobierno de coalición parece haber tenido entre 1945 y febrero de 1948 un poder real, dentro de ciertos límites. El caso de estos dos países se parece bastante al de la segunda categoría, de la que vamos a hablar ahora brevemente.

En esta segunda serie de países (Rumanía, Bulgaria, Hungría), el proceso se desarrolló de modo di-

ferente. La Resistencia fue menos importante, e incluso nula. La fuerza del partido estalinista, mucho menor también (salvo en Bulgaria, donde el Partido Comunista siempre desempeñó un papel importante). La aparición de un doble poder y la eliminación ulterior del poder «legal» por el poder real de la burocracia estalinista vino después, y no durante la ocupación alemana. Al llegar la «liberación», el poder existente se hundió. Debido a su colaboración bélica con Alemania, el aparato estatal fue más o menos destruido cuando llegaron los rusos. Se instaló rápidamente, como se pudo, un nuevo aparato, con un gobierno de coalición de todos los partidos «antialemanes» a su cabeza. Y, simultáneamente, los partidos estalinistas pusieron manos a la obra, ocupando siempre que podían —y sobre todo en la Policía, en el Ministerio del Interior y en el Ejército— los puestos clave, eliminando implacablemente a sus adversarios políticos importantes, reduciendo por el terror a los demás al silencio, incorporando a las masas en organizaciones inspiradas y dirigidas por ellos, apoderándose progresivamente de las bases reales del poder, aun cuando dejaran durante mucho tiempo a los demás sus atributos visibles.

En los dos casos, y a medida que se desarrollaba, el poder de la burocracia creaba las condiciones económicas de su consolidación y de su expansión ulterior. El reparto de las propiedades de los grandes terratenientes, y sobre todo, la nacionalización casi inmediata —e inevitable— de una parte muy importante de la banca, de la industria y del comercio al por mayor (en una palabra, de los sectores clave de la economía), no sólo asestaba un golpe mortal a la clase de los capitalistas y de los grandes propietarios agrícolas —considerablemente quebrantada ya—, no sólo «neutralizaba» o volvía favorables al Partido Comunista, defensor tenaz de esas medidas, a los campesinos y a los obreros, sino que, sobre todo,

creaba una base de desarrollo enorme para la burocracia en la gestión de la economía misma.

No podemos abordar aquí con la extensión necesaria ese aspecto económico del proceso, que es sin embargo uno de los más importantes. Desde un punto de vista formal, la burocratización de la economía se ha efectuado mediante la nacionalización, desde el primer momento, de importantes sectores de la producción; empezando con los «bienes alemanes», las empresas que pertenecían a los «traidores y los colaboradores» [5] y las de los extranjeros. Al mismo tiempo, o en una segunda fase, se nacionalizaron todas las empresas que superaban un cierto tamaño o que empleaban a un determinado número de obreros. En una tercera etapa —que está acabando ahora [1950]— se ha nacionalizado todo lo demás, excepto la agricultura.

Esa evolución era en cierto modo inevitable: la antigua estructura económica se había hundido. No sólo la burguesía, como clase, se había desmoronado —patronos liquidados antes, durante o después de la «liberación», burgueses que habían huido o se escondían, etc.—; además, la crisis objetiva de la economía obligaba al Estado a asumir funciones de gestión general para evitar el colapso.[6]

La batalla final entre la burguesía y la burocracia, legítimo representante y usufructuario de la propiedad «estatal», fue desigual, y su resultado no dejaba

5. Nociones lo bastante vagas e imprecisas como para permitir a la burocracia estalinista expropiar lo que le daba la gana. Bajo la ocupación, todas las empresas que siguieron funcionando «colaboraron» objetivamente, fuera cual fuese el estado de ánimo del propietario. De todos modos, colaboraron obligatoriamente todas las empresas importantes, que los alemanes no podían dejar inactivas.

6. La misma causa produjo efecto análogos en la Europa Occidental. También allí, entre 1944 y 1948, únicamente la intervención del Estado en todos los campos importantes de la actividad económica —créditos, inversiones, asignación de materias primas, determinación de los precios y de los sala-

lugar a dudas. Aunque sólo fuera en el terreno estrictamente económico, la burocracia dispuso desde el primer momento de medios que le daban una superioridad aplastante:[7] la nacionalización de la banca, o sea del crédito, le permitía arruinar del día a la mañana a cualquier empresa recalcitrante, y orientar la acumulación en función de sus propios intereses. La regulación de los precios y los salarios le daba un papel dominante en la distribución del producto nacional. Por último, la nacionalización de los medios de comunicación y de la mayor parte de las grandes empresas y el monopolio del comercio exterior le dieron, frente a lo que quedaba de empresas privadas, una superioridad aún más aplastante que la de un *trust* capitalista frente a sus pequeños competidores. A esa potencia económica formidable se añadieron, en la mayor parte de los casos, los medios de coacción del poder y, en muchos casos, el apoyo que los obreros dieron a la burocracia contra los patronos. La presión indirecta que ejercían en la mayor parte de los casos la presencia o la proximidad de las fuerzas rusas, la

---

rios, y en algunos casos nacionalización de las empresas— permitió a la economía capitalista superar provisionalmente su profunda crisis. Pero en ese caso, la integración de esos países en el bloque americano y la relación distinta de fuerzas entre la burocracia estalinista y las organizaciones burguesas tradicionales determinaron otra evolución.

7. A condición, claro está, de que quisiera utilizarlos. En muchos aspectos, la burocracia de los Estados capitalistas actuales dispone formalmente de los mismos medios; sin embargo, su falta de unidad y de cohesión, la ausencia de una ideología propia, la relación y la dependencia directa entre los altos cargos de esa burocracia con el capital financiero y, ante todo, la imposibilidad de apoyarse en una fuerza social autónoma (al revés de la burocracia estalinista que durante mucho tiempo puede movilizar para su lucha al proletariado) hacen que permanezca subordinada al capital de los monopolios y que, en los países occidentales, la marcha hacia el capitalismo burocrático se efectúe a través de la fusión personal de los altos cargos de la burocracia estatal con la oligarquía financiera y no a través del exterminio de esa oligarquía por una nueva burocracia.

certidumbre de que su país pertenecía ya definitivamente a la zona de dominación rusa y de que los norteamericanos no se oponían a ello, hicieron que la resistencia de la burguesía se desmoronara rápidamente desde dentro.

Y así, con modalidades y peripecias diferentes —a veces profundamente diferentes—, apareció en esos países un nuevo tipo de régimen económico y político. En Albania, en Bulgaria, en Yugoeslavia, en Rumania, en Hungría, en Checoeslovaquia, en Polonia y en Alemania Oriental, ha desaparecido la forma tradicional de la propiedad privada en los sectores decisivos de la economía —industria, bancos, transportes, gran comercio— y, donde subsiste (agricultura), su contenido se ha modificado profundamente [1950]. Al mismo tiempo, la burguesía tradicional, constituida por los propietarios privados de los medios de producción, ha sido eliminada como categoría social —con independencia de la eventual integración individual de burgueses en el nuevo sistema— y la burocracia la ha sustituido como capa dominante en la economía, en el Estado y en la vida social en general. Sin embargo, desde el punto de vista más profundo, las relaciones de producción siguen siendo relaciones de explotación: en la mayor parte de los casos, esa explotación no ha hecho más que agravarse. Manifestándose como subordinación total de los obreros en la producción a los intereses de una capa social dominante y como acaparamiento de la plusvalía por la burocracia, esa explotación no es más que una forma más desarrollada de la dominación del capital sobre el trabajo. Desde ese punto de vista, la sociedad instaurada en los países de Europa del Este, como la sociedad rusa, no representa más que la victoria local de la nueva fase hacia la cual tiende el capitalismo mundial, el capitalismo burocrático.

Marx escribió una vez que «si la casualidad no existiera, la historia sería pura brujería». Las tenden-

cias históricas profundas se realizan a través de una serie de hechos particulares y contingentes, que dan precisamente a la historia real su carácter concreto y vivo e impiden que sea una colección de ejemplos escolares sobre las «leyes del desarrollo histórico». Sin embargo, la investigación histórica sólo es científica en la medida en que consigue comprender esas particularidades y esas contingencias como manifestaciones concretas de un proceso universal. En el caso que nos interesa, hay quien ha creído que a fin de cuentas la llegada de la burocracia al poder no era más que el resultado de la combinación inesperada y particular de factores contingentes: la estructura tradicional fue destruida por el nazismo alemán; Rusia estaba demasiado cerca y los Estados Unidos demasiado lejos; no había ningún partido revolucionario para guiar la acción de las masas. En esas condiciones, no es de extrañar que Stalin, abyecto prestigitador que ha conseguido por el momento engañar a la «Historia» (pero «poco tiempo le queda», etc.), haya logrado tragarse de un golpe esos países. Con un poco más de seriedad en la forma (pero no en el fondo) ha habido «marxistas» capaces de declarar que la transformación social de esos países no tenía nada que ver con la cuestión de la evolución de la economía contemporánea y la naturaleza de la burocracia, que no era más que el resultado de la acción del ejército ruso y que, como esos países habían caído dentro de la esfera de dominación soviética, el Kremlin no había tenido más remedio que poner en el poder a los partidos comunistas, con todo lo que eso implicaba.

Esa manera de concebir y escribir la historia contemporánea se parece a la explicación de la constitución del Imperio romano por la longitud de la nariz de Cleopatra, y vale exactamente lo mismo. La acción social e histórica de un ejército, por poderoso que sea, se inscribe necesariamente en un marco de posibilidades estrechamente circunscritas por una etapa

dada del desarrollo histórico. El ejército más poderoso del mundo sería incapaz de volver a imponer el régimen de los faraones o instaurar de la noche a la mañana una sociedad comunista. En Europa Oriental, el ejército ruso, en la medida en que desempeñó un papel, sólo pudo hacerlo porque su acción correspondía a ciertas tendencias de la evolución social y porque favorecía la acción de factores históricos incomparablemente más poderosos que la suya propia, y anteriores a ella.

El hundimiento de las estructuras económicas y sociales tradicionales en Europa Oriental ha sido el resultado combinado del fracaso de las burguesías nacionales «independientes» y de la anexión de esos países por el aparato militar y económico de un país capitalista incomparablemente más poderoso, la Alemania nazi. O sea que el verdadero origen de ese hundimiento está ligado a la concentración internacional del capital. A esa crisis social generalizada correspondió inevitablemente, en la mayor parte de los casos, la intervención de las masas. Pero su acción sólo podía efectuarse bajo la dirección total y exclusiva de una burocracia «obrera»: se trata, también en este caso, de una manifestación característica de toda una etapa del movimiento obrero, y que no es un rasgo específico de la situación de esos países; pero en éstos, debido a la dimensión de la crisis y al carácter agudo que pronto alcanzó la lucha, la burocracia desempeñó un papel mucho más considerable que en otras partes y adquirió un poder real, directamente ligado a su monopolio en la dirección de la lucha militar. Cuando el imperialismo alemán se hundió, cediendo a una coalición constituida por las fuerzas que están en la vanguardia del desarrollo capitalista tanto desde el punto de vista técnico (USA), como desde el punto de vista de la organización social más eficaz de un sistema de explotación (URSS), la acción de la burocracia llenó del modo más natural posible el «vacío» económico y social así creado.

La lucha que en algunos de esos países (Checoeslovaquia, Hungría) enfrentó a la burocracia ascendente, apoyada por el proletariado o al menos por sus fracciones más activas, con la burguesía tradicional, no fue más que la expresión local del conflicto que empezaba a manifestarse en el plano mundial entre los dos polos de la concentración del capital, Estados Unidos y Rusia, polos que no son a su vez más que la concreción geográfica de las dos capas explotadoras que luchan actualmente por la dominación mundial. La proximidad de Rusia y la presencia del ejército soviético, o más exactamente, el hecho de que esos países hubieran sido incluidos, cuando ocurrió el nuevo reparto provisional (explícito o tácito) del mundo, en la zona de dominio ruso, fue desde luego una de las condiciones de la victoria de la burocracia. En ese sentido, lo único relativamente accidental en el asunto es que los países burocratizados hayan sido Yugoeslavia, Polonia, etc., y no Francia, Italia, o Grecia, donde la presencia o la intervención armada de las fuerzas occidentales impidieron, durante esa fase, un desarrollo análogo.

Lo que muestra el verdadero límite de ese carácter «accidental» es la propia naturaleza del régimen instaurado en esos países. El análisis económico y sociológico muestra que ese régimen corresponde a la última etapa de la concentración del capital, etapa durante la cual la estatificación reemplaza al monopolio, y la burocracia económica y política a la oligarquía financiera. Esos fenómenos se habían convertido ya en realidad en Rusia. La acción de ésta en los países satélites no ha hecho más que facilitar y acelerar un desarrollo que de todos modos correspondía a la situación propia de las regiones en cuestión. A menos de pensar que lo que crea la historia son las decisiones de los mariscales, es evidente que esas decisiones no han hecho más que participar en la transformación de lo posible en lo real; y al hacerlo, no expresaron más que las propias necesidades

del capitalismo burocrático en Rusia. La extrema variedad de las modalidades y de la importancia de la intervención de las fuerzas rusas en el proceso de burocratización de esos países, que ha ido de la dominación total y la creación «desde arriba» de las nuevas estructuras (como en Alemania Oriental) a un papel completamente nulo (como en Yugoeslavia, donde lo único que la proximidad del ejército ruso hizo fue impedir la intervención americana), es precisamente la prueba del carácter históricamente «auténtico» del ascenso de la burocracia al poder.

En cuanto al juicio que puede hacerse sobre la naturaleza social de esos regímenes, sólo hay dos actitudes posibles: una consiste en recalcar la importancia de la «nacionalización» de la economía, de la eliminación de la burguesía, del origen «proletario» de los nuevos dirigentes, y afirmar que se trata de regímenes «obreros» (aunque «deformados») y «socialistas». La otra es denunciar la intensa explotación a la que se somete a la clase obrera, el terror policíaco que soporta y la simple sustitución de la burguesía tradicional por una nueva capa explotadora de burócratas. La consecuencia lógica de la primera actitud es participar en la preparación de la guerra junto a la URSS para extender ese «socialismo» a los demás países. La segunda implica la preparación ideológica, política y práctica del proletariado para derribar a los explotadores tanto burgueses como burócratas, e instaurar su propio poder. La primera posición es la de la burocracia estalinista y la de sus lacayos. La segunda, la de la vanguardia revolucionaria. Entre los dos campos, la distancia es tan grande que los «teóricos» trotsquistas, por muy elásticos que sean, no conseguirán conservar un pie en cada uno de ellos.

El proceso cuyos rasgos generales acabamos de describir se presenta en Yugoeslavia con una fuerza y claridad particulares. Desde el primer momento el partido comunista se propuso como tarea principal la organización de la lucha contra la ocupación, y determinados territorios (casi toda Serbia occidental) estaban bajo el control absoluto y exclusivo de los partisanos desde el otoño de 1941.[8] Casi en la misma época se sitúan los principios de la lucha a muerte entre los partidarios de Stalin y los tchetniks de Mihailovitch, lucha que concluyó con el exterminio de estos últimos cuatro años más tarde. Al mismo tiempo se edificaba un aparato centralizado todopoderoso en las brigadas de los partisanos y de los «comités» que ejercían el poder local en las regiones liberadas, dominados por la dirección estalinista del movimiento. Ya durante el invierno de 1942-43 había sido convocada una «Asamblea Constitutiva del Frente Antifascista de Liberación Nacional» que procedió a la elección del «Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoeslavia», que Tito califica de «órgano político supremo».[9] Luego, en noviembre de 1943, se creó un «Comité Popular de Liberación Nacional de Yugoeslavia», «que debía ejercer las funciones de gobierno provisional del país». Era, dijo Tito, «la respuesta a todos aquellos que habían esperado que, al fin de las hostilidades, se volvería a las antiguas costumbres».

El 16 de junio de 1944 se había concluido el acuerdo entre Tito y Chubachitch sobre la colaboración entre el gobierno real de Londres y el Comité de Liberación Nacional, seguido el 8 de marzo de 1945 de la formación de un gobierno de «coalición» Tito-

8. Véase Tito, *Rapport politique au Cinquième Congrès du PCY*, París 1948, p. 77 y 78.
9. Tito, *ib.*, p. 107.

Chubachitch, ejerciendo formalmente el poder sobre la totalidad del territorio yugoeslavo, ya liberado por completo en aquel momento. Esa fase de «colaboración con la burguesía» —o más bien con los representantes tradicionales de aquélla, ya que de la propia burguesía quedaba muy poca cosa— llegó a su fin algunos meses más tarde: en octubre de 1945, los últimos políticos burgueses dimitieron del Gobierno, y el 11 de noviembre del mismo año unas elecciones cuidadosamente preparadas daban un 96 % de los votos al Frente Popular (c).

El «compromiso» provisional concluido con la burguesía monárquica por Tito, es un modelo de táctica burocrática de subida al poder. Tito, en su informe antes citado, expone con precisión los fundamentos de esa política. Era casi imposible, para la dirección estalinista, en 1944, resistir a la presión aliada que se ejercía en el sentido de la creación de un gobierno de «Unión nacional». Al ceder en la forma, Tito obtenía su «legalización» por parte de los Aliados y de la propia Corte Real; no cedía nada en lo que respectaba al fondo, el único plano que le interesaba y que, en definitiva, era el importante, es decir en el plano de la fuerza y del poder real: «De modo que nos conformamos con ese acuerdo, porque conocíamos nuestra fuerza, porque sabíamos que la gran mayoría del pueblo estaba a nuestro lado y que ese pueblo nos sostendría si llegaba el momento. Además, poseíamos una fuerza armada de cuya importancia el enemigo era completamente ajeno, mientras que el rey y su gobierno no tenían nada, ya que Draja Mihailovitch estaba no sólo desacreditado a consecuencia de la colaboración con el invasor, sino deshecho por nuestras unidades. En consecuencia, no teníamos nada que temer y aceptamos ese acuerdo que, lejos de ser nocivo, únicamente nos podía ser de utilidad, a condición de que actuáramos con inteligencia. Y eso es lo que luego ocurrió.» [10]

10. Tito, *l. c.*, p. 137.

Hasta qué punto este acto final de la comedia había sido ensayado y preparado, nos lo explica el siguiente pasaje del mismo discurso de Tito: «En el curso de la lucha de liberación, ya habíamos creado las condiciones previas. En cualquier parte en que fuéramos los dueños del territorio, habíamos liquidado el antiguo aparato de Estado burgués, los gendarmes y la policía, la administración de las ciudades, de los pueblos, de los barrios, etc. Nombrábamos nuevos órganos del poder popular y sus órganos de seguridad. Cuando el país estuvo liberado del todo, nos dedicamos a esta tarea por todo el territorio yugoeslavo.» A condición de entender por las palabras «poder popular», poder de la burocracia, y acordar toda la importancia debida a la creación de los nuevos «órganos de seguridad», a condición de entender la diferencia realmente sutil entre la dictadura de la GPU y la dictadura del proletariado,[11] ese pasaje da una descripción correcta de la instalación de la burocracia en el poder, ya bajo la ocupación.

11. Esa diferencia sutil escapa naturalmente a los dirigentes trotsquistas que han descubierto ahora la «revolución yugoeslava de 1944». De paso, añadiremos que el desesperante ridículo de la posición de esa gente se expresa por el hecho de que su imbecilidad está necesariamente probada, ya tengan o no razón en esa estimación: si se equivocan, porque se equivocan; si tienen razón, porque una «dirección revolucionaria mundial» que necesita cinco años para darse cuenta de que ha ocurrido una revolución es como para echarla a la basura. Lo más divertido es que, cuando se les demostraba que, en efecto, había habido una determinada «revolución» en Yugoeslavia (y no sólo en Yugoeslavia), que la burguesía había sido liquidada y que un nuevo poder burocrático correspondiente a la estatización de la economía se había instalado en su lugar, esas gentes no querían saber nada del asunto e ¡insistían en que en el país la burguesía se había mantenido como clase dominante! Pero su incoherencia aún no acabó de producir milagros. Si por los caminos que hemos descrito un poder obrero (aunque «deformado») puede ser instaurado, ¿qué queda del leninismo? ¿Por qué pueden constituirse gobiernos de coalición con la burguesía en Yugoeslavia y no en otras partes? Muy ingenuo tiene que ser el que espere una respuesta a esas preguntas. (Véase también la *Nota final (1973)*, p. 124-126.

Cuando el poder estatal estuvo en manos de la dictadura militar de Tito, y la administración controlada por los «Comités de liberación» estalinistas, una serie de procesos de alta traición acabaron de diezmar lo que quedaba de los representantes tradicionales del capitalismo, cuyos militantes más activos, los tchetniks de Mihailovitch, fueron exterminados.

La poderosa ofensiva de los estalinistas del PC yugoeslavo en la liquidación de la burguesía fue, como puede verse, incomparable con la de los partidos estalinistas de los otros países satélites, que sólo pudieron llegar al poder a través de un proceso considerablemente más largo.

La liquidación de la propiedad privada siguió paso a paso a la exterminación política de la burguesía.

Antes de la guerra, las riquezas mineras del país y las industrias-clave estaban explotadas por capitales extranjeros (cuya participación representaba un 91 % en el sector metalúrgico, un 73 % en el de las industrias químicas, un 61 % en las textiles, y alcanzaba una media general de un 49,5 % de la industria). Desde 1944, los bienes extranjeros y los bienes de los «traidores y de los colaboracionistas» fueron secuestrados y confiscados. El total representaba un 80 % de la industria, la mayor parte de la banca y del gran comercio.

Poco después, una nacionalización general arrebataba al sector privado las minas, las fábricas y los medios de transporte. Por último, a fines de 1947, «todo lo que había escapado a la primera ley sobre la nacionalización fue nacionalizado, es decir: el resto de las empresas industriales, todas las imprentas, los grandes almacenes y las bodegas, los hoteles, los sanatorios, etc.».[12]

12. Tito, *I. c.*, p. 143.

Naturalmente, esas nacionalizaciones se efectuaron sin indemnización ni compra a bajo precio de cara a los ex-propietarios yugoeslavos. En cuanto a los ex-propietarios extranjeros, su indemnización es desde entonces objeto de negociaciones entre el gobierno de Tito y los diversos gobiernos capitalistas.[13]

En lo que concierne a la agricultura, hay que recordar ante todo que el problema esencial que se planteaba Yugoeslavia, como todos los países balcánico-danubianos (salvo Hungría), era, no la existencia de grandes propiedades agrarias, sino la extrema exigüedad de las explotaciones, en relación directa con la débil industrialización y la superpoblación agrícola que resultaba en consecuencia (el 80 % de la población yugoeslava vivía, antes de la guerra, de la agricultura; el 55 % de las explotaciones agrícolas ocupaban menos de 10 hectáreas; el 23 % de 10 a 20 hectáreas y el 13 % de 20 a 50 hectáreas). La solución del problema agrario en esas condiciones no podía avanzar de una forma substancial con la expropiación de las grandes propiedades, sino por medio de la reagrupación de las explotaciones. La expropiación de la parte de las explotaciones que sobrepasaban las 30 hectáreas (1945-1946), sólo podía aportar modificaciones secundarias a la repartición de la propiedad agraria, como lo indica el cuadro siguiente:

Participación de las explotaciones agrícolas en la producción de cereales (en % de la producción total)

Propiedades	1939	1948
Menos de 5 hectáreas	27,2	34,3
De 5 a 10 hectáreas	26,0	27,9
Más de 10 hectáreas	46,0	37,8

13. Desde la ruptura con el Kominform el gobierno de Tito se hizo mucho más flexible en sus negociaciones y admi-

La medida esencial en este ámbito fue la creación de cooperativas agrícolas, tema sobre el que volveremos más adelante. Basta con señalar que están en constante aumento (51 en 1945, 4.100 en 1949).

En resumen, vemos realizados, más rápida y radicalmente, los rasgos comunes de la transformación social que tuvo lugar en todos los países satétiles de 1945 a 1948: liquidación de la burguesía industrial, bancaria y comerciante; liquidación de las grandes propiedades agrarias; tolerancia provisional del campesino medio, que, de todos modos, está totalmente sometido al poder económico del Estado.

LA ESTRUCTURA ACTUAL DE LA SOCIEDAD YUGOESLAVA (ECONOMÍA, ESTADO, CLASES)

Si desaparece la burguesía, ¿quién la sustituirá en sus funciones dirigentes? La sociedad, como la naturaleza, tiene horror al vacío, y un país que no esté en un estado de anarquía completa no puede vivir, ni cinco años, ni cinco meses, sin la dominación de un cuerpo social unificado y cimentado por los intereses comunes de los individuos que lo componen. ¿Es el proletariado la nueva clase dominante de la sociedad yugoeslava? ¿Es él quién dirige la producción y el Estado, quien rige la distribución del producto nacional, quien se expresa en la ideología oficial de la nueva Yugoeslavia? ¿Quién es, si no? Esa burocracia de la que tanto hemos hablado, ¿tiene una auténtica realidad social? ¿No podríamos considerarla

---

te, en sus contratos comerciales con los países occidentales, la inclusión de cláusulas de indemnización de los propietarios extranjeros en Yugoeslavia. Concretamente es el caso de los últimos contratos comerciales con Suiza, el Reino Unido y otros países.

como un tutor provisional de un proletariado que todavía no ha alcanzado su verdadera madurez, un tutor que se eclipsará automáticamente en cuanto su pupilo sea ya un hombre?

Fácil es ver que esas cuestiones desbordan con mucho el marco del caso yugoeslavo. Se refieren tanto al problema de la naturaleza de la burocracia como al del poder obrero, y por lo tanto al del programa socialista. No nos es posible ocuparnos aquí de ellos; el lector puede consultar los textos que ya hemos publicado sobre la burocracia [14] y los estudios sobre el programa socialista que publicaremos ulteriormente en esta revista (d). Nos contentaremos con señalar cuáles son los rasgos que creemos esenciales de un poder obrero, recordando que no se trata de «normas ideales» *a priori*, sino de las *condiciones sociológicas* sin las cuales la supresión de la explotación y la construcción del comunismo son imposibles.

El proletariado sólo se convierte en clase dominante si suprime la explotación. La explotación se manifiesta en la producción como acaparamiento de la gestión por una capa social específica y subordinación de los productores a los intereses de esa capa; se presenta en la distribución del producto como expropiación de los productores de una parte del producto de su trabajo en provecho de la capa social dominante. O sea que la supresión de la explotación sólo es posible si el proletariado destruye toda minoría dirigente —si consigue ocuparse él mismo de la gestión de la producción—, y si suprime todos los ingresos que no provienen del trabajo productivo, encargándose él mismo de la distribución del producto social. La supresión de toda burocracia gestora permanente e inamovible no es pues ni una reivindicación sentimental, ni una «norma ideal», sino simplemente un sinónimo de la supresión de la explotación. Si se mantiene esa burocracia, la explotación agra-

14. Ver RPR, vol. I, 1, de esta ed. También SB, vol. I, 1, de esta ed.

vada del proletariado en provecho de esa capa surgirá de nuevo inevitablemente.

El hecho de que el propietario yugoeslavo está radicalmente expropiado de la gestión de la economía y de la dirección del Estado, de que no tiene ni voz ni voto en cuanto a la repartición del producto nacional, de que sus funciones están monopolizadas por una burocracia permanente e inamovible cuyos intereses son distintos de los de los trabajadores e incluso hostiles a éstos, es algo indiscutible. Sin embargo es necesario concretar esa idea, examinando el modo en que se realiza el poder de la burocracia yugoeslava en los diferentes campos de la vida social.

Examinemos en primer lugar ese índice precioso de la estructura de un país que constituye *la repartición de los ingresos*. En este campo, mucho más que en cualquier otro, la burocracia intenta camuflar su papel explotador escondiendo los datos estadísticos. Pero los escasos datos que deja escapar permiten tener una idea del asunto. De este modo, según un artículo del responsable titista Begovitch [15], la renta nacional yugoeslava, que era de 133 mil millones de dinars en 1947, pasó a 242,5 mil millones en 1948. Nosotros no sabemos lo que entienden por renta nacional los economistas yugoeslavos ni cómo la calculan (los precedentes rusos, tanto como los resultados paradójicos a los que se llega manipulando las cifras yugoeslavas, como veremos más adelante, incitan a la mayor prudencia en este capítulo).

Sin embargo, incluso a modo de grosera aproximación, estas cifras deben representar el aumento de las riquezas sociales disponibles. Este aumento sería de más de un 80 % entre 1947 y 1948 [16]. ¿Significa esto que el consumo de los trabajadores ha au-

15. Resumido en el Boletín de «Tanyug», n.º 28 del 22 de septiembre de 1949, p. 3.

16. Hay que suponer que las sumas indicadas por Begovitch son datos a precios constantes, de otro modo no entendemos por qué las yuxtapone.

mentado durante este período al mismo ritmo, o incluso en un 40 o en un 20 %? Naturalmente Begovitch no dice nada al respecto, y ese silencio es, como se dice vulgarmente, la más clara de las confesiones.[17] En realidad lo menos que puede decirse es que ese consumo ha permanecido estable, es decir que los trabajadores no se han aprovechado de ese aumento de la producción, obtenido por el aumento de las horas de trabajo y por la aceleración de su ritmo, como podremos comprobar más adelante.[18]

El propio Tito ha reconocido la existencia de un nivel de vida miserable en su discurso de clausura del Congreso del PC croata en 1948: «Debemos suministrar a la clase obrera desde el estadio actual alojamientos con calefacción y confortables, radio, cine y demás distracciones de la vida moderna, ya que debemos mostrar a la clase obrera por lo menos algo (!) de la práctica de la vida socialista».[19]

Quizá sea necesaria una aclaración. De lo que se trata no es del nivel de vida absoluto de los trabajadores yugoeslavos, sino de su nivel de vida *relativo*:

17. Ya que a fin de cuentas no se comprende cuáles son las razones «de seguridad» u otras que impiden a la burocracia titista hablar de los ingresos reales de los obreros, cuando cuenta con toda suerte de detalles las nuevas fábricas, indicando su situación, su capacidad de producción, etc.

18. Según el órgano oficial del Kominform, en otoño de 1948, los salarios de los obreros (reales, se supone) no representaban más de un 50 % con respecto a los de 1946 (AFP, *Informations et documents,* n.° 217, 11 de diciembre de 1948, p. 28-29). Aunque las acusaciones del Kominform contra Tito estén *a priori* desprovistas de cualquier valor real, esa indicación no es del todo indigna de crédito, si pensamos que el gran esfuerzo de «industrialización» empezado en 1946 sólo pudo ser financiado mediante una disminución del nivel de vida, miserable, de los obreros. En cuanto al resto, podríamos preguntar a los kominformistas por qué se emocionaron de repente ante las desgracias del proletariado yugoeslavo justo en el momento de su ruptura con Tito y no antes, y qué pasó con los salarios obreros en las otras «democracias populares» entre 1946 y 1948, y en Rusia desde 1928.

19. AFP, *id.*

relativo respecto al aumento de la riqueza social y respecto a los ingresos de las otras capas y categorías sociales. Una cosa es que una revolución no pueda crear la abundancia de la noche a la mañana; y otra muy diferente que al aumento de la producción no se traduzca en un aumento del salario real, y que puedan existir ingresos burocráticos elevados junto a la miseria de la mayoría de la población. Admitir y justificar esta última situación es admitir y justificar un régimen de explotación. Lo que estamos considerando no es el nivel de vida absoluto de los trabajadores yugoeslavos, sino su evolución, paralelamente al desarrollo de la producción por una parte, y su comparación con los ingresos burocráticos por otra.

En lo que concierne a la diferenciación de los salarios obreros y de los ingresos burocráticos, que los representantes del titismo pretendieron, en un momento determinado, que no pasaba de 1 a 4, sería necesario, para apreciarla correctamente, conocer todas las ventajas materiales y de otro tipo de que gozan los burócratas yugoslavos como tales.[20] Que esas ventajas existen y que son considerables, nadie puede dudarlo. La carta del Comité Central del PC ruso al Comité Central del PC yugoeslavo con fecha del 4 de mayo de 1948 [21] da a este respecto indicaciones tanto más interesantes por cuanto por un lado, no han sido desmentidas por los titistas y, por otro, están confirmadas por un simpatizante titista como Claude Bourdet [22]. En respuesta a los yugoeslavos, que acusaban a los generales rusos «en misión» en Yugoeslavia de exigir un salario de 30.000 a 40.000 dinars mensuales, cuando los generales yugoeslavos cobraban de 9.000 a 11.000 dinars, los ru-

20. Se sabe que en Rusia esas ventajas deben doblar aproximadamente los ingresos reales de las capas burocráticas.

21. Escrita tres meses antes de la ruptura y, como demuestra su contenido, no en vistas a la ruptura.

22. Ver «Combat» del 21 de octubre - 2 de noviembre de 1949.

sos subrayaban —con plena justicia— que los generales yugoeslavos gozaban, además de su trato, de ventajas en especies: apartamentos, sirvientes, alimentación, etc.[23]

El gran aumento de la intensidad de trabajo —que significa, en un régimen en que los trabajadores no son los dueños de la producción, pura y simplemente un aumento equivalente de la explotación— se deduce fácilmente de los datos ofrecidos con abundancia por la propia burocracia yugoeslava. Este aumento de la explotación está bautizado por la burocracia en cuestión con la frase «aumento de la productividad». Cada boletín «Tanyug», es un ejemplo. Para citar uno, el n.º 42 de «Tanyug», nos informa que en la construcción, después del éxito del plan, se han establecido nuevas normas, ¡superando en un 700 % o en un 1.250 % las normas iniciales de ese plan! Por otra parte, según las declaraciones del dirigente titista Kidric en la discusión sobre el presupuesto de 1948, la tarea esencial para el año 1948 debía ser la disminución de los precios de coste por medio de «la revisión de las normas de trabajo» [24], cantinela de sobras conocida por los trabajadores explotados de todos los países del mundo.

En el mismo orden de ideas, no puede omitirse el desarrollo extremo del estajanovismo en Yugoeslavia. Se sabe que el estajanovismo, tal como se creó en la Rusia estalinista y tal como se ha propagado por los países burocráticos, tiene un doble objetivo: establecer artificialmente normas de trabajo muy elevadas, permitiendo de este modo que la burocracia pueda estrujar aún más a la masa obrera; crear

23. Ver la carta en cuestión, publicada en *Informations et documents* del AFP, n.º 262, 4 de septiembre de 1948. Hay que señalar que, en su respuesta, los titistas no dicen nada sobre este punto.

24. AFP, *Informations et documents*, n.º 187, 15 de mayo de 1948, p. 14-18.

una capa de obreros relativamente privilegiados, ligados materialmente al sistema burocrático, convirtiéndola de este modo en una base de la burocracia en el seno de la clase obrera. La burocracia yugoeslava adoptó desde un principio este sistema, ligado orgánicamente a la explotación burocrática, y ostenta con orgullo el hecho de que «sus» estajanovistas baten algunas veces «records» establecidos por sus colegas rusos.

Veamos ahora la gestión de la producción. Se sabe que la actividad económica en Yugoeslavia está orientada por el «Plan Quinquenal» (1947-1951), cuyo objetivo primordial es la industrialización del país. Ese Plan ha sido establecido y su funcionamiento está controlado por la «Comisión Federal del Plan», responsable ante el gobierno, es decir, ante el núcleo central de la burocracia titista. De este modo, la burocracia y sus representantes son los que determinan soberanamente los objetivos de la producción, las tasas de acumulación «socialista», los salarios, los precios y las normas de trabajo. El papel del proletariado consiste en aumentar el rendimiento.

Para convencernos, basta con constatar cuál es la tarea de los sindicatos obreros —totalmente burocratizados— en la «nueva Yugoeslavia». Éstos no sólo han dejado de ser las organizaciones que luchan en defensa de los intereses elementales de los obreros —de todas formas, no pueden ya hacerlo abiertamente—, sino que se han transformado directamente en «contramaestres de Estado», al igual que los sindicatos rusos, checos o búlgaros. Veamos en este texto cómo define el papel de los sindicatos el dirigente titista Kardelj:

«El papel más importante de los sindicatos reside en el sector de la edificación económica. Son los órganos de la lucha de la clase obrera *para el aumento de la producción, para el incremento de la productividad del trabajo... después,* los organismos sindicales

deben luchar cotidianamente por un sistema justo de los salarios, por una retribución equitativa [25].»

Lo que Kardelj entiende por «sistema justo de los salarios» y «retribución equitativa», otro burócrata titista, Kidric, nos lo va a explicar. Según Kidric [26], el orden de las tareas sindicales es el siguiente:

1.° Asegurar la disciplina en el trabajo;
2.° Establecer las normas;
3.° Movilizar la mano de obra;
4.° *Asegurar una diferenciación suficiente de los salarios.*

El papel de la burocracia sindical como instrumento de gestión de la fuerza de trabajo en los intereses del sistema burocrático (disciplina, máximo rendimiento, mínimo salario, creación de capas privilegiadas en el seno del proletariado) queda, de este modo, aclarado.

En cuanto al Plan Quinquenal en sí, lo que puede saberse es lo bastante vago para que su aspecto social sólo pueda aparecer con mucha dificultad [27]. Su objetivo primordial es la maquinización y la industrialización del país, con la obligación de elevar los 132 miles de millones de la renta nacional en 1939 a 255 mil millones en 1951 [28], lo que representa de 25 a 30 % de la renta nacional del período quinquenal. Las inver-

25. E. Kardelj, *L'édification du socialisme,* p. 87. El subrayado es nuestro.

26. B. Kidric, *Rapport au V Congrès du PC Yugoslave.*

27. Ver el *Plan Quinquennal de développement de l'Economie nationale de la R.F.P. de Yougoslavie,* Belgrado, 1947.

28. Más arriba expresamos ciertas reservas en cuanto a la significación de esas cifras. He aquí un ejemplo que ilustrará nuestros motivos: el total del valor de la producción industrial y de la producción agrícola en 1939 (55,7 + 63,8 = 119,5 mil millones de dinars) era inferior a la renta nacional de ese mismo año (132 mil millones); ese mismo total será en 1951 (170,7 + 96,7 = 267,4 mil millones), es decir superior a la renta nacional, ¡que será de 255 mil millones! (*Plan Quinquennal,* p. 82). En esas condiciones, ya no comprendemos el significado de «renta nacional» ni de «valor de la producción».

siones están, evidentemente, orientadas hacia la producción de medios de producción, y en particular hacia la industria pesada y la producción de energía eléctrica. En cuanto a la producción de objetos de consumo, su desarrollo será mucho más modesto. De este modo, en el ámbito de la producción agrícola, la producción total de cereales será, según las cifras del Plan, aumentada en un 13 % con relación a la media decenal 1929-1939, la de patatas en un 72 %, la de frutos en un 17 %, la de uva en un 40 % y la de vino en un 26 %. En cuanto a los productos del ganado, la producción de carne aumentará en un 17 % en relación a 1939, la de grasas en un 53 %, la de leche en un 45 % y la de huevos en un 76 % [29]

Estos datos brutos —por más aproximativamente exactos y realizables que sean— no adquieren un verdadero sentido hasta que se los compara con el aumento de la población yugoeslava. Su media, durante el período decenal 1930-1939 era de alrededor de 14.600.000; en 1948 era de 15.750.000 [30] y lógicamente, con un índice de crecimiento neto de la población de 1,5 % anual, será de 16.500.000 en 1951 [31]. El aumento de la población entre esos dos períodos será pues del orden de un 13 %, equivalente al aumento de los dos principales productos alimenticios, cereales (13 %) y carne (17 %). La producción de cereales por habitante permanecerá en consecuencia totalmente estancada, y la de carne aumentará imperceptiblemente (+ 3 %).

Pero la producción no significa consumo. De esa producción hay que deducir las exportaciones; y las

29. *Plan Quinquennal*, etc., art. 31, p. 148-151.

30. *Bulletin mensuel de statistique de l'O.N.U.*, febrero de 1950, p. 8.

31. Esa conclusión está corroborada por los datos del *Plan Quinquennal*, p. 81, en las que el cociente: renta nacional total: renta nacional per cápita, da para 1951 una población de 16.320.000.

exportaciones de los artículos de consumo, aunque no dispongamos de datos que permitan compararlas con las de antes de la guerra, irán en aumento si la burocracia yugoeslava quiere procurarse del extranjero el equipo necesario para su plan de industrialización. De este modo [32], el tratado de comercio concluido el 22 de diciembre de 1949 entre Yugoeslavia y Alemania Occidental prevé para el año 1950 exportaciones yugoeslavas a Alemania, principalmente de productos agrícolas, por un valor total de 65 millones de dólares, a cambio de productos alemanes manufacturados. Asimismo, el tratado anglo-yugoeslavo del 26 de diciembre de 1949 prevé intercambios para el período que comprende los cinco próximos años por un valor de 280 millones de dólares en cada sentido; las exportaciones yugoeslavas comprenden básicamente productos agrícolas (entre los que se cuentan alrededor de los 40 millones de maíz), mientras que las exportaciones inglesas consisten básicamente en bienes de equipo y en productos manufacturados. Los intercambios yugoeslavos con los otros países occidentales presentan, necesariamente, la misma estructura. De manera que, si las exportaciones, yugoeslavas de productos agrícolas tienden a ser más elevadas que las de antes de la guerra, al tiempo que la producción de esos artículos por habitante se inmoviliza, habrá, necesariamente, una disminución del consumo interior por habitante. Todo eso, independientemente de la cuestión de la repartición social del producto disponible entre los trabajadores y la burocracia [33].

En cuanto al proyectado aumento de la produc-

32. *International Financial News Survey,* 13 de enero de 1950, p. 207.

33. Parece que el considerable aumento de la producción de patatas, que ya señalamos, tiene por objetivo compensar esa disminución de consumo de cereales y de carne. Se sabe que la sustitución del consumo de patatas por el de cereales significa un deterioro de la calidad de la ración alimenticia y forma, en consecuencia, un índice clásico de la miseria de un país.

ción de los otros objetos de consumo (azúcar, conservas, textiles, zapatos), se inscribe básicamente dentro de la tendencia que conduce a la realización de una autarquía económica. El aumento de la producción local debe compensar la disminución extrema o el paro de las importaciones de estos productos; estas importaciones estaban pagadas antaño por la exportación de los productos agrícolas, pero, como hemos podido comprobar, esas importaciones tienen que pagar, en la actualidad, las importaciones de equipo. De modo que se trata fundamentalmente de compensar esa disminución de las importaciones, y es dudoso que las cantidades disponibles para el consumo de esos productos (producción más importaciones menos exportaciones) presenten un aumento substancial en 1951.

De manera que es cierto que, a pesar de los cínicos engaños de Tito y de sus abogados, el consumo de las masas yugoeslavas no va a mejorar en absoluto con relación al de antes de la guerra, eso si no empeora [34]. Por el contrario, el trabajo suministrado por aquéllas aumentará considerablemente, tanto en duración como en intensidad. El desarrollo de las fuerzas productivas en Yugoeslavia estará asegurado por la superexplotación de los trabajadores. Pero para un desarrollo obtenido con esos medios, no hay ninguna

34. No hay que olvidar que el nivel de vida de los trabajadores —tanto obreros como campesinos— en los Balcanes era ya antes de la guerra inimaginablemente mísero, que la expresión «defender su bistec» era desconocida por los obreros, así como el objeto que designa, y que hablaban de «defender su pan» en el más estricto sentido del término. Tampoco debemos olvidar que la dictadura de Alejandro y del Regente Paul, en la Yugoeslavia de antes de 1940, tenía por objeto esencial mantener al proletariado yugoeslavo a ese nivel de miseria, por medio de un terror policial inaudito. Sólo así puede comprenderse lo que significa exactamente el mantenimiento del proletariado yugoeslavo a su nivel de antes de la guerra.

necesidad de un régimen «socialista» u «obrero»: el capitalismo ha sido perfectamente capaz de llevarlo a cabo, y sigue siéndolo [35]

¿Cuáles son los elementos motores del desarrollo de las fuerzas productivas por la burocracia? En primer lugar, su propia conservación. La burocracia sólo pueden mantenerse y estabilizar su poder mediante la industrialización y la concentración de la economía. La gran industria es la base natural de su poder: el desarrollo de ésta confiere a la burocracia una superioridad económica definitiva frente a todos los elementos o capas que podrían aspirar a un retorno a las formas del capitalismo privado. Sin olvidar que la industrialización es condición indispensable para aumentar las «ganancias» burocráticas, o sea el excedente global de que dispone. En la necesidad que lleva a la burocracia a aumentar su «ganancia» total no hay únicamente una tendencia (indiscutible) a aumentar su consumo improductivo; lo decisivo es que el aumento del excedente (condición necesaria para desarrollar la acumulación) es también condición *sine qua non* de toda lucha efectiva de la burocracia contra sus «competidores» y adversarios extranjeros. Donde se observa más claramente ese aspecto es en la relación entre industrialización y defensa militar [36], pero lo mismo puede decirse del conjunto de la economía de un país y de la potencia de su clase dominante. La frase de Tito dirigida a las otras democracias populares, que viene a querer decir «esperad que crea-

35. Véase a este respecto RPR y «La consolidación temporaire du capitalisme mondial, «S. ou B.» n.º 3, p. 25-28 (en la presente edición, vol. III, 1).

36. «La fuerza económica y *defensiva* de cada país depende de la industria pesada y en particular de la siderurgia y de la industria de las máquinas... Sin el desarrollo de la industria pesada... no podemos equipar técnicamente ni a la agricultura, ni a los transportes, ni *al Ejército*...» (Informe de A. Hebrang sobre el Plan Quinquenal, *I. c.*, p. 31 subrayado por nosotros).

mos una industria pesada, y entonces discutiremos seriamente»[37] muestra perfectamente en qué consiste esa relación.

Si decimos que la burocracia representa el relevo de la burguesía tradicional en el período de decadencia del capitalismo, eso no significa únicamente que la burocracia —personificación del Capital durante su última fase de existencia histórica— tiene como función el mantener al Trabajo en su estado de explotación y de opresión. A través y mediante esa explotación, la burocracia continúa asegurando, mientras el conjunto de la sociedad capitalista mundial no haya entrado en su fase de descomposición y de regresión, el desarrollo de las fuerzas productivas inaugurado por la burguesía. Desde ese punto de vista, no es una casualidad que la burocracia suba generalmente al poder en los países «atrasados», es decir precisamente en los países donde la burguesía no ha conseguido realizar su tarea histórica. Pero eso no significa que se trate de una fuerza histórica «progresiva», pues desde ese punto de vista sólo tiene diferencias de grado, pero ninguna diferencia de naturaleza respecto a la burguesía contemporánea, que también sigue desarrollando las fuerzas productivas —sobre todo si consigue imponer su dominación de modo ilimitado al proletariado, como lo prueba el ejemplo de la Alemania nazi y del Japón—[38]. La burocracia forma parte integrante del sistema mundial de explotación,

37. Ver la cita de Tito más adelante («La ideología del titismo»).

38. Si el criterio de la «progresividad» de un régimen social fuera simplemente el hecho de que desarrolla fuerzas productivas, los obreros deberían detener su lucha contra la explotación en todos los casos y todas las veces en que el producto de esa explotación sirve para la acumulación; más concretamente, habría incluso que aconsejar a los obreros franceses o americanos que aceptaran cualquier disminución del salario, a condición de que se les asegurase que los capitalistas invierten en la producción la plusvalía obtenida de este modo.

y participa por lo tanto de su decadencia general.

Si el marxismo ha calificado a la burguesía de fuerza histórica progresiva, lo ha hecho en un período en que se oponían en la lucha social el estancamiento absoluto que representaba el feudalismo y el desarrollo enorme que traía consigo la dominación capitalista; en una época en que la revolución proletaria mundial era aún imposible, o más precisamente, una época en que su posibilidad sólo podía ser fruto del desarrollo previo de la economía y del proletariado —que sólo la burguesía podía realizar. De lo que se trata, hoy en día, no es de elegir entre la burocracia y la burguesía, sino entre los regímenes de explotación, burgueses o burocráticos, y la revolución proletaria. Sólo se puede calificar de «progresiva» la dominación burocrática si se afirma que el proletariado es incapaz de asegurar, con sus propios métodos y su propio poder, un desarrollo más amplio y más profundo de las fuerzas productivas. Lo que hay que comparar hoy no es el estancamiento feudal y el desarrollo capitalista, sino un desarrollo, insignificante y miserable, fundado en la explotación, burguesa o burocrática, y la inmensa expansión que sólo la liberación de las fuerzas creadoras de la humanidad, o sea un poder proletario mundial, es capaz de garantizar. No es casual que la impugnación de la capacidad del proletariado de ser clase dominante sea la piedra angular de la ideología burocrática; sólo esa idea mistificadora puede dar una apariencia de justificación a la dominación de la burocracia y a la explotación de los trabajadores.

EL RÉGIMEN POLÍTICO

«De los 524 diputados de la Asamblea Federal y del Consejo de los Pueblos, 404 son miembros del

PC; de los 1.062 diputados de las Asambleas republicanas, únicamente 170 no son miembros del PC. En los Comités populares de los pueblos, ciudades y barrios, 42.527 delegados son miembros del PC. Asimismo, *todos los puestos directivos dentro del aparato administrativo y económico* han sido ocupados por los cuadros educados por el partido antes de la guerra y durante el rudo período de la guerra... ¿Cuáles eran los orígenes de los cuadros para el aparato administrativo que se desarrollaba rápidamente, para nuestra economía socialista, para la actividad social, política y cultural en general? El punto de partida estaba *en primer lugar en las organizaciones del Partido* y en los órganos de poder popular... En segundo lugar, *el origen estaba en el ejército.* Sin debilitar su combatividad pudo desmovilizar a un gran número de oficiales y soldados y se les situó en cargos directivos del aparato estatal... Es necesario señalar también que en las empresas y en las organizaciones sindicales de los cuadros, procedentes de las filas de la clase obrera, se formaban rápidamente, en primer lugar los cuadros de dirigentes para nuestras empresas económicas... En los años que van de 1947 a 1949 se repartieron por los puestos dirigentes del aparato administrativo federal 1.023 miembros del Partido, procedentes de las organizaciones del Partido y del ejército yugoeslavo. Para el aparato de las administraciones republicanas (es decir, de las Repúblicas Federales), se repartieron en los puestos dirigentes 925 miembros del Partido... El Partido acordó asimismo una atención particular a los cuadros de la dirección de la Seguridad del Estado... No obstante, a pesar de la formación del aparato administrativo y económico del Estado, el Partido no hubiera podido asegurar la movilización de las masas populares... sin la inmensa red de las organizaciones del Frente Popular (que consta de 6.608.423 miembros), de los sindicatos (que engloba a 1.300.000 obreros y empleados organizados, incluidos en el número pre-

citado de los miembros del Frente Popular), de las organizaciones juveniles (en las que militan 1.415.763 chicos y chicas), del Frente Antifascistas de las Mujeres, de las cooperativas, etc. *Los comunistas que están en la dirección de las organizaciones de masa son la mejor garantía de que el Partido, por medio de las formas de trabajo mencionadas y las otras, asegurará la movilización de las masas trabajadoras para la realización de las tareas asignadas...* Salimos de la guerra con 141.066 miembros del Partido, y el 1.º de julio de ese año 1948, teníamos 468.175 miembros del Partido, 51.612 candidatos (de pasantía) y 351.950 miembros de la Federación de la Juventud Comunista de Yugoeslavia.»

Esta descripción de la situación política en Yugoeslavia, realizada por el hombre más competente del mundo en esa materia, el Gran policía del régimen de Tito, Alezander Rankovitch [39], no necesita comentarios. Intentemos, simplemente, formular de una manera más general el contenido de esa descripción.

El Partido «Comunista» domina totalmente la vida política del país. Entre sus miembros se reclutan casi exclusivamente los miembros de las Asambleas «soberanas», y *todos* los dirigentes de la administración y de la economía y los dirigentes de las organizaciones de masas. Éstas últimas están incorporadas a las organizaciones, y las dos más importantes (Frente Popular y Juventudes), cuentan con más de ocho millones de afiliados (sobre una población total inferior a 16, lo que en Francia significaría una organización de más de veinte millones); es decir, abstracción hecha de los niños y los viejos, dos ciudadanos de cada tres para los dos sexos. Estas organizaciones de masa son uno de los principales medios del

39. *Le Travail d'organisation,* informe presentado en el V Congreso del Partido Comunista de Yugoeslavia. (Le Livre Yugoeslave, 1949, p. 50-58. Los párrafos subrayados son nuestros.)

Partido para controlar a la población. El reclutamiento de la nueva burocracia se efectúa a un ritmo bastante acelerado, de modo que los miembros del Partido se han triplicado entre 1944 y 1948. En la actualidad, miembros del Partido, de pasantía y miembros de las Juventudes forman un total de casi 900.000 individuos, es decir más de un 10 % del total de la población. Un número considerable de nuevos «cuadros» salen del proletariado; absorbidos por la nueva capa dirigente, unidos a las prerrogativas y a los privilegios del poder, inamovibles mientras sean fieles servidores del nuevo régimen, la mayor parte de ellos pronto olvidarán su procedencia.

En cuanto al régimen interno de este Partido, no puede haber ni una sombra de duda acerca de su carácter monolítico y totalitario. Como ejemplo, por si hiciera falta, basta con mencionar la total ausencia de discusiones, de cualquier tendencia política [40]. Testigo de ello es también la rápida liquidación incluso de Hebrang y de Yuyovitch, convertidos de la noche a la mañana, en dirigentes de partido «hipócritas perniciosos, traidores, instrumentos en manos del enemigo de clase, calumniadores y enemigos del partido y del país» (A. Rankovitch, l.c, p. 79). Sin embargo Hebrang y Yuyovitch eran, simplemente, partidarios, agentes, si se prefiere, del Kominform y de la URSS, es decir del país que en aquellos momentos Rankovitch calificaba de «la patria del socialismo». El hecho de que Rankovitch se preocupe de la coherencia de sus acusaciones como de su primera camisa, demuestra ampliamente que es un auténtico heredero de la tradición estalinista y que los métodos usuales en el PC yugoeslavo son exactamente los mismos que los de la GPU.

La depuración lenta aunque continua de los cua-

40. Los miembros del Comité Central fueron elegidos en el V Congreso (julio de 1948) con un número de 2.318, 2.319, 2.316, 2.314, 2.322 votos sobre 2.323 votantes! (A.F.P. n.° 199, 7 de agosto de 1948, p. 20-21.)

dros dirigentes, depuración realizada en el silencio o con engaños, es uno de los síntomas del carácter policial del régimen. De este modo, durante el otoño de 1948, eran destituidos el general Yovanovitch, uno de los jefes más importantes del ejército, los embajadores yugoeslavos en Bucarest, en Teherán, en El Cairo, altos funcionarios de las embajadas de Sofía y Budapest, cinco ministros de Montenegro y tres ministros de Bosnia y Herzegovinia [41]. Durante el invierno de 1948-1949, hubo una oleada de depuraciones en Montenegro; el 14 de enero de 1949 eran destituidos cinco miembros del gobierno croata; en el mes de marzo hubo una depuración del gobierno serbio, y Jacob Lutzati, ministro adjunto de la Industria y Maderas, era condenado a ocho años de trabajos forzados, acusado de «sabotaje» [42]. En el mes de mayo de 1949, se tenía noticias de una segunda reestructuración del gabinete croata, con la eliminación de dos nuevos ministros [43]. Esta lista no es por supuesto limitativa. Tampoco es preciso añadir que no es costumbre dar explicaciones acerca de los motivos de estas eliminaciones.

Pero lo más instructivo son los partes triunfales de la agencia Tanyug sobre los arrepentimientos espontáneos y espectaculares de los adversarios del régimen. No resistimos la tentación de proporcionarles un ejemplo:

«Belgrado, 5 de octubre de 1949. Por un decreto del ministro del Interior, 713 ex-detenidos que las fuerzas competentes habían enviado al trabajo social por su actividad kominformista han sido perdonados, ya que por su trabajo y su actitud han demostrado que las medidas coercitivas que les fueron aplicadas han resultado eficaces (!). Todas las personas afectadas por el decreto han manifestado el deseo unánime de trabajar benévolamente en la autopista Belgrado-

41. A.F.P., n.º 217, 11 de diciembre de 1948, p. 28-29.
42. A.F.P., n.º 235, 16 de abril de 1949, p. 3.
43. A.F.P., n.º 239, 14 de mayo de 1949, p. 26.

Zagreb hasta la culminación de ese importante objetivo del Plan Quinquenal... Los beneficiarios de la amnistía han hecho discursos expresando su acatamiento a Tito, al Partido y al pueblo, agradeciéndo al Partido Comunista su actitud que les ha hecho comprender, etc.[44]»

La conversión «espontánea» de los pertenecientes a la oposición es un antiguo método de los regímenes policiales. En cuanto a la «eficacia» de los campos de trabajos forzados de Rankovitch, es algo de lo que jamás habíamos dudado.

LA POLÍTICA EXTRANJERA

Antes de la ruptura con el bloque ruso, la política exterior de la burocracia yugoeslava presenta pocas particularidades. Los delegados yugoslavos son los brillantes segundones de los delegados rusos en la ONU y la ayuda acordada por Yugoeslavia a los partisanos estalinistas en Grecia es la principal base material de su Resistencia. La única cuestión particular que se plantea durante este período es la Federación de los Eslavos del Sur, proyecto con el que los dirigentes titistas intentan anexionar a su Estado la Macedonia griega y Bulgaria[45]. A través de esa extensión del área de sus dominios, los burócratas yugoeslavos contaban con un refuerzo que les permitiera resistir mejor el expansionismo ruso. Las reticencias

44. «Tanyug, Bulletin d'information», n.° 40, 6 de octubre de 1949. Ver otros especímenes de la eficacia de la policía de Rankovitch para conseguir el arrepentimiento de los recalcitrantes en los n.° 45, 74 y 82 del mismo boletín.

45. Según el proyecto yugoeslavo, Bulgaria se convertiría en el séptimo Estado de la Federación, lo que daba evidentemente al PC yugoeslavo el dominio absoluto en esa aglomeración. Véase A.F.P., n.° 233, 2 de abril de 1949, p. 5 y siguientes.

de los burócratas búlgaros (aunque Dimitrov parece que fue partidario de esa Federación), y fundamentalmente el veto ruso, impidieron la realización de este proyecto.

Después de la ruptura con el Kominform, la política extranjera del gobierno de Belgrado estuvo determinada básicamente por la necesidad de buscar apoyos contra la presión rusa. Esos apoyos sólo los podían encontrar en el lado americano. Más adelante analizaremos los factores que permiten a la burocracia yugoeslava, mientras dure el actual interludio pacífico, jugar con el equilibrio de las fuerzas existentes en el mundo, y gozar, por así decirlo, de la protección americana sin tener que pedirla. Sin embargo tuvo que dar algunas garantías a Washington: al cerrar la frontera a los partisanos estalinistas en Grecia, y al privar de esta manera a éstos de la única ayuda material que podían obtener, no sólo se protegió de antemano contra una eventual —y más o menos quimérica— utilización de esos partisanos por parte del Kremlin para una incursión en Yugoeslavia, sino que, fundamentalmente, proporcionó la seguridad a los americanos, al negociar los créditos, de su ruptura irremediable con Moscú.

Pero el aspecto de la política yugoeslava sobre el que queremos detenernos, por el hecho de que proporciona una aclaración definitiva sobre su carácter reaccionario, es el de su participación en la ONU, concretamente su participación en la mistificación de los pueblos a través de la ONU, y su concepción de las relaciones internacionales en general. También en este caso, preferimos ceder la palabra a los auténticos representantes del titismo.

«Esta organización (La Organización de las Naciones Unidas), como es notorio, fue creada en el curso de la fase final de la guerra, a fin de que la humanidad tuviera la posibilidad de salvaguardar y reforzar la paz que había conseguido... Por eso, la Organización de las Naciones Unidas obtuvo desde

sus comienzos una autoridad internacional y suscitó las esperanzas más graves de la humanidad pacífica en cuanto a las perspectivas de paz... Consideramos que esta organización, a pesar de sus grandes defectos, es útil y puede representar un serio obstáculo en el camino de aquellos que están dispuestos a sumir a la humanidad en la catástrofe de una nueva guerra mundial para satisfacer sus objetivos egoístas. Por este motivo Yugoeslavia permanece fiel a sus compromisos de Estado miembro de las Naciones Unidas, fiel a los principios de la Carta, y por esa razón contribuirá en el futuro, con su cooperación activa, en el mantenimiento y desarrollo de esta organización [46].»

De este modo la burocracia yugoeslava «coopera activamente» en esa empresa de mistificación de los pueblos, representada por la ONU, instrumento de dominio de algunos grandes imperialistas sobre la inmensa mayoría de la población de la tierra e instrumento para adormecer a los trabajadores por medio de discursos y de resoluciones sobre la «paz» y el «desarme», hasta las mismas puertas de la guerra [47].

46. E. Kardelj, *La Politique extérieure de la Yugoslavie*. Le Livre Yugoeslave, p. 17-20.

47. En la triste vía de la degeneración, que les lleva del oportunismo a la negación absoluta y evidente de la política revolucionaria, los dirigentes trotsquistas descubrieron que la burocracia yugoeslava «utiliza correctamente la tribuna de la O.N.U.» («La Vérité», 1-15 de febrero de 1950). ¿Es necesario recordar cuál fue la actitud de la III Internacional revolucionaria ante la Sociedad de Naciones, dentro de la que el dominio de los grandes imperialistas no era tan evidente como lo es ahora? «La Sociedad de Naciones —aunque sólo fuera sobre el papel— sólo tendrá el sentido de una santa alianza de los capitalistas para la represión de la revolución obrera... La Sociedad de Naciones es una consigna engañosa, por medio de la cual los social-traidores bajo las órdenes del capital internacional dividen las fuerzas proletarias y favorecen la contrarrevolución imperialista. Los proletarios revolucionarios de todos los países del mundo deben llevar a cabo una lucha implacable contra las ideas de la Sociedad de Naciones de Wilson y protestar contra la entrada en esa sociedad de robo,

Pero la burocracia yugoeslava no sólo participa en la nueva Santa Alianza; no sólo intenta dorar la píldora a los ojos de las masas; quiere darle un carácter eficaz. Como ejemplo podemos citar los artículos que siguen de una «Declaración de los Derechos y los Deberes de los Estados» propuesta al voto de la ONU por los delegados yugoeslavos en 1949 [48]:

Art. 12: «Cada Estado tiene el deber de abstenerse de provocar, organizar, alentar o favorecer las guerras civiles, las insurrecciones, o las acciones terroristas en el territorio de otro Estado, así como *impedir en su territorio las actividades que apunten a provocar, organizar, alentar o favorecer las guerras civiles, disturbios o acciones terroristas en otros Estados...*»

Art. 14: «Cada Estado tiene el deber de impedir o *castigar* cualquier actividad o *propaganda* en su territorio que tendiera a... inmiscuirse en los asuntos internos de otros Estados.»

Si esa resolución de Kardelj se hubiera adoptado y hubiera sido efectivamente aplicada, deberíamos ser castigados si escribiéramos, por ejemplo: «Los mineros americanos no deben ceder al chantaje de Truman»; eso sería «alentar los disturbios en otro Estado». Aunque la utilidad de esa resolución, para los burócratas yugoeslavos, estriba en el hecho de que condena cualquier ingerencia rusa en Yugoeslavia, su

---

de explotación y de contrarrevolución imperialista.» (*Thèses, manifestes et résolutions des quatre premiers Congrés de l'Internationale Communiste,* París, 1934, p. 24). Ver también la apreciación de Trotski sobre la adhesión de la URSS a la SDN en la *Revolution trahie,* p. 190-200 (París, 10/18, 1963), por ejemplo: «La SDN defiende el *statu quo;* no es la organización de la paz, sino de la violencia imperialista de la minoría sobre la inmensa mayoría de la humanidad.» (*Id.,* p. 201.) ¿La naturaleza de la ONU es realmente distinta? Basta con recordar el papel de la ONU en la cuestión de las colonias italianas, de Indonesia, de Grecia, etc.

48. «Tanyug, Bulletin d'information», *n.°* 42. Los subrayados son nuestros.

trascendencia objetiva es mucho mayor. Prueba ante todo que la burocracia yugoeslava cuida primordialmente de su tranquilidad dentro de la propia Yugoeslavia. Para asegurarla, pide la adopción de una medida que en ningún caso impediría a los imperialistas intervenir en otro país contra una revolución, sino que les proporcionaría, en el caso de ser adoptada, una cobertura jurídica de más para utilizarla contra las organizaciones revolucionarias de su propio país, bajo el pretexto de que las organizaciones en cuestión «se inmiscuyen en los asuntos internos de otros países».

LA RUPTURA CON MOSCÚ

El factor profundo que llevó al conflicto ruso-yugoeslavo, la oposición de los intereses de las dos burocracias, se concretizó básicamente a través de tres elementos.

En primer lugar, el proyecto yugoeslavo de la Federación de los Eslavos del Sur, que apuntaba a la extensión del dominio yugoeslavo sobre Bulgaria y Albania. Moscú no podía soportar ni una distensión de su control directo sobre la economía balcánica, como hubiera implicado la realización de ese proyecto, ni el reforzamiento de la burocracia yugoeslava, que ya en aquel momento era la más fuerte de los países satélites.

Luego, el plan quinquenal yugoeslavo, cuyo objetivo esencial es, como pudimos comprobar, el aumento del potencial industrial y militar del país. Las declaraciones de Tito en la Asamblea federal en diciembre de 1948 ponen de manifiesto que Moscú no ha sido favorable a este plan de industrialización. El mantenimiento de la estructura económica de la Yugoeslavia de antes de la guerra, como país suministrador de productos agrícolas y materias primas (mine-

rales) a la industria rusa y a la de los demás países satélites (Checoeslovaquia, Hungría), ésas fueron, parece ser, las exigencias del Kremlin.

Por último, las relaciones económicas corrientes, concretizadas a través de los intercambios comerciales y la participación rusa en el «desarrollo», es decir, en la explotación de la economía yugoeslava, fueron el tercer motivo del conflicto. Los yugoeslavos estaban cada vez menos dispuestos a pagar al Kremlin el tributo que depositan los países satélites gracias a los tratados comerciales y a las «sociedades mixtas» con participación rusa.

LA RUPTURA RUSO-YUGOESLAVA, EXPRESIÓN DE LAS LUCHAS INTERNAS DE LA BUROCRACIA

Considerar a Tito como el único dirigente estalinista de un país satélite que haya resistido a Moscú es hacerle demasiado honor. Su aparición en primer plano de la actualidad política tiende a hacer olvidar el hecho de que los enviados directos de la burocracia rusa habían ya eliminado a miembros de diversos Partidos Comunistas culpables o sospechosos de «desviaciones nacionalistas». Recordemos a Gomulka, a Rostov o a Rajk. O las depuraciones que se suceden desde hace dos años a todos los niveles. Algunos estalinistas han aprendido ya a costa suya que la «línea» pasa siempre por Moscú, y que de allí vienen las soluciones de todos los problemas económicos y políticos de cada país satélite.

La dominación del capitalismo americano en la economía occidental no implica la desaparición de combates sin esperanza de las burguesías nacionales; la sujeción de las «democracias populares» al dominio ruso tampoco impide las veleidades de acción autónoma de algunas fracciones burocráticas. En ese

sentido, puede decirse que en su marcha hacia la dominación mundial, el estalinismo va preñado de futuros «titismos». En cada caso particular, el resultado del conflicto depende de la relación de fuerzas entre esas fracciones y la burocracia rusa, relación ligada a la coyuntura internacional (o sea a la evolución de la relación de fuerzas entre los dos bloques).

Hay que ver esto más detenidamente, porque de lo que se trata en la ruptura ruso-yugoeslava es del problema de las relaciones entre Estados burocráticos, o sea de uno de los aspectos más importantes de la evolución del imperialismo en el período actual.

Recordemos brevemente lo esencial del análisis clásico del imperialismo que ha presentado Lenin. El elemento determinante en el desarrollo del capitalismo es la concentración del capital, que exige tanto la extensión del mercado como la inclusión de la producción de materias primas en el ciclo capitalista. En el marco del capitalismo de competencia, esa expansión se efectúa mediante la ampliación de su zona de dominio, a través de una división internacional del trabajo cada vez más acusada. Pero cuando la concentración alcanza la fase de la dominación de los monopolios, las posibilidades de una expansión de ese género tienden a agotarse. Ya que los monopolios crean zonas «vedadas», tanto para la producción de materias primas como para la venta de los productos. A partir de ese momento, no sólo la expansión de cada unidad capitalista se opone a la de los demás, como en la competencia, sino que encuentra en ellas un obstáculo prácticamente absoluto. Se plantean entonces dos problemas, estrechamente ligados: ¿cuáles son las relaciones entre monopolios, o entre Estados dominados por los monopolios? ¿Cuáles son, durante ese período, los elementos motores que obligan a los monopolios a seguir una política de expansión, a pesar de la desaparición de la competencia en sentido clásico?

La teoría del «superimperialismo», defendida por

Kautsky, pretendía que era posible que los diversos monopolios o Estados monopolísticos llegaran a entenderse «pacíficamente», o por medio de un reparto amistoso de los «terrenos acotados», o por medio de una unificación pacífica del capital mundial.

La violenta crítica que Lenin lanzó a esa concepción no negaba que esa posibilidad existiera de modo abstracto; hasta podría añadirse que los carteles internacionales, o los intervalos «pacíficos» durante los cuales un reparto del mundo era aceptado provisionalmente por los grandes Estados imperialistas [49], son ejemplos de realización parcial de esa posibilidad. Pero Lenin insistía, con razón, en que esa posibilidad teórica no podría nunca realizarse a escala general y de modo permanente, ya que la única base concreta que pudiera determinar las modalidades de ese reparto del mundo o de esa fusión de las fracciones nacionales del capital mundial es la relación de fuerzas entre los grupos capitalistas. Pero, debido al desarrollo desigual de los países y los sectores de la economía capitalista, a la entrada en liza de nuevos contrincantes, etc., esa relación de fuerzas está en constante evolución. Alemania, por ejemplo, obligada por la relación de fuerzas que existía en 1919 a aceptar el tratado de Versalles, podía, veinte años más tarde, poner en cuestión el «reparto» realizado anteriormente. Por consiguiente, sólo la fuerza podía resolver el problema que planteaba un hecho: que la expansión de unos no podía hacerse más que a expensas de los demás. De ahí, a un tiempo, el carácter inevitable de las guerras en el marco del capitalismo de monopolios, el carácter imperialista, o sea reaccionario, de esas guerras (en las que ya no se trata de abrir nuevos terrenos de expansión a la producción capitalista, sino de aumentar las ganancias de un grupo imperialista

49. En el sentido en que no era impugnado, durante un período dado, por medios violentos.

a expensas de otro), y la necesidad del «derrotismo revolucionario» como actitud política.

Pero, ¿a qué se debe esa tendencia del capital, y más precisamente del capital monopolístico, a la expansión? A que los monopolios, dice Lenin, necesitan aumentar «sus ganancias y su poder». Lo que hay que ver en esa respuesta no son consideraciones sicológicas sobre la «sed de ganancias» y la voluntad de poder de la oligarquía financiera, sino los imperativos propios de la acumulación capitalista, y en definitiva las contradicciones insolubles del capitalismo de monopolios. Hay que hacer una aclaración sobre este punto, porque el asunto está directamente ligado al problema del que nos ocupamos.

Las contradicciones inherentes a la producción capitalista, bajo todas sus formas, son a la vez internas y externas. Su expresión concreta evoluciona, pero su contenido general sigue siendo el mismo para todo el período capitalista de la historia de la humanidad.

Si la producción capitalista no fuera antagónica en su esencia más íntima, si no estuviera fundada en la explotación, no sólo podría realizar una expansión sin límites, sino que además no necesitaría un terreno exterior para esa expansión. A la inversa, las contradicciones internas de un Estado capitalista que no se viera amenazado por otros Estados perderían su carácter explosivo: un Estado capitalista «aislado» podría (si hacemos abstracción de la eventualidad de una revolución) permitirse el lujo del estancamiento, y de una lenta descomposición en medio de sus contradicciones, sin que su incapacidad de dominar completamente la producción le llevara a un verdadero callejón sin salida.

Lo que ocurre en la realidad es exactamente lo contrario, y ninguna de esas dos hipótesis se confirma. La lucha entre los monopolios y los Estados capitalistas no ceja, porque sus ganancias —es decir,

la base de su acumulación— son partes concurrentes, que deben ser tomadas sobre un mismo total de la ganancia o de la plusvalía mundial. Pero esa lucha hace que la acumulación —orientada hacia la producción de medios de producción o hacia la de medios de destrucción— sea inevitable. Y las contradicciones internas de cada Estado imperialista, que se traducen por las crisis de superproducción, el descenso de la cuota de ganancia —o por la crisis de la productividad del trabajo—, adquieren así un carácter dinámico y explosivo. Bajo una forma u otra, la necesidad de escaparse de ese callejón sin salida lleva inevitablemente a la guerra.

La guerra es eso: expresión de la tendencia a la concentración de las fuerzas productivas y resultado de las contradicciones originadas por la división y la oposición entre las diferentes unidades del capital mundial. Pero es también uno de los motores —de hecho, el más poderoso— de esa concentración, desde un sinfín de puntos de vista; los más importantes son: la necesaria fusión entre los diversos sectores de la economía primero, entre economía, política y estrategia después —fusión que responde a las exigencias de las condiciones técnicas de la guerra moderna—; la eliminación, a través de la guerra, de la presunta «independencia» de todos los países y Estados de segundo plano; y por último, el aplastamiento de los vencidos y la necesidad, para consolidar la victoria, de someterles a una dominación total —y lo mismo puede decirse de los «aliados» más débiles—, que puede ir hasta la ocupación militar permanente de sus países.

Cuando llega a esa etapa, la lucha entre las moléculas del capital mundial se convierte en algo a la vez más duro y más radical que bajo el régimen de la competencia. Pero la competencia no puede prolongarse indifinidamente, y desemboca en un primer estadio de concentración, cuya expresión es el monopolio; tampoco puede la lucha violenta entre grupos

monopolísticos y Estados imperialistas prolongarse de modo indefinido, bajo nuevas formas pero sin cambiar de contenido: esa lucha se sitúa, en cada etapa crucial, en un plano más elevado, desde el punto de vista de la concentración. La primera guerra imperialista significó la ruptura del equilibrio relativo que existía anteriormente entre potencias o coaliciones de potencias imperialistas, y el nuevo «reparto» del mundo formulado en el tratado de Versalles excluía de hecho a los vencidos, al anexionarse las potencias de la *entente* las colonias y esferas de influencia de los Imperios de Europa central. Después de esa victoria, sin embargo, los vencedores dejaron al menos una relativa «libertad» e «independencia» a los vencidos.

En la segunda guerra imperialista, lo que estaba en juego ya no era el simple «reparto» de las colonias, sino también los territorios metropolitanos y la existencia política «independiente» de los grandes países imperialistas. La «Europa» hitlerista fue el primer esbozo de lo que iba a realizar la victoria de los aliados rusoamericanos: la dominación directa de los vencedores sobre los países vencidos en todos los aspectos, políticos, económicos, ideológicos.

El objetivo de la tercera y última [50] guerra mundial que se prepara actualmente [1950] será en cierto sentido el mismo que el de la segunda guerra, pero esta vez a escala universal: si la revolución fracasa, la guerra dará el dominio del mundo a un solo Estado.

50. Nosotros decimos: última guerra imperialista, y no última guerra a secas. Al desembocar esa guerra en el dominio mundial de un único Estado, proporcionaría las bases de una concentración mundial del capital, y abriría la vía —dentro de la hipótesis de una derrota de la revolución— a una evolución histórica y social que se apartaría progresivamente del régimen actual. No podemos examinar aquí cuáles podrían ser los motores y las formas de luchas violentas en el seno de la clase dominante en tal sociedad; pero hay una cosa segura, y es que ya no se trataría de guerras imperialistas, en el sentido científicamente preciso de la palabra.

Se trataría, si se quiere, de «superimperialismo», pero con la diferencia de que sólo habrá podido realizarse mediante la eliminación de los imperialistas más débiles a través de las etapas sucesivas de una lucha violenta. La mistificación que contenía la concepción de Kautsky sobre el «superimperialismo» era la idea de la posibilidad de un acuerdo pacífico, de un reparto del mundo amistoso y duradero entre los Estados imperialistas. Lenin afirmaba que semejante acuerdo pacífico era imposible, y la historia ha probado que tenía razón. Pero se equivocaba al creer que las relaciones de fuerza entre Estados imperialistas evolucionarían constantemente, y que, por lo tanto, hasta que llegara la victoria de la revolución, las guerras imperialistas continuarían una tras otra sin más cambio que el nombre de los vencedores y de los vencidos. Lo que se afirma a través de la competencia que desemboca en la concentración es la supremacía definitiva de un grupo capitalista sobre los demás —y esa supremacía implica una relación de fuerzas tal que es cada vez más difícil impugnarla—; lo que se realiza a través de las guerras es una concentración internacional que desemboca en una acumulación de fuerzas tal, que «modificaciones» ulteriores de la relación de fuerzas se convierten en algo casi imposible. En 1913, o hasta en 1921, y haciendo abstracción de la compatibilidad de los objetivos económicos y políticos, varias combinaciones político-militares eran posibles: los USA, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Japón, podían aliarse de varias maneras, pero siempre de tal modo que, desde un punto de vista bélico «técnico», salieran dos —o varias— coaliciones viables. El paso de uno de los aliados, o hasta de Estados de segundo orden, de una a otra coalición podía modificar la relación de fuerzas fundamental. Pero hoy en día, sólo hay una fuerza que pueda resistir a los Estados Unidos: Rusia. Una coalición de los demás países capitalistas contra los USA no tendría sentido: la desigualdad de las fuerzas en presencia es

demasiado aplastante. ¿Qué puede querer decir la expresión «modificación de las relaciones de fuerzas» en el mundo occidental si Francia sólo puede equipar a diez divisiones gracias a excedentes americanos, que ni siquiera puede pagar? Añádase a eso que una coalición de ese tipo está excluida por adelantado, no sólo debido a los intereses económicos, sino debido también al control previo que ejercen los dos grandes imperialismos, americano y ruso, sobre los Estados de su zona. Por último, no hay que olvidar la importancia del monopolio que tienen los Estados Unidos y Rusia sobre 95 % de las técnicas militares decisivas y las posibilidades económicas que constituyen su fundamento.

Si admitimos que el desarrollo del capitalismo no acaba en la fase monopolística, y que la concentración tiende a una fase superior caracterizada por la fusión del Capital y del Estado a escala nacional y por la dominación mundial de un solo Estado a escala internacional, tanto la cuestión de las relaciones entre Estados en el período actual como la llamada «cuestión nacional» se plantean en una perspectiva que ya no es la de 1915. Vamos a examinar brevemente esa transformación, e insistir sobre todo en las relaciones entre Estados burocráticos, profusamente ilustradas por la evolución posterior a 1945 y muy particularmente por el conflicto rusoyugoeslavo.

1) En el período actual, el desarrollo económico de los países coloniales tradicionales y la entrada en acción de las masas coloniales han provocado una modificación de las formas de dominación imperialista sobre los países atrasados y de segundo plano. La forma colonial «clásica» tiende a ser superada y sustituida por la constitución de los últimos Estados «nacionales». En el plano social, acompaña a ese proceso un fortalecimiento relativo de la burguesía local, o la aparición de una burocracia «nacional». Pero en realidad, esa «independencia» formal no significa más que una agravación de la dependencia res-

pecto al imperialismo dominante: para comprender el verdadero alcance del fenómeno, hay que ver cómo los países que eran «independientes», e incluso las potencias imperialistas coloniales, se ven a su vez reducidas a una situación de dependencia ante el imperialismo americano. Aunque la estructura de las relaciones internacionales presente una estratificación muy compleja, en la que se dan todo tipo de formas intermedias (las relaciones entre los USA e Inglaterra, por un lado, y entre ésta y Nigeria, por ejemplo, son dos casos límite de esas relaciones), esas diferencias tienden a desvanecerse y a verse subordinadas a la oposición fundamental entre un Estado imperialista dominante y la masa de los países avasallados bajo una forma u otra. Como en todos los terrenos, la expresión más pura del fenómeno la encontramos en la zona burocrática, en la dominación absoluta de Rusia sobre sus satélites;

2) La explotación directa tiende a sustituir a la explotación mediante la exportación de capitales. Y esto porque los factores de crisis a largo plazo de la economía capitalista, que se expresan en el descenso de la cuota de la ganancia, empiezan a pesar más que los factores de crisis a corto plazo (crisis de superproducción). En vez de la abundancia relativa de capitales del período anterior, nos encontramos ante una escasez relativa: el excedente, limitado por la crisis de la productividad del trabajo, es incapaz de satisfacer al mismo tiempo el consumo improductivo de las clases explotadoras y las enormes necesidades de acumulación que crea la técnica moderna. Con la única excepción de los Estados Unidos (y hasta en ese caso, habría que hacer múltiples reservas), los demás países capitalistas son materialmente incapaces no sólo de exportar capitales, sino hasta de resolver los problemas de su propia acumulación. La explotación de los países subordinados toma pues cada vez menos la forma indirecta de ganancias sobre inversiones, y cada vez más la forma directa de apro-

piación sin contrapartida por el imperialismo dominante [51] de valores producidos localmente.

En ese marco global hay que situar el problema de las relaciones entre Rusia y los países satélites. Sería completamente erróneo confundir esas relaciones con relaciones coloniales clásicas. Y no hablamos de la forma jurídica de esa dependencia —desde ese punto de vista, esos países siguen siendo «independientes»—, sino del contenido económico. En lo esencial, la explotación de esas regiones no se efectúa a través de la «exportación de capitales rusos», sino mediante una especie de «tributo» que cobra Rusia, bajo formas diversas, sobre la explotación local. Los satélites no sirven de «mercados» para una superproducción que no existe; su producción [1950] debe suplir las deficiencias de la economía burocrática rusa, que está en estado de subproducción crónica respecto a sus necesidades. Si podemos hablar de «imperialismo burocrático» para expresar la necesidad de expansión del capitalismo burocrático —pero hay que insistir en todo lo que le diferencia del imperialismo del capital financiero—, es únicamenle en la medida en que las relaciones de producción en Rusia son relaciones de explotación, que representan la forma más desarrollada de dominación del capital sobre el trabajo; en la medida por lo tanto en que las contradicciones específicas del régimen burocrático —y sobre todo su incapacidad de resolver el problema del desarrollo de una producción fundada en la explotación intensiva de los productores— han de llevarle a buscar una solución de esas contradicciones en el

51. De este modo desaparece uno de los últimos aspectos «progresivos» de la explotación capitalista en el plano económico. La intensa explotación de los países y de los trabajadores coloniales se realizaba en el período clásico a través de la exportación de capital, es decir a través de inversiones que llevaban a un relativo desarrollo de la economía de los países en cuestión. Este desarrollo no cesa en el período actual, pero ya no es la exportación de capital metropolitano quien lo produce.

plano mundial. Lo que determina la forma y el contenido de esa dominación de un imperialismo burocrático sobre los países satélites es esencialmente su propia estructura económica. No es pues de extrañar que, siendo la subproducción relativa (y no la superproducción relativa) la expresión de la contradicción económica fundamental del capitalismo burocrático, lo que busque éste sean países que pueda expoliar, y no mercados. La estatificación y la planificación de la economía del país dominante implican desde luego una transformación análoga en la economía de los países dominados. La penetración del capital en los países atrasados provoca la dislocación de las relaciones precapitalistas, puesto que la dominación capitalista en esos países sólo puede consolidarse en la medida en que las relaciones capitalistas sustituyen gradualmente a las relaciones feudales —lo cual, a su vez, provoca una oposición creciente entre la nueva burguesía local que se desarrolla gracias a las nuevas relaciones y el capitalismo metropolitanio—. La dominación del imperialismo burocrático sobre otros países implica necesariamente la eliminación de las relaciones burguesas tradicionales y la creación de otras relaciones, que se expresan en la estatificación v la planificación, únicas formas económicas compatibles con esa dominación. Desde ese punto de vista, el fenómeno que algunos han llamado «asimilación estructural» (y que no significa una pura y simple absorción jurídica), o sea la transformación de su estructura económica con arreglo a las estructuras que predominan en Rusia, era sobre todo una necesidad económica para la burocracia rusa, con independencia, en cierto modo, de las necesidades políticas y del desarrollo propio de esos países; ya que sin esa transformación le hubiera sido imposible a Moscú explotarles de modo «normal» y permanente. Pero esa transformación y esa explotación suscitan la aparición de nuevas contradicciones, cuya expresión más patente (por el momento) es la crisis rusoyugoeslava.

El resultado de esas contradicciones es la lucha, latente o abierta, entre las diferentes burocracias nacionales, y ante todo entre la burocracia rusa y la de los países satélites.

Razonando de modo abstracto, podría decirse que así como la concentración del capital en un régimen de competencia va unida a una tendencia contraria a la «difusión» del capital, y junto al desarrollo de la concentración internacional de la economía y del poder asistimos al de fuerzas que se oponen a él (y así como esas fuerzas centrífugas, tanto en el plano de una economía nacional como en el de la economía mundial, pueden imponerse temporalmente, ya que la ley de la concentración no significa más que la superioridad a largo plazo de la tendencia centralizadora sobre la tendencia opuesta), el paso del capitalismo a la fase estatal burocrática no significa en el plano internacional la desaparición inmediata de las fuerzas y de las tendencias centrífugas, aunque pueda preverse la derrota de éstas a la larga. En lo esencial, ese razonamiento es desde luego correcto; sin embargo, hay que ver qué quiere decir concretamente en las condiciones actuales. El capitalismo burocrático no aparece en un momento cualquiera de la historia del capitalismo. Aparece en el momento preciso en que la concentración internacional ha alcanzado su penúltimo escaño con la división del mundo en dos bloques, y se prepara la lucha final entre grupos explotadores por la dominación mundial. Sería completamente erróneo esperar primero una transformación de todos los países en países estatales burocráticos, y una lucha después entre esas burocracias que llevara a la concentración mundial. Una evolución de ese tipo ya no es posible: los dos procesos, la concentración en el plano nacional (como estatificación) y la concentración en el plano mundial (como lucha por la dominación mundial), se desarrollan simultáneamente, con rigurosa interdependencia.

Por consiguiente, fenómenos como la rebelión o las tentativas de rebelión de las burocracias nacionales contra la burocracia dominante —en este caso, la burocracia rusa— son manifestaciones naturales y orgánicas de la constitución de la burocracia en clase en tal o cual país, pero sólo de modo excepcional pueden manifestarse abiertamente, y están generalmente condenados a quedarse en puras veleidades, o en sordas fricciones entre bastidores.

Esas observaciones seguirían siendo parciales y abstractas si no las ligáramos al problema de la naturaleza de la burocracia como clase. La burguesía ha nacido y se ha desarrollado nacionalmente, ha obtenido su primer «espacio vital» con la constitución de la nación moderna, y al marco nacional ha tenido que volver cuando su crisis, demasiado aguda, la ha expulsado del mercado mundial. La evolución que lleva a algunas, y en definitiva a una sola burguesía, a la dominación mundial, va unida a profundas modificaciones de su propia estructura económica y social; hasta el punto que puede decirse que, al alcanzar la dominación mundial, esa burguesía se habrá «negado y superado» a sí misma en cuanto tal, y convertido en algo diferente [52]. Pero para la burocracia, la nación no es más que un marco formal, sin verdadero contenido. Su economía no está fundada en el intercambio con otras naciones, que la división del trabajo integra en el seno de un mercado internacional, sino en la unificación autoritaria de todas las unidades burocráticas bajo la dirección central de una burocracia dominante. Además, su llegada al poder no sólo no es un fenómeno «puramente» económico —suponiendo que existan fenómenos de ese tipo—, sino que es materialmente inseparable de una lucha política

52. Esto corresponde a la modificación profunda de la estructura misma del régimen de explotación que traería consigo una unificación de la economía mundial, sobre bases reaccionarias.

e ideológica que se desenvuelve en el plano mundial, y de una relación de fuerzas en ese mismo plano. Es pues (por esencia, y al contrario de la burguesía tradicional) clase internacional aún antes de ser clase dominante en el marco «nacional». Separada de ese sistema burocrático internacional, sólo factores coyunturales pueden permitir que sobreviva. El conflicto rusoyugoeslavo, por ejemplo, hubiera quedado resuelto en veinticuatro horas de no existir una coyuntura internacional que impedía que los USA asistieran con indiferencia a una ocupación rusa de Yugoeslavia.

En resumen: la dominación de la burocracia rusa sobre los países satélites es el resultado de las necesidades propias del régimen de explotación en Rusia. Como la crisis del capitalismo burocrático, resultado de la crisis de la productividad del trabajo, se manifiesta como crisis crónica de subproducción relativa, no puede decirse que Rusia «colonice» esos países (ya que no puede decirse que le sirvan de terrenos de exportación de capital ni de mercados en que vender su superproducción); pero la burocracia los utiliza para apoderarse directamente de valores, bajo diversas formas. En esos países, la explotación de la burocracia rusa se añade pues a la que efectúa la burocracia «nacional». La lucha por el reparto del producto de la explotación de esos países provoca conflictos abiertos o latentes entre esa burocracia «nacional» y la burocracia rusa. En la medida en que la dominación internacional de la burocracia toma forzosamente a escala nacional o local la forma concreta del poder particular de *una* burocracia, esas luchas, así como los conflictos entre diferentes fracciones de una burocracia nacional, son inherentes a la naturaleza misma del capitalismo burocrático, y existirán por lo tanto mientras siga existiendo el sistema de explotación que las engendra. Sin embargo, se presentarán cada vez menos como un conflicto abierto entre «Estados», y en la época actual ese tipo de conflictos sólo aparece

excepcionalmente. Esto se debe a dos factores: la interdependencia directa de los sectores (técnico-económicos o geográficos) de un sistema burocrático, que se traduce en la dominación directa de la burocracia central sobre las burocracias periféricas, y la etapa avanzada del proceso de concentración internacional del capital, que implica una relación de fuerzas que da una superioridad aplastante al polo dominador (en este caso, Rusia) frente a las unidades secundarias (los Estados satélites) [53].

En el fondo de la crisis ruso-yugoeslava hay pues una lucha interburocrática típica por el reparto del producto de la explotación. Lo que el conflicto tiene de particular en este caso concreto, es que una serie de razones coyunturales han hecho de la burocracia yugoeslava (y no de otra burocracia subordinada) el pionero solitario de una rebelión que va hasta la ruptura política declarada. Esas razones coyunturales están ligadas a la vez a las características propias de la burocracia yugoeslava y a la situación internacional. El analizarlas de modo detallado tiene sólo un interés secundario. Recordemos simplemente que, de todas las burocracias de los países satélites, la burocracia yugoeslava es la única que llegó al poder por sus propias fuerzas, o casi, que ha dispuesto por lo tanto en el interior de su país de una fuerza autónoma y auténtica y que ha evitado, hasta 1948, el control ruso en el plano policíaco, militar y económico. Pero sólo la división del mundo en dos bloques, el equilibrio relativo de fuerzas entre esos dos bloques y la posición geográfica de Yugoeslavia en la frontera de los dos mundos, han permitido al titismo, no hacer, pero sí desde luego sobrevivir sin ser rápidamente aplastado. El límite histórico preciso del alarde de funambulismo de la burocracia yugoeslava es el estallido de la tercera guerra mundial.

53. En la sociedad burocrática universal, el carácter a la vez crónico y latente de esas luchas sería una de las expresiones más significativas de su estancamiento histórico.

El carácter reaccionario de la burocracia yugoeslava y de la lucha que lleva a cabo en favor del derecho de los pueblos a ser explotados por su propia clase dominante, se refleja directamente en el aparato ideológico que se ha montado para justificar y fortalecer su postura a los ojos de los trabajadores yugoeslavos. Creado artificialmente, etapa tras etapa, según le convenía de la causa, este tinglado ideológico traduce con claridad su contenido mistificador.

Es imposible realizar una crítica exhaustiva de las hueras elucubraciones que constituyen la más alta cumbre del «marxismo» a la salsa titista. Ya tuvimos ocasión de hablar de ciertas manifestaciones del titismo en ese campo, en lo que concierne al stakhanovismo, por ejemplo, o a la política yugoeslava en la ONU. En el presente artículo, queremos, únicamente, resumir los principales aspectos reaccionarios de esa ideología; en primer lugar nos extenderemos en la crítica de uno de sus productos, la teoría del comercio exterior del señor Popovic, en la que se concretiza con una particular evidencia el carácter reaccionario del nacionalismo burocrático.

El titismo no es más que una forma especial del burocratismo estalinista, profundamente idéntico a éste y opuesto en la medida exacta en que pueden oponerse los intereses de una burocracia subordinada a los de una burocracia dominante más poderosa. De una manera análoga, la ideología titista, en el fondo, no es más que pura ideología estalinista, corregida únicamente en los puntos que oponen Belgrado a Moscú, de forma que pueda justificarse su resistencia.

La base económica de las dos sociedades, fundamento del poder de la burocracia en Rusia como en Yugoeslavia, son, en esencia, las mismas: la explotación del proletariado y del campesinado bajo la forma

de la propiedad y de la gestión de la economía por el Estado, Estado que no es sino la propia burocracia constituida en clase dominante. En el plano ideológico, la mistificación de las masas inherentes a esa explotación se realiza por medio de la presentación de la estatización como algo idéntico al socialismo y del poder de la burocracia como idéntico al poder del «pueblo».

Nada de particular distingue, en ese ámbito, a la burocracia yugoeslava de la burocracia rusa. Todos los Estados en los que los partidos estalinistas detentan el poder son indistintamente calificados de «socialistas» por los dirigentes titistas. Para apreciar el verdadero contenido que confieren a este término, el siguiente pasaje de un discurso de Tito es de considerable ayuda:

«El problema de las relaciones de Yugoeslavia con los otros países que avanzan hacia el socialismo no estará resuelto hasta el día en que Yugoeslavia, *realizado el plan quinquenal y acabada la construcción del socialismo,* haya mejorado las condiciones de vida de sus poblaciones en el marco de una economía socialista» [54].

El sentido político de esta frase es bastante claro. «El problema de las relaciones de Yugoeslavia con los demás países que avanzan hacia el socialismo», o sea las cuestiones que deben arreglarse entre las burocracias dominantes de los países de la zona rusa, «serán resueltas el día en que Yugoeslavia habrá realizado el plan quinquenal», o sea el día en que, siendo más fuertes al poseer una industria sólida, podamos discutir con vosotros sobre unas bases diferentes. La «culminación de la construcción del socialismo» es considerada en este caso como equivalente a la «realización de un plan de cinco años» y no sin motivos:

54. Discurso de Tito ante el Congreso del PC de Croacia en 1948, AFP, 11 de diciembre de 1948, p. 29-29. El subrayado es nuestro.

ya que, para la burocracia, socialismo significa industrialización más estatización.

De modo que Yugoeslavia va a «construir el socialismo» (o sea que va a industrializarse). Pero, ¿lo va a construir sola? No hay que olvidar que la respuesta que la burocracia estalinista daba hace veinticinco años al problema del «socialismo en un solo país» ha experimentado una evolución significativa en el período actual. Los ideólogos estalinistas ya no ponen el acento en la «posibilidad de construir el socialismo en un país tomado por separado», dando a entender que esa posibilidad ha existido, en el pasado, en Rusia, debido a circunstancias particulares (extensión y riquezas del país, etc.), insisten en el hecho de que en la actualidad ninguna de las «democracias populares» sería capaz de edificar, por sí sola, el socialismo y concretamente sin la ayuda de Rusia. Esta evolución corresponde a la transformación de la situación histórica real de la burocracia rusa; de burocracia aislada en medio del mundo burgués, necesitada de una teoría que pudiera justificar su poder a la vez que arrastrara al proletariado ruso a dejarse explotar («no comemos, pero construimos el socialismo»), se ha convertido en una potencia mundial, dominando y explotando a un grupo de países, y consecuentemente, con la obligación de presentar una explicación y una justificación de la sujeción a la que los somete. La teoría del «papel histórico del Ejército ruso en la liberación de Europa y la instauración de las democracias populares», y de la imposibilidad por parte de esos países de «construir el socialismo sin la ayuda de la URSS» son la cobertura ideológica de esa sujeción.

Los burócratas yugoeslavos sostenían evidentemente esa concepción con todas sus consecuencias hasta 1948. Incluso persistieron durante el primer período que siguió a la ruptura con Moscú. De este modo, la «Borba» del 5 de julio de 1948, después de explicar que no existe un «tercer campo» entre la URSS y el

imperialismo, que no puede meterse a la URSS, «Estado socialista», en el mismo saco que los Estados imperialistas («eso conduciría directamente al imperialismo», añade cándidamente la «Borba»), afirma que la URSS no puede abandonar a Yugoeslavia, y que «la edificación del socialismo en Yugoeslavia es posible porque la URSS nos ayuda y nos ayudará»; de otro modo, dice el periódico de Tito, «no sabemos lo que puede pasar y por otra parte el problema no tiene interés» (!) [55].

Y sólo tres meses más tarde, en un artículo en que niega cualquier relación entre Tito y Gomulka y condena los errores de este último, la «Borba» afirma tímidamente que es «falso que una democracia popular no pueda sobrevivir si está separada del Frente Democrático» [56].

Por último, en diciembre de 1948, en su discurso ante el Congreso del PC croata (Congreso que proclamó «la fidelidad de Yugoeslavia a la URSS y al campo anti-imperialista»), Tito afirmó la posibilidad «para un solo país, tomado por separado, de construir el socialismo», tesis que se convertirá desde este momento en la ideología oficial de la burocracia de Belgrado.

Entretanto podremos recoger los frutos de esta concepción, tal como se extendieron gracias a los cuidados del señor Popovic, ministro de Comercio exterior de Yugoeslavia.

55. «Borba» del 5 de julio de 1948, citado en A.F.P., n.º 196 (17 de julio de 1948) p. 29.

56. «Borba» del 2 de octubre de 1949, citado en A.F.P., 9 de octubre de 1948, p. 15-17.

El folleto de Popovic sobre el comercio exterior [57] es interesante en tanto que indica el mecanismo de mistificación utilizado por la burocracia yugoeslava, y que demuestra con toda evidencia el carácter profundamente reaccionario de la ideología titista.

El fondo de la cuestión se reduce a una cosa conocida desde mucho tiempo y que no necesita las salsas «teóricas» de Popovic para ser entendida por lo que es: la explotación de las democracias populares por Rusia. Esa explotación se realiza a través de dos procedimientos: por una parte las «sociedades mixtas» (Rusia forma con el país dado una sociedad mixta para la explotación de tal riqueza natural o de tal otra actividad económica; la contribución real de Rusia es inferior a la mitad, y a veces prácticamente nula; como contrapartida Rusia obtiene siempre el 50 % del resultado); por otra parte, los tratados comerciales por los que impone a sus satélites la compra de sus productos a un precio superior al precio del mercado internacional, o la venta de los suyos a precios inferiores a este último. Después del saqueo (abierto o camuflado bajo la cobertura de los «bienes alemanes») de los Estados satélites durante el período 1944-1947, esos dos procedimientos se convierten en el modo permanente de explotación de los países secundarios por Rusia en el marco del sistema burocrático.

57. Melentije Popovic, *Des rapports économiques entre Etats socialistes,* Le Livre Yugoslave, París, 1949. Como de costumbre los Pantagrueles teóricos del trotskismo añadieron una nota divertida a la situación, calificando este estúpido pequeño folleto de «una importante contribución teórica al marxismo» y recomendando con encarecimiento su lectura a sus militantes. Es evidente que vieron en él una confusión a la altura de la suya propia.

La reacción, de la burocracia yugoeslava ante esa explotación fue, como se sabe, una de las causas determinantes de la ruptura entre Yugoeslavia y Rusia. Popovic hubiera ofrecido una contribución modesta, pero real, para la comprensión de la historia contemporánea exponiendo seriamente y con precisión los casos concretos, los más característicos en que se manifestó esa explotación. Desgraciadamente da muy pocos ejemplos, y esos ejemplos, están poco definidos. Como contrapartida, se hunde en largos desarrollos «teóricos» sobre la cuestión del comercio exterior que, cuando no son de una llaneza inimitable, resultan de una absurdidad estruendosa.

El contenido del folleto de Popovic puede resumirse con el siguiente razonamiento: en la actualidad existe un «sistema socialista mundial», compuesto por varios Estados «socialistas independientes» (o sea, en realidad capitalistas burocráticos) como la URSS, los Estados socialistas del Este europeo y, tarde o temprano, China. El problema de la edificación del socialismo se presenta bajo dos aspectos: «edificación del socialismo dentro de los límites de cada uno de esos Estados», y «edificación entre ellos de relaciones socialistas... marcando una ruptura decisiva con las antiguas formas de relaciones capitalistas entre Estados y establecimiento de nuevas relaciones basadas en la igualdad socialista de hecho y de derecho» [58]. En consecuencia, dice inacabablemente Popovic, esas nuevas relaciones no pueden estar fundamentadas en la ley del valor, es decir, no deben ser relaciones capitalistas. (Con dificultad nos podrían acusar de exageración si subrayamos que esa importante verdad, según la cual las relaciones socialistas no son relaciones capitalistas, había sido entrevista por determinados autores antes de la aparición del teórico Popovic.) Las relaciones entre Estados basadas en la ley del valor llevan a intercambios de valores no equivalentes, y,

58. Popovic, *l. c.*, p. 7-8.

más generalmente, permiten a los países más evolucionados apropiarse de una parte de la plusvalía mundial producida por otros. Eso ocurre por una parte debido al mayor desarrollo de la productividad en los países evolucionados y nivelación de la cuota de ganancia, y por otra al hecho de que los países evolucionados son esencialmente vendedores de productos acabados y compradores de materias primas y de productos agrícolas. La explotación de los países atrasados, que es la consecuencia, queda reforzada en el período actual, por la aparición de monopolios que realizan super-beneficios a sus expensas.

Supongamos que, en un país industrial desarrollado A, la producción de la unidad de una mercancía necesita un gasto de 60 unidades de trabajo muerto o pasado (capital constante: máquinas, materias primas) y de 40 unidades de trabajo actual o vivo, de las cuales 20 unidades de trabajo pagado (capital variable: compra de la fuerza de trabajo) y 20 de trabajo no pagado (plusvalía). Supongamos asimismo que, en un país menos desarrollado, B, donde en consecuencia se emplean menos máquinas y más trabajo actual, la producción de esa unidad exige 50 unidades de trabajo muerto y 60 de trabajo vivo (repartidas en treinta de trabajo pagado y 30 de trabajo no pagado). La unidad de la mercancía producida en A tendrá un valor de 100 (60 + 20 + 20); la producida en B, un valor de 110 (50 + 30 + 30). Pero en el mercado mundial existe en principio un precio único para cada producto. Este precio único será, en nuestro ejemplo (suponiendo que solamente los países A y B produzcan la mercancía en cuestión, y que los volúmenes de su producción sean iguales), de 105; en consecuencia, los capitalistas de A obtendrán una ganancia de 25, superior a la plusvalía que han obtenido los obreros de este país, mientras que los capitalistas de B obtendrán una ganancia (de 25 igualmente) inferior a «su» plusvalía. El mecanismo que se encuentra en la base de este fenómeno (y en cuyo análi-

sis no podemos detenernos) ha sido denominado por Marx nivelación de la cuota de ganancia (o formación de una cuota de ganancia media); se expresa por el hecho de que los capitales de composición orgánica distinta producen no ya una ganancia igual a la plusvalía realmente producida en la empresa, la rama o el país en el que cada uno está situado, sino una ganancia media calculada sobre la base de la relación de la plusvalía social (o mundial), total al capital social (o mundial) total. De este modo, si el total del capital mundial gastado en un año en la producción es de 500 mil millones de dólares, de los cuales 250 están en los Estados Unidos, y si la plusvalía mundial sacada a los obreros es de 100 mil millones de dólares, la cuota de ganancia media será de un $20\ \% \frac{(100)}{(500)}$ y los capitalistas americanos obtendrán una ganancia de $\frac{(20 \times 250)}{(100)} = 50$ mil millones de dólares, aunque la plusvalía realmente obtenida de los obreros americanos, es, por ejemplo, de 30 mil millones solamente. De modo que absorben 20 mil millones por encima de «su» plusvalía, y esos 20 mil millones serán la parte de la plusvalía que los explotadores de los otros países han extraído a sus obreros y de la que no pueden apropiarse porque sobrepasa la cuota de ganancia media.

La suma del capital gastado en la producción de una mercancía y de la ganancia media correspondiente constituye el precio de producción de la mercancía en cuestión. Alrededor de este precio de producción, y no alrededor del valor de la mercancía (capital + plusvalía), oscilan, en función de la oferta y de la demanda, los precios reales del mercado. Todo eso es válido, por supuesto, en el marco del capitalismo de competencia. La aparición de los monopolios, la dislocación del mercado mundial y la estatización cre-

ciente aportan a esa ley profundas modificaciones que no podemos examinar aquí.

En consecuencia, los países menos desarrollados, en los que la composición orgánica del capital es más baja, son explotados por los otros, simplemente por medio del mecanismo de nivelación de la cuota de ganancia, aunque no comercien directamente con ellos. Por último, dice Popovic, en la medida en que los «Estados socialistas independientes» tienen entre sí relaciones de intercambio sobre una base capitalista, es decir que intercambian mercancías según los precios que prevalecen en el mercado mundial, se produce el mismo fenómeno, o sea que los países más desarrollados absorben una parte de la plusvalía producida en los países menos desarrollados; en consecuencia los «fondos de acumulación socialista» de estos últimos se ven reducidos y son explotados por los otros. Eso es injusto y profundamente inmoral, exclama Popovic, necesitamos relaciones económicas justas, «basadas en la igualdad». Luego propone a modo de ejemplo el modo en que Yugoeslavia solucionó sobre una base «socialista» sus relaciones con Albania, que evitaba a esta última la explotación.

Volveremos más adelante sobre esa última cuestión. De momento examinemos el significado del razonamiento de Popovic que acabamos de resumir en pocas líneas (y que ocupa, junto a banalidades y ejercicios oratorios de todo tipo, una cincuentena de páginas de su ilegible folleto).

No nos detendremos en la falsedad consistente en calificar a Rusia y a sus países satélites de «países socialistas»; nada más natural para un burócrata estalinista, y es más que evidente que para él esa denominación significa: «países en los que los partidos estalinistas detentan el poder». Sin embargo, señalemos de

paso que lo que Popovic entiende por socialismo se comprende cuando vemos que para él el hecho de que un país socialista pueda explotar a otro es muy malo —sobre todo para este último—, pero en modo alguno es incompatible con el carácter socialista. Sobre la base de la «concepción» propovicianista, sería perfectamente posible que la tierra estuviera cubierta de países «socialistas» que se dedicaran a explotarse mutuamente. Es algo que sería bueno y justo evitar, pero no hay en ello ninguna imposibilidad, ni económica, ni de otro tipo. A este mistificador ni se le ocurre la idea de que relaciones de explotación en el exterior presuponen relaciones de explotación en el interior [59].

Pero en la medida en que puede hablarse con seriedad de la concepción de Popovic, hay que empezar por ver que su *punto de partida* es ya implícitamente falso y reaccionario. Enfocar por separado esos dos problemas: *a*) edificación del socialismo en cada país, *b*) relaciones «socialistas» entre esos «países socialistas independientes», cuando se trata de un mismo problema, no sólo es una absurdidad teórica, sino que traduce ampliamente el carácter burocrático reaccionario de la ideología titista. La edificación del socialismo en un país es una absurdidad, una contradicción en los términos. El socialismo y su construcción sólo son concebibles, incluso desde el punto de vista material y técnico, a escala mundial. Pero Tito ha ido más lejos que Stalin en ese sentido. Éste argumentaba del siguiente modo: es más difícil para Rusia construir el socialismo si está aislada que si la Revolución hu-

59. Los dirigentes trotsquistas, siempre tan asombrosamente coherentes, perdieron, tras su actuación en favor de Tito y en contra de la explotación de los países satélites por Rusia, una excelente ocasión de explicarnos por qué y cómo una economía «con bases socialistas» permite explotar y dominar otros países y qué ocurre dentro de esta óptica con la idea fundamental de Trotsky según la cual «el parasitismo burocrático no es una explotación en el sentido científico de la palabra».

biera vencido en Europa. Sin embargo, incluso aislada, Rusia puede construir el socialismo, sobre todo habida cuenta de las condiciones naturales que reúne (extensión, población, riquezas naturales, etc.). El argumento no es, evidentemente, de mucho peso, aunque en su forma es menos estúpido y menos reaccionario que la ideología titista. Ésta viene a decir: aunque hayan varios países socialistas —o si todos los países son socialistas— cada uno de ellos debe edificar el socialismo «independientemente» de los otros. De «el socialismo en un solo país», teoría «excepcionalista» de la burocracia rusa, hemos llegado a un «socialismo en cada país por separado», ideología natural y orgánica de cualquier burocracia nacional. Popovic no puede decir que esos países «socialistas» se ignoran mutuamente. Al contrario, como pudimos comprobar. Pero en vez de partir de la afirmación de la unidad de la economía mundial y del socialismo mundial, se empieza por afirmar la «independencia» de los países socialistas, el hecho que cada uno «empieza» a edificar el socialismo en su casa.

Pero la unidad de la economía mundial es una realidad demasiado poderosa. Las relaciones económicas entre el famoso «Estado socialista independiente» y el mundo son una cuestión de vida o muerte. Popovic nos presenta entonces su teoría de las «relaciones socialistas» o «igualitarias» entre los países socialistas independientes. Estas relaciones deben estar basadas en la igualdad. Pero, ¿qué igualdad?

Esta igualdad, o no significa absolutamente nada, o es una llana y reaccionaria utopía proudhoniana. Así como los pequeños patronos eliminados por la competencia capitalista miran hacia atrás con nostalgia, hacia los tiempos de la simple producción mercantil y piden el restablecimiento virginal de la «igualdad», y de la ley del valor tal como era antes de la «deformación» que le impuso el capitalismo, la concentración, el monopolio, etc., asimismo la burocracia explotadora de un país secundario protesta contra la

más fuerte, reclamando la «igualdad». ¿Qué significa «relaciones igualitarias»? La explotación contra la que se queja Popovic es la que se opera mediante la nivelación de la cuota de ganancia; el precio de mercado de los productos no tiene en cuenta el hecho de que los mineros yugoeslavos utilizan más tiempo en sacar el mineral que sus camaradas de Pensilvania, pero está establecido sobre la base de una media mundial de los tiempos de trabajo, de donde resulta un precio único para la mercancía. Es la única base «igualitaria» y racional posible en un sistema de intercambios mundiales desarrollados entre «unidades independientes». Es lo que permite la selección de empresas más rentables y su desarrollo en relación a las otras. Es una de las manifestaciones del carácter progresivo del capitalismo, en la medida en que la monopolización completa de la rama dada de la producción no ha sido aún realizada.

Pero, dice Popovic, está la explotación: de este modo se intercambian cantidades «desiguales» de trabajo. No vamos a discutir esa explotación: se trata básicamente de la explotación de los explotadores menos fuertes y menos aptos para la supervivencia por parte de los otros y, como tal, no interesa al proletariado. A esa explotación, Popovic mezcla la que resulta de la monopolización de la economía. Aunque sería fastidioso señalar sistemáticamente los errores y las absurdidades contenidos en su compilación, hagámoslo con algunos solamente, a modo de ejemplo, y a fin de demostrar a qué se reduce la «contribución» de la burocracia yugoeslava a la teoría marxista. Popovic dice que «los monopolios tienen el poder de fijar sus precios a su antojo...» (p. 25). Se trata de un delirio caracterizado. Los monopolios pueden determinar el precio *entre dos límites muy precisos*: un límite inferior, que es el costo de la producción, y un límite superior, función de la demanda solvente concerniente al producto en cuestión. Si incluso la curva de esa demanda está perfectamente definida, el análisis eco-

nómico demuestra que existe *un precio monopolístico necesario,* en el sentido en que indica, en función de las cantidades ofrecidas y de los costos de producción, el beneficio máximo hacia el que el monopolio está orientado.

En la misma página, Popovic sostiene que los monopolios ejercen «su acción sobre el mercado mundial de dos maneras:

a) en el sentido del aumento de los precios de los productos acabados que los monopolios capitalistas producen y venden a los países atrasados;

b) en el sentido de la disminución de los precios de las materias primas agrícolas suministradas por los países poco desarrollados y las colonias.

De ahí, la tendencia constante a extender el margen existente entre los precios de los productos industriales acabados y los de las materias primas y de los productos agrícolas, y la tendencia a reforzar la explotación de los países atrasados.» (*Ib*)

La tendencia a reforzar la explotación de los países atrasados tiene muy poco que ver con la explicación que nos da Popovic. Éste se olvida tranquilamente de que incluso la producción (para las materias primas más importantes y las industrias extractivas en general), y de todos modos *el mercado* de los productos agrícolas y de las materias primas, está tan monopolizado como la de los productos acabados; que en el mercado mundial el precio del estaño, del caucho, del trigo, del café, del petróleo, etc., son objeto de la misma reglamentación monopolística que los del acero y de la industria textil; que si efectivamente *la producción* de la mayoría de los productos agrícolas no está monopolizada, al contrario de lo que ocurre con la gran mayoría de las materias primas y de los productos acabados, eso significa tan sólo que la monopolización —y de ahí la explotación del producto inmediato— intervienen en el estadio de la comercialización del producto porque la venta del producto

de la cosecha a grupos monopolísticos de compra es de derecho o de hecho obligatoria para el productor; que en la historia económica real la relación existente entre los precios de los productos primarios y los de los productos acabados ha cambiado varias veces y es absolutamente falso hablar de una «tendencia constante» que favorece los precios de los productos acabados en detrimento de los de las materias primas y de los productos agrícolas; que, si una tendencia existe, es más bien la tendencia contraria (alza de los precios de los productos primarios relativamente más rápida que la de los productos manufacturados), basada en el hecho de que la producción industrial progresa mucho más deprisa que la producción primaria y que la industrialización constante de los países atrasados actúa evidentemente en este sentido, ya que restringe a la larga, en el mercado mundial, la demanda de productos manufacturados, a la vez que aumenta la de las materias primas y la de los productos agrícolas. Lo importante es que la explotación de los productores inmediatos por el monopolio, a través de la compra monopolística de su producción, concierne a los propios productores, y en absoluto al «país» en los que éstos están en tanto que tales. Los pequeños productores argentinos de trigo son «explotados», pero es ridículo hablar de la «explotación» que sufren los grandes negociantes de trigo de Buenos Aires. Asimismo la burocracia yugoeslava vende a Inglaterra o a Suiza sus huevos, su trigo, su madera, su aluminio o su cobre al precio del mercado mundial, y ésta no es la forma en que podría ser explotada. En cuanto al campesino o minero yugoeslavo, lo es de todas formas y de mil maneras por esa misma burocracia, y por el capitalismo mundial.

¿Y qué propone usted en vez de eso?

¿El intercambio de cantidades «iguales» de trabajo? Muy bien; vamos a ver qué puede significar esta idea.

Significaría, por ejemplo, que la Francia socia-

lista debería vender sus automóviles mucho menos caros a Yugoeslavia, es decir, no según la cantidad media mundial de trabajo cristalizada en un automóvil, sino según la cantidad real de trabajo incluida en los coches franceses que supondremos, en el ejemplo, menor que la primera. Como contrapartida, deberá comprar el carbón yugoeslavo según el trabajo real que supone y en consecuencia mucho más caro que el carbón del Rhur.

Entonces las cosas se presentarían de este modo: Francia es también un país socialista «independiente» y, como tal, hace lo que le da la gana, y sobre todo lo que le es más conveniente (para su «fondo de acumulación socialista» claro está). Luego manda al cuerno el «carbón real» de Yugoeslavia y compra vulgar carbón alemán (también socialista), que es más barato, y vende sus automóviles allí donde le ofrecen las mejores condiciones (a Dinamarca, por ejemplo, país agrícola, aunque «avanzado», que por este hecho vende en buenas condiciones su manteca y sus huevos a Alemania y puede permitirse automóviles pagándolos más caros que lo que han costado «realmente»).

Resultado: los países «independientes» que se obstinan en querer vender trabajo «real» y no trabajo medio son rápidamente eliminados del mercado mundial, de las «relaciones socialistas igualitarias», y condenados a comer su propio trabajo real hasta que revienten [60].

¡Ah!, exclama Popovic, eso no es lo que creíamos. Los países avanzados deben hacer un esfuerzo y comprarnos nuestros productos y vendernos los suyos. —¿Pero si en esas condiciones pierden dinero?— Es igual, la moralidad socialista está en juego, tienen que ayudarnos. ¡Perdonen ustedes, pero había-

60. Parece que oigamos las utopías delirantes del pequeño patrono que se queja de que la gran fábrica baja «artificial e inmoralmente los precios» de los productos y reivindica el derecho a vender su producto «al precio de coste».

mos entendido que ante todo querían ser «independientes»!

Entonces es cuando los camaradas Poppard y Poppmeister, ministros de Comercio de la Francia y la Alemania socialistas respectivamente, intervienen en la discusión para probar sin dificultad que, al acordar esa «ayuda» a Yugoeslavia y a todos los países «socialistas» atrasados del mundo, disminuirán los «fondos de acumulación socialista» de sus países.

Este es el escollo objetivo en que culmina la estúpida y reaccionaria «teoría» de los «intercambios igualitarios entre países socialistas independientes». Sin embargo, no basta con entender el carácter ridículo de las soluciones de Popovic, hay que esbozar, aunque sea brevemente, la solución de los problemas aquí planteados.

El problema del desarrollo de la economía socialista mundial después de la victoria de la Revolución y, en particular, el problema de la relación entre sus sectores atrasados y sus sectores avanzados, no podrá ser planteado ni resuelto si no se considera a esa economía mundial como una unidad y como un todo. Eso significa, en primer lugar, que la orientación de la acumulación no será definida por el deseo o la voluntad abstracta de «industrializar a los países atrasados», sino por el de conseguir el desarrollo más rápido y económico de las fuerzas productivas materiales y humanas, dando por supuesto que la primera tarea será la de elevar el nivel de vida y las condiciones de trabajo de las categorías menos favorecidas de los trabajadores hasta el nivel de las categorías y de los países más favorecidos. En este sentido puede que las nuevas inversiones se dirijan a las regiones menos explotadas, pero no tiene por qué ser siempre así; lo contrario es desde este instante evidente en algunos casos. Por otra parte, la «transferencia» de los fondos para la acumulación en esos países atrasados no tomará la forma estúpida de «compra» a estos países de sus productos a su «coste real», o de «venta

al coste real» de los productos acabados, sino de inversiones en tal o cual producción, en el marco de una planificación única, en la que Yugoeslavia, desde el punto de vista económico, estará considerada desde el mismo punto de vista que la Lorena o Connecticut. Si los bantús manifiestan el deseo de dedicarse a la producción de microscopios electrónicos y venderlos luego por las cantidades astronómicas que les habrán costado, ese deseo será difícilmente aceptable por parte de los obreros de otros países; éstos considerarán normal ayudar a los bantús a producir lo más rentable, teniendo en cuenta las condiciones de su país, su grado de desarrollo técnico y su expansión deseable y posible en un futuro inmediato, y el coste de su trabajo que será de todos modos igual al de los otros trabajadores del planeta. Desde este punto de vista, la reivindicación de la «independencia» de los bantús, igual que la de los franceses o los rusos, sería una tontería reaccionaria.

El «fondo de acumulación socialista» es mundial, la planificación socialista es mundial, el proletariado socialista es una clase mundial, y la «independencia» de los pueblos socialistas está limitada por la independencia del proletariado mundial, que es el único soberano en el asunto. Por otra parte, una contabilidad socialista racional, medio indispensable para la planificación, sólo es posible sobre la base de un cálculo de los costos de producción medios a escala mundial.

61. Sería pues necesaria una buena dosis de locura para crear fábricas de máquinas-herramienta en Yugoeslavia cuando las fábricas correspondientes en USA trabajan al 50 o al 60 % de su capacidad, como ocurre en la actualidad, es decir en las condiciones de un boom económico; cuando, en consecuencia, no sólo habrá que utilizar plenamente la capacidad de producción actual, sino que también, y durante largo tiempo, las inversiones más rentables se realizarán por medio de la ampliación de las fábricas existentes.

Volviendo a nuestro teórico, éste intenta apoyar la concepción de relaciones «igualitarias» en algunos «datos» ambiguos concernientes a las relaciones de Yugoeslavia «con los países socialistas más pequeños o menos desarrollados», es decir —no hay otro— con Albania. Popovic afirma con firmeza que, de la ayuda que se acordó a Albania, Yugoeslavia no obtenía ningún provecho. No tenemos ninguna razón para creerlo y de todos modos es difícil comprobarlo sobre la base de los «datos» voluntariamente ambiguos de Popovic.

Empezando por la famosa cuestión de los precios, sobre la que nos gustaría ver en acción el principio «igualitario» de los intercambios, Popovic nos informa que se habían fijado, de común acuerdo, «precios para todas las ramas de la producción (de Albania)», en base a un «margen beneficiario medio»; no sabemos en qué consistía este margen, pero en la medida en que era el mismo que el establecido para Yugoeslavia, y en la medida en que Popovic reconoce la «productividad insuficiente de la mano de obra albanesa», verosímilmente inferior a la mano de obra yugoeslava, esa igualdad de cuotas de ganancia significaría concretamente la transferencia de una parte de la plusvalía real hacia Yugoeslavia, o sea, la «explotación» de Albania por Yugoeslavia según el mecanismo expuesto ampliamente por el propio Popovic. Por otra parte, las mercancías que Albania recibía de Yugoeslavia «eran cobradas a los precios interiores yugoeslavos, inferiores en su conjunto a los precios albaneses», precisa. Pero *¿inferiores también a los precios mundiales*?, tenemos derecho a preguntar. Ya que, si no es el caso —como es más que probable—, si los albaneses por esos intercambios «igualitarios» compraran en Yugoeslavia cotonadas más caras que las que se hubieran podido comprar en otras partes, ¿la «moralidad socialista» queda satisfecha?

Popovic cita, por último, el hecho de que Yugoeslavia acordaba a Albania créditos «sin interés», es decir desinteresados, para «prestar una ayuda real y socialista a otro país socialista». Pero Popovic se va de la lengua y se descubre el pastel cuando escribe [62]:

«Se hizo evidente que la economía de Albania, con su sistema de acumulación socialista (¿!), no era capaz de edificar rápidamente el socialismo. El estado especialmente atrasado de Albania no se lo permitía y esta circunstancia, tanto desde el punto de vista económico como político, hubiera podido *comprometer el establecimiento en este país de una democracia popular, poner en peligro, es decir, impedir, la marcha hacia el socialismo.*» Por eso «fue necesario que la acumulación socialista yugoeslava ayudara a la acumulación socialista albana» (el subrayado es nuestro). En otras palabras, se trataba sobre todo de ayudar a que conservara el poder, en un país muy pequeño, pero estratégicamente importante, la pandilla pro-rusa que logró legar a él gracias a los trastornos de la post-guerra, y aprovechar además la ocasión para penetrar gracias a la ayuda de «técnicos», especialistas, militares, etc. —¡todo el balde!— en los puestos de control de la vida de todo el país. El propio Popovic afirma que Yugoeslavia «tomó la responsabilidad, en 1947, de vestir y equipar al ejército albano; en 1948, se encargará además de su abastecimiento... Gracias a esta idea (la ayuda Yugoeslava en general, y en especial bajo la forma de créditos), Albania fue capaz de:

a) mantener, si se tienen en cuenta los medios y la extensión del país, un ejército importante...»

Hay que hacer notar que si los créditos sin interés e incluso los donativos fueran una prueba de desinterés, entonces el plan Marshall, formado por 9/10 de donativos, sería una empresa socialista. En cuanto al

62. *Id.*, p. 102.

Pacto de Asistencia Militar, no hay duda de que evidencia (al igual que el equipo yugoeslavo recibido por el ejército albano) las intenciones socialistas del Estado Mayor americano de cara a la infantería de Europa.

Concluyamos. Que Rusia explota a sus satélites —y que cada uno de éstos intenta hacer soportar a los otros el peso de esa explotación— por medio de las «sociedades mixtas» y por la determinación arbitraria de los precios de compra y de venta de los productos, no es ni dudoso, ni sorprendente, salvo para los que ven en ella un Estado «obrero», una economía «con bases socialistas». Se trata de hechos materiales, conocidos antes de la ruptura ruso-yugoeslava, inherentes a la naturaleza del sistema burocrático. No hacían ninguna falta las enrevesadas llanezas de Popovic para comprenderlo. Popovic hubiera podido aportar elementos materiales nuevos o más precisos; desgraciadamente no lo hizo. Todos los datos de su folleto son vagos e imprecisos; además, incluso tal como nos los da, son inutilizables ya que ese caballero parece ignorar de modo absoluto hasta los fundamentos de la economía política; en un teórico hubiera sido nefasta, pero en un ministro del Comercio exterior no es más que la prueba evidente de un sólido espíritu práctico [63].

63. Hasta sitúa la renta del suelo entre los elementos del capital constante (!) (p. 48, 49, 63); luego, en sus cálculos *sui generis* sobre la productividad parece olvidar sistemáticamente que el capital constante entra en el valor del producto y que, si los mineros húngaros producen un 50 % más por cabeza y por año que los mineros yugoslavos, eso puede obedecer también, a diferencias en la composición orgánica del capital, especialmente en el valor de los útiles de trabajo.

Los productos «ideológicos» de la burocracia, tanto en el caso de Yugoeslavia como en otros, llevan la marca de cretinismo de esa formación social retrógrada.

EL PORVENIR DEL TITISMO

La respuesta al problema del porvenir del titismo se desprende de lo que hemos dicho anteriormente sobre el imperialismo actual, y en particular sobre el imperialismo burocrático. El titismo es la expresión más acabada de la lucha de las burocracias locales contra la burocracia central, y debería pues extenderse a medida que la burocracia llega al poder en otros países. Pero la expansión del poder de la burocracia se efectúa en una época en que la concentración internacional de las fuerzas productivas plantea directamente a los dos imperialismos en presencia el problema de la dominación mundial. O sea que de los dos procesos paralelos —aparición de tendencias centrífugas ligadas a la expansión de la burocracia, y aumento enorme del poder y de la potencia de la burocracia central, que contribuye a su vez a acelerar la concentración internacional— el más importante históricamente es el segundo, y es el que triunfaría sin duda alguna si la revolución proletaria fracasara. Puede decirse finalmente que el titismo representa una tendencia permanente de las burocracias subordinadas, pero que esa tendencia no tiene ninguna probabilidad, desde un punto de vista histórico, de desarrollarse plenamente.

Concretamente, eso quiere decir que es evidente que Yugoeslavia, como Estado burocrático independiente, será aplastada por el estallido de la tercera guerra mundial, y no podrá volverse a reconstituir del mismo modo, sea cual fuere el resultado de la gue-

rra. La condición de su existencia actual es el equilibrio relativo de fuerzas entre la URSS y los USA —equilibrio que permite además ese intermedio «pacífico» que representa la guerra fría—; pero la guerra y sus consecuencias destruirán definitivamente ese equilibrio.

Ni que decir tiene que una revolución proletaria victoriosa significaría la liquidación implacable de la burocracia titista, como significaría la de la burocracia rusa o la de los *trusts* americanos. Fácil es también comprender que, después de una victoria total de uno de los dos imperialismos en presencia, rebeliones abiertas como las de Tito serían imposibles; de llegar milagrosamente a existir, serían rápidamente liquidadas. Lo que queda, sin embargo, en pie es la cuestión de la evolución posible de ese régimen, de aquí a la guerra. Si dejamos de lado la idea absurda y ridícula de una evolución «progresiva» de ese régimen hacia un poder obrero [64], hay que examinar dos posibilidades: integración directa a uno u otro de los bloques en presencia, o consolidación provisional de la burocracia titista como burocracia «independiente».

Desde los primeros meses de la ruptura entre Belgrado y Moscú, pudo verse que la integración de Yugoeslavia en el bloque ruso era ya imposible. Entre Tito y Stalin no había reconciliación posible. Hay que excluir también la eventualidad de una «revolución» interna que derribara violentamente a la burocracia titista en provecho del Kominform. No hay fuerza social en Yugoeslavia que desee luchar contra Tito para llevar al poder a una fracción prorrusa: ni la burocracia nacional, cuyos intereses representa directamente el titismo, ni los trabajadores explotados de la ciudad y del campo, que, con la experiencia de lo que es la burocracia yugoeslava, saben ya lo que es

64. Hablaremos de esa concepción en las últimas páginas de este artículo.

toda burocracia, ni los campesinos acomodados que quedan, que consideran a Tito como un mal menor. El Kominform sólo puede encontrar partidarios entre ciertos burócratas descontentos e intrigantes, a cuya acción la policía de Rankovitch impone límites muy estrictos. Por lo demás, ya se sabe cuáles son los factores que excluyen actualmente la intervención militar directa de los rusos en Yugoeslavia o que harían de ella, si se produjera, el primer episodio de la nueva guerra mundial.

Hay que excluir también la posibilidad de una integración directa de Yugoeslavia en el bloque americano. Teóricamente, esa integración no significaría necesariamente la vuelta de la economía yugoeslava a las formas de propiedad y de gestión privadas que imperan en Occidente, ni sería incompatible con el mantenimiento de las formas estatales y el poder de la burocracia, con tal de que ésta aceptara el control del capital americano y su participación en la explotación del país. Pero en la situación actual, la burocracia yugoeslava no puede aceptar ese control y esa participación: lo que ha determinado su rebelión contra el Kremlin ha sido precisamente la voluntad de evitarlos. Las relaciones tradicionales que, en los países de Europa occidental, unen a los capitales nacionales y al capital americano y hacen que la subordinación de las burguesías europeas a los Estados Unidos sea mucho más soportable para éstas, esas relaciones ya no existen en Yugoeslavia, y la estatificación prácticamente total de la economía yugoeslava hace que su reaparición sea prácticamente imposible. Lo importante en este caso es que en el momento actual la burocracia yugoeslava tiene no sólo el deseo —lo cual en última instancia no es muy importante— sino la posibilidad, provisional pero real, de resistir a esa integración.

Para comprender por qué, hay que examinar la tercera eventualidad: la consolidación de la burocra-

cia yugoeslava como burocracia «independiente». Esa «independencia» es a la larga imposible; por razones económicas y políticas, que no son en definitiva más que dos aspectos de una misma cosa, Yugoeslavia está condenada a integrarse en un sistema más vasto. En el plano económico, eso significa que la producción yugoeslava no puede bastarse a sí misma; ya sea mediante una planificación interestatal, o mediante el intercambio y el mercado, debe ligarse a la producción mundial. En el plano político, no podría resistir mucho tiempo a un imperialismo que dominara el mundo.

Así se plantea de nuevo la discusión sobre el «socialismo en un solo país» —o mejor dicho, el burocratismo en un solo país—, pero sobre la base concreta de la historia del último cuarto de siglo. Que la construcción del socialismo en un solo país sea imposible, ya no necesita demostración; pero puede verse qué quiere decir exactamente eso de modo mucho más preciso que en 1924 ó 1927.

Por justa que haya podido ser en su conclusión formal, el contenido de la crítica de Trotski contra la «concepción» estalinista del socialismo en un solo país se fundaba en ideas en gran parte erróneas. Esas ideas eran principalmente:

a) que la dependencia de la economía de todo país frente a la economía mundial *se manifestaba directamente como debilidad en la competencia en el mercado mundial de ese país aislado;*

b) que el resultado de esa dependencia era la alianza del capital internacional y de los elementos burgueses capitalistas en ese país, que podía llevar a una subordinación creciente de la industria nacionalizada al capital privado, y por consiguiente a *la posibilidad*[65] *de la restauración de la burguesía tradicional*;

65. E incluso, de no triunfar la revolución proletaria, a la *necesidad* de esa restauración.

c) que, por último, la principal expresión de esa dependencia del país frente a la economía mundial sería la derrota económica o política en su lucha contra sus rivales capitalistas, *en ningún caso su victoria sobre ellos.*

Esas ideas hacían caso omiso de las tendencias esenciales de la evolución de la economía contemporánea, cuyas contradicciones se sitúan en un plano mucho más profundo que el del «mercado» y el de la «propiedad privada». La burocracia estalinista respondía con razón a Trotski que el «monopolio del comercio exterior» podía proteger a una economía como la rusa de las «fluctuaciones del mercado mundial», y que ese monopolio protegería el desarrollo económico de Rusia. Hay que añadir claro está que lo que podía desarrollarse así, y lo que se desarrolló efectivamente, no era una economía socialista, sino una economía capitalista burocrática. Lo que Trotski olvidaba es que el «monopolio del comercio exterior» no era más que una manifestación más, en el período de decadencia del capitalismo, de la ruptura del mercado mundial «clásico». Aplicando de modo estricto ese monopolio, la burocracia rusa escapaba a la división internacional del trabajo. ¿Quiere decir esto que desaparecía el predominio de la economía mundial sobre una economía nacional? No, desde luego; pero ya no podía manifestarse de modo tradicional (mediante la «invasión de mercancías a bajo precio»); tampoco podía tomar la forma de una dependencia de Rusia en el aprovisionamiento en cierto tipo de productos (debido a un factor «coyuntural» importante, o sea las enormes riquezas naturales del país) [66].

66. Las pocas materias primas que no existían en Rusia (por ejemplo, el caucho) y la maquinaria altamente especializada para determinadas producciones le han sido suministradas por el mercado capitalista, que, en aquel momento, separaba aún suficientemente el provecho económico de las operaciones políticas para no incomodarse por el color del dinero ruso; y hasta cierto punto, lo mismo podría decirse hoy en día. Rusia

Es evidente que, al «escapar» así a la división internacional del trabajo, Rusia sufría graves pérdidas desde el punto de vista de la rentabilidad económica, sin poder «escapar» de todas formas a su extraordinaria penuria de capital. Pero no es menos evidente que la burocracia tenía que subordinar forzosamente la rentabilidad económica inmediata a sus necesidades y sus intereses globales —y en primer lugar, a los imperativos de su supervivencia—, y que la solución de la penuria de capital iba a ser la explotación desenfrenada de las masas.

Desaparecía así al mismo tiempo la posibilidad de «penetración» del capital privado en Rusia, única base teóricamente plausible de la restauración burguesa, puesto que la burguesía campesina o urbana era implacablemente aplastada por la burocracia y demostraba ser incapaz de resistir a la economía estatal.

En resumidas cuentas, la dependencia de Rusia frente a la economía mundial se ha manifestado efectivamente en 1941, pero no en el plano del «mercado mundial» sino en el de la guerra, que ha reintegrado directamente la economía burocrática en la economía internacional, al nivel esta vez de la lucha por la dominación mundial. La burocracia rusa ha salido vencedora en esa guerra (probando así la viabilidad y hasta la superioridad del capitalismo burocrático como sistema de explotación frente a las formas capitalistas tradicionales), pero ha destruido así ella misma la teoría del «socialismo en un solo país»: la economía burocrática ha tenido que luchar por las armas para sobrevivir, y la situación de la postgue-

---

pagó con sus productos, vendidos la mayoría por debajo de su precio internacional (el famoso *dumping* ruso), independientemente de su costo de producción y hasta de las necesidades del país. No obstante, no hay que olvidar que el valor y el volumen del comercio ruso con los países burgueses ha disminuido sin cesar desde 1929.

rra ha probado que las contradicciones del capitalismo burocrático la conducen a una expansión imperialista, como las del capitalismo financiero.

La experiencia prueba que la posibilidad de existencia independiente de una economía burocrática *durante un período dado* [67] es un asunto concreto, cuya solución depende de la configuración de los factores esenciales en la coyuntura. En el caso de la burocracia rusa, por ejemplo —y haciendo abstracción del apoyo activo que el proletariado mundial dio a la Revolución rusa y a los que consideraba equivocadamente como sus herederos—, los factores que han permitido, primero su consolidación y su desarrollo, y después su supervivencia victoriosa durante la guerra, fueron la extensión y las riquezas naturales del país, el equilibrio de Versalles, y la violencia del conflicto que opuso entre sí a los imperialismos occidentales hasta 1945. Una modificación en esos factores no hubiera alterado desde luego el desarrollo fundamental de la economía y de la sociedad modernas hacia la estatificación, pero hubiera podido cambiar sus ritmos y sus modalidades.

Veamos qué quiere decir concretamente esto en el caso de Yugoeslavia.

Si el mundo estuviera hecho de economía pura, la situación de la burocracia yugoeslava sería desesperada. Es evidente que no hay comparación posible, ni desde el punto de vista de la extensión y las riquezas naturales, ni desde el del desarrollo industrial, entre la Yugoeslavia de 1948 y la Rusia de 1928. A pesar de su gran dependencia respecto a la economía mundial, la Rusia zarista de 1913 era la quinta potencia industrial del mundo, y poseía ya una industria pesada extremamente concentrada y moderna;

67. En el plano histórico, ya dijimos que la «independencia», por confundirse con el dominio mundial, sólo es posible a la larga para un único Estado.

con excepciones insignificantes, todas las materias primas y todos los tipos de cultivo existían en su inmenso territorio. El problema que se planteaba era un problema de acumulación del capital, junto al de la asimilación de las técnicas industriales modernas. Ese problema podía ser resuelto, y lo ha sido efectivamente, mediante una explotación intensa de la población trabajadora, ya que los elementos físicos y humanos de la solución existían ya. No hay nada semejante en Yugoeslavia; podrá explotar ahora «nuevas» riquezas naturales y podrá crear ciertas industrias manufactureras, pero eso no modifica una realidad elemental; debido a su extensión reducida, a la herencia del atraso económico, y cultural, a la insuficiencia de los factores naturales con los que cuenta, Yugoeslavia sólo podría escapar a la división internacional del trabajo manteniendo su economía a un nivel de estancamiento absoluto. Evidentemente, eso es imposible; la existencia de la burocracia, en mayor grado aún que la de la burguesía, es inseparable del desarrollo industrial. Es también evidente que ese desarrollo no hará más que agravar su dependencia respecto a los países avanzados. Apenas es necesario recordar la enorme especialización —y por consiguiente la enorme dependencia— que trae consigo la industria moderna, y el hecho de que en la era capitalista sólo dos países —los USA y Rusia— han conseguido crear, de diversos modos, un circuito productivo más o menos cerrado (desde el punto de vista técnico, claro está, no desde el punto de vista económico).

La «industrialización» de Yugoeslavia sería completamente imposible si ese país no encontrara en el extranjero a la vez la maquinaria necesaria y los créditos para comprarla. Una vez instalado ese equipo, hay que conservarlo, renovarlo y extenderlo. Durante todo el período que puede razonablemente tomarse en cuenta, la «industrialización» no significará en modo alguno una disminución de la dependencia del país

respecto a los países industriales que proporcionan la maquinaria; y hasta acarreará una dependencia aún mayor desde el punto de vista cualitativo [68].

La dependencia de Yugoeslavia ante la economía mundial no se manifiesta únicamente de modo derivado y en una perspectiva histórica, como en el caso ruso, sino de modo directo e inmediato. De lo que se trata aquí no es de las contradicciones internas insolubles de una sociedad de explotación y del complejo defensa-ataque que llevan a la lucha por la dominación mundial, sino de la imposibilidad de escapar a la división internacional del trabajo, o sea de la imposibilidad de escapar al «intercambio» con los países capitalistas bajo la forma que toma ese intercambio actualmente: la dependencia frente al capitalismo americano y el control absoluto de éste. El monopolio del comercio exterior podría impedir que esa integración a la economía capitalista internacional tomara la forma de la «invasión de mercancías a bajo precio», pero no puede constituir un obstáculo serio para la instalación del control americano sobre el país.

Pero la economía pura es una abstracción. El grado de integración de la economía, la política y la estrategia es hoy tal, que acciones que, desde un punto de vista «puramente económico» serían absurdas, parecen evidentemente necesarias desde el punto de vista de los intereses de las clases dominantes. El criterio de la rentabilidad pura y directamente económica tiende a ser sustituido cada vez más por el de una rentabili-

68. Un país agrícola atrasado, aunque importe para sus necesidades cotidianas más que un país desarrollado, puede sufrir con más facilidad una reducción o una interrupción total de sus importaciones, replegándose sobre su propia producción rudimentaria. Ese repliegue significa la muerte para la industria de un país desarrollado —a menos que ese desarrollo tenga proporciones gigantescas.

dad total, que consiste en la mejor defensa posible de los intereses universales de la clase explotadora, intereses que en muchos casos se oponen al «máximo de ganancia» en cada operación concreta, y van mucho más lejos. En el caso específico de Yugoeslavia, todo un complejo de razones políticas y estratégicas hace que hubiera sido absurdo que el bloque occidental, y en particular los Estados Unidos, impusieran condiciones económicas —y hasta cualquier tipo de condición—, a la ayuda que conceden a Tito (créditos o excepciones en favor de Yugoeslavia en el bloqueo que intentan imponer a los países de la zona oriental). Que traten de obtener un máximo de concesiones de la burocracia titista, qué duda cabe; pero que hagan de esas concesiones una condición *sine qua non* de su ayuda está absolutamente excluido, ya que para los Estados Unidos la función esencial de Yugoeslavia es mantener y consolidar la ruptura del bloque soviético en un punto importante, y ser un ejemplo para los burócratas de los otros países satélites. Ante esos factores de tipo general, los dólares que podría obtener de uno u otro modo gracias a la participación en la explotación de Yugoeslavia no le importan demasiado al imperialismo americano. La ayuda a Yugoeslavia forma parte de los gastos generales de la preparación de la tercera guerra mundial. Y aprovechando esa situación, Tito podrá continuar haciendo funambulismos mientras dure la guerra fría.

PROLETARIADO Y TITISMO

El criterio de la actitud de los militantes obreros ante la burocracia titista no puede estar originado por consideraciones coyunturales («crisis» creada por el titismo en el seno de los partidos estalinistas, «entusiasmo» de los trabajadores yugoeslavos por el plan

quinquenal, etc.), sino por el análisis de su naturaleza social y de su papel histórico. A los problemas que se plantean desde este punto de vista, tales como ¿cuál es la naturaleza del régimen económico y social existente en Yugoeslavia?, ¿qué representa la burocracia titista?, ¿cuál es el carácter de su lucha contra el Kremlin?, nos será fácil contestar en base al análisis precedente.

La economía yugoeslava está fundamentada en la explotación de los trabajadores. Como en Rusia y en los países capitalistas occidentales, los trabajadores son, en la producción, simples ejecutantes. La gestión de la producción, la orientación de la acumulación, la repartición del producto consumible son, en tanto que funciones económicas, monopolizadas por la burocracia y ejercidas por ésta en función de sus intereses. Esos rasgos definen una sociedad de explotación y, dentro de la fase histórica actual, una sociedad capitalista burocrática.

Ante ese elemento primordial, el hecho de que la cuota de explotación en Yugoeslavia sea más o menos elevada, de que la plusvalía separada por la burocracia sea utilizada en tal o cual otra proporción para la acumulación o para su consumo improductivo sólo tienen una importancia secundaria. La naturaleza fundamental del régimen de explotación no cambia si en Australia, pongamos un ejemplo arbitrario, la cuota de explotación es menos elevada que en España, y los Estados Unidos no han dejado de ser el modelo de la sociedad capitalista cuando entre 1941 y 1944 una gran parte de la plusvalía producida era inmediatamente reinvertida en la producción.

De hecho, hemos visto que la cuota de explotación en Yugoeslavia debe ser enorme. Vimos también que la parte del producto de esa explotación, utilizada por la burocracia yugoeslava para la acumulación a expensas de su consumo improductivo, es mucho

mayor que en Rusia, por ejemplo. Pero la diferencia es únicamente cuantitativa y disminuirá con el tiempo. El consumo improductivo de la burocracia rusa sólo empezó a ser enorme y a reflejarse en la orientación de la acumulación a partir del primer decenio de su subida al poder. Durante todo un período, la burocracia yugoeslava deberá, si quiere existir, desarrollar su economía antes de poder pensar en otra cosa y se verá obligada a hacer pasar la producción o la importación de medios de producción, antes de la de automóviles de lujo o de pieles. Su «frugalidad» actual no nos emociona como tampoco la avaricia de los burgueses puritanos de los principios del capitalismo, para los que la extensión de su capital era lo único importante [69].

Pero el desarrollo de la burocracia tiene su lógica interna. En la medida en que la economía yugoeslava se industrialice, la burocracia se extenderá, se consolidará, y diferenciará cada vez más sus ingresos consumibles de los del resto de la población. De este modo, cuando los ingresos burocráticos creen la demanda de productos correspondiente, la estructura de clase de la sociedad se reflejará inevitablemente en la propia orientación de la acumulación. La parte relativa de los productos consumibles por la burocracia en la producción y la importación de bienes aumentará a expensas de la de los medios de producción, y, como la acumulación tendrá qune continuar al mismo ritmo, la explotación del proletariado tendrá que aumentar.

Una vez demostrado el carácter reaccionario y explotador de la burocracia yugoeslava, el conflicto que la opone a la burocracia moscovita surge con toda claridad: la lucha entre dos explotadores para una re-

69. «¡Acumulad, acumulad, la acumulación es la gran panacea!» (K. Marx, *El Capital*).

partición distinta del producto de la explotación. Esa lucha no tiene nada que ver con la lucha del proletariado: éste sólo puede utilizar las dificultades que provoca en la clase dominante para desarrollar su acción subversiva. El pretendido carácter «nacional» de la lucha titista no puede cambiar nada: sostener a Tito en Yugoeslavia bajo el pretexto de luchar contra la sujeción del país por parte de Rusia sería tan reaccionario como sostener en Alemania un partido nacionalista burgués que quisiera expulsar a los americanos y restaurar la «independencia» de Alemania —de hecho, de los explotadores alemanes. En la época del capitalismo decadente, la «independencia nacional» es una idea utópica y reaccionaria. Utópica, porque el marco de la «nación» queda roto y superado constantemente por la creciente internacionalización de las fuerzas productivas y de la vida social. Tanto bajo la forma del dominio mundial de un solo Estado, como bajo la forma del poder mundial del proletariado, la «independencia nacional» está irremediablemente condenada a desaparecer. Reaccionaria, ya que la «lucha por la independencia nacional» es uno de los principales medios de sujeción ideológica y política del proletariado a su burguesía o a su burocracia «nacionales». La indiscutible intensificación y extensión de la opresión nacional en la época actual sólo puede suprimirse por la revolución socialista; directamente unida al problema del Estado y de sus relaciones con el mundo, la solución de la cuestión nacional implica directamente una transformación radical de las relaciones sociales y políticas a escala mundial y, en tanto que tal, es parte integrante del programa de la revolución del proletariado. Dar a entender que en ese marco de relaciones de explotación existe cualquier forma específica de lucha «nacional» posible para el proletariado, es participar directamente en la mistificación de los explotados en provecho de una capa nacional cualquiera de explotadores.

Es característico que, al revés de lo que ocurrió con la Revolución rusa de 1917, o con la guerra civil española de 1936, la pseudo-«revolución» yugoeslava no tuvo, prácticamente, eco en el seno del proletariado internacional. Aunque es natural. Como lo es el que hasta ahora el asunto yugoeslavo sólo haya provocado reacciones entre ciertos intelectuales estalinistas, entre algunos vasallos del PC que aspiraban a un poco más de independencia en el marco de la fidelidad a la burocracia (el caso de la fracción protitista del PSU) (i), entre gente tan desacreditada y desamparada como los ex-trotsquistas derechistas del RDR, y por último entre los dirigentes trotsquistas, en su desesperada búsqueda de una «realidad» cualquiera a la que aferrarse.

El caso de los intelectuales estalinistas tipo Cassou y Cía, o de los titistas del PSU, no tiene mucho interés. Después de haberse autoempalado en las vigas del estalinismo, de haber chapoteado por el barro y haberse tragado todos los crímenes y todas las traiciones, se sublevan por la paja de las acusaciones de «mala fe» del Kominform contra Tito. Los militantes revolucionarios y los obreros asesinados desde hace veinte años por Stalin, la explotación y el terror que tuvo que sufrir el proletariado ruso, les importa un pepino; pero Tito y su pandilla les interesan tremendamente; y es que el caso de éstos puede ser el suyo algún día; piden, al menos mientras sean los más débiles, que la dictadura de la burocracia sea algo «democrática» para los propios burócratas.

La aventura titista de los dirigentes trotsquistas es más instructiva. El paso de la dirección trotsquista, con armas y bagajes, al campo de la burocracia demuestra el fracaso definitivo de la plataforma trotsquista; la incapacidad de orientarse dentro de la historia contemporánea, de analizar correctamente la subida al poder de la burocracia y deducir las conclu-

siones políticas necesarias, son la base de la capitulación ante la burocracia que forma el contenido más claro del «titismo» de la IV Internacional [70]. De este modo, queda probado que, durante las épocas críticas de la historia, la llamada «fidelidad» a las ideas prescritas equivale a la peor traición de la lucha de clase.

La propaganda histérica llevada a cabo en la actualidad por los trotsquistas y algunos consortes dudosos alrededor de la «revolución» yugoeslava no les llevará lejos. Los obreros de vanguardia que hicieron la experiencia de la burocratización y que obtuvieron las conclusiones necesarias, no van a luchar para la defensa de otra burocracia .El único fruto que los dirigentes trotsquistas retirarán de su campaña serán las patadas con las que Tito les gratifica constantemente.[71]

La vanguardia obrera sacará las conclusiones fundamentales que se desprenden del asunto yugoeslavo, al comprender que la burocracia constituye en la actualidad una realidad histórica, y que las bases de su poder se encuentran en la expropiación del proletariado, en la monopolización por una capa social de la gestión de la economía y del Estado. Para las fracciones del proletariado que siguen aún al estalinismo,

70. Véase el análisis de esta evolución ideológica del trotskismo en la «Carta abierta al PCI» publicada en el n.° 1 de «S. ou B.» (especialmente p. 98) aquí, vol. I, 1) y en el artículo de Cl. Montal [Claude Lefort], publicado en el n.° 4 («Le trotskisme au service du titisme», p. 87-92).

71. Aquí tenemos un pasaje edificante de un discurso de un ministro yugoeslavo: «los diversos tipos sospechosos reunidos alrededor de una IV Internacional, diversos espías imperialistas, etc.» «Tanyug Bulletin d'information», n.° 86 p. 3. De ese «Bulletin d'information», «La Vérité» recomienda la lectura a la clase obrera). Los trotsquistas «explican» esas innobles calumnias por la «ignorancia» en la que se encuentran los dirigentes titistas acerca de la verdadera naturaleza de la IV Internacional. Como decía Sócrates, «nadie es malo voluntariamente».

la experiencia yugoeslava será un fermento del que podrá germinar el espíritu crítico ante el estalinismo y la burocracia, sea cual fuere su nacionalidad. Estos son, y no la movilización de obreros al servicio de la burocracia yugoeslava, los resultados positivos que podemos esperar del asunto Tito.

Nota final (1973)

Sobre la evolución de la situación social de los países ocupados durante la guerra por el ejército alemán, los factores que condicionaron en ellos el desarrollo extraordinario de los partidos estalinistas, concretamente en Yugoeslavia y en Grecia, las relaciones entre éstos y la burguesía nacional y la dinámica que les llevaba a tomar el poder y a instaurar un régimen burocrático a imagen del régimen ruso, ver también la «Introducción» al volumen I, 1 de la presente edición,

Notas (a) y (f). En varios puntos —interpretación del imperialismo, perspectiva de la tercera guerra mundial, agravación de la explotación del proletariado— el texto corresponde, naturalmente, a mis concepciones de la época, revisadas poco tiempo después; el comentario es extensible también a la referencia al imaginario «descenso de la cuota de ganancia». Véase la «Introducción» al volumen I, 1 de la presente edición. Especialmente, la cuestión del imperialismo es mucho más compleja de lo que el texto da a entender, o incluso SIPP. Volveré sobre el asunto más extensamente en un texto especial que será publicado en el volumen III de la presente edición.

Nota (b). Que el capitalismo burocrático crea orgánicamente, y no accidentalmente, un conflicto entre burocracias «nacionales», y que ese conflicto entre

capas dominantes y explotadoras no tiene por ninguno de los lados el menor «contenido social progresivo», ha sido demostrado, después de la redacción de este texto, por la evolución de las relaciones en el interior del bloque oriental y, evidentemente, sobre todo, por la oposición frontal entre Rusia y China. Sabemos que esta última ha rozado más de una vez durante los diez últimos años el conflicto armado y quizás hubiera llegado la sangre al río de no ser por el miedo común de los dos adversarios de sacar las castañas del fuego para un tercer ladrón, los USA. Dejaremos al lector demasiado curioso, por su cuenta y riesgo, el cuidado de encontrar la interpretación en las diversas literaturas trotsquistas y de decidir si un «Estado obrero degenerado» es más o menos progresivo que un «Estado obrero deformado» (última perla producida por las ostras trotsquistas) y si, en caso de ocurrir, habría que «defender incondicionalmente» a Rusia contra China, a la inversa, o las dos a la vez.

Nota (c). Evidentemente los trotsquistas, en su momento, y mucho después, habían visto en los acuerdos Tito-Chubachitch la prueba irrefutable de la colaboración de Tito con la burguesía y del carácter «reformista» del PC yugoeslavo. Desgraciadamente tendré que volver sobre la evolución «ideológica» del trotsquismo a propósito de la historia de la «cuestión rusa» (en el vol. I, 3 de la presente edición), a menos de que, entretanto, el dibujante Wolinski no lo haya tratado a su manera, la única que realmente le conviene.

Nota (d). Ver el volumen IV, *El contenido del socialismo,* de la edición francesa.

Notas (g) y (h). La explotación del equilibrio relativo URSS-USA ha permitido al régimen de Tito una supervivencia muy larga. Ésta ha funcionado al mismo tiempo que se daba una reinserción creciente de

Yugoeslavia en el mercado capitalista mundial, sobre todo desde 1960, mientras que las «reformas» económicas repetidas y recurrentes, con objeto de reducir las irracionalidades de la gestión burocrática de la economía por la inyección de dosis de pseudo-«mercado» y de «competencia», eran impuestas al país. Volveremos sobre la cuestión en el texto anteriormente anunciado.

Nota (i). Se trata del PSU de la época, micro-submarino estalinista disfrazado del que Gilles Martinet era el capitán Nemo.

La burocracia después de la muerte de Stalin *

Los cambios que se han producido en la URSS y en los países satélites después de la muerte de Stalin son importantes en sí mismos; lo son también para comprender la naturaleza del régimen burocrático. Era inevitable que la muerte del personaje que fue durante veinticinco años tanto la encarnación indiscutida del poder de la burocracia rusa como un déspota temido y odiado por su propia clase, al plantear un formidable problema de sucesión, provocara remolinos en el seno del personal dirigente; y era también probable que hiciera estallar luchas de clanes sofocadas hasta aquel momento por el poder absoluto de un individuo. No bastaba, sin embargo, por sí sola, para determinar cambios en la política interior y exterior. Si esos cambios han ocurrido, es porque la situación objetiva en Rusia y en los países satélites los imponía cada vez más. La muerte de Stalin los ha facilitado, sin duda alguna, con la desaparición del que había encarnado la orientación anterior y con la ruptura de la petrificación de los equipos y de las políticas que había correspondido a los últimos años de su reino. Ha debido también acentuarlas y condensarlas en el tiempo, en la medida en que el nuevo equipo dirigente quiere sacar el mayor provecho posible de todo lo que podría favorecer su consolidación en el poder.

* Publicado en la rúbrica «La situation internationale», «S. ou B.», 12, agosto de 1953. Escrito en colaboración con Claude Lefort.

Es apenas necesario recordar la confirmación que dan los acontecimientos de los seis últimos meses del carácter de clase del régimen ruso, expresado por el poder personal de Stalin, y no fundado en él. Los periodistas reaccionarios, que todo lo explicaban con su «zar rojo», ya no deben saber qué hacer; las luchas de los diádocos por la sucesión de Stalin podrían, si alcanzaran un máximo de violencia, favorecer la explosión de una revolución obrera en Rusia —perspectiva extremadamente improbable por el momento— pero está excluido que puedan, en sí mismas, acarrear el hundimiento de un régimen que representa de veinte a treinta millones de burócratas privilegiados y opresores.

CAMBIOS EN LA URSS

Recordemos las principales medidas tomadas desde la muerte de Stalin, y que parecen ir todas en el mismo sentido, o sea el de una limitación de la dictadura: 1) la amnistía; 2) el fin del «complot» de los médicos; 3) la disminución de los precios; 4) la depuración del Partido Comunista ucraniano. En lo tocante a la amnistía, su texto no permite apreciar su verdadero alcance: habría que conocer el número de encarcelados, y cómo va a ser aplicada. Es, sin embargo, probable que sea mucho más importante que todas las anteriores. Hay que señalar que no abarca los delitos políticos (lo que el texto llama crímenes contrarrevolucionarios) cuando han sido sancionados por penas superiores a los cinco años; pero la definición de ese delito es muy elástica. No es imposible que delitos políticos hayan sido calificados de derecho común, y que los condenados puedan aprovechar por lo tanto la amnistía, aunque lo más probable es que

la confusión de los delitos tenga el resultado contrario, ya que numerosos pecados «económicos» que deberían en principio ser anulados, pueden haber sido considerados crímenes contrarrevolucionarios: el obrero condenado por haber «saboteado» la producción, o estropeado un material, o por haber sido reacio a algunas órdenes, ¿es un criminal «económico» o un contrarrevolucionario? El equívoco aparece claramente en la restricción concerniente a los robos de la propiedad del Estado (que deben abarcar delitos muy diferentes), restricción que limita sensiblemente la categoría de los delitos económicos. Por último, no es imposible que el artículo 8, que prevé la sustitución de las sanciones disciplinarias por sanciones penales en los casos de delito económico permita mitigar la dureza del régimen administrativo en las fábricas. La amnistía será sin duda alguna sensible para los prisioneros de «derecho común», pero no podemos calcular su efecto eventual sobre las otras categorías de detenidos. Lo poco que en realidad sabemos lo muestra la disparidad de las interpretaciones que ha suscitado la medida mientras que «Le Monde» calcula que afectarán como mucho a algunos miles o decenas de millares de personas, el «Economist» habla de varios centenares de miles, y Alexander Werth, en el «Observateur», de por lo menos millón y medio de personas.

La rehabilitación de los médicos arrestados en los últimos días del reino de Stalin, y las medidas que la han seguido, tienen un sentido más concreto, y hacen pensar que la amnistía no está desprovista de importancia. El que un complot sea desmentido y los «errores» de la justicia denunciados explícitamente ya es algo sin precedente. Además, la importante publicidad de la que ha gozado ese acontecimiento es señal de la voluntad de los dirigentes de confirmar públicamente un cambio radical en la política interior. Éstos han aprovechado la ocasión para conde-

nar solemnemente la discriminación racial * y proclamar los derechos de los ciudadanos que garantiza, en principio, la Constitución. El artículo de la «Pravda», que anuncia la rehabilitación de los médicos, insiste demasiado sobre el respeto de la legalidad que debe inspirar la vida pública de la URSS y sobre los derechos de ciertas capas de la población (los koljosianos y los intelectuales) como para que se trate simplemente de la demagogia ritual. Además, el mentís dado a la versión del «complot» ha ido a la par con una depuración del Ministerio de Seguridad que, aunque corresponda a un ajuste de cuentas entre capillas, pone forzosamente de manifiesto ante el público los límites del poder de la policía.

Hay otro punto que parece también sugerir que se quiere volver a métodos de dictadura más flexibles: la depuración del Partido Comunista ucraniano y la destitución de su primer secretario, Melnikov, ha ido unida a una crítica de la política nacional y cultural tal y como la practicaba éste; se acusa a la dirección del Partido ucraniano de haber sometido el país a la dominación rusa, al poner en todos los puestos importantes a elementos que pertenecían a otras regiones, y de intentar imponer la cultura y la lengua rusas. A la dirección del partido lituano le acababa de ocurrir la misma desventura.

La disminución de los precios, en ese clima de apaciguamiento, es una señal más de las nuevas preocupaciones del gobierno. Desde luego, no era esa dismi-

* [De los nueve médicos arrestados, siete eran judíos, y la campaña de prensa lanzada contra ellos tuvo un claro carácter antisemita. Véase L. Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union,* London, Methuen, [1960] 1963, p. 543. Y sobre las relaciones entre el «complot» y los aspectos antisemitas del proceso Slansky en Praga, v. F. Fejtö, *Historie des démocraties populaires: après Staline,* París, Seuil, 1969, p. 24-28. (N. del T.)]

nución la primera (es la sexta); sin embargo, por su amplitud, supera a todas las anteriores. El precio de toda una serie de artículos de primera necesidad ha bajado en un 10 a 15 % (la disminución alcanza el 40 % en el caso de las legumbres; el 50 % en el de las patatas; el 60 % en el de la fruta). Al mismo tiempo, la primera página de las «Izvestias» la ocupa una gran campaña en pro del bienestar del pueblo, de la construcción de alojamientos para los trabajadores, y de una mejora del consumo.

Esas medidas han ido a la par con cambios en las esferas dirigentes, expresión de la lucha de clanes burocráticos desencadenada por la muerte de Stalin.

La primera fase de esa lucha —que aparece ya de modo manifiesto en las depuraciones de los Partidos Comunistas nacionales que hemos mencionado— no ha debido tener un resultado claro, y ha desembocado en un compromiso provisional. Es lo que mostraba ya el asunto Ignatiev: Ignatiev, que fue destituido por haber preparado el falso complot de los médicos, era ministro de la Seguridad de Estado —hasta el 7 de marzo—; en esa fecha, su Ministerio fue integrado en el del Interior, dirigido por Beria; había sido designado el 6 de marzo, después de la muerte de Stalin, como uno de los tres nuevos secretarios, y el 14, cuando se estableció la composición exacta del secretariado, como uno de sus cinco miembros. O sea que la decisión de eliminarle no fue tomada inmediatamente después de la muerte de Stalin, y ha sido verosímilmente el resultado de un regateo entre los nuevos dirigentes.

Ha habido pues una primera fase de negociaciones en una situación llena de incertidumbre, que ha desembocado en una distribución de puestos de responsabilidad entre los nuevos dirigentes. Varios hechos confirman esa hipótesis. En primer lugar, la recuperación de los puestos clave —el Interior, el Ejército y los Asuntos Exteriores— por tres hombres que habían perdido su control efectivo hace tres años:

Beria, Bulganin y Molotov. En segundo lugar, la reconstitución del Politburó con, junto a esos tres hombres y a Malenkov, antiguos elementos como Mikoyan, Kaganovich y Vorochilov. Esa reconstitución es particularmente significativa: el Politburó había sido sustituido el otoño anterior por un Presidium de treinta y seis miembros claramente favorable a Malenkov, puesto que éste dirigía el servicio encargado de los nombramientos al Comité Central y podía contar con hombres de confianza en el Presidium. Ese organismo ampliado, donde la autoridad de los antiguos miembros del Politburó podía ser fácilmente limitada, fue inmediatamente suprimido después de la muerte de Stalin y, aunque había sido creado por el Congreso del Partido, ni siquiera se sometió al Comité Central la decisión de suprimirlo.*

La detención de Beria, acusado de ser un agente del imperialismo extranjero, pone un punto final a esa fase. Es todavía difícil saber si esa eliminación del «número 2» es sólo un episodio decisivo en la ascensión de Malenkov hacia un poder personal absoluto de tipo estalinista, o si traduce algo más, o sea una lucha política entre dos fracciones burocráticas y, en esa medida, si pone en cuestión los cambios anteriores, o si modifica su alcance práctico. Varios indicios tienden a hacer pensar que la segunda interpretación es la más plausible. Malenkov ha estado muy estrechamente asociado a la dirección del Estado durante la última fase del reino de Stalin, mientras que Beria estaba un tanto alejado; podría pues establecerse una conexión entre la vuelta de éste y las modificacio-

* [Supresión de hecho, aunque se conservara el nombre (Presidium). El antiguo Politburó convertido en Presidium había pasado de 11 a 25 miembros; el día mismo en que fue anunciada la muerte de Stalin, el 6 de marzo de 1953, se anunció que había sido reducido de nuevo a 10 miembros (Malenkov como presidente, Beria, Molotov, Truschov, Bulganin, Kaganovitch, Mikoyan, etc.) (N. del T.)]

nes de las diversas políticas que han ocurrido desde marzo. Sin olvidar que el estilo de las acusaciones que se han lanzado contra Beria —y en contra de las que se lanzó en marzo contra Ignatiev, acusado en aquel momento de ser un incapaz— es del más puro género estalinista, y vuelve a introducir de un solo golpe la atmósfera de los años de los grandes procesos (aun cuando esa acusación esté presuntamente dirigida contra los poderes excesivos de la policía). Y las afirmaciones reiteradas de la «Pravda» sobre los méritos excelentes de la dirección colectiva y el carácter nefasto del poder personal recuerdan demasiado las proclamaciones de Stalin, cuando todavía no se había convertido en lo que fue, como para que les demos demasiada importancia. Hay que recordar, sin embargo, que en el régimen burocrático un dirigente, y su destino, no están ligados a una política y a su éxito, y que Malenkov puede perfectamente fusilar a Beria y aplicar la política de éste.

Lo verdaderamente interesante no es construir la novela de la dirección burocrática, sino buscar los móviles subyacentes en las oposiciones entre grupos dirigentes y en la transformación actual de la política interior. Antes de abordar este punto, hay que descartar una interpretación simplista que, sin tener en cuenta la solidez de la clase burocrática, haría de tal o cual fracción dirigente el representante de los intereses de otra clase, el proletariado o los campesinos. Las dos clases pueden desde luego, con su resistencia a la explotación, plantear problemas al gobierno y, en ese sentido, provocar divergencias entre los grupos de burócratas sobre los métodos más eficaces de dirección, pero sólo de modo indirecto influyen en la política del Estado, que sólo representa los intereses de la capa dominante. Las variaciones políticas sólo pueden ser interpretadas en el marco de la burocracia; pero esa formación no significa forzosamente

que hay que buscar el origen de esas variaciones en la oposición entre capas sociales distintas y bien delimitadas en el seno de la burocracia. Esa búsqueda, que, desde hace años, da alas a la imaginación de antiguos mencheviques empleados por la prensa burguesa, está basada en una confusión entre la burguesía y la burocracia, entre el modo de explotación capitalista clásico y el capitalismo colectivo y planificado. Si en el primer caso tiene un cierto sentido el ligar, por ejemplo, una política a determinados grupos de la industria —al sector de la industria ligera puede interesarle más que al de la industria pesada hacer concesiones al proletariado, o tener una política de conciliación en tal parte del mundo para garantizar el control de tal mercado—, es mucho más problemático que puedan establecerse relaciones de ese tipo en una sociedad donde la competencia no puede traducirse en el plano económico. Desde luego, un grupo social como el de los técnicos o el de los directores de fábrica puede poseer ciertas características que la diferencian del de los militares, por ejemplo; pero esas características comunes, debidas a una semejanza de función, no coinciden con un interés económico definido que pudiera estar representado por una política nacional e internacional. La competencia entre burócratas —que existe tan inevitablemente como en el seno de cualquier otra clase explotadora— corresponde sin duda más a contextos de asociación local y a rivalidades personales que a las distinciones que establece la estructura objetiva del régimen de producción. En una palabra, es una lucha de clanes, no una rivalidad entre capas sociales netamente constituidas que intentaran apropiarse una parte mayor de la plusvalía arrebatada al proletariado. Esa concepción de la burocracia permite rechazar las hipótesis fantásticas sobre una lucha que se desarrollaría por lo visto entre el partido, el ejército, la policía y los administradores y técnicos, y sobre una supuesta repartición del poder entre el partido (Malen-

kov), la policía (Beria) y el ejército (Bulganin). Es además evidente que el partido no constituye un grupo separado, sino que está representado en todos los sectores sociales; y si se dijera, por ejemplo, que la participación de los generales o de los directores de fábrica no les da ningún poder real, eso querría decir justamente que la separación no es horizontal entre los presuntos grupos opuestos, sino vertical entre la burocracia media y la burocracia superior, que si ésta se ve desgarrada es por un conflicto de clanes, y no porque reproduce las divergencias de capas enteras de la sociedad. De todas formas, la hipótesis resulta particularmente frágil si se la quiere aplicar a los últimos cambios en la dirección del Estado. ¿Qué sentido tiene hablar, como lo ha hecho la prensa, de una victoria del ejército o de una vuelta de los generales, cuando el representante del ejército en la Secretaría es Bulganin, que fue siempre considerado por los militares como un extraño, delegado por el Partido para vigilarles? (Sin contar con que un cierto número de pequeños hechos significativos parecen querer decir también lo contrario: ausencia de generales en la tribuna oficial durante el desfile del 1 de Mayo; sustitución de militares por civiles en puestos diplomáticos clave, en Austria y en Alemania.) O, ¿cómo insistir en que ha habido una victoria de la policía puesto que, de ser cierto, todo ha empezado por una vasta depuración de los servicios de seguridad, y en primer lugar de su ministro, Ignatiev, puesto que la amnistía y la insistencia en los derechos individuales tienden a disminuir su influencia en la sociedad? ¿Y cómo interpretar entonces la reciente aniquilación de Beria?

Lo esencial, por lo demás, no es conocer el pormenor de la lucha de individuos y de clanes que la muerte de Stalin ha hecho surgir brutalmente a la luz del día, sino apreciar correctamente el alcance de los cambios ocurridos en el régimen interno, y comprender

sus causas. Esos cambios han parecido ir hasta el momento en el sentido de una limitación de la dictadura. Hay que añadir inmediatamente dos precisiones a esa idea, que reducen enormemente su alcance: en primer lugar, no sabemos en qué medida esa limitación se traduce por hechos concretos (es perfectamente posible que, a fin de cuentas, venga a no ser gran cosa); además, no sabemos si será duradera (el caso Beria podría más bien hacernos creer que no lo es, con independencia del papel personal del propio Beria). Pero eso no impide que esas medidas traduzcan sin ningún género de dudas una presión de factores reales que empujan en ese sentido. ¿Cuáles son esos factores; y hasta dónde puede ir su influencia?

Es un error identificar al régimen burocrático ruso con la dictadura policíaca estalinista. Un sistema no se define ante todo por su régimen político. En teoría, no es inevitable que la etapa del capitalismo a la que damos el nombre de capitalismo burocrático —para traducir el nuevo carácter de la capa dominante— se vea asociada siempre y en todas partes con una política de terror totalitario como la de la fase a la que Stalin ha dado su nombre. Hasta se podría imaginar que una victoria total del laborismo en Inglaterra, seguida de una nacionalización completa de la producción y de una planificación integral, no traería consigo una eliminación inmediata y completa de las instituciones «democráticas» inglesas y de las costumbres «liberales». Pero ese ejemplo (hipotético), no significa que el régimen político pueda cobrar formas muy diversas en un régimen burocrático. La estatificación de la economía y la concentración del poder político que la acompaña van unidas a la tendencia a controlar *todos* los sectores de la vida social. Y la mentalidad burocrática favorece la institución de una disciplina rigurosa en las conductas y los pensamientos individuales. Pero el grado de control del Estado, y el grado de violencia que éste exige, son

asuntos que no dependen mecánicamente de la estructura económica, sino también de factores históricos (origen de la burocracia, situación internacional, etc.). En lo tocante a la burocracia rusa, que ha adquirido una existencia propia produciendo sus propias bases económicas, el terror ha sido un medio de imponer la unidad de la clase, de utilizar la hostilidad de todos contra todos en provecho del funcionamiento del conjunto. Desde luego, la gran ola de terror había acabado ya antes de la última guerra, una vez eliminada definitivamente toda oposición política y consolidado económicamente el régimen. Pero la vida pública siguió estando sometida a la arbitrariedad dictatorial; mientras que el proletariado era pura y simplemente aplastado bajo el peso de la explotación, los propios burócratas, fuera cual fuere su posición social, seguían sin obtener la seguridad personal que la consolidación del régimen hubiera debido traerles. No es absurdo suponer que, a la larga, esa situación ha acabado por ser cada vez menos compatible con las aspiraciones de la mayor parte de los miembros de la burocracia. Los privilegios que ésta ha conquistado poco a poco —y que permiten a un individuo ocupar desde su nacimiento (gracias a la situación de su familia, a su herencia en un sentido amplio, a la educación que va a recibir) una posición superior en la sociedad— parecen haber sido muy insuficientes mientras el terror de la dictadura ha hecho pesar sobre cada uno la amenaza de su eliminación física o social.

Es pues lógico que la burocracia ejerza una presión sobre su cúspide para obtener garantías por lo que respecta al destino personal de cada burócrata, y a la posibilidad de gozar con toda tranquilidad de sus privilegios. Eso supone que la burocracia no sólo ha entrado en una nueva fase de su desarrollo, sino que además es cada vez más consciente de ello: había primero que crear los privilegios, encuadrar totalmente la sociedad, garantizar su posición de clase

dominante en el plano social contra las otras clases del país, el proletariado y el campesinado; y empezar después a verse efectivamente como burocracia «de derecho divino», a instalarse con buena conciencia en su posición y exigir un estatuto inviolable —lo cual significa que el partido debe existir para la burocracia, y no la burocracia para el partido. Que, por otro lado, la naturaleza misma de la economía y de la sociedad burocráticas impongan una centralización total del poder y tiendan a conferir necesariamente a éste un carácter de dictadura totalitaria, he ahí una de las contradicciones profundas del régimen, análoga a la que conduce a la ruina de la democracia parlamentaria en la última fase del capitalismo de monopolios. Pero la lucha entre los que encarnan socialmente los dos polos de esa contradicción no se resuelve forzosamente, siempre y en todas partes, del mismo modo. Es particularmente claro que la fase durante la cual el polo centralizador se ha visto sumamente debilitado por la muerte del que lo ha personificado durante tanto tiempo, y las luchas intestinas de sus sucesores, ha conducido a éstos a hacer concesiones importantes en ese terreno, concediendo a través de varios artículos de la «Pravda» una caricatura de *habeas corpus* a sus adictos.

Pero hay un segundo factor que se manifiesta claramente tanto en las medidas de «relajación» como en las recientes concesiones, aparentes o reales, sobre el nivel de vida de las masas: la necesidad de atenuar la contradicción social fundamental, la oposición de los trabajadores al régimen. La escasa productividad del trabajo en Rusia es el resultado a la vez de la ausencia de adhesión de los trabajadores a una producción de la que se ven frustrados, y de un nivel de vida miserable combinado con el terror. La crisis permanente de la economía que ello acarrea se convierte en tanto más grave cuanto más aumenta el nivel técnico y económico del país. Se pueden abrir canales con forzados a los que el látigo sabrá

imponer su disciplina, hasta convertirlos eventualmente en cadáveres —pero la industria moderna exige una adhesión, al menos parcial, del obrero a su tarea, que no puede ser obtenida con el terror puro y simple, y para ello hay que intentar interesarle en el resultado económico de la producción. Hace ya mucho tiempo que el capítulo americano ha tomado resueltamente ese camino —sin disminuir, sin embargo, a fin de cuentas el peso de la enajenación de los trabajadores— bajo la presión de las luchas obreras. Es de suponer que la oposición de los obreros rusos a la producción había llegado a ser lo bastante fuerte como para obligar a la burocracia a hacer ciertas concesiones.

Diríase pues que los cambios de la política rusa son una respuesta a la presión creciente de las contradicciones del régimen. Ya veremos que esa idea se ve confirmada por las transformaciones de la política exterior de la URSS y la política de los países satélites.

Todos los gestos rusos en el exterior desde la muerte de Stalin han sido en el mismo sentido: crear la impresión de que la URSS ya no tiene como objetivo intensificar la guerra fría, sino atenuarla. Mientras que los occidentales seguían buscando confusa y febrilmente una política, Moscú parecía tomar una vez más la iniciativa de las operaciones, actuar de modo concertado en todos los frentes a la vez, en Corea y en Alemania, proclamando sus intenciones pacíficas, y enviando a los marinos soviéticos a visitar la Torre Eiffel. ¿Cuál es el sentido de ese viraje? ¿Se trata simplemente de maniobras de propaganda o de táctica, o de una reorientación de la política a largo plazo? Si la segunda respuesta es correcta, ¿cuáles son las causas de esa reorientación, hasta dónde puede llegar, cuáles pueden ser sus efectos sobre el propio blo-

que oriental? Y por último, en la medida en que ese viraje tiene forzosamente consecuencias sobre la estrategia del bloque occidental y tiene como objetivo o desemboca al menos en una acentuación de las contradicciones entre los Estados Unidos y sus aliados, ¿hasta qué punto pueden desarrollarse esas contradicciones, y cuál es el efecto de esas contradicciones entre sí?

Volvamos a la primera pregunta: ¿cuál es la importancia del viraje ruso? No está de más señalar que ese viraje tiene límites estrictos. La URSS, a pesar de la violencia de su estilo diplomático, nunca ha deseado la guerra; ahora parece seguro que no contaba con la contraofensiva norteamericana cuando comenzó el conflicto coreano. Su línea, desde entonces, era desde luego de no ceder nada, pero preservando el *statu quo*, y nada más. La búsqueda sistemática de un compromiso no es por lo tanto un cambio político repentino.

Verdad es que la búsqueda de un armisticio en Corea ha llevado a los chinocoreanos a ceder sobre una serie de puntos que tienen, a escala local, una cierta importancia (las modalidades sobre el intercambio de prisioneros sólo les permitirán recuperar una parte de sus antiguas tropas), pero esos puntos son, sin embargo, secundarios frente a la situación internacional en la que se produce la iniciativa estalinista. Esta iniciativa le es favorable. La operación coreana resultó poco rentable: exigía un esfuerzo militar costoso por parte de China, en una época en que ésta debía afrontar el problema crucial de crear una infraestructura industrial, y consolidar el nuevo régimen social. De todas formas, una victoria militar china parecía imposible, y el intento de conseguirla sólo hubiera llevado a la generalización de la guerra. Al proponer la paz, los chinos y los rusos no tienen actualmente nada que perder; en cambio, siembran la confusión en las filas de sus adversarios, separan a las Naciones Uni-

das de la Corea del Sur, a los USA de Inglaterra, y debilitan el esfuerzo de guerra americano.

Por sí solo, el viraje coreano no bastaría, pues, para probar la existencia de una nueva política de compromiso. Pero sabemos que toda una serie de iniciativas diplomáticas van en el mismo sentido: en Austria y en Alemania, el nombramiento de comisarios civiles y la desaparición del telón de acero; la renuncia a las reivindicaciones frente a Turquía; el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Yugoeslavia; la propuesta de restablecer relaciones comerciales con Europa occidental (por no hablar del cambio de tono de la diplomacia rusa). De esa nueva actitud no ha salido hasta ahora ninguna medida concreta; la negativa rusa de reanudar las negociaciones austríacas sobre bases que no sean las de Postdam podría hacer creer que lo que buscaba la URSS era más bien un apaciguamiento que un acuerdo definitivo sobre los problemas europeos en litigio. La nueva política del gobierno de Berlín-Este da, sin embargo, nueva luz sobre la táctica rusa. La interrupción de la política de colectivización y de industrialización «a toda costa», el reconocimiento explícito de la hostilidad de la población, y de su éxodo hacia el Oeste, las promesas hechas a los campesinos y las capas medias, la decisión de restablecer los derechos de los expropiados o de los que habían huido, la capitulación pura y simple ante la Iglesia evangélica, que había sido denunciada como el enemigo número uno, todas esas medidas no pueden ser interpretadas únicamente como un gesto táctico. Al contrario: las concesiones son tan importantes que nos obligan a preguntarnos cuáles pueden ser los móviles de la estrategia estalinista. Y hay que reconocer entonces que la URSS está intentando afrontar una crisis sin precedentes de su bloque: crisis que tiene múltiples aspectos, sociales y económicos, revelados por los recientes sucesos en Hungría, pero también en Alemania y en

Checoeslovaquia. En esos dos países, salta ahora a la vista que la burocracia ha sido incapaz de asegurar su poder. La dificultad, en los dos casos, proviene del hecho de que el estalinismo ha chocado con un proletariado avanzado, con una tradición de lucha, que ha sacado rápidamente la lección de la experiencia de la explotación burocrática. Las huelgas checoeslovacas, y sobre todo los movimientos de Berlín y de Magdeburgo, han probado que la unificación del frente oriental estaba lejos de haber sido realizada. Es, pues, probable que el deseo de consolidar la dictadura en esos países y de construir al mismo tiempo una economía del mismo tipo que la de la URSS ha sido un factor decisivo de la política de apaciguamiento.

En esas regiones, las más industrializadas de Europa central, la burocracia no había conseguido liquidar la resistencia proletaria: la reducción del nivel de vida, la extensión de la jornada de trabajo, la aceleración de los ritmos, son vistas como lo que son —una superexplotación— por un proletariado que no acaba de salir de la servidumbre, sino que tiene ya tras de sí un largo pasado de resistencia y de lucha en el seno del capitalismo. Añádase a eso que el proletariado no se siente aplastado por el fracaso de una revolución, como los obreros rusos cuando la dictadura estalinista cayó sobre ellos: aunque no se hayan opuesto a la instauración de la «democracia popular», aunque hayan podido eventualmente apoyarla en los primeros momentos, los obreros alemanes o checoeslovacos no la han creado ellos mismos, y ven tanto más claramente que les es ajena cuanto que son ahora sus víctimas.

Esos factores han acabado por encontrar su expresión más aguda durante las jornadas de junio en Alemania Oriental.

Ante las dificultades crecientes en el plano interno, y queriendo obtener al mismo tiempo un eco favorable en Alemania Occidental, los estalinistas habían tomado desde el mes de mayo una serie de medidas de

apaciguamiento, que precisamente demuestran del modo más claro el carácter profundamente *antiobrero* del régimen burocrático. Porque esas medidas de apaciguamiento estaban dirigidas a todas las capas de la población: campesinos, tenderos, refugiados, burgueses, curas —a todas las categorías sociales excepto a una: los obreros. No se trataba de un olvido; simplemente, la operación iba a hacerse a costa suya, iban a pagar a la burocracia lo que ésta podía perder con sus concesiones a las otras capas.

El plan de producción había sido revisado con vistas a aumentar la producción de bienes de consumo a expensas de la producción de equipo; pero, al mismo tiempo, las normas de producción se incrementaban «voluntariamente» en un 10 % —lo que equivalía a una reducción de los salarios mucho más importante (P. Gousset, «L'Observateur», 25 de junio de 1953, p. 11).

Ya se sabe cómo se manifestó la reacción obrera: las huelgas parciales del 15 y del 16 de junio se transformaron el 17 de junio en una verdadera rebelión, que afectó la mayor parte de los centros industriales de Alemania Oriental. En Berlín-Este, los manifestantes se hicieron amos de la calle durante la mañana del 17 de junio; en otras ciudades, llegaron a apoderarse de los edificios públicos. Sin poder dar aquí un estudio profundizado de los orígenes del movimiento y de sus consecuencias (a), señalemos los puntos más importantes que pueden deducirse de esos acontecimientos:

1) Sin la intervención del ejército ruso, es probable que el gobierno estalinista alemán hubiera caído. Su propia dirección se encontraba dividida, desmoralizada, y era incapaz de actuar. Hasta su policía le abandonaba, o se escondía. Los blindados rusos no han tenido que entablar el combate, ya que bastaba con su llegada para refrescar las memorias: Alemania Oriental, hasta nueva orden, forma parte del Imperio ruso. Sin perjuicio de probables repercusiones de

la rebelión obrera en el seno del Ejército ruso, ese hecho muestra a la vez la potencia indestructible del proletariado y los límites de todo eventual movimiento mientras las solidez del sistema de explotación no se vea debilitada en sus dos polos mundiales, la URSS y los USA.

2) La experiencia del burocratismo estalinista como, simplemente, una nueva forma de la explotación es ya un hecho para el proletariado industrial de los países satélites. Ya se conocía, por toda una serie de indicios, la oposición de los trabajadores a los regímenes burocráticos en dichos países, pero, ahora, los dos términos de esa oposición están claramente establecidos.

3) Las concesiones que ha tenido que hacer la burocracia estalinista en Alemania Oriental, y después, para prevenir los posibles acontecimientos, en Hungría y Checoeslovaquia, son una lección fundamental para los obreros de esos países: *la resistencia, la lucha, son rentables*. Nunca insistiremos demasiado sobre la importancia propiamente revolucionaria de esa conclusión, que los obreros de esos países han sacado ya, y que está sin duda alguna propagándose en el conjunto del bloque.

Pero si la oposición obrera consigue expresarse y amenazar la estabilidad del nuevo régimen en varios lugares, es también, en parte porque las capas dirigentes no están lo bastante unificadas, y porque chocan con dificultades considerables en la edificación o la consolidación de la estructura económica. Esas dificultades surgen ya por el simple hecho de que las exigencias de la acumulación implican sacrificios por parte de todas las capas de la población, y que la URSS no puede afrontar todas las demandas de inversión que vienen a la vez de China, Rumanía, Polonia, Checoeslovaquia, etc. Además la política de la URSS las ha agravado; después de un período de saqueo puro y simple en Europa, la URSS no ha intentado nunca compartir el peso de la industrializa-

ción, sino que ha sacado ventajas sustanciosas de su comercio con los países satélites. Si una parte de la dirección burocrática está tan estrechamente ligada a la URSS que no puede más que aplicar su política cualesquiera que sean las circunstancias, hay otra fracción, y sobre todo las capas más amplias, en las que esa fracción se apoya, que ven sin agrado los privilegios de la URSS y aceptan a regañadientes los sacrificios que ésta les impone. La escisión abierta de Tito, y las diversas oposiciones sobre las que han caído depuraciones y procesos espectaculares, han revelado la lucha que se desarrolla en el seno de las burocracias nacionales, y es verosímil suponer que esa lucha no ha acabado. Por último, la proximidad de los ejércitos occidentales y la probabilidad de una guerra que permitiría acabar con los regímenes actuales y restablecer la situación de antaño han alimentado las esperanzas y las resistencias de las capas medias que todavía subsisten y que no han olvidado sus antiguos privilegios. Todos esos factores, que contribuyen a hacer de los satélites europeos elementos particularmente vulnerables del sistema de defensa ruso, son en sí lo bastante importantes como para permitirnos comprender las ventajas de una pausa, que podría permitir una eventual consolidación. Y la obstinación con la que la diplomacia oriental busca intercambios con la Europa occidental (sea cual fuere, por otra parte, el valor táctico de esas proposiciones frente a las contradicciones del bloque occidental) confirma el deseo de la URSS de buscar un paliativo para dificultades económicas inmediatas.

Ya hemos dicho que no intentamos perdernos en conjeturas incontrolables; y no podemos apreciar actualmente la amplitud de las contradicciones del bloque ruso y saber, por lo tanto, hasta dónde puede ir la URSS ante su presión. Contentémonos con señalar que algunas de éstas no pueden ser superadas de modo definitivo, y que la respuesta que empieza

a dárseles puede agravarlas. El ejemplo más interesante es el viraje efectuado en Alemania: sus consecuencias son ya —y lo serán aún más, si continúa—, muy importantes. En el caso de Alemania, hemos visto a la vez una rebelión obrera y un hundimiento del PC. Esos dos acontecimientos, que están evidentemente ligados, son en cierta medida una primera respuesta a la política del Kremlin, una respuesta que empieza ya a trastornar la situación dada a partir de la cual esa política había sido establecida.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS CONTRADICCIONES DEL BLOQUE OCCIDENTAL

Sería artificial querer describir la política rusa y las dificultades a las que responde y con las que choca sin hablar de su relación con la política occidental.

Lo que hasta aquí es notable, es la extrema confusión de la política de los EE.UU. Esa confusión se ha visto incrementada por las nuevas iniciativas rusas; confusión evidente desde hace varios años que —independientemente de los últimos acontecimientos internacionales— corresponde a una crisis de la sociedad americana. El desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica y el desorden de la lucha intermonopolística, la preocupación por organizar estratégicamente el bloque de los aliados y un dominio económico ciego que arruina a ese bloque, la voluntad de hacer la guerra a la URSS, y la evasiva ante las cargas financieras que son su consecuencia, la división del poder del Estado en clanes militar-económicos que alternan su predominio, la extrema corrupción de los funcionarios y de los parlamentarios, la histeria de las amplias capas pequeño-burguesas que han reempla-

zado el linchamiento de los negros por la lucha contra el comunismo, hacen de la sociedad americana, en ausencia de una expresión política del proletariado, un imperialismo averiado, que aún no ha encontrado ni las condiciones ni los medios para realizar *una política.*

Limitándonos a los últimos meses, resulta demasiado fácil subrayar el desconcierto que ha provocado la ofensiva de paz de la URSS. El discurso de Eisenhower, en abril pasado, calificado de histórico por toda la prensa occidental, es un vulgar folleto de propaganda, que responde a la única preocupación de no decir nada que implique la paz o la guerra. Además de que en el mismo momento, era contradecido por las amenazadoras declaraciones de Foster Dulles. Mientras «Le Monde» anuncia periódicamente que el Presidente-General vuelve a tomar las riendas del poder, todos sus gestos ponen de manifiesto su auténtica debilidad. Presiona sobre el voto de los créditos miiltares, lo que no impide que sean reducidos parcialmente. Proclama su fervor por la alianza europea, aunque nombra a Radford en lugar de Bradley. Responde a Taft, sí, pero intenta sobre todo no enfrentarse con él, y reafirma su oposición a la admisión de China en las Nacionees Unidas. Evoca la posibilidad de una conferencia cuatripartita en las Bermudas, aunque permite que Dulles la excluya al proponer unas condiciones que la hacen imposible. Por último, después de poner en guardia a la juventud contra los métodos de inquisición que quieren extenderse por los Estados Unidos, tiene la precaución de especificar que su discurso no apuntaba a Mac Carthy y se niega a perdonar a los Rosenberg.

Ante la ausencia de una política concertada por parte de su gobierno, los Estados Unidos acusan —y acusarán cada día más si la política rusa de distensión se confirma — el golpe en el plano económico. El principio de la recesión, señalado en el último número de «Socialisme ou Barbarie», podría tener con-

secuencias peligrosas, desarrollarse y dislocar la economía occidental. Todo consiste en saber si esa situación favorecería el retorno de una política del tipo *New Deal* o el desarrollo del fascismo mac carthista, que es lo que parece más probable. Pero, en ese caso, es dudoso que la política agresiva de los EE.UU. arrastre a la mayoría del campo occidental, si tenemos en cuenta que significa una demora o incluso una supresión de los créditos a Europa. La facultad de los Estados Unidos de mantener una relativa cohesión del campo occidental no depende ahora únicamente de su evolución interior, económica y política, sino de la del bloque oriental, de la capacidad que éste presente para superar parcialmente sus dificultades e interesar a Europa occidental en la distensión internacional y en los intercambios económicos. En la actualidad, lo que parece evidente es que los Estados Unidos, instalados en la guerra fría, al tiempo que no se sienten capaces de convertirla en una guerra «caliente» con éxito, tampoco están interesados en una política de apaciguamiento o «distensión».

A los ingleses y a los franceses, sí les interesa. Pero ahí está el problema: no pueden tener ahora una política independiente de los Estados Unidos, aunque la dependencia pura y simple sea a largo plazo desastrosa. La reacción inglesa ante la postura rusa viene dictada por esa doble exigencia —distanciarse de los Estados Unidos, presionar en favor de la distensión, sin provocar ninguna escisión, ya que la situación no permite la existencia de una tercera potencia internacional. En el plano económico, Inglaterra está claramente interesada en reemprender las relaciones comerciales con el Este y no cesa de hacer infracciones a las consignas americanas, como lo ha evidenciado el famoso asunto de los suministros ingleses a China. Un comercio de ese tipo, si el *Battle Act* fuera suprimido o suavizado, podría permitir la

exportación de materias primas, de máquinas-herramientas, y de determinados productos manufacturados de los que el bloque oriental tiene absoluta necesidad. Sin embargo, no hay que exagerar su importancia. Las previsiones de la Conferencia de Ginebra sobre los intercambios Este-Oeste eran muy modestas (un 3 % del comercio mundial); e incluso si éstas aumentaran, no lograrían alcanzar el nivel de antes de la guerra, ya que las estructuras de los países del Este europeo han cambiado, y los occidentales ya no pueden contar con las exportaciones masivas de cereales a bajo precio (ya que el mercado interior absorbe una parte mucho más importante que antaño de la producción agrícola). La búsqueda de intercambios con el Este no es un fin en sí para los ingleses: es también un medio de presión sobre los americanos, cuyo proteccionismo despiadado los ingleses soportan cada día con mayor dificultad. El tono agresivo del canciller del Tesoro, Butler, en el último período, ha demostrado que los ingleses no dudarían en recurrir a un determinado chantaje para forzar a los americanos a suavizar su política económica. Chantaje económico tanto más fácil por cuanto corresponde a los intereses políticos de Gran Bretaña que no quiere la guerra a ningún precio, consciente de que en ese caso pondría en peligro su rango de gran potencia. Ocurre que, si Inglaterra, a diferencia de los Estados Unidos, posee una burguesía consciente de sus intereses y un gobierno que tiene una línea política, la situación objetiva la encierra en una serie de dificultades que no puede controlar. El peligro de una crisis económica en los Estados Unidos la afecta también directamente y la Bolsa de Londres, como pudo comprobarse al principio del cambio de postura rusa, es especialmente sensible a la amenaza de una distención: (en 1938, un descenso de la producción americana de un 4 % provocaba la caída de las exportaciones inglesas en un 41 % y del tráfico de la zona esterlina con la zona dolar de un 50 %; aunque la solidaridad económica

de las dos potencias esté considerablemente reducida, sigue siendo lo bastante sensible como para que un derrumbamiento de los Estados Unidos tuviera importantes repercusiones en Gran Bretaña). Sea cual fuere el interés de Gran Bretaña en una distensión, hay que tener en cuenta que en este punto las contradicciones inter-capitalistas hacen difícil una estrategia coherente e imposibilitan un juego autónomo.

Lo que es cierto para Inglaterra lo es aún más para Francia, más interesada en que la guerra fría no se desarrolle y culmine en un conflicto abierto, en un momento en que depende considerablemente de los Estados Unidos. Tan sólo hay que señalar que el capitalismo francés sufre diariamente sus contradicciones sin intentar tan siquiera superarlas, o por lo menos transponerlas a un lenguaje político coherente. La persistencia de la inflación, la extensión del paro, la agravación del conflicto indochino han culminado en una crisis total del régimen que se concretiza en la imposibilidad de formar un gobierno. El cambio ruso ha tenido, con todo, repercusiones en la burguesía francesa, como evidencia el intento de Mendès-France, inimaginable en otro clima internacional (b).

Esa tentativa podría reemprenderse en el caso de que la coyuntura se precisara, lo que no significaría que las posibilidades de una tercera potencia sean mayores. No es gratuito notar que los ingleses no acogieron la idea de un gobierno Mendès con entusiasmo y que los conservadores la condenaron abiertamente, al ver en su persona un bevanismo de izquierdas. El acercamiento de los franceses a Inglaterra choca con la política tradicionalmente aislacionista de esta última con relación a Europa.

Contradicciones del bloque occidental, contradicciones del bloque oriental, incapacidad por ambas partes de aprovecharse de las dificultades del otro en

razón de las suyas propias: fuerza imprevisible por parte de los dos sistemas, pero que, cuando entra en escena, trastorna todas las empresas de los explotadores: el proletariado —tales son las características de la situación que quisimos poner en evidencia. Esa situación no es nueva del todo. Ni hoy, ni ayer, creemos que un arreglo conjunto de los conflictos entre Este y Oeste puede tener lugar. Rusia no juega libremente con la burocracia alemana; como tampoco los Estados Unidos con la dictadura de Syngman Rhee; y para los dos adversarios, un verdadero compromiso no haría sino agravar sus dificultades internas. Ni ayer ni hoy hemos creído que el proletariado esté completamente dominado a escala internacional. Los últimos meses nos han demostrado que el desarrollo de las contradicciones de los dos bloques puede que no lleve tan rápidamente a la guerra como creíamos; y que el proletariado puede, en cambio, beneficiarse de esas contradicciones y, antes de una guerra, comenzar a unirse sobre bases autónomas.

NOTAS

(a) V. Los Textos de A. Vega y Hugo Bell en «S. ou B.», 13, enero de 1954; v. también Benno Sarel, *La classe ouvrière d'Allemagne orientale*, París, E. Ouvrières, 1958.

(b) Se trata del primer intento de Mendès-France de acceder a la presidencia del consejo (principios del verano de 1953), tentativa que fracasó.

Jruschov y la descomposición de la ideología burocrática *

Desde el punto de vista ideológico, el lema de Jruschov para el XX Congreso es «volver a Lenin». Por una de esas paradojas de la historia que no lo son sino para el observador superficial, esta «orientación» —que la prensa burguesa toma al pie de la letra— va acompañada de un abandono real del marxismo y del leninismo que, en cierto modo, es más profundo que el que llevó a cabo Stalin en otros tiempos. Es cierto que éste, lo mismo que los partidos comunistas de los diferentes países, había roto en temprana fecha con el marxismo verdadero, y lo que la burocracia estalinista había presentado durante treinta años bajo tal nombre era, como teoría, un materialismo vulgar, mecanicista y primitivo, y como política, el oportunismo que pasa, según las circunstancias, de la aventura a la colaboración con la burguesía. En ambos casos, el análisis dialéctico e incluso el razonamiento, se habían reemplazado por la repetición memorística de fórmulas y citas, que se usaban según las necesidades del momento. El pensamiento *aparente* de la burocracia, su ideología, no era más que esa serie de citas rituales. Su pensamiento *real*, el que guiaba sus acciones, era el empirismo cínico y míope en que había transformado, de acuerdo con su propia naturaleza, el realismo político del marxismo revolucionario.

Pero, si esta ideología convertida en rito ya no tenía

* «S. ou B.», 19, julio de 1956.

ninguna relación con la realidad —salvo la de servir de máscara— presentaba al menos cierta coherencia formal. Cuando Stalin se veía obligado a dar «media vuelta», sus lacayos buscaban una cita, la diluían, la mutilaban, para hacerla decir lo contrario de lo que decía efectivamente —pero intentaban crear una cobertura ideológica «marxista». La burocracia sentía todavía la necesidad de justificarse ante sí misma y ante el proletariado invocando el marxismo. Más aún, la invocación común de esta escolástica monstruosamente rígida en su totalidad y totalmente arbitraria en cualquiera de sus partes, cumplía una función social real: era uno de los factores de cohesión entre las diversas capas recién privilegiadas en Rusia, y entre éstas y las direcciones burocráticas de los partidos comunistas en el extranjero, insuficientemente arraigadas en sus sociedades respectivas.

Pero el XX Congreso es el principio de la descomposición del rito mismo. Los elementos de la amalgama teórica fabricada por Stalin, combinando la invocación a ciertas autoridades —la suya entre otras— y un contenido variable según las circunstancias, se separan.

A un lado quedan las fórmulas mágicas en las que entra siempre el nombre de Lenin, necesarias sin duda para justificar la desaparición del de Stalin, pero también para disfrazar y compensar la ausencia de toda vida ideológica real. Es asombroso ver a estos hombres que «construyen el comunismo», que han «escalado una montaña» desde donde contemplan «los vastos horizontes de la sociedad comunista» (Jruschov), no poder prescindir de la invocación de una autoridad *mítica* —ayer la de Stalin, hoy la de Lenin—. Es evidente que las letanías a Lenin tratan de esconder la traición a sus verdaderas ideas, y al mismo tiempo llenar el vacío ideológico de la burocracia en el poder. Pero el efecto que producen es totalmente opuesto al previsto. Dan una impresión de esterilidad total. Lo característico no es sólo que

el *nombre* de Lenin abra y cierre todos los discursos pronunciados en el Congreso, es que lo que se cite sea lo más banal de sus frases más banales: que «el economista debe mirar siempre adelante» [1], que la elevación de la productividad del trabajo depende de la especialización y ésta a su vez del empleo de las máquinas [2], que la política del partido no puede triunfar si olvida las exigencias del momento [3], etc...

Además, el contenido político desaparece [4]. En su mayor parte, el informe de Jruschov podría pasar por el de un presidente de consejo de administración ante la asamblea de accionistas. Hasta la histeria ritual de los congresos estalinistas, con sus ataques a «trotsquistas, zinovievistas y bujarinistas», o a los «imperialistas, fabricantes de guerras», tenía un carácter político. Era la política del asesinato y el asesinato de la política, pero el cadáver estaba en la sala. El XX Congreso se ha librado de él. La burocracia, plácida y

1. Discurso de N. Bulganin [traducción española publicada por el PCF: *XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética,* París, sfdp], p. 148 de la edición francesa, *Cahiers du Communisme,* 1956.

2. Página 152 de la edición francesa.

3. Suslov, p. 226. Es también característico que, imitando a Stalin, los oradores bauticen con el nombre de «ley» el simple enunciado de hechos. Así como Stalin descubrió, atribuyéndosela a Lenin, la «ley del desarrollo desigual del capitalismo» —pomposa tautología que significa que las cosas difieren entre sí—, Jruschov y compañía hablan de la «ley» de la prioridad de la industria pesada sobre la ligera, de la diversidad de las formas de paso al socialismo en los distintos países, etc... Casi asombra no dar de repente con una «ley de la lactancia de las vacas» o una «ley de la dureza del hierro» en alguna página.

4. Hablamos, naturalmente, del contenido político explícito. Claude Lefort ha mostrado (en «Le totalitarisme sans Staline», *SB* 19, julio-septiembre de 1956, texto recogido en C. Lefort *Eléments d'une critique de la bureaucratie,* Droz, Genève-Paris, 1971, p. 130-190 [traducción española, Lefort: *Op. cit.,* p. 98-168]) cuál es el contenido político real del discurso de Jruschov, o sea su significado como momento de la lucha de la burocracia contra el protelariado y contra sí misma.

bien asentada, prefiere ocuparse exclusivamente de asuntos ordinarios.

¿Es que el número de vacas que tanto preocupa a Jruschov es un problema político, o es que ya no hay adversarios a quienes combatir? Sí los hay, pero se les combate entre líneas o en una sesión secreta; desaparecen como por encanto. Y cuando abultan demasiado y la cosa es difícil, como con los norteamericanos, se les recubre con la vaselina de la coexistencia pacífica. Los malvados *trusts* del otro lado del Atlántico siguen existiendo, pero la «fuerza del campo socialista», la «potencia del movimiento democrático» les obligarán —al parecer por tiempo indefinido— a estarse quietos. Esta desaparición de la política y de la lucha no se limita a las fronteras de la URSS, se extiende a todo el planeta [5].

En cuanto a las vacas, su número es desde luego un problema político; no en sí mismo, sino porque hay hombres que las crían, las explotan y las consumen; es decir, porque entran en las relaciones reales de producción y consumo de la sociedad. Hombres que —desde luego— tampoco aparecen en el informe de Jruschov. Los únicos hombres de los que se habla son los burócratas encargados de vigilar el cumplimiento del Plan, y que lo hacen mal: que controlan demasiado —y demasiado poco—. (Y Jruschov no puede ver que ésa es la contradicción fundamental del régimen y de la clase que representa, porque si lo viera se negaría a sí mismo.)

Es evidente que la ideología estalinista y el terror extremo que caracterizó al reino de Stalin se habían convertido en un freno insoportable para el desarrollo

5. Es cierto que Jruschov habla acerca de ciertos países de sus partidos comunistas, de alianza con los socialistas, etc. Pero en ningún momento se definen las clases, las tendencias, las orientaciones de los campos en presencia, y en la mayoría de los casos ni siquiera se les *nombra*.

de la sociedad rusa y de la misma burocracia: no hay detalle en los actuales «cambios» en Rusia que no confirme esa idea. Al darse cuenta de que su cohesión real como clase explotadora está ya asegurada, la burocracia tiene menos necesidad de una cohesión ideológica para su propio uso. El marxismo para seminaristas semiidiotas de Stalin le parece un obstáculo, y trata de librarse de él. Pero, desgraciadamente para ella, el mismo proceso que ha producido la consolidación y la unificación de la burocracia, ha consagrado su ruptura total con el proletariado ruso, en el mismo momento en que aquélla se consolida, se hace ésta patente, y la libertad que se gana por un lado se pierde con creces por el otro. La repudiación del monolitismo ideológico es positiva e indispensable para la burocracia, pero la contradicción de clases que desgarra la sociedad rusa le impide sustituirlo por cualquier otra cosa.

En los discursos del XX Congreso no sólo se critican los defectos económicos; se denuncia también la esterilidad ideológica. Jruschov y los demás miembros de la dirección multiplican los llamamientos a los intelectuales, economistas, historiadores, filósofos y artistas, criticando su «dogmatismo», su «manía por las citas», su «ruptura con la vida», invitándoles a mirar el presente y el porvenir, en una palabra, ordenándoles la creación espontánea y auténtica.

Podían empezar por darles ejemplo.

Acusan a los economistas rusos de esterilidad, repetición mecánica, etc... Les reprochan un análisis de la economía capitalista que se limita a la repetición de algunos esquemas tradicionales. ¿Pero cuál es el análisis que ofrece el informe de Jruschov? Una comparación del ritmo de desarrollo industrial de los países burgueses y del de la industria rusa, para deducir la superioridad del segundo; algunas cifras sobre los salarios reales en los países capitalistas para demostrar que su aumento es nulo o muy lento. Descripción superficial y esquemática, y en vez de un *análisis eco-*

nómico real, la versión más burda de la teoría llamada del «subconsumo» (repudiada explícitamente por ese Lenin que ellos invocan sin cesar), que explica la crisis del capitalismo por el estancamiento de los salarios y la consiguiente limitación de la demanda.

Se dirá que Jruschov no es un economista. Pero es de suponer que los economistas rusos sí lo son, o al menos Jruschov les quiere obligar a serlo. Jruschov repudia el «esquematismo» de los mal llamados análisis de Stalin, e invoca el nombre de Lenin para probar que la producción capitalista puede progresar aún. Pero quita así a sus economistas la posibilidad de presentar a uno de los sistemas como el marasmo total y al otro como el progreso absoluto. ¿Deben comparar los ritmos de desarrollo respectivos? ¿Durante cuánto tiempo? Según las cifras de Jruschov, el ritmo de expansión anual de la producción industrial en Rusia fue del 20 % entre 1929 y 1937, del 18 % de 1946 a 1950, del 13 % de 1950 a 1955 y será del 10,5 % de 1955 a 1960. Esta serie de porcentajes decreciente, en la medida en que las cifras rusas son dignas de crédito, indican sencillamente el avance rápido de un país donde se han transferido masas enormes de la agricultura a la industria, donde el bajo nivel técnico ha permitido la asimilación de los métodos más adelantados conseguidos en otros países, donde una fabulosa cuota de explotación ha permitido una acumulación de capital muy rápida, donde la dirección de las inversiones por el Estado ha suprimido el subempleo de hombres y de máquinas que producen en otros lugares las fluctuaciones del mercado [6]. Pero lo que muestran al mismo tiempo esas cifras es que cada vez es menos impresionante la diferencia entre los respectivos ritmos de expansión de los dos sistemas rivales. No hay que olvidar que en los países capitalistas se han dado también ritmos análo-

6. El subempleo debido a la anarquía burocrática es ya otro problema.

gos de incremento anual de la producción industrial, que a veces han sido superiores a los realizados en Rusia. Por ejemplo, en los Estados Unidos, un 22 % entre 1939 y 1943, en Alemania Occidental, el 11 % entre 1951 y 1955, y en Italia, el 10 % entre 1948 y 1955. Si puede quizá simbolizarse la oposición entre el Bien y el Mal por la diferencia entre 0 y una cantidad cualquiera, la cosa parece mucho más difícil tratándose de la diferencia entre un 8 y un 10 %.

El análisis comparado de ambos sistemas económicos demuestra que la productividad del trabajo no aumenta con mayor velocidad en la economía burocrática que en la capitalista, y que la única superioridad de aquélla es la de haber eliminado la crisis de superproducción.

En efecto, para Jruschov, todas las contradicciones del capitalismo se resumen en las «crisis». ¿Qué pueden decir de esto los economistas rusos, que evidentemente no pueden hablar de la contradicción fundamental de la economía capitalista, privada o burocrática, que consiste en tratar al sujeto de la producción como un objeto? Que, según Jruschov les enseña, se deben a que los salarios no aumentan. Dicho sea de pasada, esa concepción ha sido siempre una de las bases ideológicas del reformismo, ya que lleva a la conclusión de que, si los obreros consiguen suficientes aumentos de salario, ayudarán al capitalismo a superar sus crisis. Pero además, es teóricamente falsa; si la acumulación es lo suficientemente rápida, no hace falta que los salarios aumenten para que la expansión capitalista continúe. Decir que la economía capitalista privada no puede asegurar la estabilidad y el ritmo de la expansión económica no es un argumento en favor del socialismo, sino simplemente en favor de una intervención creciente del Estado en la vida económica. La «nacionalización de las inversiones», presentada de una u otra forma, ha sido siempre la bandera de los neocapitalistas keynesianos, y sigue siéndolo. Pero además la concepción de Jrus-

chov es materialmente falsa. Si los economistas rusos se liberan del «esquematismo», no tardarán en descubrir que los salarios han aumentado efectivamente desde hace un siglo.

Esto no ha impedido a los obreros presentar sus reivindicaciones, de modo cada vez más enérgico, obligando a retroceder a los capitalistas en la mayoría de los casos, de tal modo que, globalmente, el reparto del producto entre salarios y beneficio ha permanecido más o menos constante a través de la historia del capitalismo; y bajo otras formas, está ocurriendo en Rusia una cosa parecida. Ni aquello ha rebajado las tensiones en las fábricas capitalistas, ni las bajas de precios en Rusia han disminuido las tensiones en sus fábricas, como demuestra el mismo XX Congreso: o sea que el verdadero problema no está ahí, sino en que los obreros rechazan las relaciones de producción capitalista en las que se encuentran dominados por una capa de dirigentes que personifican al capital. Ese es el origen de la crisis de la productividad en la fábrica moderna, tanto en Detroit como en Coventry, en Billancourt como en Stalingrado. Es difícil que los economistas rusos puedan hablar de esto.

¿Pero pueden hablar realmente de la economía de su país? Pueden desde luego continuar acumulando cifras sin sentido durante páginas y páginas, y describir el aparato administrativo de la economía, es decir, como hace Bettelheim en Francia, hablar para no decir nada. Suslov, en un momento de entusiasmo, les pide que hablen de la ley del valor; pero añade inmediatamente que de lo que se trata es de reducir los costos de producción. En efecto, la ley del valor nos lleva a la cuestión de la plusvalía, es decir, del reparto del producto social entre las distintas categorías. Y aunque los economistas sigan incluyendo las rentas de la burocracia bajo el epígrafe de «salarios», un análisis medianamente exacto de la economía rusa desde el punto de vista del valor reflejaría sin duda

el enorme robo de la clase campesina por el Estado, es decir, por la burocracia. ¿Cómo se determina el reparto del producto social? ¿Y la distribución de las inversiones? ¿Quién la determina? ¿Cómo se produce el valor, es decir, cómo está organizada una fábrica en Rusia? ¿Quién la dirige? ¿Difieren sus leyes de las que descubrió Marx en la fábrica capitalista? Cualquiera de estas preguntas basta para hacer añicos el vasto engaño «socialista» de la burocracia. Los economistas rusos se guardarán mucho de hacerlas.

Si Jruschov no es economista, es al menos político (profesional), y en cuanto tal ha puesto en circulación el concepto de la «diversidad de las formas de paso al socialismo», saludado por los «comunistas» como una contribución importante al análisis político marxista. El significado político inmediato de esta orientación está bien claro: se trata de permitir una mayor libertad de maniobra a los partidos comunistas permitiendo adaptar sus líneas respectivas a las necesidades de la «coexistencia pacífica», y al mismo tiempo de dar una apariencia de autonomía mayor a los países satélites. Todo esto tiene sin duda un valor desde el punto de vista de la burocracia. ¿Pero en qué teoría se apoya, y qué vale la argumentación que la justifica? Jruschov empieza por decir que, en resumidas cuentas, en cada país las condiciones son diferentes: tautología de apariencia inocente que esconde, como de costumbre, un sofisma. Pues el problema no es que la existencia de países diferentes signifique la existencia de condiciones diferentes, sino si la diferencia entre tales condiciones llega a hacer que en unos países la revolución sea necesaria y en otros superflua. Los países son diferentes, pero todos son países *capitalistas*. Es decir, que todos habrán de pasar al *socialismo*, aunque lo hagan de diferentes formas. O sea que hay en todos

esos casos elementos comunes: ¿cuáles? Para los marxistas, pasar del *capitalismo al socialismo* significa esencialmente lo siguiente: la destrucción del poder y del aparato del Estado existente y su sustitución por un nuevo Estado que ya no es tal Estado porque no es sino la población trabajadora en armas. Lenin ha escrito cientos de páginas para demostrar que la esencia del paso del capitalismo al socialismo era la supresión del Estado como organismo separado de la masa del proletariado. Sobre esta *identidad* fundamental de las diferentes «formas de paso», que es al mismo tiempo la identidad del *contenido* del socialismo, en cualquier tiempo y lugar, Jruschov no dice ni una palabra.

En vez de esto, nos dice que Lenin admitía la posibilidad de una evolución pacífica de la revolución rusa... *en abril de 1917,* es decir, *después* de una primera insurrección victoriosa y *en función* de la existencia de los soviets, organismos de poder de la clase obrera. Pero parece olvidar que el mismo Lenin, sacando pronto conclusiones del desarrollo de la situación, se inclinó por una nueva insurrección proletaria. O que Lenin, que escribía por aquel entonces *El Estado y la revolución,* citando a Marx que hablaba de la necesidad para cualquier revolución en el continente de destruir el aparato estatal, explicaba a continuación que la excepción que hacía Marx en el caso de Inglaterra se debía a que, en 1871, el militarismo y «en un grado considerable incluso la burocracia» no existían en dicho país; y añadía que, por el contrario, en aquel momento (1917), tanto Inglaterra como Estados Unidos eran Estados militaristas burocráticos, cuya «destrucción» sería «esencial» para llevar a cabo una «revolución real». No hace falta insistir en que, si ha habido algún cambio desde entonces, éste ha sido el crecimiento monstruoso del aparato estatal y su identificación progresiva con el aparato de explotación.

Jruschov suprime todo análisis de la estructura y

del papel del Estado en las sociedades contemporáneas, e invoca los «cambios» de la situación histórica. La nueva relación de fuerzas que favorece a la clase obrera «de diferentes países capitalistas» (?) le permitirá «conquistar una sólida mayoría en el Parlamento», transformándolo «en instrumento de la verdadera voluntad popular». Pero si Lenin llamó «social traidores» a los que antes de Jruschov sostuvieron dicha «orientación», no era, desde luego, porque pretendieran instaurar el socialismo por vía parlamentaria... con una «frágil minoría» en el Parlamento. Los reformistas a los que Lenin llamaba «lacayos que lamen las botas de los imperialistas» aseguraban precisamente que la «relación de fuerzas» permitiría en breve el paso pacífico al socialismo gracias a una mayoría parlamentaria. Lenin no se limitó a oponerles argumentos «coyunturales», demostrando la imposibilidad de que el Parlamento refleje la voluntad de mayoría de la población en un país burgués (a lo que se podría añadir ahora la experiencia histórica de estos últimos 30 años, que nos enseña que allí donde se ha constituido una mayoría parlamentaria «socialista» o «socialista-comunista», no ha hecho sino preservar el orden burgués). Demostró, analizando sociológicamente la naturaleza del Estado y del Parlamento, que éste no podía ser el instrumento para pasar al socialismo, porque se apoyaba sobre una separación radical entre el pueblo y sus «representantes», consustancial al régimen de explotación, y que el socialismo no puede empezar sino destruyendo por completo el aparato del Estado existente e instituyendo el poder de los organismos de las masas armadas. Pero, si Jruschov no puede pretender que la naturaleza del Estado capitalista y del Parlamento han cambiado desde los tiempos de Lenin, tampoco puede confesar que lo que ha cambiado ha sido la naturaleza del socialismo, que lo que él llama socialismo no es más que el poder de los burócratas de los partidos comunistas, y que éste, en efecto, puede eventualmen-

te instaurarse —con una cierta ayuda del «poderoso campo de los países socialistas y sus 900 millones de habitantes»— siguiendo un camino parlamentario.

Por último, al mismo tiempo que critica severamente la esterilidad de los historiadores, Jruschov les da una lección involuntaria de cómo no hay que escribir la historia: con sus «explicaciones» sobre el culto de la personalidad, y en especial con su «informe secreto», en el que atribuyen a Stalin, y sólo a él, todo el pasivo de la gestión burocrática.

Claude Lefort ya dijo[7] lo que podemos pensar de ese monstruoso «culto de la personalidad al revés», que consiste en cargar a un solo individuo todas las «faltas» y los «crímenes» de un período histórico. El nivel de la metodología histórica de este informe es algo que no se había visto en Occidente desde hace veinticinco siglos. En sustancia, Jruschov sostiene lo siguiente: desde hace 25 años, la historia de una nación de 200 millones de habitantes, e indirectamente la de la humanidad en su conjunto, ha estado determinada de modo esencial por la «megalomanía», la «desconfianza enfermiza» y la «manía persecutoria» de un individuo. Ni siquiera los redactores de «Paris-Match» se atreverían a presentar a sus lectores tal concepción.

No utilizaremos la misma metodología, explicando las cualidades del «informe secreto» por la estupidez, ignorancia o superficialidad de su autor. Aunque Jruschov hubiera tenido el genio de Tucídides el resultado hubiera sido el mismo. Obligado a repudiar ciertos rasgos del sistema —que fueron, y en gran parte siguen siendo, sus productos orgánicos y necesarios— para salvar el sistema mismo, tenía forzosamente que presentarles como accidentales. Y el accidente en historia se llama individuo.

Pueden decirnos que tomamos al informe por lo

7. Véase C. Lefort, [1956]: *Op. cit.*, p. 100-105.

que no es. Que, sencillamente, se trata de un discurso político, una operación cuyo único objeto es destruir el mito de Stalin. Pero eso es precisamente lo que tratamos de demostrar: que la burocracia ya no puede mantener la coherencia entre sus operaciones políticas y un sistema teórico. Cuando Stalin acusaba a todo opositor de ser un agente de Hitler, trataba de imponer al universo un delirio que no tenía ninguna relación con la realidad, ni en conjunto ni en detalle; pero se trataba de un delirio coherente. Jruschov, al atacar a Stalin, sólo puede desmitificar mitificando, y para hacer triunfar su línea política se ve obligado a destruir casi abiertamente la concepción del mundo que dicha política pretende servir. Liberada de la capa de plomo estalinista, la burocracia se viste de arlequín.

Precario vestido, al tirarle de un hilo queda hecho jirones. La explicación de la historia por los vicios del individuo Stalin hace surgir una serie interminable de preguntas. ¿Si Stalin era como Jruschov lo pinta, qué hacía el Politburó? ¿Y el Comité Central? ¿Y los Congresos del Partido? ¿Y el pueblo, en la democracia «más perfecta» de la tierra? ¿Cómo se llama el régimen donde un individuo puede obrar así? ¿Quién garantiza que Jruschov no acabe también volviéndose loco? ¿Qué es lo que ha cambiado realmente? ¿Qué significa ese XX Congreso de 1355 marionetas deliberantes y otras 81 consultivas, donde nadie se atreve a hacer esas preguntas? ¿Por qué, si se trata de cosas importantes, no se discuten en público? ¿Quién cree que Beria era un agente de los imperialistas? ¿Qué formas de la «legalidad socialista» guardaron Jruschov y su banda, cuando, al día siguiente del Congreso, fusilaron a Baguirov y a sus colaboradores? ¿Quién puede creer que la actual dirección no fue cómplice de Stalin en lo esencial? ¿Qué significa una dirección comunista que no se ocupa para nada de lo que piensan los partidos «comunistas» del extranjero (según la

confesión de los estalinistas norteamericanos, ingleses, italianos y franceses)? ¿Qué significa la locura *selectiva* de Stalin que se expresaba sólo con fusilamientos, estatuas y mapamundis? ¿Es que Stalin no dirigía también la economía? ¿Quién decía la última palabra sobre los planes? ¿Eran los miembros del Politburó que, según Jruschov, temblaban cada vez que Stalin les invitaba a su casa? ¿Recobraba el valor cuando se trataba de discutir cuestiones económicas, de salarios obreros o de las condiciones de vida de los campesinos? ¿Se limitaba ese régimen de terror a Stalin y a quienes le rodeaban? ¿No era cada miembro de la dirección del Partido Comunista un Stalin en su propio círculo? ¿Y en los escalones inferiores? ¿En las fábricas? ¿Los obreros podían decir algo? ¿Y pueden decirlo ahora?

Todas estas preguntas se han planteado, unas en Rusia, otras en los países satélites, otras en el seno de los partidos comunistas de los países occidentales. Togliatti, e incluso Thorez, se han visto obligados a hacer algunas. Jruschov no ha tardado en darse cuenta de que no se puede jugar impunemente con el culto de la personalidad, ni en un sentido ni en otro. La insurrección de Poznan le ha enseñado brutalmente que la realidad tiene su lógica, aunque los discursos de los burócratas carezcan de ella. La declaración del Comité Central del PCUS del 2 de julio, puede decirse que se la han impuesto al Kremlin los obreros polacos, aunque la crisis abierta por el XX Congreso la hiciera cada día más necesaria. Esta declaración queda muy por debajo del «informe secreto» y representa un nuevo endurecimiento. La eficacia política de este viraje, al que seguirán otros, no puede ser muy grande, pero demuestra que la burocracia se ve obligada a destruir cualquier germen de crítica, que se ve obligada a interrumpir en julio la discusión que ella misma había abierto en febrero. La ideología tiene tal influencia sobre la realidad, y ésta es a su vez tan explosiva, que el margen de libertad que la

burocracia puede permitirse, a ella y a sus «pensadores», se desvanece apenas nacida.

El lector comprenderá que nuestro propósito no ha sido discutir con Jruschov y sus colegas, como si se tratara de una discusión «entre marxistas», y menos aún de apreciar sus méritos como teóricos; lo que nos interesa son los factores objetivos que están obligando a la burocracia a abandonar la ideología estalinista y que al mismo tiempo la impiden sustituirla por otra.

La burocracia no puede pensar verdaderamente ni su propio sistema, cuya esencia es la explotación y al que tiene que presentar como si fuera el «socialismo», ni el capitalismo tradicional, pues eso le obligaría a plantear la perspectiva de una revolución fundamental de las relaciones sociales —y no sólo de las formas de propiedad— perspectiva que, teniendo en cuenta la identificación creciente del capitalismo privado del Oeste y del burocrático del Este, les engloba a ambos y pone en tela de juicio a la misma burocracia.

Nos hemos limitado a hablar de las contradicciones profundas que impiden que la burocracia pueda formar una ideología coherente. Estas contradicciones pueden llevarla hacia ese eclecticismo que caracteriza desde hace mucho tiempo a la cultura burguesa, y que aparece tímidamente en el XX Congreso. Pero estos factores no son los únicos. La estructura totalitaria del sistema hace que no sólo, de un modo mecánico, se impida toda expresión un poco independiente, sino que (con la excepción relativa de las ciencias exactas y de las artes más abstractas) todo lo que se dice o hace en un terreno afecte a los demás. Poznan es un buen ejemplo.

Al no poder mantener el monolitismo ideológico de Stalin, que la estructura de la sociedad rusa moderna rechaza, ni abrazar el eclecticismo que su organización necesariamente totalitaria contradice, la burocracia ve acercarse el día en que quede reducida al silencio.

Un partido de viejos burócratas *

Según el Informe de la Comisión de mandatos del XX Congreso del PCUS (pp. 218-225 del volumen publicado por los *Cahiers du Communisme*), asistían a este Congreso 1355 delegados con voto deliberativo. Contrariamente a la tradición de los congresos bolcheviques, el origen social de los delegados (y menos aún la composición social del propio Partido) no se indica. Se dice únicamente que, entre los delegados, había un 2,7 % más de obreros y el doble de koljosianos que en el XIX Congreso, lo que no significa nada.

Sin embargo, si las cifras citadas por la Comisión son exactas, puede reconstruirse aproximadamente la composición social del Congreso. Según la relación de la Comisión, «entre el número global de los delegados con voto deliberativo, 438 trabajan directamente en la producción: 251 en la industria y los transportes, y 187 en la agricultura». Eso significa: menos de un 20 % de los delegados provienen de la industria, menos de un 15 % de la agricultura, y, si la aritmética sigue siendo válida en la Rusia «socialista», resulta que un 65 % son intelectuales y burócratas de todas las castas.

Además, sería falso pensar que los 251 delegados «que trabajan directamente en la industria», sean todos, o incluso una mayoría, obreros y los 187 «que trabajan directamente en la agricultura», campesinos. El informe indica realmente que «de los 1355 de-

* «S. ou B.», 19, julio de 1956.

legados con voto deliberativo, 758 tienen una instrucción superior, 116 una instrucción superior incompleta, y 169 una instrucción superior secundaria». Como la suma de todos ellos constituye el 80 % de los delegados, hay que admitir que más o menos la mitad de los delegados «que trabajan directamente en la producción» lo hacen en calidad de directores, técnicos, agrónomos o contramaestres. De este modo el proletariado ruso está representado en el Congreso de «su» partido por una décima parte de los votos y el campesinado incluso por algo menos.

En cuanto a la edad de los delegados, el Informe indica triunfalmente que «más de una quinta parte de los delegados con voto deliberativo (20,2 %) ¡tienen menos de 40 años!»

Si el comunismo es la juventud del mundo, ¿de qué es el jruschovismo la vejez?

La metafísica de los procesos: telón *

> «¿Y cómo es posible que una persona confiese crímenes que no ha cometido? Sólo si se aplican métodos de tortura física que la reduce a un estado de inconsciencia, que la priva de su juicio y la despoja de su dignidad de ser humano. De esta manera se obtenían las confesiones.» (Jruschov: *Informe secreto al XX Congreso del PCUS.*[1])

Jruschov sólo habla de algunos procesos, y no de los más importantes. En general, las víctimas a las que destina sus lágrimas son sus semejantes: los auténticos estalinistas que, después de haber sujetado sobre el tajo las cabezas de las víctimas de Stalin, apenas pudieron darse cuenta de que la misma hacha se abatía ya sobre sus nucas. Postichev, Kosior, Antónov-Ovseenko quedaron atrapados por la máquina infernal a cuya construcción habían contribuido, y de la que Jruschov y la actual dirección del Partido, más afortunados, más hábiles o quizá más serviles, pudieron escapar.

Pero, aunque Jruschov no habla más que de algunos procesos, su explicación vale para todos. *En todos los procesos, las confesiones constituían las únicas «pruebas»*, y ahora se reconoce oficialmente que se obtenían gracias a la tortura. En otro lugar de su informe, Jruschov lamenta que la represión contra «trotsquistas, zinovievistas y bujarinistas» se llevase demasiado lejos

* «S. ou B.», 19, julio de 1956.

1. [Traducción española *Los crímenes de Stalin. Texto del discurso final pronunciado por Nikita Jruschov en la sesión secreta del XX Congreso del PC Ruso... el 25 de febrero de 1956*, París, Ed. La Batalla, 1957, p. 20.]

y que no se aplicara entonces una política correcta que les hubiese reintegrado en el Partido. Pero los trotsquistas, zinovievistas y bujarinistas fueron condenados convictos y confesos de espionaje en favor de Hitler, por haber preparado la guerra con el fin de descuartizar la URSS, por envenenar a los obreros y descarrilar los trenes. Por lo tanto, decir que hubiera sido mejor reintegrarlas en el Partido, significa, en el lenguaje escurridizo y cobarde que emplea Jruschov, que todos aquellos cargos eran falsos y que las confesiones se obtuvieron gracias a la tortura, en una palabra que aquellos procesos fueron también una farsa. En la mayoría de los países satélites, se han «revisado» apresuradamente los procesos de los dirigentes estalinistas, como Rajk y Kostov, que, sin embargo, «confesaron» su traición, y se les ha rehabilitado [2].

Así pues, de los procesos no queda absolutamente nada.

Nada de toda la metafísica que se quiso construir sobre ellos. Nada de la teoría de la culpabilidad objetiva, de los desgarradores conflictos entre política y moral, o de la crisis de la dialéctica marxista que significaban [3]. Aquel razonamiento: la oposición tenía necesidad de aliados, que hubieran podido ser los kulaks que, escapando a su dirección, hubieran llegado quizá a restablecer el capitalismo —*por lo tanto*, la oposición llevaba objetivamente a preparar la restauración del capitalismo, aquel sorites absurdo se

2. Con la excepción de Slansky —único entre sus coacusados que sigue sin «rehabilitar»—, a quien Praga sigue pues considerando un agente del hitleriano Tito, que, por otra parte, ya no es un hitleriano, sino un honrado dirigente comunista, calumniado por el espía británico Beria, si hemos de creer a Jruschov (ignoramos por el momento para quién trabaja éste). El desprecio por la humanidad que implican la incoherencia y el cinismo de las mentiras estalinistas no tiene parangón en la historia, ni siquiera en la Alemania nazi. [Slansky fue finalmente rehabilitado en 1963. Véase Fejtö: *Histoire... après Staline*, p. 189. (N. del T.).]

3. M. Merleau-Ponty, *Humanisme et terreur*, Paris, 1947.

evapora y no nos deja otro residuo que la amalgama del fiscal, a la que el filósofo trató de dar un sentido completamente falso para adaptarla a sus propias hipótesis.

Un falso sentido, en primer lugar, pues al interpretar así los procesos se les colocaba en una perspectiva revolucionaria que jamás habían tenido. Desde años atrás, los acusados de los procesos habían abandonado el terreno de la lucha proletaria; ¿cómo, en tales condiciones, iban a traducir los eventuales conflictos de la conciencia de Bujarin o de cualquier otro acusado, una crisis de la dialéctica marxista? En el mejor de los casos, hubieran sido ejemplo de una de esas oposiciones insolubles entre la «moral» y la «eficacia» que pertenecen orgánicamente a la política burguesa. No queremos decir que una política revolucionaria no pueda nunca, por definición, chocar con contradicciones insuperables en un momento preciso, y que nos garantice anticipadamente la solución de cualquier conflicto; sino que tales contradicciones sólo se presentan en situaciones límite, indican una interrupción del desarrollo del proceso revolucionario, y que por lo tanto su persistencia a lo largo de éste es inconcebible. Decir que un conflicto entre «moral» y eficacia», entre «intenciones» y «resultados», entre «programa» y «realidad» paralizó a los dirigentes y a la oposición rusa de 1923 a 1939, es decir simplemente que tales dirigentes y tal oposición (cualesquiera que fueran sus «intenciones») no podían ya colocarse *objetivamente* en el terreno de la problemática revolucionaria (porque la configuración del proceso histórico y el puesto que en él habían asumido se lo impedía), y es decir que la sociedad rusa después de 1923 estaba dominada por la escisión fundamental entre la verdad y la eficacia, el interior y el exterior, la dirección —que sabe, calcula y obra— y los ejecutantes —que ignoran, esperan y soportan—, constitutiva de la sociedad de explotación. En este caso se impone un análisis

histórico concreto de la sociedad rusa contemporánea, de la naturaleza económica y social de la burocracia, del papel del estalinismo. Al dejar de lado ese análisis y pasar a discutir los problemas de los políticos del sistema, de la dirección o de la oposición, colocándoles en una perspectiva revolucionaria sin preguntarse si en aquel momento podía ser realmente la suya, el filósofo crea una oposición imaginaria entre una realidad —que no es ya otra que la de la explotación y la enajenación— y su proyección sobre una pantalla revolucionaria, completamente arbitraria, de la que él es el único responsable. Se hubieran podido discutir las contradicciones insolubles con las que puede chocar una política revolucionaria, no a propósito de los procesos de Moscú, ni de las «capitulaciones« de 1928 que son su precedente y su origen, sino, por ejemplo, a propósito de Cronstadt. Se hubiera visto entonces que tales contradicciones no son simplemente el reflejo de una crisis de la dialéctica marxista, sino mucho más y mucho menos: una crisis, una paralización y un retroceso de la revolución misma. Naturalmente, dicha paralización, lo mismo que un nuevo arranque de la revolución, plantean otros problemas, que habría que examinar. Pero eliminan de golpe todas esas metáforas en las que Bujarin es Sócrates, Lenin, Edipo ante la Esfinge y Trotski, el aprendiz de brujo. No se hubiera entonces sustituido la problemática de la revolución por el «maleficio de la vida entre varios», y se hubiera evitado desembocar en ese desierto del escepticismo político donde, se diga lo que se quiera, todo es lo mismo, todos los proyectos se corrompen más pronto o más tarde, y donde toda perspectiva de acción racional desaparece.

Esa metafísica es falsa también en otro sentido. Las «revelaciones» de Jruschov confirman que los procesos no traducían tampoco oposiciones políticas dentro de la burocracia, como las que pueden existir en la política burguesa. Ni siquiera pueden servir de ejem-

plo a la disertación clásica sobre los conflictos de la intención y el resultado, del fin y de los medios, en el seno de un mundo enajenado. La depuración de una parte de la burocracia por su núcleo dirigente tampoco se debió a la locura de Stalin, ni a un culto de la personalidad caído del cielo, como quiere hacernos creer Jruschov. Los procesos tuvieron una función social —el terror consolidó la burocracia y heló durante bastante tiempo la sangre al pueblo— y una función política, consagrando sin discusión posible al grupo dirigente y a la persona que encarnaban a la clase burocrática. Pero en ningún momento fueron la expresión de un conflicto político actual, vivido conscientemente por los protagonistas. La ejecución de algunos antiguos opositores conocidos entre los miles de estalinistas sacrificados no liquidaba divergencias políticas, abandonadas o silenciadas desde hacía mucho tiempo, sino que trataba de dar a la vez un pretexto y una fachada política a la autodepuración de la burocracia, y de enseñar, a los que eventualmente trataran de oponerse, el terrible destino de cualquier oposición —incluso ficticia.

Se han hundido también las «explicaciones» de las confesiones basadas en los «misterios del alma rusa» o, con tanto fundamento pero con más elegancia, en la complicidad entre los acusados y el tribunal (o sea que aquéllos aceptaban la teoría de la culpabilidad objetiva y asumían libremente sus papeles en pro de la eficacia de la representación teatral). Se dijo que Bujarin se inclinaba ante la historia y reconocía su culpa porque reconocía su derrota. Pero, si hemos de creer a Jruschov, Bujarin no reconocía nada, simplemente la tortura le había llevado a tal «estado de inconciencia, de pérdida de su juicio de abandono de la dignidad humana» que se le podía obligar a decir cualquier cosa.

Es verdad que la tortura no es un absoluto, y que

si los hombres ceden es en función de una sicología y una perspectiva política. Por eso la «explicación» de Jruschov, aunque sea superficialmente exacta, como descripción de los hechos materiales, es incompleta y mecanicista al mismo tiempo, buena expresión de su mentalidad burocrática. En Moscú la tortura venció a quienes no eran ya sino cadáveres ideológicos. Como dijo en aquel entonces Víctor Serge [4] *ningún auténtico miembro de la oposición revolucionaria figuró jamás en los procesos.* La tortura venció a hombres que estaban hundidos políticamente desde hacía tiempo, que habían capitulado y renegado de sus convicciones, que en realidad habían abandonado no sólo toda perspectiva revolucionaria, sino toda actitud política. Y aun así, la tortura fue eficaz sólo en una minoría de casos; hubo numerosos suicidios, y la mayoría de los fusilados no fueron juzgados públicamente. En los procesos aparecieron sólo aquéllos de quienes se tenía seguridad de que representarían su papel, e incluso algunos de éstos, como I. N. Smirnov durante el proceso de los Dieciséis, estuvieron a punto de echar todo a rodar.

La «complicidad» de los acusados no hay que buscarla pues en sus declaraciones ante el tribunal. La «solidaridad» de los condenados con el sistema que les iba a fusilar hay que buscarla en su capitulación, en su participación en la ideología y mentalidad burocrática. La resistencia moral que permite a un revolucionario soportar la presión física y la tortura es solidaria de todo lo que piensa y de todo lo que es: de su odio irreconciliable al sistema de explotación y al tipo humano representado por los explotadores, sus fiscales y sus policías; de la perspectiva humanista positiva que se cree en derecho de oponerles. Lo que se suele llamar el heroísmo del revolucionario, es simplemente el hecho de que sus ideas están unidas más íntimamente a su cuerpo que sus uñas o

4. Víctor Serge: *Destin d'une révolution...*, p. 255.

su piel; y esas ideas son la crítica sin compromisos de la sociedad de explotación y el proyecto de una sociedad humana. La fuerza de ese heroísmo es la conciencia de su escisión radical de los opresores, y de la oposición absoluta de dos mundos. Pero los acusados de los procesos —tanto los de Moscú antes de la guerra, como los de los países satélites después —eran de hecho solidarios del sistema de opresión que se acababa de instalar. Los grupos sucesivos de exbolcheviques que capitularon —tanto los antiguos miembros de la oposición de «derecha» o de «izquierda», como los incondicionales de Stalin— nunca criticaron, salvo de un modo muy superficial, el régimen que se instaló después de 1923; contribuyeron más o menos a establecerle y eran completamente incapaces de oponerle una perspectiva social fundamentalmente distinta. Para ellos Rusia seguía siendo un país socialista, y el socialismo era el poder de la burocracia; verdad es que hubieran querido que fuera más humano. ¿Pero de dónde iban a sacar la fuerza de oponerse? Eso es todavía más patente en el caso de las depuraciones de los países satélites. ¿En qué se diferenciaban *políticamente* —dando a la palabra su sentido marxista de una filosofía de la historia y de una concepción del hombre hechas práctica cotidiana— Rajk, Kostov o Slansky, cualesquiera que fueran sus particularidades individuales, de Rakosi o de Gottwald? Unos y otros trataron solamente de utilizar la rebelión de la clase obrera para hacerse con el poder por todos los medios, de establecer una planificación económica y una dictadura totalitaria (el que creyeran además sinceramente que eso era el socialismo, y la única salvación de la humanidad, importa poco, tanto en general como para nuestra discusión). Cuando el sistema se vuelve contra ellos, ¿qué motivos les quedan para luchar? Lo único que está en juego es su vida, y la «confesión» abrevia la tortura y permite esperar un perdón, cuya perspectiva es tanto más fuerte cuanto más perdido se siente el acusado.

Sólo en este sentido es cierto que las «confesiones» significaban que los acusados reconocían su identidad fundamental con los jueces. No porque les considerasen revolucionarios victoriosos, sino porque ellos mismos se consideraban burócratas vencidos.

Desde los primeros procesos de Moscú se vio bien claro que las acusaciones habían sido totalmente fabricadas. Todos los que se tomaron el trabajo de pensar, se dieron cuenta de que se trataba solamente de enormes masas de monstruosas falsificaciones, preparadas por acusadores sin habilidad ni inteligencia, a quienes la censura totalitaria y el aparato publicitario internacional de la burocracia permitían hacer su trabajo de cualquier manera, inventando hoteles inexistentes, aterrizajes de aviones fantasmas, etc...[5]

5. El acusado Goltzman «confesó» que había encontrado a Trotski en Copenhague en 1932 en el hotel Bristol —destruido por un incendio en 1917—. Piatakov «confesó» que había ido a Noruega en avión el 12 o 13 de diciembre de 1935, aterrizando en Oslo. La prensa noruega pudo afirmar que ningún avión extranjero había aterrizado en Oslo en diciembre de aquel año y entonces Vichinski, dos días después, hizo que Piatakov enmendara su error, diciendo que había aterrizado «cerca de Oslo», y presentó un comunicado de la delegación comercial de la URSS en Noruega afirmando que en el aeródromo de Kjeller, «cerca de Oslo», aterrizaban durante todo el año aviones extranjeros. Al día siguiente, el director de dicho aeródromo declaró que, como se podía comprobar por los registros del aeródromo, ningún avión extranjero había aterrizado entre el 19 de septiembre de 1935 y el 10 de mayo de 1936. Este hecho, así como el testimonio de que Trotski no pudo estar con Piatakov en diciembre de 1935, fueron comunicados por telegrama al «tribunal» de Moscú antes de que éste terminara sus reuniones por Konrad Knudsen, diputado socialista noruego, en cuya casa vivió Trotski durante su estancia en Noruega. Naturalmente, el «tribunal» no hizo el menor caso de un testimonio que no había sido «preparado» por el GPU, y Piatakov fue condenado y fusilado a toda prisa. Éste y otros detalles semejantes pueden encontrarse en *The Case of Leon Trotsky. Report of Hearings of the Charges made against him in the Moscow Trials,* NY, Harper, 1937.

Frente al nuevo engaño que se prepara, hay que recordar que los actuales dirigentes rusos tienen tanta sangre en las manos como Stalin; que los Jurschov, Malenkov, Mikoyan, Molotov y Kaganovitch escribían o mandaban escribir diariamente en aquella época: ¡*Fusilad a esos perros rabiosos*!; que los Thorez, Duclos, Togliatti, Pollit, Gallacher, etc... participaban también en los asesinatos, propagando mentiras, silenciando todo lo que pudiera desenmascararlas, llamando fascista o policía a todo el que se atrevía a dudar; que, aunque estén dispuestos a cambiar el papel de jefes geniales e infalibles por el de cretinos que se tragaron durante veinte años todas las invenciones de un «loco» y de un «espía inglés», el hecho es que ellos mismos asesinaron también a todos los miembros de la oposición revolucionaria que pudieron —trotsquistas, anarquistas, «poumistas», socialistas de izquierda, en España, en Francia, en Grecia, en Indochina—, y en una escala tanto mayor cuanto más cerca se creían del poder, que siguen mintiendo hoy, y que, desde hace cuatro meses, «L'Humanité» no es más que una mentira permanente, cuando habla del XX Congreso; y que el Buró político del Partido Comunista francés miente una vez más cuando pretende «haber ignorado todo», porque sin su ayuda activa y consciente, una buena parte de los crímenes de Stalin hubiera sido imposible.

Pero hay que recordar algo más. *Hay que recordar que Stalin contó con la complicidad de todo el orden social vigente*. Que burgueses y reformistas celebraron el exterminio de los militantes revolucionarios y de los últimos representantes, por degradados que estuvieran, de la revolución de 1917. Sólo empezaron a «denunciar» los procesos después de 1945, cuando la guerra fría les hizo buscar argumentos para su propaganda antirrusa, cuando todo movimiento revolucionario les parecía imposible y no temían que sus «denuncias» reforzaran una oposición obrera antiestalinista, en un momento en que las víctimas de los pro-

cesos eran ya meros burócratas estalinistas. Hasta entonces, casi todos fueron cómplices: «Le Populaire», órgano de la SFIO, silenció desde 1934 los crímenes del GPU (primero como consecuencia del pacto Stalin-Laval, luego a causa del Frente Popular); los socialistas españoles dejaron las manos libres a Antonov-Ovseenko, tan injustamente asesinado por Stalin, como lamenta Jruschov —injusticia bien patente, desde luego, porque él y Marty organizaron la represión contrarrevolucionaria en la España republicana; cómplices fueron también los socialistas noruegos, que gobernaban en 1935-1936, y cuyo ministro de la «justicia», Trygve Lie, amordazó a Trotski durante tres meses, en 1936, en pleno proceso de los Dieciséis, impidiéndole defenderse contra una conspiración que iba dirigida principalmente contra él. Y la Liga de los Derechos del Hombre francesa, cuyo presidente, Víctor Basch, encontraba perfectamente normal el procedimiento judicial de Moscú. No olvidemos tampoco a los periodistas «objetivos», como Duranty, o a los juristas «socialistas», como Míster Pritt, consejero de Su Majestad británica que, invitado a Moscú para que asistiera a los procesos, no encontró nada reprochable ni en los veredictos ni en las actuaciones, etc...

Cómplices también los intelectuales «de izquierda», con algunas escasas excepciones (y no hablamos de los estalinistas declarados, sino de la gran familia de los «simpatizantes», entusiastas o tibios); cómplices los «santos» y los «eficaces», los Romain Rolland y los Jean Cassou, que cubrieron la inmunda operación con su autoridad moral, y tantos otros cuya lista sería demasiado larga. Dirán probablemente que tampoco sabían nada. Bastaba, sin embargo, un mínimo de inteligencia para darse cuenta, con sólo leer las actas oficiales de los procesos, que aquello *no podía ser cierto*; bastaba un mínimo de objetividad para prestar un poco de atención al principal acusado, Trotski, y para encontrar en sus declaraciones a la

prensa, sus artículos, sus libros, las pruebas aplastantes e irrefutables de la impostura. No era un caso de ignorancia. En algunos casos, se trataba de intereses, directos o indirectos, como siempre. Pero no son los que nos importan.

Para la mayoría, se trataba de «realismo», de «sacrificio de la conciencia», de «eficacia». En realidad, de la resurrección de la vieja moral conservadora que, escondida entre pingajos de marxismo, permite a los intelectuales «de izquierda» engañarse a sí mismos y dar un valor ideológico a su enajenación. Bajo su adoración de la «dura realidad de la historia», no hay más que su prosternación ante la fuerza bruta. Tras de la sublimación de la «encarnación» no hay más que el apoyo oportunista al poder vigente, tanto más confortable moralmente cuanto dicho poder se presenta como «revolucionario». Dijeron, dicen y dirán que proclamar la verdad podría perjudicar a la causa que la URSS encarna, sin preguntarse hasta qué punto una causa que es *verdadera* puede defenderse por la mentira, y confundiendo en sus estúpidos sofismas la mentira de un revolucionario perseguido por la policía y la de una policía de perseguidores que pretenden ser revolucionarios. «Lo que cuenta es el resultado» —decían—: la «defensa del socialismo». Pero Jruschov dice hoy que los procesos «han debilitado considerablemente» a Rusia. Es decir que, si tenemos en cuenta el resultado de sus actos, todos los que proporcionaron a los crímenes de Stalin una cobertura ideológica y una garantía moral, quienes, en vez de alzar ante él el muro de la opinión pública, le hicieron ver que podía permitirse todo y le dieron la posibilidad objetiva de fusilar primero a uno, luego a diez, a cien y a mil, contribuyeron «objetivamente» a debilitar a Rusia. Por lo tanto, según sus propias normas, merecen el paredón. Paradojas de la «moral del resultado». Los que empujaban a los acusados a la fosa, porque su oposición al régimen les transformaba «objetivamente» en agentes de la Gestapo, al ha-

cerlo, se convertían, sin darse cuenta, en agentes «objetivos» de la policía inglesa y del espía Beria, y no les queda más excusa hoy en día que hablarnos de sus buenas intenciones.

Algunos dirán que somos demasiado ingenuos, y que nuestra indignación está fuera de lugar. ¿No es indecente el mencionar las víctimas delante de los verdugos, y de mal gusto insistir sobre los errores ajenos? ¿No es normal que los cadáveres estén bajo tierra y los asesinos en el poder, que baste reconocer sus errores para quedar absuelto, que los poetas cortesanos canten a Nerón después de Calígula? ¿Es que el cinismo de los dirigentes estalinistas, aunque sea mayor, no es de la misma naturaleza que el de otros? ¿No hay distinguidos nazis que se pasean tranquilamente por Bonn, y no están recuperando día tras día los puestos dirigentes? ¿No es Mollet presidente del Consejo, y no sigue la guerra de Argelia, después de haber prometido terminarla para ganar las elecciones? ¿No es ésa precisamente la urdimbre de la sociedad contemporánea y, más o menos, de toda la historia de las sociedades de explotación?

Es cierto. Y no se trata de indignación. Queríamos demostrar una vez más, con el ejemplo de los procesos, que la burocracia «comunista» es una parte integrante de dicha sociedad, que sus métodos son los métodos seculares de los opresores, que, si combate un sistema de explotación anticuado, lo hace sólo para sustituirle por otro más moderno y a veces más horrible, y que su política, como la de sus adversarios burgueses, expresa el mismo divorcio radical entre las pretensiones y la realidad, entre las palabras y los actos.

Tratamos de demostrar también que, desde este punto de vista, no hay ningún cambio fundamental en la «desestalinización», y tratamos de luchar contra el nuevo engaño que se prepara. Pues hasta los estalinistas que van más lejos en el reconocimiento de

los errores del pasado —y a decir verdad, no son muchos— no lo hacen sino para poder seguir manteniendo *en el fondo* el mismo engaño, para los demás y para sí mismos. En lo único que piensan casi todos, después de dar unas cuantas disculpas de mala gana, es en esconder el pasado y su significación y volver a los asuntos del día. Otros exhiben públicamente el dolor de sus almas —lo que nadie les pide y a nadie importa— en vez de tratar de analizar o de ver claramente lo que ocurrió y lo que ellos mismos hicieron. La revolución proletaria no castiga ni se venga; trata de construir conscientemente el futuro. No necesita arrepentimientos, sino un análisis lúcido de la historia. Este análisis, los intelectuales desorientados quienes, después de haber encontrado un sustituto del catolicismo en el estalinismo, se encuentran ahora en el vacío, son completamente incapaces de hacerlo, y hoy más que nunca. Su «arrepentimiento» demuestra precisamente que en el momento en que se creen más alejados del universo burgués burocrático, siguen encadenados a él inexorablemente; que su función política es proporcionar una cobertura moral al engaño permanente del Partido Comunista. El sacrificio de la conciencia —la propia y sobre todo la de los demás— persiste. Que Claude Roy lo viva hoy como un desgarramiento y no como una virilidad, es algo que nos trae sin cuidado.

Pero todo el mundo pide hoy este análisis, dirán algunos. En efecto: Thorez y Togliatti piden este análisis. ¡A Jruschov! ¿Por qué no empiezan por sí mismos? Hasta Jruschov pide también el famoso análisis. ¿A quién? Para el Partido Comunista, «pedir un análisis», no es sino tratar de enterrar la cuestión, tranquilizar a los militantes más preocupados, aplazar la discusión indefinidamente. El modo de pedirlo y su tema: «determinar el conjunto de circunstancias que permitieron el ejercicio del poder personal de Stalin» demuestran bien que se trata de una mascarada. En un sistema social todo se relaciona. Los informes de

Jruschov, tanto el público como el secreto, significan para un marxista el hundimiento interior de la creencia de que la URSS es un «país socialista». Ni Jruschov, es decir, la burocracia rusa, ni Thorez, es decir, la burocracia del Partido Comunista francés, pueden analizar ese «conjunto de circunstancias» sin negarse a sí mismos y al sistema que representan. Puede apostarse, que con muy pocas excepciones, los intelectuales estalinistas se contentarán en resumidas cuentas con «análisis» del valor de esa historieta cuyo protagonista es el «espía Beria».

La insurrección húngara: Preguntas a los militantes del PCF *

Hace cuatro semanas que los políticos y la prensa de la burguesía comentan los acontecimientos de Hungría, con una demagogia cargada de un cinismo pocas veces igualado en el pasado.

Que Bidault, Laniel y Triboulet descubran, de repente, un inmenso amor por los trabajadores —a condición de que vivan en Budapest, que los asesinos de malgaches, de vietnamitas y de argelinos consideren inaceptable el ataque armado contra un pueblo— a condición de que este ataque sea realizado por otros; que «L'Aurore» y «Paris-Presse» se desencadenen en favor de la revolución —a condición de que no esté dirigida en contra de la burguesía—, son, todas ellas, detestables comedias que ya tuvimos ocasión de conocer. Pero en el *mismo momento* en que hacían desembarcar sus tropas en Egipto, Mollet y Pineau se atrevían a indignarse contra la intervención rusa en Hungría. En la misma página, «Le Figaro» ponderaba el «nuevo vigor» inyectado a la política francesa por Mollet —vigor del que dan una idea bastante exacta los miles de cadáveres de civiles en Port-Saïd y el lamentable desastre de la aventura egipcia— y condenaba con vehemencia el imperialismo ruso. Al mismo tiempo los dirigentes de la Fuerza Obrera y de la C.F.T.C. se niegan a cualquier acción en contra de la guerra de Argelia —ellos no se meten en política, naturalmente...— y convocan una huelga... contra la guerra de Hungría.

* «S. ou B.», 20, diciembre de 1956.

La burguesía y los «leales gerentes del capitalismo» que son los dirigentes de un partido que, inexplicablemente, se denomina socialista, utilizan los acontecimientos de Hungría para cubrir sus propios crímenes. Es evidente. Pero eso no cambia el significado de esos acontecimientos ni el imperativo deber de todos los trabajadores de conocer y comprender lo ocurrido. La lucha de los trabajadores contra la explotación y la opresión es una y la misma en todos los regímenes y en todas las latitudes. Esa información, esa comprensión se han hecho para muchos obreros de Francia mucho más difíciles, por cuanto la prensa burguesa ha presentado a los insurrectos de Hungría como defensores de la restauración de una democracia capitalista «a la occidental» y la prensa del PCF ha ido aún más lejos que «L'Aurore», presentándolos, sencillamente, como fascistas.

Las páginas a continuación quieren disipar la niebla de la propaganda, utilizada por todos los bandos para disimular la realidad de la revolución húngara, y demostrar las verdaderas tendencias, proletarias y socialistas, de esa revolución.

En su explicación del 2 de noviembre (publicada en «L'Humanité» del 3) Fajon afirmó querer «responder a los pocos camaradas —una docena» que se quejaron de la actitud de «L'Humanité» respecto de los acontecimientos de Hungría y Polonia, acusando al diario de «haber informado parcialmente o mal a sus lectores». La respuesta a Fajon es que «la tarea de "L'Humanité" no es la de publicar sin discernimiento todas las informaciones de agencia, todas las opiniones formuladas por tal o cual dirigente de un partido hermano sobre tal o cual problema político. Su tarea consiste en publicar hechos verificados e importantes, al tiempo que el punto de vista del P.C.F. acerca de los grandes problemas que se plantean».

Y he aquí cómo «L'Humanité» informó a sus lectores de los acontecimientos de Hungría. El 25 de octubre, titula: «Fracasan graves insurrecciones contra-

rrevolucionarias en Budapest». El mismo día, página 3, publica un largo comunicado de la Agencia Tass según la cual «se ha restablecido el orden en Budapest». El 26 de octubre, titula: «La insurrección contrarrevolucionaria ha sido eliminada». El 27 reproduce una información de Tass afirmando que «el gobierno es dueño de la situación». El 28, «Huma-Dimanche» titula: «La contrarrevolución vencida en Budapest». El 29, cuando Nagy cedió ante los insurrectos que se negaban a deponer las armas y a petición suya las tropas rusas se retiraron de Budapest, «L'Humanité» escribe: «El ejército húngaro, sostenido por elementos soviéticos, se adueñó durante la mañana de los últimos islotes».

1.ª *¿Esas informaciones eran «hechos verificados» o puras y simples mentiras?*

En 6 de noviembre, desde la formación del gobierno Kadar y la segunda intervención rusa, «L'Humanité» anuncia la «victoria total del poder popular... se reemprende el trabajo». El 7 de noviembre sólo habla de «la ayuda enviada por la U.R.S.S. a Hungría». El 8, los periódicos de la mañana no salieron a la calle; pero el 9, las pocas líneas que publica sobre Hungría dan la impresión de que no ocurre nada salvo la vuelta a los puestos de trabajo. Asimismo, durante el 10, 12 y 13, sigue volviéndose al trabajo. Sin embargo, el 13, reconoce indirectamente, citando a Michel Gordey, sin desmentirlo, que los combates han continuado, por lo menos, hasta el viernes 9 de noviembre.

2.ª *¿Es o no un hecho verificado que «L'Humanité» ha mentido constantemente a sus lectores, escondiéndoles que durante seis días —desde el domingo 4 de noviembre hasta el alba del viernes 9 de noviembre— la población de Budapest lu-*

chó contra el ejército y los carros de combate rusos?

«L'Humanité» afirma continuamente, desde el 6 de noviembre, que el «trabajo ha sido reemprendido» y que «la situación ha vuelto a la normalidad», inflingiendo de esta manera un mentís cada mañana a lo que había escrito el día anterior. El 12 de noviembre, escribe: «Apoyándose en los trabajadores. el gobierno Kadar pone el país en marcha». Sin embargo, el mismo día, «Libération» —que no es sino una sucursal de «L'Humanité» para el uso de los «progresistas»— cita al corresponsal del periódico yugoeslavo «Politika» que resume de este modo la situación: «Las masas húngaras están inquietas... Nagy ha fracasado, pero la tarea de Kadar es mucho más difícil». El 14, un increíble reportaje de André Stil, que contradice todo lo que ha escrito «L'Humanité» hasta el momento, a la vez que se contradice a sí mismo en varias ocasiones, (volveremos sobre este asunto) afirma que en Budapest «una masa apresurada vuelve a los puestos de trabajo». En el mismo día, «Libération» escribe: «Budapest sigue privada de transportes públicos. Ante las pocas tiendas abiertas además de las de alimentación, la gente permanece estacionada, al igual que ante las panaderías. Una masa considerable circula lentamente... por las grandes arterias terriblemente destrozadas por los combates. Todas las fachadas están incendiadas y algunas paredes derruidas. Cascajos y cristales rotos penden y caen de las casas. Centenares de personas hacen cola ante los hospitales. Por todas partes se oye: «Es peor que en 1945». (En 1945, Budapest fue durante semanas el escenario de encarnizados combates entre las divisiones alemanas y las divisiones rusas)... Se constata que la industria pesada y semipesada de la región sigue todavía parada... Las invitaciones de los rusos de hace unos días y las actuales del gobierno de Kadar para que las gentes vuelvan al trabajo chocan, de hecho, con una total

desorganización. Aunque en la mayor parte de los ministerios no hubo grandes destrozos, es difícil encontrar a alguien en su sitio. Los habitantes de Budapest ignoran aún donde está el gobierno; el Parlamento permanece con las puertas cerradas. No parece que una huelga sistemática pueda prolongarse por mucho tiempo. Muy pocos trabajadores pueden permitirse el lujo de rescindir su salario.»

3.ª *¿No resulta evidente que André Stil miente?*

4.ª *¿No es evidente que, lejos de «apoyarse en los trabajadores», Kadar se encuentra, diez días después de «la victoria total del poder popular», ante una huelga casi total?*

5.ª *¿No está claro que Kadar, como un gobierno o un patrón capitalista, cuenta con el hambre para acabar con la resistencia de los trabajadores y que, para un obrero húngaro, tener una opinión sobre el gobierno de su país es, como confiesa cínicamente «Libération» «un lujo que no puede permitirse»?*

Durante los quince primeros días de los acontecimientos de Hungría, «L'Humanité», la agencia Tass, y Radio Moscú hablaron de «grupos fascistas», «provocadores contrarrevolucionarios», «provocadores pagados por los americanos», etc. El lector de «L'Humanité» tenía que creer forzosamente que eso era todo lo que ocurría en la insurrección húngara.

En España, en 1936, Franco disponía de la mayor parte de los profesionales del ejército, estaba apoyado por los terratenientes y la burguesía que era la que detentaba el poder, por organizaciones fascistas preparadas con mucha antelación; estaba ayudado por Mussolini y Hitler que le enviaban armas, aviones e incluso divisiones enteras. Con todo, necesitó dos años para vencer la resistencia de los trabajadores.

6.ª *¿Es concebible que en Hungría, en el país, totalmente controlado por el «partido de los trabajadores» (comunista), «grupos fascistas», después de seis días de combate (desde el martes 23 al domingo 28 de octubre) pudieran vencer a las fuerzas gubernamentales, tanto en la capital como en todas las ciudades importantes de provincias y obligaran a las fuerzas rusas a retirarse de Budapest?*

7.ª *¿Es concebible que, a partir del domingo 4 de noviembre, el mando ruso se viera obligado a incorporar a la batalla numerosas divisiones transportadas apresuradamente a los lugares de combate (en un número aproximado de 200.000 hombres y varios miles de carros de combate) para liquidar algunos «grupos fascistas», y que con ese espectacular despliegue de fuerzas, con los carros de combate, las armas automáticas modernas, etc., necesitara aún seis días para acabar con toda la resistencia organizada?*

8.ª *¿Estos hechos se habrían producido de no haber, en la insurrección húngara, una participación masiva de la gran mayoría de la población y una neutralidad favorable a la insurrección por parte del resto de la gente?*

Varias veces, durante la primera semana de la insurrección húngara, «L'Humanité» afirma que el gobierno se apoya en los obreros, que participarían en la lucha contra los «sediciosos fascistas». Pero Stil, en «L'Humanité» del 14 de noviembre, desata la lengua y confiesa las mentiras de su propio periódico: «Lo que habrá que explicar es cómo los trabajadores, luego de tantos sacrificios por un régimen que sabían era suyo, pudieron, aunque desaprobaran a los fascistas, dejarse trastornar hasta el junto de no intervenir enér-

gicamente en la defensa de este régimen que aquéllos ponían en peligro».

9.ª *¿El hecho de que «L'Humanité» mintiera al hablar de la lucha de los obreros contra los insurrectos no se ha hecho ahora evidente con las declaraciones de Stil?*

10.ª *¿No resulta mucho más probable que los obreros armados lucharan contra el gobierno y los rusos? Si no, ¿cómo explicar la derrota de las fuerzas gubernamentales y de las tropas rusas durante la primera semana de la insurrección? ¿Y los combates encarnizados que tuvieron lugar después, del 4 al 9 de noviembre, y el envío de refuerzos por parte de las tropas rusas para aplastar la insurrección? ¿La huelga general después de la victoria de los rusos?*

11.ª *¿Podemos jugarnos cualquier cosa a que ni André Stil, ni ningún otro dirigente de P.C.F. «explicará» jamás por qué los «trabajadores no intervinieron en la defensa del régimen», por qué lucharon para destruirlo hasta la muerte? ¿Esa explicación podría consistir en que los trabajadores, al cabo de diez años de experiencia, llegaron a la conclusión de que ese régimen les explotaba y les oprimía?*

Después de publicar durante dos semanas que en la insurrección húngara *no había más que* fascistas, «L'Humanité», desmintiéndose a sí mismo, empieza a explicar que también había trabajadores, engañados o «intimidados» (!) por los fascistas. Stil tiene el descaro de escribir, el 14 y el 15 de noviembre, que los fascistas «utilizando tanto la demagogia como la intimidación», mantienen a las fábricas en huelga.

12.ª *Si se piensa que, después de varios años de régimen «socialista» y de poder del «partido de los trabajadores», la mayoría de los obreros, de los campesinos, y de la juventud húngara es capaz de emprender la lucha contra el régimen instigados por los fascistas, dejarse matar durante tres semanas —hay decenas de miles de muertos en Budapest, ciudad de habitan-1.500.000 tes— y luego permanecer en huelga, después de que los fascistas se pusieran en evidencia «asesinando a los militantes obreros», tal como explica «L'Humanité», ¿hay que llegar a la conclusión de que la sociedad está irrevocablemente a favor del fascismo? ¿Puede una persona seguir siendo un militante comunista con estas ideas?*

13.ª *Esa idea, de que algunos demagogos, al servicio de objetivos inconfesados, pueden hacer lo que quieran de la masa, ¿no se encuentra en la base de toda la ideología y de toda la práctica política del fascismo? ¿No es esta misma idea, acerca de Berlín-Este, de Poznan, de la crisis polaca de octubre de 1956, de la revolución húngara, la que hace años que sostienen los dirigentes del P.C. ruso y del P.C.F.? ¿Qué debemos pensar de ellos?*

Al hablar de la insurrección de Poznan, que «L'Humanité presentó y sigue presentando como la obra de provocadores y de gángsters, Gomulka dijo, frente al Comité Central del Partido polaco: «Intentar presentar la tragedia de Poznan como la obra de imperialistas y provocadores fue de una gran ingenuidad política. Los agentes del imperialismo y los provocadores pueden manifestarse en todas partes, en cualquier momento. Pero en ninguna parte pueden determinar la actitud de la clase obrera... Es en nosotros, en la dirección del Partido, en el gobierno, allí donde

encontramos las causas verdaderas de la tragedia de Poznan y del profundo descontento de la clase obrera. La explosión se preparaba desde hacía varios años». (Como que el P.C.F. no publicó en su día el discurso de Gomulka, lo citamos aquí según el texto publicado en «France-Observateur» y en «L'Express».)

14.ª *Independientemente de su aplicación a los acontecimientos de Poznan, ¿no es cierto que esa frase contiene una verdad general? ¿No podríamos aplicarla con mayor razón a los acontecimientos de Hungría?*

Fajon, en su discurso del 2 de noviembre, se negó a aceptar la explicación de Gomulka sobre los acontecimientos de Poznan, que calificó de «derrotista», y continuó con la idea de que la insurrección obrera de Poznan era la obra de provocadores, etc. Sin embargo, antes que Gomulka, Cyrankiewicz, Presidente del Consejo Polaco, y Ochab, Secretario general del Partido polaco, reconocieron que los obreros se habían rebelado porque tenían motivos justificados de descontento.

15.ª *¿A quién le resulta más fácil mentir, a Gomulka, Cyrankiewicz, etc, hablando ante los polacos de cosas que han vivido, o a Fajon, en París, ante los cuadros del PCF?*

16.ª *El marxismo es una concepción materialista de la historia en la que la acción de las clases sociales está determinada por sus intereses, su lugar en la producción y la conciencia que éstas desarrollan a partir de su situación —¿o es una concepción policial de la historia según la que la humanidad está formada por masas ciegas, que los espías y los provocadores dominan a placer?*

17.ª *La «concepción» de Fajon, según la cual la clase obrera puede ser dominada por los espías y los provocadores, ¿no traduce, en realidad, un profundo desprecio por la clase obrera? ¿No es más bien esa concepción la que puede calificarse de derrotista? Al preferir presentar a los obreros como unos imbéciles sin remedio, en vez de admitir que los crímenes del aparato burocrático han llevado al proletariado a la revolución, Fajon se manifiesta como un burócrata enemigo irreconciliable de los obreros, ¿no es así?*

Después de haber escrito constantemente que la insurrección húngara era obra de fascistas y de hortistas, «L'Humanité» publica, el 12 de noviembre, sin explicaciones y sin avergonzarse, el discurso de Kadar, difundido el 11 por Radio Budapest, que resume de este modo: «Volviendo al origen de los combates, Janos Kadar declaró que el descontento de las masas estaba justificado pero que los contrarrevolucionarios explotaron ese descontento legítimo con el objetivo de derrocar el poder popular. Esas fuerzas, dijo Janos Kadar, podían acabar venciendo».

Sin embargo, incluso ese resumen de Kadar —que comporta un severo mentís a las calumnias que «L'Humanité» publicó durante quince días sobre los trabajadores húngaros— está falseado por «L'Humanité». Este es el texto del discurso de Kadar publicado el mismo día por «Libération»: «La indignación de las masas estaba justificada. No deseaban derrocar la democracia popular sino corregir los errores del pasado. Pero los contrarrevolucionarios se infiltraron en las filas del pueblo y explotaron la *acción* legítima de las masas con el objetivo de derrocar el poder popular. Esas fuerzas podían acabar venciendo, etc.». Hemos subrayado la palabra «acción» que demuestra con toda evidencia que la insurrección fue obra de las masas. Además, el programa del gobier-

no Kadar (publicado por «L'Humanité» el 5 de noviembre) comportaba como punto 3.º: «El gobierno no admitirá que los trabajadores sean perseguidos por haber participado en los acontecimientos de estos últimos días».

18.ª *¿No le interesaba también a Kadar, como a «L'Humanité» o a la agencia Tass, o a Radio Moscú, afirmar que la insurrección era obra únicamente de los fascistas?*

19.ª *Si se vio obligado a reconocer que los «trabajadores participaron en los acontecimientos de estos últimos días» y que «la acción de las masas» era «legítima», ¿no fue porque, al estar en Hungría, no podía, materialmente, mentir acerca de hechos en los que ha participado la mayor parte de la población y, no resulta evidente que intentaba, desesperadamente, reconciliarse con los trabajadores, después de hacerlos matar por los carros de combate rusos?*

20.ª *¿Cómo explicar el hecho de que ni Kadar ni los rusos fueran capaces de convencer a los elementos de la insurrección que «querían corregir los errores del pasado» y oponerlos a los que «querían derrocar el poder popular»? ¿No es éste un fallo político sin precedentes? ¿No será el resultado de que, en Hungría, nadie tiene la menor confianza ni en Kadar ni en los rusos? ¿Y por qué? ¿Será la conclusión a la que ha llegado la población después de una experiencia de diez años?*

De 1948 a 1954, los dirigentes rusos, los del PC francés y los de todos los PC del mundo calificaron a Tito de hitleriano, de asesino, etc., y el régimen yugoeslavo de régimen fascista. Luego, bruscamente y sin la menor explicación, todos declararon a la vez

que Yugoeslavia era un país socialista que seguía «su propia vía al socialismo».

21.ª *«L'Humanité», durante seis años, ¿publicó «hechos verificados» sobre Yugoeslavia, o increíbles mentiras por encargo? El «punto de vista del PCF sobre los grandes temas que se plantean» como afirma pomposamente Fajon ¿no consistía en tomar a un país «socialista» por un país «fascista», es decir al día por la noche?*

22.ª *¿La diferencia entre socialismo y fascismo es un matiz tan delicado hasta el punto de que son posibles esos errores, o hay que pensar que los dirigentes del PCF y del PC ruso califican sistemáticamente de fascistas a los que se oponen a su voluntad?*

La única «explicación» dada sobre el cambio de postura del PC ruso respecto a Yugoeslavia fue la lamentable frase de Jruschov al llegar a Belgrado: «Fuimos engañados por Beria».

23.ª *¿De manera que la apreciación política y social de un régimen depende, para los dirigentes rusos, de las informaciones secretas de un jefe de policía? ¿Beria podía hacer creer a Jruschov o a Thorez que Francia, por ejemplo, es un país socialista?*

24.ª *¿Es concebible que la dirección de los PC, que se definen como los Estados Mayores del proletariado mundial, se equivoque durante seis años consecutivos, no sobre la conducta de un individuo, sino sobre la naturaleza de un régimen que funciona a la vista de todos, puede ser visitado por los periodistas y por todos los que lo deseen, etc.?*

25.ª *¿Es concebible que se afirme hoy lo contrario de lo que se dijo ayer sin explicar seriamente ni por qué se habían equivocado, ni por qué cambiaron de opinión?*

26.ª *¿Esos cambios de postura sin explicación alguna contribuyen a elevar la conciencia de los militantes y de los obreros, o a sumirlos en la confusión y la desmoralización?*

27.ª *¿No resulta evidente, a través del ejemplo de Yugoeslavia al que podríamos fácilmente añadir decenas de otros, que la dirección del PC ruso así como la del PC francés se niegan a cualquier discusión con los que pueden estar en desacuerdo con ellas, que caracterizan de inmediato a todos los que no se doblegan a su voluntad de «fascistas», que intentan aplastarlos por medio de la calumnia y el terror? ¿No son esos procedimientos típicamente fascistas? ¿Hay que preguntarse por qué razón la dirección del PC recurre a esos procedimientos y no puede tolerar ninguna discusión?*

28.ª *¿Si las divisiones rusas hubieran estado estacionadas en 1948 en Yugoeslavia, no hubieran intervenido como lo han hecho en la actualidad en Hungría, contra el «fascista Tito»? ¿Lo habrían aprobado Thorez y «L'Humanité»? ¿Qué hubiera pasado entonces con la «vía propia de Yugoeslavia al socialismo»; solemnemente reconocida seis años más tarde?*

El argumento que utiliza constantemente «L'Humanité» para mantener sus calumnias contra los trabajadores húngaros, es el hecho de que la prensa burguesa y los políticos burgueses hacen propaganda contra la intervención rusa en Hungría.

29.ª *Durante el tiempo en que Rusia y los PC atacaban a Tito, ¿no es cierto que la prensa burguesa «sostuvo» a Tito y Yugoeslavia? Los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, ¿no suministraron a la vista de todos centenares de millones de dólares, armas, etc.? ¿No es cierto que Tito hizo un pacto militar con los gobiernos reaccionarios de Grecia y Turquía, pacto que sigue en vigor? ¿Y todo ello impide a Jruschov y a Thorez ver a Yugoeslavia como un «Estado socialista»?*

30.ª *¿No es cierto que las direccciones de los PC de 1948 a 1954, habían utilizado estos hechos para probar que Tito era un «agente del imperialismo americano»? ¿No es cierto que «L'Humanité» puso de relieve, durante esos seis años, todos los signos de ayuda de los Occidentales a Tito para probar la «colusión» de éste con los americanos? ¿No es lo mismo que está haciendo hoy con Hungría?*

31.ª *¿No es cierto que la prensa burguesa y los políticos burgueses «aprobaron» y «felicitaron» a Jruschov por haber criticado a Stalin? ¿Debemos llegar a la conclusión de que Jruschov es un agente del imperialismo americano?*

32.ª *La actitud de la prensa y de los políticos burgueses ante los acontecimientos de Hungría, ¿no se explica más bien por esos factores:*

a) *¿Que acogen favorablemente en principio todo lo que podría debilitar al bloque ruso (véase el caso Yugoeslavo)?*

b) *¿Que la intervención militar rusa les daba espléndidas armas de propaganda, de las que estaban muy necesitados para cubrir las pasadas empresas imperialistas, las pre-*

sentes y las futuras, y, especialmente, las de Argelia y Egipto?

c) *¿Que el inicio de un período de luchas políticas abiertas en Hungría les hacía creer que a partir de ese momento tendrían posibilidades de acción política en ese país?*

«L'Humanité», Kadar, Radio Moscú, etc., hablaron de «terror blanco» que se instauró en Budapest durante la segunda semana de la insurrección. Es posible que atentados terroristas o actos individuales injustificables contra inocentes se llevaran a cabo, como ocurre en cualquier revolución: de todos modos, después de lo que acabamos de ver, el hecho de que «L'Humanité» lo afirme dista mucho de constituir una prueba.

33.ª *En un país en el que la clase obrera se ha armado y ha constituido Consejos, ¿es posible la instauración de un «terror blanco»? ¿No hubieran reaccionado inmediatamente los obreros si verdaderos militantes obreros fueran objeto de una persecución sistemática?*

Por el contrario, es indiscutible que hubo ejecuciones sumarias de miembros de la policía secreta A.V.H. en gran escala.

34.ª *¿Sabíais que la insurrección empezó porque el 23 de octubre la policía secreta abrió fuego contra una multitud de manifestantes desarmados?*

35.ª *¿Qué era la policía secreta en Hungría? ¿En qué se diferenciaba de la Gestapo? ¿No es cierto que Rajk y muchos otros fueron ejecutados como traidores para ser rehabilitados cinco años después? ¿No habían confesado sus «crímenes»? ¿Cómo los habían «confesado» si no los habían cometido? ¿No fue bajo la presión de las tortu-*

ras? ¿No es cierto que Jruschov reconoció ante el XX Congreso del PCUS que la policía estalinista hacía confesar por medio de la tortura crímenes imaginarios? ¿No dijo Gomulka en su discurso: «También entre nosotros... inocentes fueron enviados a la muerte: otros inocentes, muchos, fueron encarcelados, y a veces por muchos años: entre ellos, había comunistas: hombres que fueron sometidos a torturas bestiales: se sembró el terror y la desmoralización»? ¿Esos miembros de la policía secreta húngara no eran, en realidad, verdugos?

36.ª *Si tuvierais un hermano, padre, hijo, detenido por la policía y torturado, que hubiera «confesado» crímenes imaginarios y hubiera sido fusilado, y, después de una insurrección victoriosa pudierais atrapar a esos verdugos, estáis seguros de lo que haríais? ¿No hubo ejecuciones sumarias después del derrumbamiento del nazismo, en Francia y en otros países?*

«L'Humanité» ha presentado durante tres semanas a la insurrección húngara como una revolución de fascistas. Según el periódico, sólo se han manifestado ellos, los hortistas, los antiguos capitalistas y terratenientes, que algunos días después de la revolución empezaban a tomar posesión otra vez de sus tierras (!). Vimos que Kadar confesó que se trataba de «una acción legítima de las masas» en el seno de la cual, según él, elementos contrarrevolucionarios «*podían* acabar ganando».

37.ª *¿Qué base, entre las masas de la población, podían crearse los organismos políticos reaccionarios? Partidos cuyos objetivos serían devolver las fábricas a los capitalistas y las tierras a los grandes terratenientes podrían tener alguna audiencia entre obreros y campesinos, que cons-*

tituyen la mayor parte de la población húngara? Los obreros, armados y reivindicando la gestión de las fábricas (véase más abajo), ¿habrían tolerado la existencia de partidos que exigían la restauración burguesa? Los campesinos, explotados durante siglos por los feudales, ¿habrían aceptado que Esterhazy recuperara sus dominios (es lo que «L'Humanité» llegó estúpidamente a afirmar)?

La prensa burguesa ha intentado hinchar hasta el límite la importancia que hubieran podido tener, durante la segunda semana de la insurrección, las organizaciones tradicionales reconstituidas apresuradamente, para probar que los húngaros aspiraban a ese bienestar supremo —una república parlamentaria de tipo occidental. «L'Humanité» estuvo, en este punto, absolutamente de acuerdo con «Le Figaro» y «L'Aurore». Como la prensa burguesa, trató de esconder todas las manifestaciones revolucionarias del proletariado húngaro, las reivindicaciones que planteó, el hecho de que se organizara por medio de Consejos (es decir a través de auténticos Soviets, cuyos miembros, elegidos democráticamente por los obreros, son revocables en cualquier momento por sus propios electores). Esos Consejos han existido en todas las ciudades industriales importantes de Hungría. El Consejo de los obreros de Szeged fue el primero en plantear la reivindicación de una *autogestión obrera de las fábricas*. Después de un dilatado silencio sobre los Consejos, «L'Humanité» escribe el 15 de noviembre, por medio de André Stil, que los Consejos están «constituidos por aventureros y elementos del lumpen-proletariado». Stil lleva una mentira atrasada, ya que al día siguiente del día en que escribía eso, el gobierno Kadar se veía forzado, por la huelga general, a entrar en negociaciones con el Consejo Central de los Obreros de Budapest y a prometerle que todas sus reivindicaciones serían sa-

tisfechas, para conseguir que volvieran a los puestos de trabajo.

3.ª *¿El silencio de «L'Humanité» y las innobles calumnias de Stil, no son una prueba de que la dirección del PCF teme ante todo una cosa, la organización autónoma de los obreros en los Consejos, que son el auténtico y único instrumento del poder obrero?*

Las reivindicaciones de varios de esos Consejos constituyeron lo esencial del programa formulado por la dirección de los sindicatos húngaros. Este es el texto del mencionado programa, tal como fue reproducido en «Le Monde» del 28-29 de octubre de 1956:

« — Constitución de Consejos de obreros en todas las fábricas.

— Instauración de una dirección obrera. Transformación radical del sistema de planificación y de la dirección de la economía ejercida por el Estado.

— Reajuste de los salarios, aumento inmediato del 15 % de los salarios inferiores a 800 forints, y de un 10 % de los salarios de menos de 1.500 forints. Determinación de un máximo de 3.500 forints para los sueldos mensuales.

— Supresión de las normas de producción, salvo en las fábricas en que los Consejos de Obreros no pidan su eliminación.

— Supresión del impuesto del 4 % pagado por los solteros y las familias sin hijos. Mejoramiento de las jubilaciones más bajas. Aumento de los subsidios familiares. Aceleración de la construcción de las viviendas estatales.»

39.ª *¿Por qué «L'Humanité» no mencionó ese programa?*

40.ª *¿Este programa es reaccionario o profundamente socialista?*

41.ª *¿Consiste el socialismo en que un aparato de burócratas dirija las fábricas y la producción, o bien en que las dirijan Consejos de Obreros, como exigían los trabajadores húngaros?*

42.ª *¿Por qué los obreros húngaros piden la supresión de las normas de producción excepto allí donde los Consejos Obreros no pidan su eliminación? ¿Cómo están determinadas las normas de trabajo en las democracias populares y en Rusia? ¿Lo son distintamente de los países capitalistas? ¿Sois conscientes de lo que significa para los obreros la determinación de las normas de trabajo por otros? ¿Creéis que los obreros son capaces de establecer una disciplina en la producción, o bien que hay que forzaros por medio de normas, el salario a destajo o según el rendimiento y el control ejercido por los encargados?*

¿Esta última postura no es la de Georges Villiers (a) y la de todos los empresarios del mundo?

¿No es la que se aplica en Rusia y en las democracias populares?

43.ª *¿Por qué los obreros húngaros piden una considerable reducción de la jerarquía? ¿Es una reivindicación reaccionaria? ¿Por qué en Francia la CGT sostiene casi siempre el mantenimiento o incremento de la jerarquía?*

44.ª *¿Por qué los obreros húngaros piden la determinación de un máximo tan bajo para los salarios mensuales (3.500 forints, el salario medio se sitúa sobre los 1.000)? ¿Esa reivindicación no demuestra por sí sola que deberían existir unos sueldos mensuales exorbitantes para los «mensuales», es decir para los burócratas? ¿La existencia de una jerarquía de sueldos no resta-*

blece una repartición de los ingresos personales comparable a la que existe en la sociedad capitalista, si se tiene en cuenta el hecho de que la burocracia utiliza todos sus ingresos para su consumo personal, puesto que de la acumulación se ocupa el Estado? ¿Existen o no, en las democracias populares y en Rusia sueldos veinte, cincuenta o cien veces superiores al salario medio de los obreros? ¿No equivaldría eso en Francia a sueldos o ingresos mensuales de seiscientos mil francos, tres millones o seis millones?

Durante las dos primeras semanas de la insurrección se constituyó en Budapest un «Partido Revolucionario de la Juventud». Se sabe que la juventud desempeñó un papel fundamental en toda la insurrección. El programa de este partido, publicado por «Le Monde» del 3 de noviembre, declaraba «que no se va a devolver las fábricas a los capitalistas, ni la tierra a los terratenientes».

45.ª *¿La constitución de este partido no demuestra que, además de los Consejos Obreros, fuerzas revolucionarias sanas, que querían romper con el pasado, con un pasado repudiado por todos y avanzar hacia el socialismo, estaban tomando cuerpo? ¿Que Kadar no pudo ni quiso apoyarse en ellas? ¿Que la intervención armada de los rusos acabó aplastándolas?*

Hablando de los acontecimientos de Polonia y de Hungría en «L'Humanité» del 25 de octubre de 1956, Marcel Servin atribuye las «dificultades materiales que aún subsisten» en esos países a las destrucciones que sufrieron durante la guerra, al esfuerzo de defensa, y finalmente a «errores cometidos por determinados partidos de los países de la democracia popular, concretamente en el establecimiento de sus planes

económicos, errores reconocidos, corregidos o en vías de corrección».

Algunos días después, Etienne Fajon, en su discurso en la Casa de los Metalúrgicos, reproducido en «L'Humanité» del 3 de noviembre, decía:

«De este modo en Polonia, desde 1953, la renta nacional se había duplicado respecto de la época de la pre-guerra; la producción industrial casi se había cuatriplicado... El año pasado, el consumo de carne por habitante era dos veces mayor que el de antes de la guerra, la producción de zapatos diez veces mayor... Transformaciones análogas se habían producido en Hungría... la producción de la industria alimenticia se había triplicado...»

46.ª *Si los datos suministrados por Fajon son exactos, ¿no resulta evidente que Servin se burla de nosotros hablando de las destrucciones debidas a la guerra, once años después de que ésta terminara, y cuando todo el mundo sabe que en todos los países europeos, tanto del Este como del Oeste, la reconstrucción concluyó como mucho en 1949-50? ¿No es el mismo sofisma que más adelante utiliza Fajon en su discurso hablando también de «las terroríficas destrucciones de la guerra», después de afirmar que en 1953 —tres años antes de los acontecimientos actuales— la renta nacional en Polonia se había duplicado respecto a la de antes de la guerra?*

47.ª *Si los datos de Fajon son exactos —consumo de carne duplicado, producción de zapatos decuplicada, producción de las industrias alimenticias triplicada, etc.— es decir, si las masas trabajadoras en esos países hubieran conocido una mejora tan importante en su nivel de vida, ¿hu-*

biera existido alguna oportunidad para que los antiguos explotadores o los agentes americanos fomentaran una insurrección que dura dos semanas? ¿O están los trabajadores desprovistos hasta ese punto no ya de conciencia de clase, sino de sentido de la realidad?

Sobre la evolución del nivel de vida en Polonia, veamos lo que dice Gomulka en su discurso del 20 de octubre ante el Comité Central del Partido polaco, radiodifundido en todo el país (según el texto publicado en «France-Observateur»):

«El plan económico de seis años, que fue ensalzado, como si se tratara de una nueva etapa en vistas a un considerable aumento del nivel de vida, frustró las esperanzas de las enormes masas de trabajadores. Se jugó con las cifras, cifras que indicaban un aumento de un 27 % de los salarios reales en el curso del plan, pero no se engañó a nadie y eso sólo sirvió para irritar aún más a la población.»

48.ª *¿Creéis que Gomulka podía mentir sobre esa cuestión, en un discurso que ha escuchado toda la población polaca? Si no, ¿no es evidente que Fajon y la dirección del PCF falsifican los hechos?*

Nadie discute el hecho de que ha habido un importante aumento de la *producción* en los países de democracia popular. Aunque ha ocurrido lo mismo en los países capitalistas. ¿Pero quién se aprovecha de ello?

49.ª *Si, como afirma Gomulka en el pasaje antes citado, hablar de un aumento de los salarios reales en Polonia no es más que «un juego con cifras que no engaña a nadie», ¿en qué se ha utilizado el suplemento de producción? ¿En la construcción de fábricas? Pero también el*

capitalismo ha construido fábricas. ¿De qué sirve el aumento de la producción en el capitalismo, si no es para construir nuevas fábricas y aumentar de este modo el consumo de los privilegiados, ya que los salarios aumentan únicamente en la medida en que los obreros luchan para obtener sueldos más altos? ¿Es distinta la situación en los países de democracia popular en ese aspecto? ¿En qué? Mientras los salarios de los obreros en Polonia permanecen estancados, ¿qué ocurre con los de los burócratas, para los que los obreros pedían con toda justicia un límite? Si se construyen fábricas de automóviles, por ejemplo, mientras que los salarios de los obreros siguen congelados, ¿para quién serán esos automóviles que se construyen?

O. Lange, economista del Partido Obrero Unificado (comunista) de Polonia, escribió en un artículo que luego sirvió de base al programa económico elaborado en el VII Pleno del Comité Central de ese partido (julio de 1956, antes de que Gomulka volviera al poder), y que fue traducido en el número de septiembre-octubre 1956 de los «Cahiers Internationaux» (revista patrocinada por un comité en el que está Alain Le Léap, de la C.G.T.):

«Para ello (para superar las dificultades económicas existentes), hay que liquidar asimismo el aparato burocrático pletórico que ha proliferado en todos los campos de la economía nacional. Ese aparato frena el buen funcionamiento de la economía y absorbe de una forma improductiva una parte excesiva de la renta nacional. Las masas trabajadoras lo saben y consideran un síntoma de despilfarro y mala gestión ese demasiado importante aparato burocrático.»

50.ª *Si el aparato burocrático «absorbe de una manera improductiva una parte excesiva de la renta nacional», ¿se trata de un «error»? ¿No*

es evidente que ese aparato vive de la explotación del trabajo productivo de los trabajadores?

51.ª *¿Por qué Thorez y Fajon, ni en sus alocuciones del 2 de noviembre, ni en ninguna otra parte, hablan del aparato burocrático, de sus privilegios basados en la explotación de las masas, sino que hablan únicamente de «errores de planificación», como si un ingeniero se hubiera equivocado con su regla de cálculo? ¿La razón no reside en que son ellos mismos, y algunos miles de cuadros del PCF, candidatos a ese papel de burócratas-explotadores en el caso de que lleguen al poder?*

Nadie discute el aumento de la *producción* en las democracias populares. ¿Pero cómo se obtiene? Gomulka constata, en su discurso, que en el curso del plan de seis años (1950-1955), la producción de carbón en Polonia pasó de 74 a 94,5 millones de toneladas, pero, al mismo tiempo, «los mineros hicieron, en 1955, 92.634.000 horas extraordinarias, lo que constituye el 15,5 % del número global de horas realizadas en el curso de ese período, lo que representa 14.600.000 toneladas de carbón extraídas fuera de las horas normales de trabajo... En 1949, la extracción hullera, en el curso de una jornada de trabajo era de 1.320 kg. por minero. En 1955, esa producción se redujo a 1.163 kg., es decir un 12,4 %. Si consideramos solamente la extracción calculada por equipo de fondo, esa disminución en la extracción se eleva a un 7,7 % durante ese tiempo por jornada de trabajo».

En otro párrafo de su discurso, citado por «L'Express» del 26 de octubre, Gomulka dice:

«La política económica, en lo que concierne a nuestra industria minera, se ha caracterizado por una ligereza criminal. Se ha implantado como regla el trabajo los domingos, lo que tenía que acabar arruinando la salud y las fuerzas del minero, y haciendo impo-

sible el cuidado adecuado del equipo del minero. Se ha impuesto a muchos de nuestros mineros un trabajo de soldado y de prisionero.»

52.ª *Los métodos utilizados para aumentar la producción de carbón en Polonia, ¿no resultan comparables con los peores métodos de explotación capitalista (horas extraordinarias, trabajo los domingos, disciplina de «soldado» y de «prisionero»)?*

53.ª *Si el minero polaco está sometido a este régimen durante su trabajo y si, paralelamente, su nivel de vida no va en aumento, ¿en qué la «nacionalización» y la «planificación» han cambiado su situación real?*

54.ª *¿La disminución de rendimiento por minero, citada por Gomulka, pone en evidencia los «errores» y las «desproporciones» de las que habla Servin, Thorez y Fajon, o expresa una actitud de los mineros ante la producción? En todos los regímenes en los que los trabajadores se saben explotados ¿no es su primera reacción la de negarse a cooperar en la producción? ¿No es cierto que en las fábricas capitalistas se observa cotidianamente un conflicto insuperable entre los obreros y el aparato de dirección acerca del rendimiento?*

Podría creerse que esa situación es específica de la industria minera. Veamos lo que dice, respecto a la economía en su conjunto, O. Lange en su artículo ya citado (páginas 73 y 78):

«Desde hace ya varios años, observamos una creciente indiferencia ante el trabajo, por parte del aparato administrativo, de distribución y servicios. Esa indiferencia paraliza nuestra vida cotidiana. Actualmente ha alcanzado los rangos de la clase obrera que,

al ser la parte más consciente —desde el punto de vista social y político— de la nación, es la que más tiempo se opuso a ello. Todas las posibilidades de dirigir con la ayuda de slogans morales y políticos o por medio de órdenes de naturaleza jurídica y administrativa están totalmente agotadas... La actitud nihilista de una gran parte de los trabajadores proviene, tanto del bajo nivel de vida, como del hecho de que dudan de que la política económica, que exige de las masas trabajadoras tales sacrificios, sea justa y fundamentada.»

55.ª *¿Hay razones para pensar que, en los puntos esenciales, la situación en Hungría o en las otras democracias populares sea substancialmente distinta de la de Polonia?*

56.ª *Lo que Lange denomina, en su terminología de burócrata, «actitud nihilista de los trabajadores», ¿no es la justa reacción de clase de los obreros que se saben explotados, que no creen en los engaños que les cuentan, y que niegan su cooperación en la producción en la medida en que les es posible?*

57.ª *Para que esa reacción de clase de los obreros llegue a «paralizar la vida cotidiana» —cosa casi nunca vista en las sociedades de explotación— ¿no tiene que haber llegado la situación a un punto en que la explotación y la opresión resulten intolerables?*

58.ª *Cuando en una situación así los obreros, en vez de hundirse en la desesperación y el «nihilismo», empuñan las armas, se sublevan, forman Consejos y exigen la gestión obrera de la producción, tal como lo han hecho en Hungría, ¿estáis con ellos o con «el aparato burocrático que frena el buen funcionamiento de la econo-*

mía y absorbe de una manera improductiva una parte excesiva de la renta nacional»?

El viernes 2 de noviembre, el gobierno de Pekín publicó una declaración en la que se decía:

«Ciertos países socialistas han hecho caso omiso del principio de la igualdad de las naciones en sus relaciones entre ellas. Tamaño error, cuya esencia es de chauvinismo-burgués, puede, particularmente cuando es cometido por una gran potencia, causar enormes daños a la causa y a la solidaridad de los países socialistas... Son esos errores los que han provocado situaciones tensas que de otro modo no se hubieran producido, como las relativamente recientes en Yugoeslavia, o las de Polonia y Hungría en la actualidad.»

Esa declaración fue reproducida por «Le Monde» del 4-5 de noviembre de 1956, pero no por «L'Humanité». Quizás sea una de «esas opiniones de tal o cual dirigente de un partido hermano» que, según Fajon, los lectores de «L'Humanité» no tienen derecho a conocer. Con todo, de una manera castrada, encontramos la misma idea en la declaración soviética del 30 de octubre (publicada por «L'Humanité» el 31) en la que se dice: «...Más de una dificultad ha surgido, más de una tarea ha quedado por realizar, y se han cometido asimismo errores puros y simples, en particular en lo que concierne a las relaciones entre países socialistas. Esas violaciones han limitado el alcance de los principios de la igualdad de derechos en las relaciones entre los países socialistas.»

59.ª *¿Qué significa exactamente «hacer caso omiso el principio de igualdad de las naciones en sus relaciones entre ellas»? ¿No significa eso que una nación —«una gran potencia», como dice la declaración de Pekín, con esa delicadeza tan china— es decir que Rusia domina a las demás? ¿Es concebible que entre varios países «socialistas» haya uno que domine a los demás? ¿De qué manera, no un acto determinado o un diri-*

gente cualquiera, sino la política de un país «socialista», durante años y en sus relaciones con otros países «socialistas» pueden presentar «errores de esencia chauvinista-burguesa? ¿No tienen esos «errores» raíces económicas y sociales, tanto en Rusia como en los demás países «socialistas»? Cuando Rusia toma el uranio húngaro o checoeslovaco, el carbón polaco, el tabaco búlgaro y vende a esos países sus productos, fijando soberanamente en los dos casos los precios, ¿es un «error» o una explotación? Esa explotación, aunque tome formas distintas, ¿no llega a los mismos resultados que la explotación de los países coloniales por los países imperialistas occidentales? Como en los casos de Argelia y Francia, ¿no es cierto que el dominio político y lo explotación económica se condicionan mutuamente?

60.ª *Si el gobierno ruso habla en la actualidad —y de momento no hace más que hablar— de remediar esos «errores», ¿es porque se ha vuelto mejor o porque la resistencia de los polacos y húngaros le obliga? ¿En qué se diferencia de los colonialistas franceses que sólo empezaron a retirarse de Marruecos y Túnez cuando la resistencia de esos pueblos les obligó? (b)*

(a) Presidente del Centro Nacional de los Patronos Franceses en aquella época.

(b) La bibliografía sobre la revolución húngara contaba en 1963 más de 2.000 títulos: I.L. Halasz de Becky, *A Bibliography of the Hungarian Revolution, 1956*, U. of Toronto P., 1963. Véase también: *La révolte de la Hongrie d'après les émissions de la Radio hongroise, octobre-novembre 1956*, Prólogo de F. Fejtö, París, Horay, 1957; los n.º 20, 21, 22 y 24 de «S. ou B.» (en los que pueden encontrarse textos y testimonios de compañeros húngaros); Balasz Nagy, *La formation du Conseil central ouvrier de Budapest en 1956*, París, Correspondances Socialistes, 1961; F. Feitó, *Budapest, 1956*, París, Julliard, 1966; y la recopilación de documentos publicados por J.-J. Marie, B. Nagy, P. Broué: *1956, Pologne, Hongrie*, París, EDI, 1966.

La revolución proletaria contra la burocracia *

El movimiento del proletariado de Europa Oriental contra la burocracia y contra el régimen de explotación y de opresión fraudulentamente llamado «socialista» surge hoy bruscamente a la luz del día. Durante años, no salió de la oscuridad de las fábricas, manifestándose en la negativa diariamente renovada de los obreros a cooperar con sus explotadores. En junio de 1953, invadió las calles de Berlín-Este; en junio de 1956, tomó las armas en Poznan; en octubre de 1956, hizo temblar de rabia y de miedo a los amos de Rusia, y les obligó finalmente a retroceder. Desde hace siete semanas, ha «ido al asalto del cielo» en Hungría, donde ha realizado lo increíble: pulverizar en unos días a la clase dominante, a su Estado, a su partido, y a su ideología como nunca lo fueron en parte alguna una clase, un Estado, un partido o una ideología; luchar con las manos vacías contra los tanques y las ametralladoras del ejército más poderoso que la tierra ha conocido; volver a encontrar, después de su «derrota» militar, aún más fuerza, más claridad, más conciencia y más organización que antes.

La revolución húngara es la vanguardia de ese combate. Lo cual quiere decir que lo que nos ofrece es la expresión más clara y más acabada de las tendencias y de los objetivos de los obreros de nuestra época. Su significado es absolutamente universal. Encontra-

* «S. ou B.», 20, diciembre de 1956.

remos sus causas profundas en todos los países dominados por la burocracia pretendidamente «comunista» —pero también en los países capitalistas occidentales. Sus lecciones son válidas para los obreros rusos, checos o yugoeslavos— pero también para los obreros franceses, ingleses o americanos. En las fábricas Csepel, en Budapest, y en las fábricas Renault, en París, los obreros soportan, con simples variaciones de forma y de grado, la misma explotación y la misma opresión: se les frustra del producto de su trabajo, se les arrebata la dirección de su propia actividad, se les somete a la dominación de una capa de dirigentes despóticos con máscaras «democráticas» o «socialistas». Sus formas pueden variar, pero la lucha de los obreros es a fin de cuentas la misma, y a lo que apunta es forzosamente a lo mismo: suprimir la explotación, dirigir ellos mismos su propio trabajo, crear una nueva organización de la sociedad. Los obreros húngaros han llevado esa lucha hasta sus últimas consecuencias. Han tomado las armas, han constituido Consejos, han presentado los elementos esenciales de un programa socialista: limitación de la jerarquía, supresión de las normas de trabajo, gestión obrera de las fábricas, papel dirigente de los Consejos Obreros en la vida social. Obligados a abandonar la lucha armada ante la bestial intervención de los blindados rusos, no por ello han abandonado la lucha. Desde hace cinco semanas [escrito en diciembre de 1956], su huelga general, su negativa a cooperar con Kadar, la increíble valentía con la que mantienen sus reivindicaciones, desafiando a los tanques y a las ametralladoras de Jruschov, a pesar del hambre, del frío y de las deportaciones, muestran al mundo entero, conmovido y asombrado, la impotencia de los opresores y la vanidad de sus crímenes ante la fuerza inmensa de un proletariado consciente. Aunque fuera momentáneamente vencida, la revolución habrá representado una grave derrota para los explotadores, y sus repercusiones, que empiezan apenas a hacerse sentir, ha-

brán transformado el mundo en esta segunda mitad del siglo xx.

Por vez primera, el levantamiento de los trabajadores ha hecho saltar en pedazos a un régimen totalitario moderno. Durante diez años, ese régimen había aplastado toda oposición: había extendido una red de policías y de delatores sobre todo el país, había querido controlar todas las actividades de los hombres, y hasta sus conciencias. Y de un solo golpe, ese sistema de opresión totalitaria organizada científicamente ha saltado en pedazos ante la decisión y el heroísmo de la población húngara, prácticamente desarmada. Después de seis días de lucha encarnizada, hasta las divisiones rusas han tenido que admitir su derrota e interrumpir sus ataques el domingo 28 de octubre. El aplastamiento de la resistencia armada con la segunda intervención rusa, después del 4 de noviembre, que ha exigido una semana de combates y veinte divisione blindadas, no quita a lo que decimos: al contrario, lo confirma. Ninguna «operación policíaca» hubiera podido acabar con la revolución húngara. Ha hecho falta que varios cuerpos de ejército emprendan operaciones militares en regla durante seis semanas para vencer a la población de un país de diez millones de habitantes. Y, en el plano político, la «victoria» del imperialismo ruso es al fin y al cabo una derrota sin precedentes: reinar en un país no es reinar sobre ruinas, ni ganarse de modo definitivo el odio implacable de toda su población, salvo un puñado de traidores y de vendidos.

Por vez primera, el proletariado se enfrenta abiertamente, con las armas en la mano, con el régimen burocrático, que osa llamarse «obrero» y que representa la última forma, la más acabada, de los regímenes de explotación y de opresión. La totalidad casi absoluta de un país se subleva y lucha contra un régimen llamado «popular». Con su lucha, los trabaja-

dores húngaros han arrancado la máscara «comunista» a la burocracia y han mostrado a todos su odiosa desnudez: una capa explotadora, llena de odio y de miedo ante los trabajadores, en plena descomposición política y moral, que no puede apoyarse más que sobre los blindados rusos para dominar, y está dispuesta a asesinar a «su» población, a hacer arrasar «su» país por un ejército extranjero para conservar el poder.

La revolución húngara ha destruido, no con discusiones teóricas, sino con el fuego de la insurrección armada, el engaño más gigantesco de la historia: un régimen burocrático presentado como «socialista» —engaño al que habían contribuido burgueses y estalinistas, intelectuales «de izquierda» y «de derechas», porque era al fin y al cabo provechoso para todos. La usurpación del marxismo, del socialismo y de la bandera de la revolución proletaria por la capa de explotadores totalitarios que domina en Rusia y en otros países parece ya un intolerable insulto para un número cada vez mayor de trabajadores. Es ahora evidente, hasta para los menos lúcidos, que los estalinistas en el poder representan a la clase obrera como el cómitre representa al galeote.

La crisis polaca y la revolución húngara han hecho salir a la luz del día la crisis terrible del régimen burocrático, y multiplican a su vez su intensidad. Obligan a la burocracia a abrir, aunque sólo sea parcialmente, sus libros de caja y los archivos de su policía secreta. Y lo que podemos ver entonces, no es sólo la imagen de la explotación y de la opresión más inhumana; es también el increíble caos de la sociedad burocrática, la espantosa anarquía de la economía presuntamente «planificada», la incapacidad total de la burocracia para asumir la gestión de su propia economía, de su propio sistema. Con su acción, los obreros polacos y húngaros han mostrado también la fragilidad extrema de ese régimen. El «bloque» ruso es tan poco homogéneo como el «bloque» americano; tanto el uno como

el otro son incapaces de organizar su dominación sobre sus satélites. La clase burocrática no está más sólidamente ligada a la sociedad que la clase burguesa; unos cuantos días de insurrección bastan para hacer desaparecer un régimen, un aparato de Estado, un partido.

La revolución húngara ha mostrado el vacío de las palabras «democratización» y desestalinización. Ha mostrado que para la burocracia, como para toda clase explotadora, no puede haber nunca concesiones sobre lo esencial. Las ruinas de Budapest y las infames mentiras de Radio Moscú han enseñado a los trabajadores húngaros el verdadero semblante de la «democratización». Es más: la revolución húngara ha probado que la burocracia, como la burguesía, es ya incapaz de tener una política coherente —«democrática» o no. Es lógico, para una clase explotadora, matar a gente en función de una política, pero es evidente que el asesinato en masa, sin más, no constituye en sí mismo una política, sino que expresa más bien la ausencia de política y la incapacidad de tener una. Como el agonizante imperialismo francés, que es a la vez incapaz de dominar por la fuerza en África del norte y de abandonarla pura y simplemente [1956], la burocracia rusa es a la vez incapaz de retirarse de Hungría y de mantenerse allí. Obligada a interrumpir la «democratización» que se transformaba en revolución, incapaz de volver al sistema estalinista, que es ya inaplicable, lo único que sabe hacer es utilizar de modo espasmódico una violencia que no resuelve nada, y que se vuelve inmediatamente contra ella. Jruschov, especialista histérico de la pifia, charlatán aguardentoso, es la digna personificación del período actual de la burocracia, como Stalin, pérfido, taciturno, obtuso y cruel, lo fue del período anterior.

Ante esa burocracia explotadora, corrompida y descompuesta, llevada por el miedo a asesinar a un pueblo, se alza la figura humana del proletariado húngaro. Le han bastado diez años para comprender lo

que es un nuevo régimen de explotación, y sacar las conclusiones necesarias. El terror totalitario y la miseria no lo han vencido, ni desmoralizado: han agudizado su conciencia y reforzado su determinación. Sin ninguna organización previa, sin adoctrinamiento exterior alguno, los obreros húngaros se organizaron en Consejos desde los primeros días de la insurrección. Sólo un ejército extranjero les impidió y les impide todavía ser dueños del Poder. Y mientras un puñado de traidores intenta inútilmente reconstruir un aparato de Estado, los Consejos son la única forma de organización social que subsiste. Su fuerza es tal que han podido realizar lo increíble: una huelga general de varias semanas *después* de la derrota militar de la insurrección; su programa iguala y hasta supera el de las revoluciones proletarias anteriores: limitación de la jerarquía, gestión obrera de las fábricas, supresión de las normas de trabajo; presentan reivindicaciones políticas que prueban que son la única fuerza organizada en esa sociedad en ruinas, y exigen de hecho un papel político dirigente; piden la retirada de las tropas rusas, el derecho a publicar su propia prensa, la constitución de Consejos de trabajadores en todos los sectores de la actividad nacional, y que el gobierno reconozca su representatividad y su papel político.

Los periodistas y los intelectuales de derecha y de izquierda verán en todo eso muchísimas cosas: la inepcia de ciertos dirigentes, la lucha de tendencias en el seno de la burocracia, la casualidad, la tendencia al «socialismo nacional», una crisis peculiar del régimen burocrático, o nuevas oportunidades para el reformismo. Verán todo lo que haya que ver —salvo lo fundamental, lo único importante: la lucha de la clase obrera contra la explotación, la lucha de la clase obrera por una nueva forma de organización de la sociedad. No verán que, tras los acontecimientos de Europa Oriental, como tras toda la historia de los últimos cien años, hay un factor que moldea la so-

ciedad moderna y le da sus rasgos característicos: el desarrollo del proletariado y de su lucha por una sociedad sin clases.

Si vamos al fondo del asunto, veremos que no se trata de una crisis peculiar de la burocracia y de su régimen, el capitalismo burocrático. Desde luego, la burocracia de los países satélites, más reciente, menos homogénea, no es tan sólida como la burocracia rusa. Pero el XX Congreso ha mostrado que ésta atraviesa, con períodos diferentes, la misma crisis en el interior de su propio país. Y es esa misma crisis la que hace que sean vanos todos los esfuerzos de las clases dirigentes de occidente para estabilizar su régimen y dirigir su sociedad. Es ella quien hace que el capitalismo francés sea incapaz de racionalizar la gestión del país, o de resolver el problema de sus relaciones con sus ex-colonias, que el capitalismo inglés o americano sea incapaz de disciplinar a sus obreros, de dominar a sus satélites. El capitalismo burocrático en Rusia y en Europa Oriental no hace más que aplicar al conjunto de la economía y de la sociedad los métodos que el capitalismo privado ha creado y aplicado a la dirección de cada fábrica particular. Esos métodos, basados en la dominación de una capa de dirigentes sobre la masa de los productores, son cada vez menos capaces de permitir un funcionamiento siquiera medianamente racional y armonioso de la vida social. En el Este como en el Oeste, los regímenes deben enfrentarse con el problema que domina nuestra época: *ya no hay clase particular que tenga las dimensiones necesarias para dirigir la sociedad.* La vida del mundo moderno, compuesta de actividades entrelazadas y constantemente cambiantes de centenares de millones de productores conscientes, escapa al dominio de cualquier capa dirigente que se eleve por encima de la sociedad. Ese mundo, o se hundirá cada vez más en el caos, o será reorganizado completamente por las masas de productores, que harán tabla rasa de todas las instituciones establecidas e instaurarán otras nue-

vas, permitiendo que se desplieguen libremente las capacidades de creación de millones de individuos —ya que sólo éstas pueden permitir la solución de los problemas creados por la vida de las sociedades modernas. Esa reorganización tendrá que comenzar necesariamente por la gestión obrera de la producción, el poder total y directo de los productores organizados en Consejos sobre la economía y la vida social.

Desde hace años, hemos intentado mostrar incansablemente —como otros grupos revolucionarios en otros países— que el capitalismo burocrático no resolvía en modo alguno las contradicciones de la sociedad contemporánea; que, como la burguesía, la burocracia cavaba su propia tumba; que los proletarios de los países que dominaba no podían, ni ser engañados por un «socialismo» imaginario, ni quedar reducidos a la condición de esclavos impotentes; que, al contrario, al hacer la experiencia de lo que es la forma más acabada, más concentrada del capitalismo y de la explotación, maduraba en su seno una revolución que superaría en claridad y determinación a las revoluciones anteriores.

Hoy, el proletariado de Europa Oriental se encuentra a la vanguardia de la revolución mundial.

Hemos intentado mostrar incansablemente que la conclusión clara, definitiva e irrefutable de la experiencia de la revolución rusa era que un partido distinto de la clase obrera no podía ser el instrumento de la dictadura del proletariado, que ésta no podía ser más que el poder de los organismos soviéticos de las masas; pero también, y sobre todo, que la «dictadura del proletariado» no era más que una expresión sin sentido si no era ante todo y al mismo tiempo gestión obrera de la producción.

Hoy, la clase obrera húngara hace suyo espontáneamente el programa de la *gestión obrera* y del *papel dirigente de los Consejos de trabajadores en todos los terrenos de la vida nacional.*

La revolución húngara está transformando esas ideas en conciencia común de los trabajadores de todos los países.

Y así, con su ejemplo heroico y cualquiera que sea su ulterior destino, esa revolución modifica completamente las categorías políticas existentes, crea una nueva línea de separación tanto en el movimiento obrero como en la sociedad en general. Señala el comienzo de un nuevo período histórico. Una enorme cantidad de problemas pierden todo sentido; una enorme cantidad de discusiones pasan a ser pura y simplemente inútiles: la época de las sutilezas y de las evasivas pertenece al pasado. Durante los años venideros, *todas las preguntas realmente importantes* se resumirán en ésta: ¿estáis a favor o en contra de la acción y el programa de los obreros húngaros? ¿Estáis a favor o en contra de la constitución de Consejos de trabajadores en todos los sectores de la vida nacional y la gestión obrera de la producción?

LA ECONOMÍA BUROCRÁTICA Y LA EXPLOTACIÓN DEL PROLETARIADO

La «planificación» burocrática

La propaganda estalinista —ayudada por los sutiles abogados «objetivos» de la burocracia, cuyo representante típico en Francia es Bettelheim— había conseguido convencer hasta hoy al público de que la «planificación» tal y como se la practica en Rusia y en los países satélites constituye un modo de dirección de la economía a la vez nuevo y superior, infinitamente más eficaz que la orientación ciega de la economía que efectúa el mercado capitalista.

Es un mito. *La planificación burocrática no es más*

que la extensión al conjunto de la economía de los métodos creados y aplicados por el capitalismo en la dirección «racional» de las grandes unidades de producción. Si consideramos el aspecto más profundo de la economía, la situación concreta de los hombres, es más bien la realización más acabada del espíritu del capitalismo, y lleva al límite sus tendencias más significativas. Su dirección, exactamente como en la dirección de un gran conjunto de producción capitalista, está a cargo de una capa específica y separada de dirigentes, formada en este caso por los burócratas de la economía, del Estado y del Partido. Como en la producción capitalista, su esencia consiste en reducir a los productores directos al papel de simples ejecutantes de órdenes recibidas, de órdenes formuladas por una capa particular que defiende sus propios intereses. Esa capa no puede dirigir de modo adecuado —así como el aparato de dirección de las fábricas Renault o Ford no puede dirigir de modo adecuado (el mito de la eficacia productiva del capitalismo al nivel de la fábrica particular, mito común de los ideólogos burgueses y estalinistas, no resiste el análisis más elemental de los hechos, y cualquier obrero industrial [1] podría presentar un verdadero «informe fiscal» abrumador contra la «racionalidad» capitalista *juzgada desde el propio punto de vista de ésta.*)

En primer lugar, la burocracia dirigente no *sabe* lo que debe dirigir: no puede conocer la realidad de la producción, porque esa realidad no es sino la actividad de los productores, y los productores no informan a los dirigentes, capitalistas privados o burócratas,

1. Véase de los textos publicados en «S. ou B.». Paul Romano: *The American Worker,* NY, 1947, trad. fr. «S. ou B.», 1 a 6, 1949-1950; G. Vivier: «La vie en usine», «S. ou B.», 11 a 17, 1952-1955; el capítulo «Un atelier d'outillage chez Renault» en *Journal d'un ouvrier* de Daniel Mothé, París, Minuit, 1959, y *CS* II y III.

sobre lo que ocurre realmente; con mucha frecuencia, se organizan para que los dirigentes no puedan informarse (para evitar que aumente la explotación, por antagonismo, o sencillamente por indiferencia: no se trata de *sus* asuntos). En segundo lugar, toda la organización de la producción está hecha *contra* los trabajadores, a quienes se les pide siempre, de un modo u otro, más trabajo sin compensación equivalente. Las órdenes de la dirección chocan pues inevitablemente con la resistencia encarnizada de los que deben ejecutarlas. Por eso mismo, el aparato dirigente, en Francia o en Polonia, en América o en Rusia, pasa la mayor parte del tiempo, no ya organizando la *producción*, sino organizando la *coerción*, directa o indirecta. En tercer lugar, el aparato dirigente burocrático, tanto o más que el de una fábrica capitalista privada, se ve desgarrado por conflictos internos; las diversas «categorías» profesionales de burócratas, a las que se superponen camarillas «políticas», y hasta verdaderos clanes y grupos organizados (clanes y grupos cuyas luchas, en un régimen «funcionarizado», constituyen un dato sociológico fundamental), se hacen zancadillas, se engañan mutuamente, se cargan recíprocamente la responsabilidad, etc.

Todo eso hace que la «planificación» burocrática sea una mezcla de racionalidad y de absurdo que acarrea un grado de despilfarro comparable al de la economía capitalista tradicional. Ya que el despilfarro que provoca en toda fábrica capitalista la escisión entre la clase dirigente y la clase ejecutante, y la oposición irreconciliable de los intereses y de las actitudes de esas dos clases, existe también en la fábrica burocrática; y la extensión de ese modo de dirección al conjunto de la economía, donde los problemas, mucho más complejos, son mucho más difíciles de resolver, hace que la economía planificada presente un grado de anarquía que es finalmente equivalente al que se observa, bajo otras formas, en la economía burocrática privada.

La planificación burocrática es tan caótica como el mercado capitalista.

Los estalinistas y sus apologistas hablan, claro está, desde hace algún tiempo, de ciertos «errores» de la planificación. No se trata de «errores»; se trata de una anarquía inherente, de modo orgánico, a la planificación que efectúa la burocracia. Diríase casi que se nos quiere hacer creer que en algún sitio, en las Comisarías del Plan, un calculador se ha equivocado al hacer una multiplicación. De hecho, se trata de un fenómeno social e histórico fundamental: la burocracia, como el capitalismo privado, es incapaz de dirigir racionalmente la economía.

Era hasta hoy en día sumamente difícil demostrarlo empíricamente de modo exacto, ya que la burocracia ocultaba sistemáticamente los datos económicos de su sistema. Pero empiezan a publicarse ahora ciertas estadísticas.

Señalemos de paso que ese cambio de actitud traduce precisamente la crisis de la que hablábamos; a medias palabras, Jruschov y otros oradores del XX Congreso del partido ruso han confesado que las mentiras de la burocracia se volvían contra ella misma, y que había un momento en que le era ya imposible conocer hasta la verdad «oficial» sobre su propia economía. Pero cuando la burocracia quiere curar una de sus enfermedades, cae forzosamente en otra: la publicación de estadísticas, hasta de estadísticas falsificadas, provoca inevitablemente discusiones y agitación en los medios intelectuales, que no son todos, ni mucho menos, incondicionales del régimen.

En el conjunto de la economía, el despilfarro de la planificación burocrática se manifiesta en primer lugar como ausencia de proporcionalidad, de relación técnica racional, entre el desarrollo de los diferentes sectores de producción. Se explota a los obreros para que construyan nuevas fábricas, pero esas fábricas no

funcionan, o funcionan muy por debajo de su capacidad de producción —porque los sectores que hubieran debido proporcionarles materias primas, o utilizar sus productos, no han sido desarrollados de modo correspondiente. Por ejemplo, según las cifras oficiales [2], la producción que pretende alcanzar el plan checoeslovaco de 1956 será muy inferior a la capacidad de producción existente en los principales sectores. He aquí las cifras.

A: Plan de 1956
B: Capacidad de producción

(en millones de toneladas)

	A	B
Carbón	23,4	28,9
Lignito	40,6	63,5
Mineral de hierro	2,95	6,4
Productos laminados	3,21	4,75
Cemento	3,16	5,12

(en millares de toneladas)

Ácido sulfúrico	427	484
Abonos nitragenados	69	94
Abonos fosfatados	106	203

2. Véase el *Boletín Económico sobre Europa* publicado por la Comisión Económica para Europa de las Naciones Unidas, volumen 8, 2, agosto de 1956 (nuestras citas se refieren a la edición inglesa). Todas las cifras que proporciona esa publicación provienen de fuentes oficiales de los países de Europa Oriental. Esos países están representados en el seno de la CEE, cuya secretaría, dirigida por el economista sueco Gunnar Myrdal, tiene en general una actitud muy comprensiva hacia la «economía planificada», y ha desempeñado un papel importante en la reanudación del comercio Este-Oeste desde hace tres años.

Los obreros checoeslovacos han estado pasando hambre durante diez años para construir fábricas que sólo utilizan la mitad de su capacidad. ¿Cuál es la diferencia con el capitalismo privado? De hecho, en una economía capitalista privada, porcentajes de utilización de la capacidad existente tan bajos como los que se desprenden de ese cuadro (60, 50 y hasta 40 %) sólo se dan en un año de depresión muy severa.

No se trata de una situación particular de Checoeslovaquia. En Hungría, «no se utiliza plenamente la capacidad de producción», afirmaba en agosto de 1956 la Comisión Económica para Europa, tanto en la industria de la maquinaria como en *las industrias textil y alimenticia,* ¡y eso en un momento en que la población estaba subalimentada! En Rusia, «las directivas para el Plan quinquenal revelan la existencia de reservas de capacidad importantes en las industrias mecánicas, químicas y alimenticias»[3]. En cuanto a Polonia, la descripción de Oskar Lange, economista oficial del régimen, es absolutamente siniestra:

«En el curso de estas transformaciones sociales y económicas de carácter revolucionario [o sea la creación de una industria pesada y la "nacionalización" de los medios de producción (C.C.)], han aparecido sin embargo graves desproporciones: desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, desproporción entre la capacidad de producción de la industria y su abastecimiento, desproporción entre el desarrollo cuantitativo de la producción industrial y su calidad, y su precio de coste, desproporción entre los programas de inversiones y de producción, por un lado, y el atraso técnico de numerosas empresas por otro.

»Los efectos de esas desproporciones se manifiestan en las grandes dificultades de nuestro comercio exterior; en la ausencia de stocks, que provoca interrupciones de la producción y la utilización parcial del

3. CEE: *Ibid.*, p. 26.

potencial productivo de la industria; en el derroche de fondos fijos y de materias primas; en el mal abastecimiento —y además, mal organizado—, de la población.» [4]

Hay que comprender plenamente lo que significan esos datos. La burocracia disimula desde luego los fracasos de la planificación; en primer lugar, mintiendo sin el menor escrúpulo —o sea publicando datos falsos; nadie podía hasta hoy en día (y en la mayor parte de los casos, ni siquiera hoy en día) verificar si «el Plan ha sido realizado a 101 %». Sin embargo, no se trata sólo de eso: el Plan puede haber sido realizado a 101 ó a 99 % en relación con sus propios objetivos. *¿Pero cuál es la relación de esos objetivos con las posibilidades reales de la economía?* Es ese aspecto —que no se refiere solamente a la relación entre una serie de cifras sobre el papel y otra serie de cifras sobre el papel— el que los datos proporcionados anteriormente aclaran de modo implacable. Si el plan de producción checoeslovaco de abonos fosfatados ha sido realizado en 1956 a 100 %, eso significa de todas formas un derroche del 50 % de la capacidad de producción de ese sector (véanse las cifras del cuadro) —en un momento en que la agricultura necesita urgentemente esos abonos.

Hay en el estudio de la CEE, que hemos citado, varios ejemplos más [5] de utilización parcial de la capacidad de producción —o sea de «desempleo» de las máquinas. Lange escribe refiriéndose a Polonia que «la clase obrera y toda la opinión consideran su utilización parcial [de las fuerzas productivas que existen en la industria] como una muestra de derroche

4. O. Lange: «Sur le nouveau programme économique», *Cahiers Internationaux*, 79, septiembre-octubre de 1956, p. 71-81. Ese artículo, publicado en julio en Polonia, ha servido de base al programa económico elaborado por el VII Pleno del Comité Central del Partido polaco de ese mes de julio.

5. *CEE*: *Ibid.*, p. 26-29.

en la industria.»[6] Pero lo que también llama la atención es que el desempleo de las máquinas va a la par con el de los hombres. Lange señala que en Polonia «aparecen serios indicios de paro».* La CEE es más explícita. En Polonia, en Hungría y en Rumania, afirma, «la industria manufacturera puede en regla general reclutar todos los obreros que desee». En Polonia «había en junio 300 000 parados, o sea 4,5 % del número de trabajadores empleados en el sector socialista, y tanto en Polonia como en Hungría la integración en la fuerza de trabajo de jóvenes que salen de la escuela resulta ser más lenta que de costumbre. En Budapest, por ejemplo, un tercio de los 14 a 15 000 jóvenes de 14 a 15 años no han encontrado

6. O. Lange: *Op. cit.*, p. 75.

* [En un artículo de «Po Prostu» (24 de junio de 1956) que causó una enorme sensación, W. Godek y R. Turski afirmaron que el número real de parados en Polonia era de 500 000, y que el paro «encubierto» (asalariados cuyo empleo no era económicamente útil) afectaba a unos dos millones de personas. (Véase otras cifras sobre el paro en Polonia, Yugoeslavia y Bulgaria en 1956-1957 en Jan Wszelaki: «Le chômage dans les pays communistes», *Le Contrat Social*, volumen II, 3, mayo de 1958, p. 159-164.) A partir de 1964, la existencia de «excedentes de fuerza de trabajo» ha empezado a ser admitida en la prensa soviética. (Véase, por ejemplo, «Trud», 3 de nov., 1964, «Pravda», 28 de septiembre, 1965, «Voprosy Ekonomiki», 8, 1966, citado en Conquest, ed.: *Industrial Workers in the URSS*, p. 34-36.) Según una encuesta sobre los obreros que acababan de ser contratados en cuatro grandes fábricas de Gorki (publicada en «Voprosy Ekonomiki», 6, 1965, citado en Conquest, p. 36), un 15 % había estado sin empleo unos 3 días, 33 % de 3 a 6 días, 15 % durante 20 días, 16 % durante un mes, y 12 % durante más de un mes. Añádase a eso los problemas de los jóvenes para encontrar trabajo (increíblemente semejantes a los de los países capitalistas occidentales, véase los ejemplos de la prensa soviética citados en Conquest, p. 37-39; en el *oblast* de Novosibirsk, en 1963, sólo el 11 % de los jóvenes que entraron en la producción al salir de la escuela encontraron un trabajo que correspondiera a su calificación, véase «*Voprosy Filosofii*», 5, 1965, citado en Conquest, p. 39). Hay que recordar que desde 1930 no hay ningún subsidio de paro en la URSS, puesto que el problema «no existe». (N. del T.)]

trabajo inmediatamente, y hay que prever que habrá problemas para emplear a los jóvenes de 16 a 18 años que sólo han encontrado hasta ahora trabajo de temporero en el campo»[7].

La resistencia obrera, causa profunda del fracaso del «plan»

Una de las manifestaciones más graves de esa ausencia de proporcionalidad, en casi todos los países burocráticos —Rusia, Alemania Oriental, Checoeslovaquia, Hungría y hasta Polonia—, ha sido el desarrollo absolutamente insignificante de la producción de energía. En algunos casos, se trata del resultado de una «mala planificación»: en Rusia, por ejemplo, la producción de las refinerías de petróleo durante el primer semestre de 1956 no alcanzó las cifras fijadas por el plan debido a las dificultades de transporte y a la escasa capacidad de los depósitos. Eso quiere decir que, después de treinta años de práctica de la «planificación», la burocracia rusa es todavía capaz de construir refinerías sin resolver al mismo tiempo el problema del transporte del petróleo hasta esas refinerías, y el de su depósito. ¿Quién creerá que «errores» de ese tamaño no son más que «accidentes»? ¿Cómo no ver que están inexplicablemente ligados al modo de planificación burocrático?

Pero la insuficiencia de energía se debe esencialmente a la crisis de la producción de carbón. Esa crisis expresa el mismo conflicto entre mineros y dirigentes de la producción que hace estragos en Francia, en Inglaterra y en Alemania, e impide que esos países desarrollen su producción de carbón a pesar de que lo necesiten imperiosamente [1956]. Las condiciones de trabajo en las minas de Europa Oriental no tienen nada que envidiar a las de los países capitalistas occi-

7. *CEE: Ibid.*, p. 26.

dentales; o sea que, a pesar de que los salarios que reciben los mineros sean superiores a los de las otras ramas de la industria, los obreros huyen de la mina en cuanto pueden, exactamente como en los países occidentales. En Rusia, las minas del Donetz no han realizado su plan en el primer semestre de 1956 debido a la escasez de mano de obra. En Checoeslovaquia, el ausentismo de los mineros era del 9 % en 1937 (o sea que un minero no se presentaba a su equipo 9 veces de cada 100); ha sido del 18 % en el primer semestre de 1956. «Por lo que respecta a la mano de obra, hay que decir que la situación en las minas de carbón checoeslovacas ha sido considerada lo suficientemente seria como para que, recientemente, el gobierno haya prohibido a los obreros de ese sector que lo abandonen —medida que llama tanto más la atención cuanto que la tendencia actual, en Rusia y en otros países de Europa Oriental, es hacia una mayor libertad en la elección del empleo.» [8]

En Polonia, que es el productor de carbón más importante de los países satélites, y uno de los principales productores de Europa, la lentitud del desarrollo de la producción (+ 3 % de 1954 a 1955, + 2 % entre el primer semestre de 1955 y el primer semestre de 1956) ha provocado la reducción del programa de exportación de carbón, que ha pasado de 24,3 millones de toneladas en 1955 a 21 millones en 1956. Como las exportaciones de carbón polacas están dirigidas sobre todo hacia los otros países satélites, la CEE considera que «las repercusiones de esa reducción sobre las economías de los otros países de Europa oriental serán inevitablemente serias».[9] La crisis de la producción de carbón en Polonia se debe sobre todo, según la CEE, a la escasez de mano de obra; ya veremos cuáles son las causas de esa escasez. Pero también a una disminución del rendimiento. Gomulka,

8. *Id.*, p. 25.
9. *Id.*, p. 27.

en un pasaje de su discurso ante el Comité Central del Partido Comunista polaco [10], confiesa que el rendimiento diario del equipo de fondo en las minas polacas ha disminuido un 7,7 % entre 1949 y 1955 (el rendimiento ha aumentado durante ese período en todos los países capitalistas). Se desprende del mismo pasaje que lo esencial del aumento de la producción polaca de carbón entre 1949 y 1955 se debe a las horas extraordinarias —ese excelente y venerable método capitalista— de los mineros.

Ausentismo, deserción de la mina, descenso del rendimiento que es un caso único en la historia de la industria moderna —¿qué puede significar todo eso, como no sea la negativa encarnizada de los mineros explotados a cooperar en la producción?

¿Y cuál es la respuesta de la burocracia ante esa situación? Así la describe Gomulka: «Se ha instaurado como regla el trabajo del domingo, lo que arruinaba fatalmente la salud y las fuerzas del minero, e impedía que se cuidara adecuadamente el equipo minero. Se ha impuesto a muchos de nuestros mineros un trabajo de soldado y de prisionero.»

¿Cómo no ve la burocracia que esa respuesta, esa «solución» que da al problema que crea la negativa de los obreros superexplotados a aceptar su sistema, no hace más que agravar y multiplicar por diez la crisis que intenta resolver? No lo ve porque comparte la óptica y la mentalidad de todas las clases explotadoras: la coerción obligará al obrero a trabajar. *Y tiene razón.* Ya que en su sistema, como en todo sistema basado en la explotación, sólo hay un método, y una lógica: la lógica de la coerción del productor por los dirigentes, coerción física directa o coerción indirecta.

Esos ejemplos muestran a la vez lo que vale la

10. Citado en «S. ou B.», 20, diciembre 1956 - febrero de 1957, p. 81.

«planificación» de la burocracia y cuáles son las raíces más profundas de su fracaso. Su propio sistema —la mentira, el terror, la ausencia de control, la deformación sistemática de los resultados, el miedo a «criticar» a las instancias superiores al mostrar que sus directivas son irrealizables— condena inevitablemente a la burocracia a planificar mal, a planificar de modo intrínsecamente erróneo. Pero hay algo mucho más importante: en sus cálculos, la burocracia parte del postulado de que los obreros producirán lo que se les ordene producir, según normas fijadas desde arriba (y constantemente aceleradas). La burocracia decide sobre el papel que los mineros producirán un tanto por ciento más (que sus representantes y sus cómitres en las minas se encargarán de obligarles a ello), y partiendo de esa hipótesis, construye mal que bien el resto de su «plan»: el carbón irá a ciertas fundiciones, que producirán una cierta cantidad de acero, que servirá para que los laminadores fabriquen tantas chapas, etc. Pero los mineros abandonan la mina y los que se quedan disminuyen el rendimiento. El carbón no se extrae, y todo el plan se hunde.

Todo plan implica claro está una cierta elasticidad: hay varios sectores con una producción flexible con márgenes importantes, puede haber sustitutos, se puede reducir o aumentar los stocks, etc. Es sin embargo difícil que la burocracia utilice de modo inteligente esa flexibilidad, por las mismas razones que hacen que le sea imposible planificar de modo inteligente. Pero de todas formas, cuando a una planificación que es ya intrínsecamente deficiente, se añade la resistencia de los obreros ante la producción en todos los sectores esenciales, no hay elasticidad en el mundo capaz de reabsorber la perturbación que se ocasiona. El desbarajuste se propaga de modo acumulativo de sector en sector y, a partir de ese momento, ya no tiene nada de asombroso que el conjunto del aparato productivo sólo funcione a 70, 60 o 50 % de su capacidad.

«Nacionalización» y «planificación» en nada han cambiado la situación real del obrero en la producción. El obrero sigue siendo un mero ejecutante, a quien los métodos burocráticos de dirección de la producción no sólo niegan toda iniciativa, sino que le transforman en puro y simple apéndice de la máquina. «Trabajo de soldado y de prisionero», dice Gomulka hablando de los mineros polacos. Pero, según Lange, esa situación es absolutamente general en la industria polaca: «Hemos dirigido la economía con los métodos específicos de la «economía de guerra», o sea utilizando métodos tales como proclamas de carácter moral y político, órdenes de tipo jurídico y administrativo, y diversos medios de coerción extraeconómica.»

El resultado es la resistencia de los obreros a la producción y a la ejecución de los planes —consideradas con toda razón como pura y simple explotación. Esa resistencia repercute de diversas maneras en la productividad de la economía, y desemboca en una terrible crisis de desorganización:

a) La resistencia a la explotación se traduce en un descenso de la *productividad como esfuerzo por parte del obrero* (en el sentido más sencillo de la palabra esfuerzo); ésa es, por ejemplo, la causa esencial del descenso del rendimiento en las minas que señala Gomulka.

b) Se traduce al mismo tiempo como desaparición del *mínimo de gestión y de organización* colectiva y espontánea de su trabajo que los obreros despliegan normal y necesariamente. Ninguna fábrica moderna podría funcionar durante veinticuatro horas sin esa organización espontánea del trabajo que efectúan los grupos de obreros con independencia de la dirección oficial de la empresa, corrigiendo los defectos de las directivas de producción oficiales, reme-

diando los imprevistos y los fallos periódicos del material, compensando los errores de la dirección, etc.

En las condiciones «normales» de la explotación, los obreros se encuentran desgarrados entre la necesidad de organizarse para efectuar su trabajo —ya que si no, pagan ellos las consecuencias—, así como su deseo natural de hacerlo, por un lado, y por otro la conciencia de que sirven así los intereses del patrón, a lo cual vienen a añadirse los continuos esfuerzos del aparato de dirección de la fábrica para «dirigir» todos los aspectos de la actividad de los obreros, cuyo único resultado suele ser con frecuencia el impedirles organizarse.

Estaba reservado al «socialismo» de la burocracia el realizar lo que el capitalismo nunca había conseguido: destruir casi completamente la creatividad de los obreros, suprimir casi totalmente su tendencia a organizar espontáneamente los aspectos de su actividad que *sólo ellos* pueden organizar. Véase lo que dice Lange:

«Observamos desde hace ya varios años una indiferencia creciente hacia el trabajo, en el aparato administrativo, en el de la distribución y en el de los servicios. Esa indiferencia paraliza nuestra vida cotidiana. Actualmente, se infiltra en las filas de la clase obrera, que, siendo la parte más consciente —desde el punto de vista social y político— de la nación, era la que se había opuesto durante más tiempo a ella [...] La actitud nihilista de gran número de trabajadores proviene tanto del bajo nivel de vida como del hecho de que dudan de que la política económica que exige de las masas trabajadoras tales sacrificios sea justa y legítima.» [11]

c) La resistencia a la explotación conduce a un descenso de la *productividad cualitativa*: «...Esa actitud sicológica agrava el proceso de distensión en los resortes de la economía nacional. En la industria, el

11. O. Lange: *Loc. cit.*, p. 73 y 78.

derroche y la mala calidad de los productos se convierten en graves problemas económicos. En la primera fase, nos encontrábamos con ese problema en la fabricación de artículos de consumo. El descenso de la calidad de esos artículos fue unos de los elementos importantes que impidieron un mejora del nivel de vida, sin constituir sin embargo un freno en el proceso de producción. Actualmente, la producción de artículos defectuosos se ha extendido también a la fabricación de las máquinas, de los aparatos, de los utensilios, del material de transporte, de los productos acabados. Corremos el riesgo de que esa situación frene el ciclo técnico de producción y desarticule la base productiva de la economía nacional.» [12]

d) El resultado combinado de todos esos factores, es el *hundimiento del plan burocrático*, y la *crisis de la productividad desde el punto de vista del rendimiento del aparato económico*: o sea las «interrupciones de la producción y la utilización parcial del potencial productivo que existe en la industria, el derroche de capital y de materias primas, el mal abastecimiento de la población», de los que habla Lange en un pasaje de su artículo que ya hemos citado.

Sólo nos hemos ocupado hasta aquí de la incapacidad de la burocracia de planificar racionalmente en la medida en que esa incapacidad es el resultado de la resistencia de los obreros a la explotación, ya que esa resistencia es la causa fundamental del fracaso de todo «plan», de toda dirección impuesta desde el exterior a los productores. Pero a esa causa se añaden otras más, ligadas a la propia naturaleza de la burocracia. Sólo mencionaremos aquí dos.

En primer lugar, la planificación es imposible sin una información exacta y rápida, y muy especial-

12. O. Lange: *Loc. cit.*, p. 73.

mente sobre los resultados de la producción del momento. Pero en un sistema burocrático, la situación de los burócratas individuales o de grupos de burócratas que ocupan tal o cual lugar en el aparato de producción depende del resultado que «ellos» han obtenido —real o *aparente*. Y a menos de instalar un sistema de controles que se extienda al infinito, la burocracia central se ve obligada a contentarse en la mayor parte de los casos con los resultados aparentes. *En el mejor de los casos, podrá controlar la cantidad, pero no la calidad de la producción.* De ahí la tendencia inevitable de los burócratas que dirigen fábricas o sectores particulares de la economía a inflar los resultados obtenidos —o sea que la planificación central se basa en gran medida en datos *imaginarios*.* Véase lo que dice Lange:

«Hay que acabar con la carrera hacia el índice puramente cuantitativo obtenido a expensas de la calidad, y con los precios de coste demasiado elevados. Ya que eso lleva a resultados completamente fic-

* [Sobre la irracionalidad de la gestión de la economía ligada a la naturaleza misma de la burocracia, véase la asombrosa descripción de la vida «ilegal» de las empresas soviéticas y de sus numerosas manifestaciones (el *blat,* uso sistemático de la influencia personal y el soborno para acuerdos ilegales entre directores de empresa y funcionarios de los ministerios, el personaje del *tolkatch* o intermediario «profesional» en esos tratos, la *strakhova,* falsificación de las posibilidades reales de producción y de las necesidades de la empresa para conservar un «margen de seguridad», la venta ilegal de material entre empresas, etc.) en *Factory and Manager in the URSS,* Cambridge, Harvard UP, de J. S. Berliner. Véase también la descripción de la *shturmovschina,* intensificación frenética del trabajo para cumplir con el plan mensual en Conquest, ed.; *Industrial Workers...,* p. 130-131. Aunque la sustitución de los objetivos de producción *vendida* a los objetivos de producción puramente cuantitativos después de las reformas de septiembre de 1965 haya modificado *algunos* de los aspectos más aberrantes de la vida económica «ilegal» de las empresas, no los ha eliminado, ni mucho menos (aunque sólo fuera porque los poderes de los directores son aún mayores que antes). N. del T.)]

ticios, al consumo de materias primas y de trabajo humano para un producción que no da el resultado económico que se busca, y ni siquiera, con frecuencia, el resultado técnico que podría esperarse (por ejemplo, esas máquinas agrícolas que, al cabo de unas cuantas semanas, no sirven ya para nada).» [13]

En segundo lugar, como el sistema burocrático es un sistema «funcionarizado», el problema del nombramiento de los individuos en diferentes puestos, y de su promoción, se convierte en un problema fundamental. Pero la burocracia no dispone de ningún método «objetivo» para resolverlo. Y gran parte de la actividad de los burócratas como individuos consiste en intentar resolver por todos los medios *su* problema personal. El resultado es que el funcionamiento de las capillas y de los clanes adquiere una importancia sociológica y económica enorme, y falsea radicalmente toda «política de personal» de arriba a abajo en toda la economía nacional —y por lo tanto el funcionamiento de dicha economía. En el artículo que hemos citado, Lange afirma que la política de personal, en Polonia, es «totalmente independiente de los resultados profesionales de cada trabajador», que se basa en una «apreciación burocrática justificada con encuestas y que toma en cuenta la adscripción a camarillas y las amistades», que lleva a «reemplazar a técnicos con experiencia por individuos sin calificación profesional, cuya lealtad política era en muchos casos pura apariencia, y hasta, muchas veces, por gente de moralidad dudosa». Comprobando que ha habido un «descenso general en el nivel de los cuadros, en todos los terrenos de la economía nacional», Lange pide que se acabe con el «enchufe» y las «relaciones».

Los que tienen una experiencia, por pequeña que sea, del funcionamiento de una gran empresa capitalista, saben que el aparato burocrático que la dirige tiene exactamente los mismos defectos, tanto respecto

13. O. Lange: *Loc. cit.*, p. 74.

a la «información» como respecto a la «política de personal».

La situación en las fábricas rusas

Ya vimos que los portavoces oficiales de la burocracia admiten hoy en día la existencia de una resistencia de los obreros de los países satélites a la explotación, y el fracaso de la planificación burocrática que esa resistencia provoca. No disponemos de documentos de importancia comparable por lo que respecta a Rusia. Pero un análisis atento de las actas del XX Congreso del PCUS permite sacar conclusiones análogas.

La burocracia rusa, aunque se felicite del «entusiasmo» y la «heroica labor» de sus obreros, insiste mil veces, por boca de sus representantes calificados, en la necesidad absoluta de interesar materialmente a cada obrero, como individuo, en los resultados de la producción, de ligar los salarios a la «calidad y cantidad» del trabajo producido, etc. Se contradice a sí misma de modo flagrante: si el «entusiasmo» de los obreros por la producción fuera tan grande, no habría por qué insistir en la importancia del salario al rendimiento. Lo que éste prueba, en Rusia como en los países occidentales, es que el obrero es fundamentalmente hostil al aumento de la producción porque ve en él un aumento de su explotación, y que el único anzuelo que puede eventualmente atraerle es, sencilla y prosaicamente, la prima. Pero, al mismo tiempo, la burocracia se ve obligada a confesar que la presión de los obreros le obliga a abandonar periódicamente el sistema de primas individuales. Jruschov se queja de que «en el sistema de salarios y de tarifas de retribución existen mucho desbarajuste y confusión[...]. No son raros los casos de igualitarismo en los salarios [...]. Hay que aplicar de manera consecuente el principio del interés económico de cada trabajador [...]. Es imprescindible [...] hacer que

el salario dependa directamente de la cantidad y la calidad del trabajo de cada cual y aprovechar plenamente la poderosa palanca del interés material para aumentar la productividad del trabajo».[14] Critica ciertas tendencias «utópicas» debido a las cuales «empezó a tomar arraigo una actitud despectiva hacia el principio socialista de interesar económicamente a los trabajadores en los resultados de su trabajo».[15]

Bulganin dice fríamente: «En esencia, las normas de producción no son establecidas hoy en día partiendo del nivel alcanzado en la técnica y la organización del trabajo, sino de la tendencia a adaptarlas a un determinado nivel de los salarios.» [16] Kaganovitch explica: «El carácter caduco del sistema de tarifas es el principal defecto de la organización de los salarios. Las tarifas de base de los salarios deberían ser revisadas en la mayor parte de las ramas de industria. Los salarios medios de los obreros y de los empleados eran en 1955 más del doble de los de 1940. Pero las cuotas casi no han cambiado. O sea que hay una diferencia cada vez mayor entre ese salario y las tarifas. Para mantener el nivel de salarios que se ha alcanzado, se mantiene el bajo nivel de las tareas. La consecuencia es que la tarifa de salarios y las normas de producción ya no constituyen el principio de organización esencial en lo que respecta el aumento del rendimiento del trabajo y los salarios; la mitad del salario, más o menos, proviene de la «superación» de las tareas fijadas, de primas y de otros elementos «añadidos». Debido a las múltiples modificaciones estos últimos veinte años, el baremo contiene elementos de nivelación. La diferencia entre las cuotas de salarios poco elevadas y los salarios reales es una de las razones de la ausencia de normas de trabajo correctas en nuestra industria.» [17]

14. *XX Congreso...*, p. 78.
15. *Ibid.*, p. 129.
16. *Ibid.*, p. 193-194.
17. *Ibid.*, p. 345, ed. fr.

Y Chvernik añade: «Hay que introducir más resueltamente las "tareas" que dicta el rendimiento del equipo, renunciar a fijar las tareas ateniéndose únicamente al espíritu de camaradería, y revisarlas en función de la evolución de los procedimientos de fabricación, de la organización de la producción y de otras mejoras de las condiciones de trabajo que garanticen un aumento de la productividad.» [18]

Ni Taylor, ni ningún patrón capitalista, dudarían un solo momento en firmar esas frases. Y esas frases no sólo permiten comprobar que la burocracia rusa, ni más ni menos que el capitalismo francés, inglés o americano, no puede apoyarse en el «entusiasmo» de los obreros en la producción, y que su única arma son las primas al rendimiento; muestran además que, exactamente como en la fábrica capitalista tradicional, la utilización de esas primas es una gigantesca estafa. Se empieza por decir a los obreros: si superáis la norma de un 20 %, vuestro salario será 20 % más elevado. Una vez que se ha superado la norma, y so pretexto que se ha perfeccionado la maquinaria —o sin pretexto alguno—, se les dice: se ha demostrado que todo el mundo puede realizar 120 %, y está por lo tanto «técnicamente justificado» que la norma sea de ahora en adelante 120 %. Claro está, se pagará como lo merecen a los que hagan 20 % más que la nueva norma. Es exactamente lo que dicen Kaganovitch y Chvernik en las citas que hemos dado. Y los argumentos sobre las «mejoras de la maquinaria» valen lo que valen los que utilizan los capitalistas en este mismo caso. Ya que los obreros han producido esa maquinaria, y los obreros la han pagado (con la fracción no remunerada de su trabajo): y si hay una mejora del rendimiento, son los obreros quienes deberían beneficiarse antes que nadie de ella.

Pero hay algo mucho más importante. La buro-

18. *Ibid.*, p. 402, ed. fr.

cracia pretende dirigir la economía, y, en particular, fijar los salarios mediante tarifas de base y primas al rendimiento. De hecho, lo que esas citas permiten ver claramente es que en muchos casos no consigue dirigir realmente. Desde hace veinticinco años, proclama que el salario debe adaptarse al rendimiento individual, inventa el estajanovismo, crea «héroes del trabajo», etc. ¿Con qué resultado? La presión obrera en las empresas es tal que «las normas de producción no son establecidas partiendo del nivel alcanzado en la técnica y la organización del trabajo, sino de la tendencia a adaptarlas a un determinado nivel de los salarios». «La tarifa de salarios y las normas de producción ya no constituyen el principio de organización esencial en lo que respecta el aumento del rendimiento del trabajo y los salarios», añade Kaganovitch. Tanto valdría decir: desde hace veinte años, todo lo que hemos conseguido en lo que respecta a la organización del trabajo y de los salarios es perder el tiempo. ¿Cómo puede funcionar una «planificación» fundada en una cierta tarifa de salarios y en ciertas normas de producción, si esa tarifa y esas normas «ya no son el principio de organización esencial»? Lo que Chvernik llama discretamente «fijar las tareas ateniéndose únicamente al espíritu de camaradería» significa, hablando claro, esto: ni las primas al rendimiento, ni el estajanovismo, ni el GPU, ni los campos de concentración, permiten al director de fábrica ruso imponer su disciplina a los obreros e *imponerles* pura y simplemente normas y cuotas de remuneración. El director se ve obligado a llegar a un *compromiso* con ellos. El porqué no es un misterio. Basta con que los obreros saboteen sistemáticamente la producción (guardando las apariencias) para que la empresa no realice su «plan» y para que el director pierda su cabeza (o, ahora, su puesto) en el asunto. El director tiene que hacer concesiones —y por lo tanto, que hacer trampa con el «plan». No es demasiado difícil comprender lo que vale la «planifica-

ción» en esas condiciones, aunque sólo sea desde un punto de vista estrictamente técnico.

Otro aspecto fundamental de la lucha obrera es el igualitarismo del que se queja Jruschov, los «elementos de nivelación» que entristecen tanto a Kaganovitch. Hablando claramente, eso significa, no sólo que es frecuente [19] que el director de fábrica no consiga controlar la masa total de salarios en la empresa (o sea que los obreros exigen tal remuneración global, con tal ritmo de trabajo, y que la dirección los «justifica» después ante las autoridades superiores inventando normas de trabajo que correspondan a esa realidad), sino que, además, no consigue determinar tampoco la *distribución* de ese salario en el seno de la empresa. Parece ser que los obreros consiguen que la fijación de las normas se haga de tal modo que, en la producción (los sueldos de los burócratas es ya otro asunto), todo el mundo tenga más o menos el mismo salario haciendo un trabajo «correcto». O sea que en la fábrica rusa la lucha de los obreros contra el margen de variación de las diferencias de salarios va tan lejos, o más, que en la fábrica francesa o americana. Ya se sabe, por otra parte, la importancia que han tomado las reivindicaciones dirigidas contra la jerarquía en Polonia y durante la revolución húngara.

El estancamiento del nivel de vida de los obreros y los ingresos de los burócratas

Las estadísticas oficiales de la burocracia anuncian,

19. Es imposible saber hasta qué punto. Como esas ideas vuelven una y otra vez como una obsesión en los principales discursos de los dirigentes, es de suponer que la situación real que intentan combatir afecta a sectores importantes de la producción. Es en todo caso lo que personalmente creemos. Pero, para lo que queremos demostrar, la extensión del fenómeno tiene relativamente poca importancia: basta con su *existencia,* que los discursos oficiales prueban irrefutablemente.

año tras año, aumentos importantes del nivel de vida de la población. Uno de los temas favoritos de la propaganda estalinista, en Francia y en otras partes, es que en Rusia y en las «democracias populares» el nivel de vida aumenta rápidamente, mientras que, por lo visto, se estanca o hasta baja en los países capitalistas.

De hecho, el desarrollo rápido del nivel de vida (rápido por comparación con los períodos anteriores de la historia económica) es un fenómeno general de las economías modernas, y en particular de los países industriales desarrollados. Las estadísticas lo demuestran con creces, y es algo que la propia experiencia permite comprobar a cualquiera. Desde ese punto de vista, la diferencia entre los países de capitalismo privado y los países de capitalismo burocrático, de ser real, sólo puede ser una diferencia de grado. Pero, hasta así, la cosa no parece muy verosímil. En 1955, las cifras oficiales sobre el «volumen de las ventas al por menor de los almacenes de Estado y de las cooperativas» muestran el aumento siguiente en relación con las de 1954: Rusia, 5 %; Alemania oriental, 6 %; Bulgaria, 12 %; Hungría, 5 %; Polonia, 11 %; Rumania, 5 %; Checoeslovaquia, 11 % [20]. En la medida en que esas cifras no incluyen las «ventas del mercado libre», que se refieren esencialmente a parte de los productos de alimentación y deben aumentar por lo tanto más lentamente a medida que se eleva el nivel de vida, tienden a sobreestimar el aumento del consumo total. De todas formas, basta con compararlas con los porcentajes de aumento del consumo privado en los países occidentales para comprobar que no tienen nada de excepcional: según el Boletín Estadístico de la OECE [21], el consumo privado aumentó durante ese mismo período de 10 % en Austria, 1 % en Bélgica, 7,5 % en Francia, 11 %

20. *CEE: Ibid.*, p. 34-35.
21. Septiembre de 1956, p. 103-118.

en Alemania occidental, 4 % en Italia, 7.5 % en los Países Bajos, 3 % en Suecia y en Inglaterra, 7 % en Canadá, 7,5 % en los Estados Unidos. Una comparación rigurosa debería abarcar varios años y tener en cuenta varios elementos más, pero la semejanza fundamental de las situaciones es indiscutible.

En segundo lugar, los porcentajes *globales* de aumento del consumo publicados por los países del Este ocultan —como los que se publican en los países capitalistas— el hecho de que el aumento de ciertas categorías de ingresos, y más precisamente de los ingresos de las categorías privilegiadas, puede ser más rápido que el de los salarios obreros. Nos volveremos a ocupar después de la importancia de la diferenciación de los ingresos en los países burocráticos. Basta con recordar que un aumento global del «consumo» del 5 % puede querer decir un aumento de 0 % del consumo de los obreros y de 20 % del consumo de los burócratas.*

* [Véase el ejemplo del «aumento» de salarios de 1948 analizado en «The Summit of the Falsehood», p. 276-281 en N. Jasny: *Essays in the Soviet Economy*, 1961. Ya se sabe que el salario real en 1948 era apenas la mitad del de 1928. En 1952, representaba aproximadamente un 75 % del de 1928 (véase N. Jasny: *Soviet Industrialization, 1928-1952*, University of Chicago, 1961, p. 417-419) y sólo alcanzó el nivel de ese año en 1955 (véase Jasny: «Revenus des paysans et des ouvriers en URSS», *Le Contrat Social*, septiembre de 1960, volumen IV, 5, p. 303; y Chapman; *Op. cit.*, p. 153 y 166). Véase también la información publicada a partir de 1965 en la URSS sobre los salarios en metálico en Conquest, ed.: *Industrial Workers...*, p. 87. Sobre el margen de variación de las diferencias de salarios, véase lo que escribe Margaret Dewar sobre ese margen en la industria: «si nuestros cálculos son correctos, tenemos un margen de 1 a 15 [o sea de un mínimo de 400-500 rublos por mes a 6 240 rublos para un director —cifras en viejos rublos—]» («Labour and Wage Reforms in the URSS», en H. G. Shaffer, ed.: *The Soviet Economy. A collection of western and soviet views*, Londres, Methuen, 1964, p. 221-222). Y Chapman: «Differentials in earnings are roughly similar to those prevailing under capitalism, and there are many signs in soviet daily life that diferent styles of life are led by different income groups» (*Op. cit.*, p. 180). Véase

Pero lo más grave es que las cifras publicadas por la burocracia son en gran medida falsas. Son con frecuencia parcialmente falsas en los países capitalistas, en particular porque los índices de precios utilizados no son representativos, o hasta son conscientemente manipulados (es lo que ocurre actualmente [1956] en Francia). Pero no lo son prácticamente nunca en el grado en que lo son en los países de Europa Oriental. Hubo que esperar la crisis polaca para poder comprender la importancia de esas falsificaciones.

Según Gomulka, el aumento de 27 % de los salarios reales en Polonia durante el período del Plan de seis años (1949-1955) era «un simple juego con las cifras, que no ha engañado a nadie y sólo ha servido para irritar aún más a la gente». Eso significa que el aumento del 11 % que hemos señalado anteriormente es en gran medida, o totalmente, imaginario. Véase lo que decía la Comisión Económica para Europa sobre el tema seis meses antes de Gomulka: «Durante los seis años que van de 1949 a 1955, el salario nominal medio ha aumentado en Polonia en un 130 %, y el índice oficial de los precios de detalle en un 80 %. Si comparamos esas dos cifras, llegamos a la conclusión de que el salario neto [o sea real, (C.C.)] ha aumentado del 28 % ; sin embargo, no cabe duda de que esa proporción [...] es demasiado elevada [...]. Si calculamos *grosso modo* el precio de compra de las mercancías y servicios escogidos hasta 1949 para establecer el índice del coste de la vida, obtenemos un porcentaje de alza del 130 %, lo que corres-

también Lane: *Op. cit.*, p. 77. La existencia (o mejor dicho, la persistencia) de importantes privilegios burocráticos más o menos legales que se añaden al salario oficial ha sido recientemente confirmada por el soviético Sakharov (que defiende por lo demás la desigualdad de los ingresos... «si no es excesiva») en *Progress, coexistence and intellectual freedom*, NY, New York Times, 1968, y por el historiador Roy A. Medvedev (en *Let History judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, *NY*, *Vintage*, 1971, p. 540-541). (N. del T.)]

ponde más o menos al aumento del salario nominal medio. Pero puede ser que, también en este caso, ese resultado esté bastante lejos de la verdad, aunque sólo sea debido a la elección de las mercancías incluidas en el presupuesto familiar, que no parece muy convincente. En cualquier caso, es difícil no llegar a la conclusión de que el salario real en los sectores de actividad menos privilegiados parece haber bajado no sólo en relación con los otros sectores, sino también en valor absoluto.» [22]

Dicho sea con otras palabras: sobre la base del índice de precios utilizado hasta 1949, y que ni siquiera era «muy convincente», el aumento del salario real en Polonia durante seis años *ha sido nulo*. Más hábil aún que el ministro francés Ramadier, la burocracia polaca ha fabricado un índice falso para convencer a la gente... de que vivía mejor.

Además, el nivel de vida se deteriora debido a un factor que no aparece en las estadísticas: la crisis de la productividad se traduce por la baja de la *calidad* de las mercancías. «El empeoramiento de la calidad de los artículos de consumo —escribe Lange— fue un elemento importante que impidió la elevación del nivel de vida.» [23] La Comisión Económica para Europa asegura que «el problema de la elección y de la calidad —con la excepción quizá de Checoeslovaquia— sigue siendo de los más importantes para el consumidor, a pesar de mejoras recientes [...]. En Hungría, la calidad de numerosos artículos de consumo se ha deteriorado durante los seis últimos años, debido a un esfuerzo exagerado para obtener resultados cuantitativos. Como, en esas condiciones, es necesario renovar ciertas compras más frecuentemente, debido a la calidad inferior de las mercancías, puede decirse que se trata de una disminución del salario

22. *Boletín Económico...*, mayo de 1956, p. 33-34.
23. O. Lange: *Loc. cit.*, p. 73.

real (cita del «Szabad Nep» del 19 de junio de 1956)».[24]

Frente a esa situación de los obreros, el consumo de las capas burocráticas privilegiadas se ha desarrollado de modo desenfrenado. No insistiremos aquí sobre ese punto, porque el carácter fragmentario de los datos estadísticos exigiría un análisis demasiado minucioso. Nos contentaremos con citar de nuevo a Lange, que comprueba que «un aparato burocrático pletórico ha proliferado en todos los sectores de la economía nacional. Ese aparato frena el buen funcionamiento de la economía y absorbe de modo improductivo una parte excesiva de la renta nacional» (*loc. cit.*, p. 78). Pero podemos afirmar que, teniendo en cuenta que los ingresos de los capitalistas en los países occidentales están destinados en buena medida a financiar inversiones —financiadas por el «Estado» en los países burocráticos—, la distribución de la fracción del ingreso destinada al *consumo* no debe ser menos desigual en éstos que en los primeros. Cuando un burócrata disfruta, como ocurre frecuentemente, de un ingreso (su salario oficial más los diferentes «privilegios» ligados a su puesto) veinte, treinta o cincuenta veces superior al salario medio del obrero, hay que recordar que ese ingreso está consagrado exclusivamente a su consumo, y compararlo no con el *ingreso* de un capitalista francés o inglés, sino con el *consumo* de éste.

El sentido de la crítica de los obreros

Los estalinistas, en Francia y en otras partes, pretenden explicar la rebelión obrera en Polonia y en Hungría por el bajo nivel *absoluto*, y éste, a su vez, por la pobreza de esos países, su carácter atrasado, las destrucciones de la guerra, etc.

24. *Boletín Económico...*, p. 34.

También en este caso, como en toda su propaganda, los estalinistas se ven abocados a utilizar argumentos absurdos. La clase obrera no se rebela contra el bajo nivel de vida en cuanto tal, en lo absoluto —noción que, por cierto, no tiene mucho sentido. La clase obrera se rebela contra el *estancamiento* de su nivel de vida al cabo de varios años de trabajo inhumano; se rebela contra su miseria *comparada* con el lujo de los parásitos burocráticos; se rebela por último, y sobre todo, contra el inmenso *despilfarro* que crea la burocracia en las fábricas y en la economía, contra el hecho de que se intente arrebatarle fracciones de segundo en la producción mientras que los jefes geniales destruyen pura y simplemente *millones de horas* de trabajo social con su anarquía y su inepcia. Las reivindicaciones obreras en Hungría, dirigidas principalmente contra la jerarquía y apuntando a la gestión obrera de las fábricas, lo demuestran con creces.

La evolución política y la «desestalinización»

La burocracia pretende ser «comunista»; ha organizado la economía de modo presuntamente «socialista»; ha nacionalizado las fábricas, y sometido la producción a un «plan». Pero hay que repetir incansablemente que la situación real de los obreros no ha cambiado y que siguen estando sometidos, en la producción, al poder absoluto del aparato de dirección de la fábrica. Lo único que ha cambiado en ese aparato de dirección es el personal —y a veces, ni siquiera eso—; pero su mentalidad, sus métodos y su papel siguen siendo exactamente los mismos que bajo el capitalismo privado: obtener un máximo de trabajo de los obreros, combinando la coerción directa, la aceleración de las cadencias, las primas al

rendimiento; negar a los obreros todo derecho en lo tocante a la organización y al ritmo de su trabajo. Exactamente como el obrero francés, inglés o americano, el obrero polaco, checo o húngaro se ve transformado en una tuerca más de la máquina, en un cuerpo sin alma que no tiene derecho a la palabra tratándose de su propio trabajo, de su taller o de su fábrica. Sin derecho a la huelga —considerada como un «crimen contra el Estado socialista»—; sin derecho a organizarse para defender sus intereses —la organización sindical oficial no es más que una sucursal de la dirección de la fábrica, y su función oficial es intentar que el rendimiento aumente a toda costa—; sometido a los antojos de cualquier capataz, o de cualquier cuadro del partido: la explotación pesa sobre el obrero tan duramente como antes —o más.

Y el obrero ha visto que su explotación tenía los mismos objetivos que bajo el régimen capitalista privado: por un lado, construir cada vez más fábricas y cada vez más máquinas; por otro, garantizar una existencia privilegiada a una capa de parásitos que no eran ya los antiguos patronos sino los burócratas: dirigentes de las fábricas, técnicos, militares, intelectuales, dirigentes de los sindicatos, del Partido y del Estado. Ha visto que ese régimen llamado «comunista» no era más que otra forma del régimen capitalista, donde la burocracia suplantaba a los patronos «privados», y que la «nacionalización» y la «planificación» no modificaban en nada su situación. La dictadura totalitaria le impedía organizarse, discutir libremente, leer o escuchar en la radio algo que no fuera la mentira oficial. Pero lo que la dictadura totalitaria no podía ni podrá hacer es impedir que los obreros vean la realidad en la que viven: su perpetua y completa subordinación a una capa de dirigentes cuya principal ocupación parece consistir en desperdiciar inútilmente su trabajo, esa organización de la producción cuyo único objetivo es hacerles producir

siempre más, su miseria y el lujo de los parásitos —ni impedir que se sientan intolerablemente insultados cuando los discursos de los dirigentes presentan todo eso como el «socialismo» y el «reino de la clase obrera».

La dictadura totalitaria ni podía ni podrá tampoco impedir que los obreros luchen contra la explotación con el medio del que disponen siempre los explotados: la negativa a cooperar en la producción, manifestada de mil y una maneras. La industria moderna no podría funcionar sin un mínimo de cooperación de los obreros, si no dieran muestras de una capacidad de iniciativa y de organización que supera con mucho lo que oficialmente deben hacer y que la coerción nunca podrá suscitar. Desde 1950, la resistencia de los obreros en el seno de la producción alcanzaba una intensidad tal que la economía de los países satélites entraba en una crisis terrible, cuya intensidad sólo hoy podemos medir.

Esa situación no es, repitámoslo, privilegio exclusivo de los países satélites. Es también la de la URSS. Pero es forzosamente más grave allí donde la burocracia es más reciente, donde su implantación ha sido más «artificial», y donde, sobre todo, se encuentra un proletariado con una existencia más larga y una conciencia de clase más clara, un proletariado que es por lo tanto mucho menos dócil y reacciona mucho más vigorosamente ante la explotación. Si de 1928 a 1941 no hubo en Rusia, a pesar de la incoherencia y la ineptitud de la burocracia, una crisis abierta, es esencialmente porque el proletariado se veía constantemente diluido en un flujo enorme de jóvenes campesinos que absorbía la industria, para quienes la entrada en la fábrica significaba objetiva y subjetivamente un importante progreso económico y social. Verdad es que, después de la guerra, la tensión ha aumentado en las fábricas rusas; y ya vimos que en el XX Congreso los dirigentes de la burocracia han

tenido que reconocer que en la mayor parte de los casos los directores de fábrica, en contra de todas las reglas oficiales, eran incapaces de determinar las normas de trabajo y que éstas, así como los salarios distribuidos, eran de hecho el resultado de un compromiso. Después de la muerte de Stalin, el nuevo equipo dirigente ha comprendido que no podría continuar dirigiendo durante mucho tiempo con los viejos métodos autoritarios, y ha intentado prevenir un conflicto abierto con un cierto número de concesiones. Ése es el significado de la «desestalinización».[25]

La situación rusa le dictaba la conducta a seguir; pero la situación de los países satélites ha sido también determinante: sobre todo la de los países en los que un proletariado con una experiencia anterior de lo que es el capitalismo no confundía la construcción

25. Escribíamos hace tres años: «...hay otra relación, menos aparente, que es mucho más importante: es el papel que ha desempeñado para frenar la marcha hacia la guerra la oposición del proletariado a la explotación y ante todo la oposición del proletariado ruso. Es porque sentía crujir el edificio del régimen ante la oposición de los obreros por lo que la burocracia rusa, con o sin Stalin, estaba obligada a hacer concesiones, que acarreaban necesariamente una disminución de los gastos militares, y también, por lo tanto, una política exterior más «moderada». Que esa oposición no haya podido surgir nunca a la luz del día no quita nada; las concesiones de la burocracia rusa, reales o aparentes, demuestran su existencia y su virulencia, como lo han demostrado también ulteriormente las luchas obreras en Checoeslovaquia y en Alemania Oriental» «S. ou B.», 13, enero-marzo de 1954, p. 1). La «desestalinización», claro está, es un fenómeno complejo determinado por una multitud de factores. Aunque en última instancia todos esos factores sean el resultado de la crisis de una sociedad fundada en una escisión radical entre dirigentes y ejecutantes y en su oposición —y por lo tanto, a fin de cuentas, de la lucha de los obreros contra la burocracia— no es por ello menos cierto que esa crisis presenta diversos aspectos, —y el que la burocracia sea incapaz de organizar *sus propias estructuras,* las relaciones de sus instituciones y de sus capas entre sí, es uno de los más importantes. Para un examen a fondo de los problemas de la «desestalinización», véase el estudio de Claude Lefort «Le totalitarisme sans Staline» [traducción española, capítulo VI de C. Lefort: *Op. cit.,* p. 98-168].

de nuevas fábricas con el socialismo, sabía que la acumulación de instrumentos de producción fue siempre la principal preocupación de los patronos, y sabía también lo que el campesino rumano o búlgaro transformado en obrero está descubriendo ahora, y lo que también sabrá dentro de quince o veinte años el campesino chino: que sea cual sea el ritmo de progreso de la producción, y los milagros de la «acumulación socialista», su cuerpo y su espíritu se ven subordinados cada vez más implacablemente al ritmo infernal de las máquinas.

La rebelión abierta contra la burocracia ha surgido precisamente en los países en los que existía ya una clase obrera que sabía ya lo que era el capitalismo: en Alemania Oriental, donde los obreros se sublevaron en junio de 1953, lucharon con las armas en la mano contra los burócratas seudocomunistas, gritaron «los verdaderos comunistas somos nosotros» y pidieron un «gobierno de metalúrgicos». Hubo huelgas y manifestaciones obreras casi en el mismo momento en Checoeslovaquia.

La burocracia, tanto la rusa como la de los países satélites, intentó a partir de ese momento «suavizar» su política. Sintiendo que no podía confiar en su retaguardia, se acercó a los imperialistas occidentales; llegó a un acuerdo tácito con ellos sobre la interrupción de la carrera de armamentos, y, frenando su producción militar, intentó apaciguar a los obreros con algunas concesiones sobre el nivel de vida. Intentó después cambiar su imagen política, presentando a Stalin como responsable individualmente de toda la explotación y de todos los crímenes que ella misma había cometido, y afirmó que iba a «democratizarse». Ése es el significado político del XX Congreso.

Si ha podido engañar así a unos cuantos intelectuales desorientados y a diversas especies de cadáveres políticos, no ha engañado a los obreros de los países que domina. Para los obreros, la «democracia» siempre significó y siempre significará una sola y úni-

ca cosa: el derecho a organizarse ellos mismos como deseen, a poder reunirse y expresarse libremente. Consideran, con toda la razón, que todo lo demás es charlatanería. Se estaba y se sigue estando muy lejos de la «democracia» en ese sentido esencial en los países burocráticos. La situación real no había cambiado ni desde ese punto de vista, ni desde el punto de vista económico. Además, los obreros sintieron que la burocracia no hacía esas concesiones por simple buena voluntad, que la rebelión de Berlín-Este y los acontecimientos de Checoslovaquia la habían asustado, que sólo cedía unas migajas porque los obreros la habían combatido abiertamente y habían intentado derribarla. Los obreros de Europa Oriental comprendieron la lección de 1953: sólo luchando se consigue algo, y una rebelión de un solo día, aunque fracase, provoca más mejoras en la situación de los obreros que diez años de «planificación» y de charlatanería sobre el «mañana que canta». Los obreros han tomado las escasas «concesiones» de la burocracia y las declaraciones del XX Congreso por lo que eran: señal de una enorme debilidad.

Una extraordinaria agitación empezó entonces a sacudir la mayor parte de los países satélites. Encerrada y contenida durante años y años en las fábricas, la respuesta de los obreros empezó a manifestarse abiertamente. Repercutió en todos los medios sociales, en particular en la juventud —se infiltró en la base de las organizaciones burocráticas, partidos y sindicatos, y empezó a corroerlas.

En poco tiempo, la burocracia fue incapaz de controlar la rebelión de la sociedad. Con medidas espasmódicas, rehabilitando a los antiguos «traidores», prometiendo más libertad, admitiendo lamentablemente sus «errores», cambiando el personal dirigente y sustituyéndole por burócratas que podían presentarse eventualmente como «de izquierda» o «de oposición», intentó apaciguar a la población y mostrar que algo había «cambiado realmente». El viaje de Jruschov

a Belgrado en junio, el de Tito a Yalta en octubre, fueron intentos para demostrar que Rusia era ahora capaz de reconocer, y no sólo con palabras, la «independencia» de los países satélites —pero mostraban también la angustia creciente de los burócratas de Moscú y de Belgrado ante el desarrollo de la rebelión, ya que unos y otros sentían que les iba a ser difícil evitar sus repercusiones.

La crisis polaca y Gomulka

De nada les sirvió. En julio, en Poznan, los obreros de la fábrica Stalin dieron la señal de una rebelión abierta contra el régimen; desafiaron a los tanques, se apoderaron a veces de ellos gracias a la complicidad de los soldados y de los oficiales subalternos del ejército, intentaron ocupar los edificios públicos. Sus consignas, sencillas y profundas: «pan», «democracia», «libertad», «es nuestra revolución», «abajo los jefazos», demostraban que la «desestalinización» no había cambiado nada en la realidad y que los obreros sabían ahora por experiencia lo que era la burocracia y eran perfectamente capaces de identificar a los hombres y al sistema responsables de la explotación.

La rebelión de Poznan fue vencida; pero su repercusión en el país y en los otros países satélites fue enorme. La burocracia polaca, rusa y yugoeslava, los embusteros descarados de «*L'Humanité*» intentaron presentarla como una sublevación de elementos reaccionarios apoyados por los americanos. Pero nadie, en los países satélites, ha creído las mentiras de la burocracia sobre la rebelión de Poznan; la actitud de los yugoeslavos, que han preferido silenciar sistemáticamente los procesos de Poznan, confirman ese escepticismo. Es más: tanto los acontecimientos conocidos como los elementos que podemos deducir de los cam-

bios de actitud de la burocracia muestran que la rebelión de Poznan ha sido interpretada como una verdadera señal de ataque por los obreros en varios países —y en primer lugar, en Polonia y en Hungría.

De julio a octubre, Polonia ha vivido en un estado de extraordinaria efervescencia. Las masas empezaron a invadir la escena política. El aparato burocrático estalinista, que con la desestalinización había perdido su cohesión interna y muchos puestos de control decisivos —la policía política, por ejemplo, empezaba a volverse contra él— resultó absolutamente incapaz de dominar la situación. En mítines cada vez más numerosos se impugnaba las consignas oficiales, se expresaba la desconfianza de los trabajadores ante toda la palabrería de costumbre, se pedía cambios reales. La base del aparato burocrático, militantes y cuadros inferiores, perdía toda cohesión. Expuesta a la presión enorme de las masas, descubriendo brutalmente que toda la ideología que le había permitido vivir durante años se estaba hundiendo (dirigentes = jefes geniales e infalibles, oposición = traición, Partido = partido de la clase obrera, nacionalización + planificación = socialismo, etc.), esa base empezaba a ser cada vez más sensible a las reivindicaciones obreras. Transmitía además esa presión al interior del aparato burocrático, cuya cúspide, descompuesta, llena de miedo, desgarrada entre varias líneas, sin confianza alguna ya en Moscú —donde Jruschov hacía prácticamente todos los errores posibles, con la resolución del Comité Central del PCUS del 20 de julio primero, y el viaje relámpago a Varsovia con catorce generales después—, ha dado vueltas durante tres meses antes de encontrar «la» solución: volver a llamar a Gomulka, única cobertura «de izquierda» posible en ese momento, debido a la oposición a la tendencia dominante desde 1949, a su pasado «polaco» (jefe del Partido Comunista polaco en la clandestinidad desde 1943 y opuesto por lo tanto

a los emigrados de Moscú que volvieron en 1945) y «protitista», a su origen obrero.

La burocracia polaca sabía que, al volver a poner a Gomulka en el poder, iba a enfrentarse con Moscú, cuyos dirigentes veían, con rabia impotente, cómo la situación escapaba cada vez más a su control. Pero no había alternativa. La liquidación de la fracción más comprometida de la dirección estalinista del partido, del Estado y de la economía, era un mínimo indispensable para intentar frenar el movimiento de las masas, que estaba alcanzando una amplitud extraordinaria. Sabemos ahora que durante la sesión del Comité Central del Partido polaco, el 20 y el 21 de octubre, en la que se tomó la decisión de volver a llamar a Gomulka, toda la población, encabezada por los obreros y los estudiantes, estaba en pie de guerra y dispuesta a luchar contra un golpe de Estado de la fracción estalinista. Con la noticia de la llegada de Jruschov y sus catorce generales a Varsovia, la efervescencia llegó al máximo. Los obreros se quedaron en las fábricas, dispuestos a intervenir en masa contra un golpe de los rusos y de su instrumento, el mariscal Rokosowski. Algunas secciones del ejército y de la policía estaban ya dispuesta a intervenir. Los rusos comprendieron que en esas condiciones ya no se trataría de una simple «medida policíaca», y menos aún del «golpe de Estado» de una fracción polaca contra otra, y que se verían obligados a emprender verdaderas operaciones militares; como creían que podían guardar un mínimo de control sobre la situación en Polonia por intermedio del Partido —que es lo que resultó ser totalmente imposible dos semanas más tarde en Budapest— realizaron lo que consideraban sin duda alguna como una retirada táctica.

La situación revolucionaria actual y las contradicciones del gomulkismo

Aunque la situación actual en Polonia sea históricamente inédita, no deja de ser por ello claramente revolucionaria. Se denuncia abiertamente los crímenes del régimen anterior, el carácter explotador y opresor de la burocracia que ha ocupado el poder durante diez años no es ya negado por nadie, toda idea de retorno a un régimen aunque sólo fuera ligeramente similar se rechaza categóricamente, y las tendencias «restauracionistas» (burguesas) son prácticamente inexistentes. Se celebran constantemente mítines de obreros y estudiantes, que nadie podría prohibir, dónde a nadie puede impedírsele decir lo que piensa, y en los que se presenta y se discute sin cesar reivindicaciones sobre la jerarquía de los salarios, la gestión obrera de las fábricas, la democracia.

Por otra parte, no asistimos todavía a la formación de organismos soviéticos de masas, de Consejos Obreros o de Comités análogos. Pero hay una transformación profunda de las organizaciones políticas y sindicales existentes. El carácter del Partido Comunista —el Partido Obrero Unificado de Polonia— ha cambiado (a). Cualesquiera que sean las supervivencias del pasado en algunos sectores —pueden subsistir núcleos estalinistas en tal o cual organización del partido, y restos de mentalidad burocrática en todas partes, o casi—, los militantes y los cuadros medios del Partido polaco, en su gran mayoría, se sitúan actualmente en el terreno del comunismo. El hundimiento del régimen y de la ideología estalinista, la comprensión, en la práctica, de sus orígenes y de sus consecuencias, la oposición al imperialismo ruso, la lección de la revolución húngara, y, sobre todo, la presión y las exigencias de las masas obreras polacas, han transformado ya completamente la mentalidad de esos militantes. Y esos factores han cobrado una fuer-

za extraordinaria con la entrada de nuevos elementos obreros en el Partido, portadores de la mentalidad y de las exigencias proletarias. Esos cambios no son únicamente psicológicos: corresponden a hechos objetivos que, desde luego, no son «irreversibles», pero que sólo una larga evolución y nuevos conflictos podrían suprimir: *por vez primera desde 1927, se discute libremente en un partido comunista.* El alcance de ese hecho es enorme. Actualmente, en el seno del Partido polaco, los militantes rechazan la estúpida teoría del «culto de la personalidad» y de los «errores» de Stalin y de Beria: exigen que se analice el estalinismo, o sea, de hecho, el capitalismo burocrático, *como sistema total y coherente,* como totalidad económica, política social e ideológica. Han aparecido ya en la prensa polaca análisis que van en ese sentido, y que en París pueden parecer tímidos, pero que tienen el mérito de existir y de haber sido hechos por individuos con una experiencia concreta de lo que es el sistema burocrático. Empieza a discutirse hasta sobre la concepción leninista del Partido, y se arranca al olvido estalinista las críticas que una revolucionaria polaca, Rosa Luxemburgo, hacía ya en 1918 contra la dictadura del Comité Central sobre el Partido y del Partido sobre las masas. En esas condiciones, y cualquiera que sean el pasado y las intenciones subjetivas de los miembros de la dirección del Partido, de Gomulka, de Ochab, de Cyrankiewitz, es evidente que sólo pueden dirigir en la medida en que se adaptan a esa corriente irresistible.

Ha habido transformaciones análogas en el seno del movimiento sindical. A partir de las jornadas de octubre de Varsovia, el carácter de las organizaciones sindicales se modifica. El aparato burocrático de los sindicatos, cuya función bajo el régimen estalinista era hacer presión sobre los obreros para aumentar el rendimiento, está siendo desmantelado. Los obreros acuden en masa a las reuniones sindicales, a las que antes no iba nadie; y se ha visto, durante el Con-

greso de los sindicatos de noviembre en Varsovia, a un millar de delegados enviados espontáneamente por la base que han apartado a los 120 delegados oficiales que componían teóricamente el Congreso, han obligado a que se abran los «libros de cuentas» (en el sentido más amplio del término) de los sindicatos, y han transformado el Congreso en una implacable requisitoria contra las fechorías de la burocracia sindical.

Si las diferencias entre la situación de Polonia y la de Hungría son importantes, las analogías profundas no lo son menos. El movimiento de las masas, educadas por la experiencia del capitalismo burocrático, ha mostrado en los dos casos una fuerza extraordinaria. En Hungría, esa fuerza se ha traducido por la destrucción de todas las instituciones existentes y el conflicto abierto con el imperialismo ruso; en Polonia, se manifiesta en la transformación extrema del carácter de las instituciones más importantes, el Partido y el sindicato, y en la retirada a que se ha visto obligado el imperialismo ruso.

La situación en Polonia es pues una situación enteramente abierta, y el porvenir del Partido Comunista no lo es menos. Pero no hay que olvidar que la revolución polaca —y la política del Partido polaco— se encuentran en medio de una serie de contradicciones objetivas. Mostrar cuáles son esas contradicciones, e intentar analizarlas claramente, es una condición previa si se quiere superarlas.

Por un lado, la revolución polaca conduce a la destrucción de la dominación del imperialismo ruso sobre el país; al mismo tiempo, es una llaga sin cicatrizar en el organismo burocrático: su capacidad de contagio es enorme, y ha sido ya la señal que desencadenó la revolución húngara. Todos los ejemplares de «Trybuna Ludu» se venden en los minutos que siguen a su llegada a Moscú, y ésta, difícilmente podría la burocracia rusa prohibirla.

Pero la revolución polaca no puede desafiar abiertamente a Rusia. La burocracia rusa acecha la revolución polaca, y está dispuesta a acabar con ella de un modo u otro en cuanto tenga la ocasión. La dirección del Partido polaco tiene que llegar a un compromiso con el Kremlin. El acuerdo rusopolaco firmado durante el último viaje de Gomulka a Moscú [en noviembre de 1956] presenta, como todo compromiso, aspectos positivos y negativos. Positivos porque a la burocracia rusa, que ha firmado el acuerdo, le es mucho más difícil intervenir ahora; porque ha tenido que admitir que ha explotado a Polonia de 1945 a 1953, renuncia a esa explotación y se compromete a proporcionar una ayuda económica. Pero Gomulka tiene que aceptar que las tropas rusas estacionen en Polonia, con las amenazas para el futuro que eso implica; y firma una frase que es una verdadera aprobación, aunque indirecta, del aplastamiento de la revolución húngara (el acuerdo no habla ni de la intervención rusa, ni de Kadar, pero sí del apoyo de los dos gobiernos, polaco y ruso, «al gobierno obrero y campesino de Hungría»). Se trata de una concesión sobre los principios, que tarde o temprano puede volverse contra la propia Polonia.

El objetivo de todo compromiso es ganar tiempo. Y en las circunstancias actuales la revolución polaca debe ganar tiempo, en primer lugar porque la crisis de la burocracia hace que la revolución proletaria esté desde ahora al orden del día en Rusia y en otras partes, y limita de todos modos las posibilidades de intervención del Kremlin, y además porque debe poder continuar, extenderse y profundizarse en Polonia misma. El significado definitivo del compromiso con la burocracia rusa dependerá sobre todo del segundo factor: habrá sido positivo si permite el desarrollo de la revolución en el país.

Ese desarrollo se enfrenta con contradicciones no menos profundas que las de las relaciones exteriores. La situación económica heredada del estalinismo es

un verdadero caos: la coordinación entre los diversos sectores de la producción tendría que ser totalmente reorganizada; la integración del campesinado en el circuito económico, después de diez años de expoliación del campesino mediante entregas obligatorias y de colectivización forzada, plantea enormes problemas. En el plano político, y más profundamente, en el de la organización de la vida social en todos sus aspectos, no existen organismos de masas (aunque ya vimos que el carácter del Partido Comunista ha cambiado realmente). La burocracia estalinista se ve constantemente desplazada de los puestos de dirección de la economía y del Estado. Pero un aparato de dirección «depurado» continúa dirigiendo la economía. El aparato de Estado ha cambiado de personal, pero no de carácter objetivo; sigue siendo un aparato separado, formado por una burocracia permanente y en principio inamovible.

Hay que insistir sobre este último punto, e intentar ahondar el análisis de esas contradicciones a partir del problema realmente esencial, y que ha pasado por lo tanto desapercibido a los que parlotean doctamente sobre la revolución polaca: el problema de la gestión obrera de la economía.

La gestión obrera de la producción es la conclusión evidente, indiscutible, consciente y explícita que los obreros de los países de Europa Oriental han sacado de la experiencia del capitalismo burocrático. Evidentemente, ninguno de ellos ha pensado un solo momento en el retorno de los patronos privados. Pero es también difícil que puedan confiar en cualquier tipo de burocracia dirigente, aunque sea «democrática», o hasta «revolucionaria». Esa burocracia, la hemos denunciado aquí desde hace mucho tiempo partiendo de documentos, de estadísticas y de razonamientos. Pero el obrero húngaro o polaco ha sentido lo que es en su propia carne. Y sabe que es, no sólo una capa explotadora, *sino también incapaz de diri-*

gir la producción. La gestión burocrática de la economía está definitivamente desacreditada a ojos del proletariado de Europa Oriental. O sea que si éste interviene activamente en la vida social, acaba por dar con una conclusión insoslayable: que la única solución que queda es la organización de la producción por los productores mismos.

El Partido polaco reconoce esa situación, y las correspondientes exigencias de los obreros. Pero vacila, y sólo tiene la intención de instaurar, a título digamos experimental, una especie de gestión obrera en ciertas fábricas. Pero no puede tratarse de experimentación: en la situación polaca, la gestión obrera es la única posibilidad de volver a poner en marcha rápidamente la economía y la producción —si no, al cabo de un período de caos, habrá que volver, bajo una forma u otra, pura y simplemente a un sistema burocrático *.

* [Véase el texto de la ley del 19 de noviembre de 1956 sobre la creación de «consejos obreros» en las fábricas en el apéndice, p. 297-299 de A. Babeau: *Les conseils ouvriers en Pologne,* París, A. Colin, 1960. (A pesar de su confusión, el libro de Babeau es una fuente de información insustituible sobre el movimiento de los Consejos.) Se volvió efectivamente a un sistema burocrático de modo bastante rápido, porque la dirección del Partido no estaba dispuesta a permitir que los Consejos desempeñaran un papel político, o en la gestión de la economía nacional. El 13 de febrero, Jaroszewicz, vicepresidente del Consejo de ministros, negó que los Consejos pudieran ser órganos de poder *político* (citado en Babeau, p. 88); en el IX Pleno del Comité Central de mayo de 1957, Gomulka calificó la idea de «Consejos verticales» (o sea que se ocuparan de *sectores* enteros de la producción, y no sólo de empresas aisladas) de «utopía anarquista», sobre la que ni siquiera valía la pena discutir (véase Babeau, p. 89, y Marie/Nagy/Broué, p. 139-42); la declaración de Gomulka ante el IV Congreso nacional de los sindicatos en 1958 y la creación de «Conferencias de Autonomía Obrera» (de hecho, la subordinación completa de los Consejos a la dirección, los sindicatos y el Partido), puso un punto final a la experiencia de los Consejos: «La idea de autonomía obrera ha sido introducida de modo erróneo desde octubre de 1956 en la práctica de la gestión de las empresas...» citado por C. Lefort: «Pologne: la kadarisation froide» «S. ou B.», 24, mayo-junio de 1958, p. 107-110.) (N. del T.)]

También es imposible limitar la gestión a *algunas* fábricas, o limitarla *a las fábricas* (o sea dejando las funciones de coordinación y de gestión del conjunto de la economía a un aparato burocrático).

En primer lugar, porque si hay una *verdadera* gestión obrera en el seno de cada una de las fábricas —y no un engaño, como la «cogestión» de Tito— los obreros suprimirán la jerarquía, y suprimirán las normas de trabajo. La disciplina de producción la establecerán ellos mismos —y será por lo tanto infinitamente más eficaz. Pero eso no puede hacerse en cada fábrica sin una coordinación con las demás, ya que, si no la hubiera, toda racionalización del conjunto del proceso productivo sería imposible. Esa racionalización implica, cuando se ha eliminado la «competencia» y el «mercado» capitalistas, que se aplique una regla general a todas las unidades de producción particulares. Sólo hay dos modos de establecer esa regla general: o con *normas de producción* abstractas e impersonales que tienen que ser definidas e impuestas desde el exterior —ésa es precisamente la función de un aparato burocrático separado—; o mediante asambleas de representantes de los Consejos de obreros de cada empresa, que, por ramas de producción, intentarán normalizar y racionalizar los métodos y el ritmo de producción de modo vivo y teniendo en cuenta las condiciones concretas de cada empresa.

Además, el Consejo obrero que dirige una fábrica se ve obligado a ocuparse del resto de la economía: de ello dependen su abastecimiento en máquinas y en materias primas, y la venta de su producción; va a distribuir salarios cuyo poder adquisitivo depende de lo que ocurre en todos los otros sectores económicos (y en particular en el sector agrícola). Todo eso plantea el problema de una dirección centralizada de la economía del modo más apremiante. Ese problema también puede ser resuelto de dos maneras: o se formarán Consejos Obreros que se fede-

rarán en el plano nacional, colaborarán con representantes de Consejos Campesinos (de aldea o de distrito) y asumirán el conjunto de las tareas de dirección de la economía (incluso, desde luego, las funciones de «planificación») —y ése es el único camino hacia el socialismo; o las tareas de dirección seguirán en manos de una burocracia separada de los productores, y entonces el proceso cambiará inevitablemente de sentido y hasta la gestión obrera de tal o cual fábrica perderá su contenido y se transformará en un medio de encadenar a los obreros a una producción sobre la cual habrán perdido de nuevo todo poder.

Por el momento, la actitud del partido polaco sobre ese asunto es indecisa y contradictoria. Por un lado afirma que su objetivo final es la gestión obrera; por otra parte, no parece claramente decidido a tomar medidas concretas en ese sentido. El programa económico adoptado por el VII Pleno de su Comité Central, en julio (y cuyos principales elementos se encuentran en el artículo de Oskar Lange que hemos citado varias veces) era un programa de saneamiento y de reorganización de la economía, y nada más. Pretendía superar la crisis de la producción, el famoso «nihilismo» de los obreros, volviendo a introducir procedimientos típicamente capitalistas bautizados «interés material» o «estimulantes económicos» —más claro, con el trabajo al rendimiento. Pretendía superar la anarquía de la planificación con una racionalización de la jerarquía, que debería fundarse en la «eficacia económica» y no en «los clanes y las intrigas políticas». En ese contexto, los llamamientos a una «ampliación considerable de la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas» perdían objetivamente todo significado: todos los regímenes de explotación dicen hoy lo mismo, desde que el fracaso de la dirección burocrática de la producción se ha convertido en algo evidente hasta para los propios explotadores. Las actas del XX Congreso del

Partido ruso están llenas de llamamientos a los dirigentes de las fábricas para que «asocien a los trabajadores al funcionamiento de las empresas», y, en Occidente, el capitalismo intenta también convencer a los obreros de que deberían darle su opinión sobre la producción. Y todos esos intentos fracasan, porque los obreros saben que la gestión no les pertenece y que su colaboración la utilizan a fin de cuentas los dirigentes para integrarles más aún en la producción y explotarlas más aún; y fracasan también los «estimulantes económicos» ante la resistencia cada vez más fuerte que oponen los obreros al trabajo al rendimiento y a la diferenciación de los salarios.

El programa del VII Pleno ha sido superado por los hechos —pero sigue siendo el programa oficial del partido polaco. Es sin embargo, evidente que la orientación que representan los «estimulantes económicos», el trabajo al rendimiento, las normas establecidas por una burocracia separada de la producción, es la de volver, a más o menos largo plazo, a la dominación económica de la burocracia.

Encontramos las mismas contradicciones en el plano «político» —que es de hecho el de la vida social global. El Partido ha cambiado de carácter —pero sigue siendo, *de jure* y *de facto*, la instancia suprema del poder. ¿Puede un partido, sea cual sea su carácter, conducir una sociedad al socialismo? ¿O implica ese paso a un nuevo tipo de sociedad que las masas organizadas en Consejos u otros organismos soviéticos asumen su propio destino? ¿Puede ser la dictadura del proletariado la dictadura de un partido? No se trata de problemas teóricos, ni de sutilezas de doctrinarios. Son los problemas fundamentales de nuestra época, y el destino de la revolución polaca depende, del modo más práctico y más inmediato, de la respuesta que se les dé.

Creemos que toda la experiencia de los cuarenta últimos años, y el análisis de la situación actual, permi-

ten responder del modo más categórico a esa cuestión. El poder obrero no puede ser más que el poder de los organismos soviéticos de masas. La dictadura del proletariado no es la dictadura de un partido, sino el poder de los Consejos obreros, que deben representar la más amplia democracia proletaria. El Partido, el aparato de Estado y el aparato de dirección de la economía se extinguen progresivamente, fundiéndose en organismos de masa que asumen las funciones dirigentes en todos los terrenos —o se separan de las masas, las reducen al silencio y se desarrollan con arreglo a su propia lógica hasta formar una burocracia totalitaria, por diversas que sean sus formas. El problema del papel del Partido en la dictadura del proletariado es el problema de la *reunificación de la vida social indispensable para realizar el socialismo.* ¿Qué ocurre en este momento en Polonia? ¿Qué es lo que puede ocurrir, mucho más brutalmente, mañana? Habrá por un lado la vida real de la gente, en la producción y en otras partes; por otro, un aparato que diriga la economía, que debería, para poder dirigir eficazmente, estar compuesto por representantes de los productores, y que no lo está; y por último, un aparato de Estado que está también separado de los que debe administrar; y, por encima de todo el resto, el Partido, que intenta coordinar todos esos elementos como puede, y que es la contradicción misma: o bien es efectivamente él quien coordina —y entonces es la única instancia de poder y todo lo demás son sombras y decorado; o bien no coordina— y entonces es supérfluo como organismo de gobierno (aunque no lo sea, claro está, como agrupación «política» e «ideológica»).

En otras palabras: o la vida real de la sociedad, bajo todos sus aspectos, se identificará con una sola red de instituciones, los Consejos; o las instituciones tradicionales —partido, Estado, dirección de la economía y de las fábricas— separadas de la masa de la población, y por lo tanto de su vida real, volverán a

elevarse por encima de la sociedad y, convertidas de nuevo en encarnación de una categoría social particular, la dominarán.

Desde ese punto de vista, que es finalmente el más importante, hay en la situación polaca elementos negativos de mucho peso. En primer lugar, el movimiento de las masas no ha desembocado por el momento en la formación de Consejos; el Partido lo ha canalizado, no sólo «ideológica» y «políticamente», sino también desde el punto de vista organizativo. Es difícil saber si la acción del Partido ha tendido o no a impedir la formación de Consejos —y, de ser la respuesta afirmativa, ello probaría de todas formas que era posible impedirla. En cualquier caso, el Partido no puede crear Consejos por decreto. Es indudable que el movimiento espontáneo de las masas no ha alcanzado por el momento el nivel de la constitución de organismos de poder.

Pero esa actitud del Partido, con su ambigüedad, está preñada de amenazas. El Partido se encuentra en una situación única en la historia: la masa de sus miembros acaba de realizar, en unos cuantos meses, inmensos progresos; se han regenerado sus estructuras; sus lazos con los trabajadores se han estrechado. Y, fuera de él, no hay organismos representativos de la clase obrera. En esa situación, puede tratar de contribuir con todos los medios de los que dispone al desarrollo del movimiento de las masas; pero puede también replegarse sobre sí mismo, considerar que la realización del socialismo es asunto suyo y que encontrará todas las soluciones en su propio seno.

No tendría sentido negar que una multitud de indicios muestra que el Partido tiende peligrosamente hacia la segunda solución. Cuando Gomulka dice: «El proceso de democratización no puede ser dirigido más que por el Partido Obrero Unificado», no hay sólo en esa frase la contradicción interna de una democratización dirigida por un partido único (único de hecho); la frase expresa además la voluntad de con-

servar el monopolio del poder para el Partido —y pone en entredicho por lo tanto la posibilidad del desarrollo del movimiento de las masas. Al no tomar posición ante el problema decisivo de la gestión obrera, el Partido multiplica las posibilidades de una nueva burocratización. Al prohibirse la constitución de organizaciones políticas obreras, se limita peligrosamente, por amplia que sea la democracia interna del partido, las posibilidades de control del proletariado sobre la situación.

Nadie puede dar lecciones a la revolución polaca, y habría que estar ciego para no ver las enormes dificultades con las que se enfrentan los comunistas de aquel país y el indudable coraje que muestran con el simple hecho de afrontarlas. Pero de esos mismos problemas se está ya discutiendo intensamente en Polonia en este momento: y el movimiento revolucionario en los otros países tiene el derecho y el deber de conocer a la vez la fuerza de la revolución polaca y los peligros internos y externos que la acechan.

El porvenir de la revolución húngara

El verdadero carácter de la revolución húngara, proletaria y socialista, se ha manifestado con más claridad aún, si cabe, después de la segunda intervención rusa y la constitución del gobierno títere de Kadar. Se dijo que los tenderos salieron de sus tiendas durante la segunda semana de la insurrección; pero se encerraron definitivamente en ellas después de la tercera. La única fuerza real que existía en el país, además de los blindados rusos, la de los obreros organizados en sus Consejos, ha seguido en la calle, ha organizado la huelga general, y ha mantenido sus reivindicaciones o las ha radicalizado.

Las demandas que han opuesto a Kadar los Consejos en varias ocasiones desde el 11 de noviembre incluyen los siguientes puntos*: la gestión obrera de las fábricas (aunque Kadar la haya instaurado ya «por decreto»); la constitución de Consejos de trabajadores en todos los sectores de la vida nacional *incluso en las administraciones del Estado*; el derecho de los Consejos a publicar su propia prensa; la retirada de las tropas rusas; la constitución de milicias obreras; el reconocimiento de los Consejos como órganos representativos de la clase obrera; el reconocimiento del papel político de los Consejos; la vuelta de Imre Nagy al poder, o sea la dimisión del gobierno actual.

El alcance de esas reivindicaciones es evidente, y no exige un análisis particular. Subrayemos únicamente que, al plantearlas cuando todo cede en el país ante el terror ruso, y al saber presentar tal o cual de ellas en función de las exigencias tácticas del momento, los Consejos han mostrado que son capaces de actuar tomando el punto de vista de la población en su conjunto, y que son por lo tanto capaces de ser la *única dirección* de la sociedad.

Todos se apresuraron, desde el primer día, a enterrar a la revolución húngara. Escribo, sin embargo, estas líneas el 9 de diciembre y esa revolución que comenzó hace 48 días sigue viviendo como en el primer momento. A pesar de las deportaciones y de los arrestos nocturnos, los miembros de los Consejos no

* [Véase, sobre las reivindicaciones y la actividad de los Consejos después de la segunda intervención soviética, los textos recogidos en Marie/Nagy/Broué; *Op. cit.*, p. 230-236. «La historia de esa resistencia, una segunda revolución, a decir verdad, debería ser escrita algún día. Durante dos meses, el gobierno, impotente, fue incapaz de hacer respetar sus decisiones. El Consejo Revolucionario de Györ, por no hablar de localidades menos importantes, hacía lo que quería en su zona. En Budapest, el Consejo Central Obrero del gran Budapest funciona como un segundo gobierno.» (M. Molnar, *Victoire d'une défaite, Budapest 1956*, Paris, Fayard, p. 324-353.) (N. del T.)]

abandonan la resistencia. Y aunque cesara la lucha más o menos abierta durante algún tiempo, no por ello encontrarían más fácilmente los rusos y Kadar una solución. Ya que toda la población húngara considera ahora el régimen como algo provisional —como la ocupación nazi durante la guerra— y eso determina tanto la actitud de la gente hacia Kadar como la incapacidad de éste de restablecer una maquinaria de Estado que funcione más o menos satisfactoriamente. Los rusos se encuentran ante un dilema insoluble: partir es confesar públicamente una enorme derrota y mostrar a todos los pueblos a los que oprimen que basta con luchar resueltamente para vencer. Es también dejar el camino libre a la revolución proletaria y al socialismo en Hungría y a la atracción irresistible que ese ejemplo ejercerá sobre los otros países del Este. Quedarse no es sólo mantener en el país un caos que no conduce a nada: es en último término importar la revolución en Rusia, ya que los soldados rusos en Hungría se ven sucesivamente contaminados por lo que allí ocurre y, por intermedio suyo, una fracción cada vez mayor de la población rusa. Y ello en un momento en que las manifestaciones de la crisis del régimen en la propia Rusia aumentan continuamente; en que Jruschov reconoce que la actitud de la juventud rusa *, frente al régimen no

* [Véase los documentos reunidos en «Le réveil des intellectuels et des étudiants en URSS», «S. ou B.», 22, julio-septiembre de 1957; y, en particular, sobre los incidentes de noviembre de 1956 en la universidad Lomonosov de Moscú, la carta de un estudiante ruso, que menciona, entre los problemas discutidos en las reuniones estudiantiles, lo siguiente: «¿...no puede considerarse que el *aparato* del Partido, aunque no disponga formalmente de la propiedad de los medios de producción de la comunidad, se ha convertido, gracias al dominio *de facto* sobre esos medios de producción, su utilización, su poder de distribución de las fuerzas de trabajo y su control de los salarios, en una clase explotadora en el sentido marxista original del término? ¿Y no puede considerarse entonces que la utilización contra ese aparato del arma de la huelga general puede ser legítima, y hasta necesaria?» (p. 169). (N. del T.)]

es muy diferente de la actitud de la juventud húngara; en que los intelectuales, que no comprenden los límites de su papel de bufones de la burocracia, reciben advertencias cada vez más serias; y en que, a esos signos inequívocos de la tempestad que se acerca, viene a añadirse el eco de la ira de los obreros, cada vez más difícilmente sofocada **, de un proletariado compuesto ahora por cuarenta millones de individuos y que considera, como se ve obligado a escribir el órgano oficial de los sindicatos rusos, que «nuestra administración no es más que burocracia y nuestros sindicatos no son más que asambleas de funcionarios.»

La revolución proletaria contra la burocracia acaba de empezar. Por vez primera desde la revolución española de 1936, la clase obrera ha creado en Hungría organismos autónomos de masas. Desde el primer día, esa revolución se ha situado a un nivel más elevado que las revoluciones anteriores. El régimen burocrático se ve atacado, desde el interior, por los trabajadores a los que pretendía fraudulentamente representar, en nombre del verdadero socialismo al que durante tantos años ha prostituido. La influencia de las organizaciones burocráticas sobre el movimiento obrero de los países capitalistas occidentales ya no podrá volver a ser lo que fue.

** [Su primera manifestación abierta fue probablemente la huelga con ocupación durante dos días en la empresa Kaganovitch de Moscú (12 000 obreros), para protestar contra la aceleración de los ritmos, en noviembre, de 1956 (Véase P. Barton, *Conventions collectives et réalités ouvrières en Europe de l'Est,* Paris, Editions Ouvrières, 1957, p. 7). Aunque sea desde luego difícil obtener informaciones seguras al respecto, véase también, sobre los movimientos huelguísticos, durante ese período y los años siguientes, el cap. XIV, «Crisis in the Labour Front», p. 283-310 de T. Cliff, *op. cit.;* E. C. Brown: *Soviet Trade unions and Labor Relations,* Cambridge, Harvard UP, 1966, p. 234-235; *Samizdat 1. la voix de l'opposition communiste en URSS,* París, Le Seuil, 1969, p. 50-51); y los cap. II-IV, p. 44-154 de R. Conquest, ed. *Industrial Workers...* (N. del T.)]

Hoy en día, nuestra tarea es, en primer lugar y ante todo, difundir el programa de la revolución húngara, ayudar al proletariado francés en su lucha contra su propia burocracia, inseparable de su lucha contra la explotación capitalista.

Es también intentar reagrupar, bajo todas las formas posibles, a obreros y a militantes que reconocen en la lucha y el programa de los obreros húngaros *su* lucha y *su* programa.

(a) Afirmación errónea, discutida y corregida en «La "vía polaca" de la burocratización»; artículo publicado dos meses después.

La «vía polaca» hacia la burocratización *

En «La revolución proletaria contra la burocracia» (a) hemos intentado analizar la situación en Polonia utilizando las informaciones de que disponíamos a fines de diciembre de 1956 en París. Los puntos esenciales de este análisis pueden resumirse así: la crisis del régimen burocrático y la movilización propia de las masas culminaron en las jornadas de octubre en Varsovia. La burocracia polaca y el Kremlin se vieron obligadas a aceptar el cambio de dirección personificado por Gomulka. Este cambio no podía resolver los problemas planteados de modo muy concreto a la sociedad polaca por el fracaso burocrático y la efervescencia de las masas: la situación en Polonia, «históricamente inédita», seguía siendo una situación revolucionaria. La corriente revolucionaria, aunque no hubiera sido capaz de constituir organismos autónomos de masas —Consejos Obreros o Soviets— había conseguido penetrar profundamente en las organizaciones existentes, especialmente en el Partido Comunista. La discusión en su seno era ahora posible, las tendencias revolucionarias podían expresarse abiertamente y criticar con violencia a la burocracia. La mentalidad de los miembros del Partido se había transformado. Tal situación no podía durar y la alternativa era clara: o se constituían organismos de masa que asumían no sólo la «gestión» de ciertas fábricas, sino la de toda la economía y la dirección del

* «S. ou B.», 21, marzo de 1957.

Estado, o el Partido volvería a ser la única fuente del poder, cristalizándose en torno a él una nueva burocracia política, estatal y económica. La persona y el pasado de Gomulka tenían relativamente poca importancia en ese asunto, pero ya en ese momento, pocas semanas después de octubre, podía verse que el Partido «se inclinaba de modo peligroso hacia la segunda solución»: su propio poder.

Nos referimos de nuevo a ese análisis por dos razones. En primer lugar, la cuestión ha quedado resuelta, y lo que está naciendo en Polonia es una variante más del régimen burocrático, cuya comadrona es el partido polaco. Además, el análisis contenía un error importante: el de suponer que el Partido polaco podía cambiar de tal modo que se convirtiera en uno de los instrumentos de transformación revolucionaria de la sociedad. Fue un grave error dejar subsistir la menor duda de que, intactos el aparato del Partido y el del Estado y sin que se hubieran constituido las organizaciones de poder de las masas, el partido gobernante podía desempeñar un papel que no fuera el de punto de partida de una evolución burocrática nueva. La situación en Polonia sigue siendo revolucionaria —en la medida en que el nuevo régimen encuentra enormes dificultades para estabilizarse, que la constitución de los Consejos de fábrica continúa e incluso se incrementa, que los obreros no parecen dispuestos a dejarse amordazar por «razones de Estado» (como lo atestiguan las huelgas que estallan por un lado y otro), y que la evolución ideológica de la izquierda se acelerará frente al carácter cada vez más patente del gomulkismo. Pero esta situación sólo podrá desarrollarse en un sentido revolucionario si hay una nueva explosión del movimiento de las masas, un enfrentamiento claro entre éste y el Estado y el partido gomulkista. Pero puede también degenerar y pudrirse, con la consiguiente consolidación del nuevo régimen burocrático, si la evolución actual continúa.

Como no se trataba de un error de *apreciación,* sino de *principio,* referente a un problema fundamental que encuentra en su camino la revolución proletaria contra un régimen burocrático, y como dicho problema, que se ha planteado por vez primera en 1956, surgirá cada vez con más frecuencia en el futuro, es indispensable discutirlo a fondo.

El significado del gomulkismo

Hoy ya no es posible hacerse ilusión alguna sobre la política del gomulkismo. Cada semana nos llega una nueva información que confirma su carácter, y el reciente testimonio de Claude Lefort (b) muestra perfectamente de qué se trata. Apenas instalado en el poder, Gomulka exige y obtiene la disolución del Comité de enlace creado en Varsovia el mes de octubre entre obreros y estudiantes. Los Comités obreros que se habían constituido en ciertos lugares, en octubre, son disueltos. Días más tarde, Gomulka reconoce al «gobierno obrero y campesino húngaro», es decir al de Kadar, y, a mediados de marzo vuelve a expresar su confianza en el gobierno títere de Budapest. No se atreve a enfrentarse abiertamente con los «Consejos» que se constituyen en las fábricas, pero hace todo cuanto puede para reducir su importancia y confinarles a cada uno en su empresa. Refuerza la censura. Ataca violentamente a la «izquierda» del Partido. Pone en marcha lo que no puede considerarse de otro modo que como una depuración graduada del Partido; y protege al mismo tiempo a los estalinistas. Los más representativos militantes de la «izquierda» tienen que dimitir de los puestos de responsabilidad. Las elecciones están organizadas y se llevan a cabo de tal manera que los electores no utilicen los derechos muy limitados que les han sido concedidos, y que los raros candidatos verdaderamente representativos del movimiento de octubre; colocados en cola

de las listas, son eliminados automáticamente del nuevo Parlamento.

El sentido de todo esto, su resultado objetivo inevitable, es la restauración de la autoridad indiscutible del Estado y del Partido sobre toda la sociedad. Una cierta dosis de libertad, estrictamente controlada, puede conciliarse con esta restauración; pero no la libertad. Ciertas concesiones a la gestión obrera pueden facilitar la situación en las fábricas (además por el momento no pueden oponerse a ella); pero con la condición de que la dirección central de la economía siga estando en las manos del Partido.

La evolución es de una rapidez sorprendente, sobre todo si se piensa que el régimen se ve obligado a moverse dentro de un sistema de fuerzas contrarias de extraordinaria complejidad. Es imposible, al observar el gomulkismo, no recordar la palabra «bonapartismo», en el sentido empleado por Trotski. Si alguna vez la palabra tuvo sentido, es en este caso. Gomulka reposa sobre un equilibrio de fuerzas contrarias, a todos los niveles: entre el Kremlin y la nación polaca, entre el proletariado y el resto de la sociedad, entre la «izquierda» del Partido y sus elementos estalinistas. Todas las capas de la sociedad polaca, y, en el exterior, tanto Washington como Moscú le sostienen, y cada uno por razones diametralmente opuestas a las de los otros.

Pero el «bonapartismo» es precisamente un estado pasajero de la relación de fuerzas políticas, y no la definición de un régimen social. El error de Trotski, al hablar del «bonapartismo» estalinista, fue no darse cuenta de que un bonapartismo que dura deja de serlo. Un régimen, cualquiera que sea la relación de fuerzas que ha permitido su instauración, sólo puede durar si, en definitiva, expresa la estructura real de su sociedad. En una sociedad burguesa, el poder «bona-

partista» se convertirá rápidamente en la expresión de los intereses de las fracciones decisivas del capitalismo: y ése fue precisamente el caso del régimen de Napoleón III. Si la producción ha sido «nacionalizada», la orientación de la evolución del poder es también perfectamente clara: alguien tiene que dirigir la producción, la administración, el ejército. Un dirigente que no es inamovible no es un dirigente. Una capa de dirigentes inamovibles, es una burocracia.

Merece la pena discutir brevemente los argumentos de distintas procedencias que tratan de «justificar» el gomulkismo o que sostienen que sigue siendo posible la evolución pacífica de ese régimen al socialismo.

Se dice, por ejemplo, que los privilegios que representaban los ingresos de la burocracia fueron abolidos, y no han sido restaurados. Pero la burocracia, como cualquier otra capa dirigente, no se define por su situación privilegiada en el *consumo*; se define por el lugar que ocupa en las *relaciones de producción*, por las funciones de *gestión* y de *dirección* que ejerce en la economía, el Estado y la vida social en general. Mucho antes de que gozara del privilegio de ingresos apreciables, la burocracia rusa se presentaba ya como la capa que monopolizaba las funciones de dirección. La «troika» en la dirección de las fábricas, la «sumisión indiscutida a una sola voluntad», al «mando individual» en la producción sobre la que Lenin insistía tanto, precedieron la domesticación de los soviets y la supresión de la democracia en el partido bolchevique. Es cierto, que a largo plazo, ambos aspectos son inseparables, y que una capa social que vaya consolidando su poder no tardará en otorgarse un puesto privilegiado en el consumo. Pero es un error grave, tanto teórico como político, el creer que el origen de la burocratización se encuentra en esos privilegios. Privilegios que, por otra parte, pueden ser muy limitados. Los capitalistas ingleses pagan, en teoría y prác-

ticamente, 19 chelines por libra —es decir el 95 %—, de impuestos sobre la fracción de sus ingresos personales que excede de las 6 000 libras anuales. Los franceses pagan menos en teoría, y casi nada en la práctica. Entre los dos sistemas, no cabe duda de cuál es el más próximo del verdadero espíritu del capitalismo, el más sólido: el inglés.

Se dice también que el sistema se democratiza, que se escribe o se habla libremente, o casi libremente. El testimonio de Claude Lefort, las noticias que publican cada semana los periódicos, muestran que es falso: en realidad, si la expresión oral es libre, la escrita lo es cada vez menos. El control del Partido sobre la vida política se mantiene y se afirma cada día más. Pero, aunque dejemos de lado estos hechos, el principio de tal argumentación es completamente falso. Viene a confundir las formas de una dominación con la dominación misma. Desde Hitler a las democracias escandinavas, pasando por Guy Mollet, la esencia de los regímenes capitalistas es la misma. Verdad es que en una sociedad capitalista privada, la posición de la clase explotadora es muchísimo más «independiente» del sistema de gobierno que en una sociedad capitalista burocrática. El gran capital puede gobernar tanto por medio de un dictador como por el de un gobierno elegido por sufragio universal. Aunque la gama sea mucho menos variada en el caso de la burocracia, no hay que creer que sea inexistente. Los regímenes burocráticos acaban de aparecer en la historia, y es falso identificarles con las formas y los métodos del totalitarismo estalinista. Jruschov no es Stalin; y hay una variedad china y otra yugoeslava de las formas políticas y económicas de dominio de la burocracia. Actualmente estamos asistiendo al nacimiento de una variedad polaca. Pero se trata de variedades. Los regímenes son fundamentalmente idénticos desde el punto de vista económico; lo son *también* desde el punto de vista político.

Su denominador común no es difícil de encontrar: es el monopolio de hecho del poder ejercido por el Partido. Y la evolución actual de la situación en Polonia queda completamente clara cuando la observamos desde este punto de vista: en ella todo concurre a restablecer la indiscutible autoridad del Partido. Si un verdadero parlamentarismo, con libertad de constituir organizaciones políticas que alternen en el gobierno, sigue siendo inconcebible en el régimen burocrático, un seudoparlamentarismo puede servir muy bien a las necesidades de la «democratización». Falso parlamentarismo, porque como han demostrado las recientes elecciones polacas, es el Parlamento el que, en definitiva, tiene que modelarse a imagen del gobierno, que recibe su autoridad de hecho del partido dominante, en lugar de dársela a éste.

En contra de esta hipótesis, se nos habla de la tendencia, expresada en los discursos oficiales y en ciertos actos, de distinguir el Partido del Estado, así como de introducir una separación de poderes, y una multiplicación de los centros de decisión. Por este camino se llegará, según nos dicen, a una distribución de los poderes efectivos entre un parlamento, un gobierno, el Partido e instituciones que representen a los productores (los Consejos de fábrica, por ejemplo). Pero, si la confusión del Partido y del Estado, del legislativo y del ejecutivo, de la economía y la política, caracterizan al totalitarismo, su supresión no significa ni mucho menos un avance hacia el socialismo. El socialismo es *también* una confusión de poderes, más exactamente una reunificación de todos los centros de dirección de la vida social en todos los aspectos. El Soviet o el Consejo Obrero son a la vez órganos de deliberación, de decisión y de ejecución. Una separación entre un «legislativo» y un «ejecutivo» es inconcebible en un régimen socialista. No hay que confundir el camino hacia el comunismo con la vuelta a Montesquieu. Añadir una dosis de cretinismo

parlamentario a la arbitrariedad burocrática no es ni un paso atrás ni un progreso: es otro modo de batir los huevos para hacer la misma tortilla.

¿Se vuelve realmente a Montesquieu? No caigamos en el error de confundir el derecho con el hecho, los discursos y la realidad. En Polonia, no hay gobierno parlamentario, y es imposible que Gomulka sea derribado por la Dieta o que cambie el partido en el poder. El Partido sigue siendo inamovible, aunque trate de infundir un poco de vida a ciertas instituciones —hasta ahora puramente decorativas— para lograr que la sociedad funcione. Pues el significado de la crisis de la burocracia polaca, que culminó en 1956 en una descomposición profunda de toda la vida del país, fue precisamente ése: el dominio del Partido había acabado por impedir verdaderamente el funcionamiento de la vida social. Por su parte los obreros tratan también de dar vida a ciertas instituciones —ése parece ser en gran parte el caso de los sindicatos —y tienden a crear otras nuevas: los Consejos de fábrica. Las dos corrientes pueden encontrarse en un período, que aún no ha terminado: el de «la nación detrás de Gomulka». Pero a medida que la divergencia de sus objetivos respectivos se haga clara, las dos corrientes se separarán. El Partido muestra claramente ya que admite que una institución cualquiera tenga vida, *sólo* en la medida estricta en que el Partido la controle. Esta actitud es profundamente contradictoria, pero también es profundamente real: corresponde a la esencia misma de la burocracia. Las masas, por otra parte, sólo se interesarán en definitiva por las instituciones —sea el Parlamento, los sindicatos o los Consejos de fábricas— en la medida en que puedan expresar verdaderamente su punto de vista, sus aspiraciones, su vida; en la medida en que puedan reforzarlas y servirse de ellas; es decir, precisamente en la medida en que tales instituciones escapen al control del Partido. La solución de esta contradicción, a menos de que se produzca otra explosión revoluciona-

ria, no puede hacerse más que de una sola forma: con un nuevo desecamiento de las instituciones, su abandono por las masas, su transformación en elementos decorativos, o, como mucho, en instrumentos claudicantes del poder del Partido. Es por excelencia el tipo de evolución que puede efectuarse en frío, mediante una nueva aglomeración de todas las parcelas de poder y de iniciativa en torno al Partido, y a través de la espiral de la apatía en que caerá entonces la población: fracaso de las iniciativas y actividades a las que el Partido no quiere dejar paso libre —desánimo que engendra ese fracaso—, inhibición consiguiente de la actividad y de la iniciativa —necesidad «objetiva» por lo tanto de que la capa de dirigentes, de modo creciente, empuje, controle, dirija y domine—, retorno entonces de la población a la «vida privada» —y así sucesivamente. Que la sociedad polaca recorra de nuevo esa espiral hasta el punto de ruptura, o que llegue a estabilizarse en un punto intermedio cualquiera es relativamente secundario. Desde el momento en que la sociedad se ve despojada de la dirección de sus actividades y que ésta se convierte en la prerrogativa de un cuerpo específico, el partido, las instituciones oficiales están condenadas a esa petrificación que hace que la vida real se desarrolle a su margen y que sólo puedan captarla imperfectamente. La distancia entre las instituciones oficiales y la vida social real es naturalmente muy variable de un caso a otro, pero lo que caracteriza la crisis de las sociedades de explotación contemporáneas es la inadecuación esencial del control que pueden ejercer aquéllas sobre ésta.

¿Pero el Partido mismo, un partido «renovado, «reformado», no podría ser la institución que expresara verdaderamente la vida de la sociedad —o el poder de la clase obrera— no de modo indirecto o «en último análisis», sino inmediata y orgánicamente? No. El Partido, en primer lugar, es una pequeña mi-

noría, y no puede dejar de serlo. No puede prestar el marco adecuado al desarrollo de las actividades sociales y políticas de la mayoría de la población. Si se abriera a ésta, sería otra cosa, pero no se podría hablar entonces de un «partido», ni en la forma, ni en el fondo. Además y sobre todo, por su propia naturaleza, el Partido está separado de lo que forma lo esencial de la actividad de los hombres: de la producción. En cuanto tal, el Partido representa una «selección» que no proviene de la producción misma, sin articulación real con ésta. El Partido en cuanto tal, no puede captar la actividad humana sino de un modo abstracto, desde fuera. Si sostenemos desde hace años que el Partido —y hablamos ahora de un partido revolucionario, no burocrático— no puede ser, en una sociedad socialista, un órgano de gobierno ni un centro de poder, no es por razones de prevención antiburocrática, por ejemplo para evitar que el Partido desarrolle una tendencia a confundir el poder obrero con su propio poder, es decir a eliminar o a reducir a un papel inofensivo a las demás corrientes del movimiento obrero, y en definitiva a dominar por completo la vida de los Soviets o de los Consejos. Desde luego, la idea del partido en el poder implica de modo casi automático una estructura antidemocrática. Pero el aspecto más profundo de la cuestión no es ése. El socialismo no es sólo el poder *político* de los Soviets o de los Consejos, sino también, indisociablemente, la *gestión obrera* de la producción a todos los niveles. El socialismo es, en primer lugar, una manera diferente de organizar la producción, las relaciones vivientes entre los hombres en su trabajo, no sólo los pedazos de papel sobre la propiedad de las fábricas. Ahora bien, el Partido en cuanto tal no tiene ninguna relación con la producción. Si el partido es dominante, no puede tender sino a dirigir la producción desde fuera, utilizando el aparato de dirección de las fábricas heredado del régimen precedente o creando uno nuevo. El primer resultado será un derroche terrible, el segundo, el

choque con los productores y la retirada de éstos: el tercero, la necesidad «objetiva» de una burocracia dirigente, una vez que se haya «probado» por sus propios actos que los obreros no pueden ni quieren organizar la producción, impidiéndoles previamente el hacerlo.

Se dice también que lo que se ha «ganado» el mes de octubre en cuanto a clarificación de las conciencias y crítica de la burocracia es incalculable, que la ideología burocrática ha quedado pulverizada y que es inconcebible que pueda restablecerse el antiguo estado de cosas. Pero no se trata de una restauración pura y simple del antiguo estado de cosas, y es cierto que éste no volverá a aparecer con su antiguo aspecto. El régimen se guardará de chocar de frente con la conciencia de la gente, y podrá dejar a los intelectuales una cierta libertad de expresión, siempre que se mantengan al margen de la vida económica y política real, y que no establezcan contacto con los obreros. La ideología es la fuente de toda fuerza, y de todo engaño. «En la URSS, la explotación de los obreros no ha sido suprimida, pues los obreros no dirigen la producción, y no son sino asalariados mal retribuidos. No reciben la parte que les corresponde en el reparto del excedente del trabajo, del que se apodera por completo la burocracia de Estado, bajo la forma de enormes salarios y recompensas. Esto demuestra que hay allí muy pocas formas socialistas en la economía, y que las formas del capitalismo de Estado se desarrollan por el contrario rápidamente, revistiendo cada vez más el aspecto monstruoso de un sistema burocrático de capitalismo de Estado». «El Estado burocrático (ruso), en esta apropiación del excedente del trabajo, tiene una posición monopolista absoluta, a diferencia de los países capitalistas, donde el monopolismo, ya sea privado o estatal, es fuerte desde luego y tiende cada vez más a un capitalismo de Estado total, pero donde aún no ha alcanzado ese fin inmanente, que ha sido ya conseguido por la contrarrevo-

lución burocrática soviética, de un modo absoluto.» Estas citas no corresponden a algún viejo número de «Socialisme ou Barbarie», sino a los informes de Tito y Kidrich en el VI Congreso del Partido Comunista yugoslavo de noviembre de 1952 (en la revista yugoeslava publicada en francés «Questions actuelles du socialisme», 15, p. 30 y 200). Este análisis correcto y esta denuncia violenta del régimen ruso como régimen de explotación que le acompaña, no impiden que el régimen de Tito sea a su vez una simple variedad del capitalismo burocrático.

En Polonia, el análisis y la crítica de la burocracia no han sido hechos por los altos dignatarios del régimen contra una burocracia extranjera, sino por la mayoría de los intelectuales del Partido contra la burocracia polaca misma. Tienen, por lo tanto, un carácter completamente distinto. Pero si ese hecho impone ciertos límites al gomulkismo, le confiere rasgos profundamente diferentes de los del titismo, si permite esperar que se mantenga, contra viento y marea, una corriente de oposición revolucionaria en Polonia, no puede por sí solo modificar la dinámica fundamental del régimen. Éste tiende ya, por otra parte, a desarrollar una ideología que le corresponde. La base es la famosa «razón de Estado», cuyo mecanismo analiza Claude Lefort en el artículo que hemos citado anteriormente, y la envoltura «el camino polaco hacia el socialismo».

Y es así cómo, tanto en Polonia como en Francia, se pasa suavemente de los argumentos que tratan de presentar al gomulkismo como un socialismo a los que tratan de demostrar que es la única política realizable actualmente. «Es todo lo que se puede hacer en las circunstancias actuales.» «No hay que pedir lo imposible.» «La presión rusa impide el desarrollo revolucionario.»

Se podrían discutir todas estas afirmaciones en su propio terreno. La amenaza de los rusos es una cosa y

su intervención militar real es otra. Que la burocracia del Kremlin tenga todos los motivos y todo el deseo de aplastar una revolución en Polonia como lo ha hecho en Hungría está bien claro. No lo está tanto el que se atreva a repetir el golpe. Ni que hubiera osado intervenir a primeros de noviembre, simultáneamente en Varsovia y en Budapest. Una sublevación polaca, simultánea con la revolución húngara, hubiera podido ser el factor que transformara las dudas del pueblo ruso en explosión, o que habría puesto un *menos* en lugar de un *más* delante del balance de las ventajas y los riesgos, de los pro y los contra, que incitó al Kremlin a aplastar a Hungría. Incluso en la actualidad, la situación de una Polonia de casi treinta millones de habitantes, con un gobierno «reconocido» por los rusos, es diferente de la de Hungría en la víspera del 4 de noviembre.

Pero no se trata sólo de eso. La política revolucionaria no es el arte de lo posible. El arte de lo posible, es la política de Mendès-France y de Guy Mollet. La política revolucionaria es creadora de posibilidad. No puede crear cualquier cosa, y por eso, la apreciación rigurosa de todo lo que puede ser apreciado en una situación dada es su base indispensable. Pero hay una diferencia esencial. Es la que existe entre una práctica «contemplativa», basada en el cálculo racional de las posibilidades —que es la práctica capitalista y burocrática, que considera que las relaciones esenciales del mundo son un dato *a priori*— y una práctica revolucionaria, que sólo puede existir porque *sus propias manifestaciones transforman completamente las condiciones en las que se encontraban al principio.* Esa transformación significa concretamente que una práctica revolucionaria tiene le posibilidad, por la fuerza de sus ideas y de su ejemplo, de desencadenar la intervención de los explotados en su propio país y en los demás. La Comuna de 1871, la revolución rusa de 1917, la húngara de 1956 eran «absurdas» desde el punto de vista del cálculo racional de las posibilida-

des. Son, sin embargo, esos hechos absurdos, y no las compañías de seguros, lo que ha dado forma al mundo que nos rodea.

Se nos dice que el gomulkismo es inevitable si se quiere evitar la intervención rusa, que una política más revolucionaria desencadenaría probablemente. ¿Pero qué significa eso? ¿Qué es lo que, en la situación polaca, resulta intolerable para la burocracia rusa? ¿La independencia nacional, más o menos relativa? Pero eso es lo que Gomulka no está dispuesto a sacrificar, y es precisamente *para no perderla* por lo que se dice obligado a hacer lo que hace. De lo que se trata es del contenido social revolucionario del régimen, y eso es lo que inquieta en sumo grado a Jruschov. Admírese el razonamiento: la política de Gomulka es revolucionaria, porque suprime gradualmente todo lo que puede surgir en Polonia de revolucionario, para evitar que otros lo hagan de golpe.

Pero cabe preguntarse también si semejante objetivo puede mantenerse hasta el fin, y cuáles son los medios que tiene Polonia en su mano para impedir una intervención rusa. Hay dos caminos. El uno consiste en suprimir en Polonia todos los motivos que pudieran incitar a intervenir a los rusos. No es más que una manera disfrazada de *realizar* la intervención rusa. Jruschov no tiene demasiado interés en que los censores de Varsovia sean rusos —o estalinistas polacos—, le basta con que alguien censure lo que no le gusta. El censor suprime tal frase o tal artículo «para evitar la intervención rusa», y se convierte él mismo en intervención, es como si fuera Mólotov disfrazado de polaco. Por querer evitar que Varsovia se convierta en un nuevo Budapest de noviembre de 1956, se la convierte poco a poco en un segundo Budapest de marzo de 1957. Y de todos modos no podemos estar seguros de que al final la intervención rusa no acabe produciéndose, sobre todo si tenemos en cuenta que no tendrá por qué tomar entonces una

forma militar, pues su carta principal sería el desconcierto y la apatía de la población provocados por el mismo gomulkismo.

El otro camino es la movilización de las únicas fuerzas con las que puede contar un poder revolucionario: la energía y la conciencia de la población trabajadora, su cohesión, su integración en instituciones que sean su vida misma, y la solidaridad de los trabajadores en los demás países, que depende *también* de lo que se haga en Polonia, de la claridad y del contenido de clase de la transformación social que allí tenga lugar. Sólo se puede salvar la revolución polaca con medios revolucionarios. Lo único que la «razón de Estado» puede salvar es el Estado, separado de las masas; no la revolución, sino la contrarrevolución.

Se dice también que no se puede juzgar la situación polaca a partir de principios, que el gomulkismo es una política empírica que trata de navegar entre innumerables escollos. Pero decir que no puede juzgarse el gomulkismo a partir de ciertos principios quiere decir que tampoco podemos justificarlo; toda justificación se da en nombre de, y a partir de, ciertos principios. Y no hay, nunca ha habido, ni habrá jamás, una política verdaderamente empírica. El empirismo es una ilusión subjetiva. Hay políticas que asumen su propia lógica y otras que se dejan asumir por ésta, y eso es todo. Se puede tratar de vivir al día, pero no puede evitarse que tras de un día venga otro y que juntos formen las semanas, los meses y los años. El negarse a ver las consecuencias de sus actos y a elaborar su significado, ni borra aquéllas, ni altera éste.

El conjunto de estos argumentos desemboca en esa caricatura de lógica que la defensa del estalinismo por los «progresistas» de todas clases ha hecho clásica desde hace ya unos treinta años: el gomulkismo es una política revolucionaria, *porque* una política re-

volucionaria es imposible hoy en día en Polonia. La conclusión es absurda, aunque la premisa fuera cierta. Si lo fuera, podíamos ahorrarnos toda discusión. Cada cual elegiría su puesto, a un lado o a otro de la barricada de ese poder, que, según el argumento mismo *debe* transformarse en poder de explotación. Seguir en el partido polaco o dejarlo, tener tal actitud u otra sobre tal o cual cuestión, son problemas que sólo los revolucionarios polacos pueden resolver. Pero tener y propagar ilusiones sobre la naturaleza de ese partido, su función y su porvenir, es catastrófico, tanto para los polacos como para todos los demás.

Aunque un *poder* revolucionario resultara actualmente imposible en Polonia, eso no significaría en modo alguno que toda *política* revolucionaria también es por definición imposible. La izquierda revolucionaria, esté dentro o fuera del Partido polaco, se encuentra ante inmensas tareas. La de aclarar y sistematizar sus ideas, la de difundirlas por todos los medios a su alcance, la de organizarse, la de ligarse al movimiento de las fábricas. En resumen: la preparación del futuro. Un futuro que puede surgir mañana. La crisis profunda del mundo burocrático, como la del mundo occidental, pueden transformar en poco tiempo las condiciones de acción de los revolucionarios polacos. Ante ellos se encuentran infinitas posibilidades, no dentro de varias generaciones, sino quizás de unos pocos años.

La primera condición para que puedan estar a la altura de su misión histórica es la de superar toda ilusión sobre el gomulkismo. Comprender que el único régimen «progresivo» es el socialismo en cuanto poder obrero; que entre el poder de los Consejos Obreros y la explotación no hay término medio.

Lo que demuestra que una política revolucionaria hoy en Polonia es algo más que una utopía, es el movimiento de los Consejos de fábrica. Éstos tienden a multiplicarse, a federarse por industrias, a ampliar sus poderes en el seno de las empresas *. Su naturaleza, así como sus relaciones con el Estado y la dirección oficial de la economía plantean numerosos problemas, que es necesario evocar brevemente.

En primer lugar, los Consejos son el resultado de un movimiento propio de los obreros —que al parecer empezó antes de octubre **— y se extienden actualmente por iniciativa de esos mismos obreros. No tienen nada, como los Consejos yugoeslavos, de creaciones gubernamentales, sobre las que el Partido mantiene su control.

* [Véase Babeau, p. 60-65; y cifras p. 176-178. A finales de 1957, los Consejos agrupaban al 50 % de los trabajadores polacos. (N. del T.)]

** [Los proyectos de creación de «Comités» y «Consejos Obreros» empezaron a discutirse en abril de 1956 entre los elementos comunistas más radicales de fábricas como la FSO de Zerán, (véase L. Gozdik y J. Waclawek, en «Trybuna Ludu», 12 de noviembre de 1956, recogido en Marie/Nagy/Broué: *Op. cit.*, p. 29-35): Los primeros Consejos aparecieron en septiembre en Varsovia, y el movimiento se aceleró después de las jornadas de octubre. La ley del 19 de noviembre de 1956 dio una forma «legal» a la situación (véase Babeau, p. 60-65). Algunos autores (como P. Barton en «Le syndicalisme d'Etat en Pologne, *Le Contrat Social*, juillet 1958, y, recientemente, en *Misère et révolte de l'ouvrier polonais, Paris*, FO, 1971, p. 19-29) han presentado la creación de los Consejos como una «maniobra de diversión» de una fracción de la burocracia, que proponía así a la clase obrera «objetivos quiméricos» (Barton). Es evidente que la fracción «gomulkista» de la burocracia sólo apoyó a los Consejos en la medida en que —y mientras— creyó que podía utilizarlos contra sus rivales. Pero si los Consejos no hubieran dispuesto de una base popular propia, esa fracción, no se hubiera apresurado después a suprimirlos. Desde luego, obreros e intelectuales comunistas de izquierda desempeñaron un papel importante en su creación. Pero E. Baluka, uno de los princi-

Por otra parte, el significado profundo de ese movimiento no viene de su carácter «político»; el movimiento de los Consejos polaco se sitúa en un plano económico. Por el momento, su sentido político está implícito.

Desde hace algún tiempo, se habla a tontas y a locas y desde todos los puntos del horizonte de gestión obrera, aplicándose también ese término a los Consejos de fábrica polacos. En realidad, según lo que se sabe de ellos, los Consejos polacos no dirigen las fábricas ***. Su verdadera función coincide más bien con lo que Trotski entendía por «control obrero». El aparato de dirección de las fábricas no ha sido abolido y reemplazado por una asamblea obrera. Sigue en su puesto y dirige la actividad normal de la fábrica. El nombramiento del director debe ser ratificado en algunos casos por el Consejo, pero no siempre. El pleno del Consejo no se reúne (al menos en Zeran, que es la fábrica más avanzada desde todos los puntos de vista) sino una vez al mes, lo que demuestra que puede eventualmente dar su opinión, pero no dirigir efectivamente la fábrica. Las relaciones entre los dos poderes: dirección y Consejo, no están bien definidos, y aún menos las que ligan a los Consejos con la dirección central de la economía. Los estatutos de los Consejos afirman con frecuencia que el Consejo «da su opinión», sobre el plan, «vota» el plan anual o «le corrige» (véase el artículo de E. Morin en «La Vérité», 15 de febr. de 1957) (c), pero dejan completamente en suspenso el problema de las relaciones de la

---

pales dirigentes obreros del comité de huelga de Szczecin en 1970-1971 (cuyo papel fue semejante al de Gozdik en Zeran en 1956) era también miembro del Partido: ¿prueba acaso eso que la rebelión, cuya profundidad muestra el mismo Barton en su libro, fuera una «maniobra de diversión»? Lo que hay en el fondo de ese tipo de crítica es la hostilidad a la idea misma del poder de los Consejos: para Barton, como para Gomulka, se trata de una «autopía anarquista». (N. del T.)]

*** [Véase Babeau, p. 124-125. (N« del T.)]

fábrica con el «plan» y por lo tanto con el resto de la economía. En Zeran, sin embargo, el Consejo parece haber llevado a cabo una redistribución de la masa de salarios y una reorganización de la fábrica.

En la atmósfera actual en Polonia, el poder *de hecho* de los Consejos en cada fábrica debe de ser importante, pero se ven en seguida sus limitaciones. En primer lugar, se trata de un poder de control y no de dirección; las verdaderas tareas de dirección siguen estando en manos de un aparato específico. Además, este poder termina en los muros de la fábrica, y no hay que olvidar que lo esencial de lo que ocurre *en* la fábrica —objetivos de producción, medios para ésta, salarios— viene determinado por lo que pasa *fuera*. Éstas son las tareas que asume la burocracia de la dirección central de la economía, y la burocracia no está dispuesta a dejar que los Consejos intervengan en este terreno. Parece que el Partido, escribe E. Morin, puso el veto a que se constituyeran federaciones de Consejos e incluso a la publicación de un boletín de enlace entre éstos. Es fácil darse cuenta del porqué: la burocracia tiene que conservar en sus manos, sea como sea, las tareas de coordinación y de dirección central; si no lo consigue, está perdida.

Llegamos así al centro del problema. Lo que se esboza actualmente en Polonia, es una situación de doble poder en el plano económico. Una parte del poder en las fábricas pertenece de hecho —digan lo que quieran los estatutos— a los Consejos elegidos por los obreros. Éstos, en la medida en que surjan conflictos o fricciones con la dirección, tenderán por fuerza a limitar el papel de aquélla o a colocarla bajo su control. Pero sobre todo, tenderán también a extender su poder fuera de los muros de la fábrica, porque su papel *en* la fábrica se convertirá en algo ilusorio si se limita *a* la fábrica. Por eso, a pesar de las directivas oficiales, tienden a federarse, vertical y horizontalmente, y, según E. Morin, «los activistas de los Con-

sejos piensan unánimemente que éstos perecerán asfixiados si siguen aislados y en estado experimental» (para la línea oficial, los Consejos son «experiencias interesantes»). Esta tendencia a la federación significa que los obreros quieren reemplazar por la actividad coordinadora viviente de los mismos productores, la coordinación exterior impuesta por el «plan» burocrático, que pretenden realizar un plan de producción que emana de los productores y no la subordinación de éstos a un plan definido por la burocracia. Por eso mismo, la existencia o la extensión del movimiento de los Consejos, en cuanto movimiento económico, plantea una serie de problemas políticos, que son precisamente los problemas políticos fundamentales, empezando por éste: ¿quién dirige la economía?

Por todo esto, los Consejos, a pesar de sus límites, poseen una dinámica revolucionaria. La burocracia del Partido y del Estado lo ha comprendido perfectamente, y por eso trata de limitar el movimiento todo lo que puede. Su objetivo es que el proceso se desenvuelva en sentido contrario: afirmar la autoridad de la dirección central de la economía, restablecer el poder del aparato de dirección de cada fábrica, aunque sea a costa de algunas concesiones a los Consejos, para mantener la paz. Su ideal sería convertir a los Consejos, bajo una u otra forma, en una pieza del mecanismo de dirección de las fábricas, con el fin de mantener a los obreros en calma y aumentar la productividad. Su ventaja en esta lucha es la de todos los que ocupan el poder: los Consejos sólo pueden derrotar a la burocracia en una lucha abierta, mientras que la burocracia puede reducir a los Consejos por el desgaste, el cansancio de la base y la corrupción de los dirigentes.

El enlace con el movimiento de los Consejos, la lucha por su extensión y su generalización, la aclaración de los problemas generales de gestión de la economía, la demostración práctica de la incapacidad de

la burocracia para planificar, son las primeras tareas de la izquierda revolucionaria polaca. Ésta no debe limitarse a aprobar el principio del movimiento; su porvenir dependerá de que encuentre formas de ligazón orgánicas con el movimiento de los Consejos de fábrica.

La revolución y el aparato del Partido burocrático

La gran enseñanza de la Comuna, que Marx formuló al día siguiente de su derrota, es que el proletariado en su revolución no puede utilizar para sus fines la máquina del Estado existente, que debe destruirla y sustituirla, en la medida en que un «Estado» siga siendo necesario, por su propio «Estado», que no lo es ya en el verdadero sentido de la palabra puesto que no es más que la «organización de las masas armadas».

¿Qué quiere decir esto en el caso de una revolución proletaria contra un régimen de capitalismo burocrático? ¿Qué significa, en las condiciones de dominio de la burocracia, «destruir el aparato del Estado»?

El rasgo determinante, desde el punto de vista político, de la sociedad burocrática es la *fusión de la clase dominante, de su partido, y del Estado*. El Partido «Comunista» no es para la burocracia rusa lo que el Partido Republicano, el conservador, o los «moderados e independientes» son para los capitalistas norteamericanos, ingleses o franceses. En cierto modo, el Partido «Comunista» *es* esa burocracia misma. Tampoco la relación del Partido con el Estado es la que existe en una democracia capitalista (aunque el totalitarismo nazi o fascista presentaban ya una relación análoga en una sociedad de capitalismo privado), donde, en cierto modo, el aparato estatal es independiente del gobierno, y sólo éste se encuentra en manos de los partidos. Ahí, la división entre parlamento, gobierno y administración corresponde a una realidad. Pero

en Rusia, el Partido no *está en* el poder, *es* el poder.

Naturalmente, clase burocrática y Partido, Estado y Partido, no coinciden íntegramente, y las diferencias y estratificaciones subsisten. Las posiciones de los burócratas en la jerarquía administrativa no coinciden forzosamente con sus posiciones en la jerarquía del Partido. Dirigentes «económicos», administradores, militares y «dirigentes políticos» forman capas que se diferencian entre sí de cierto modo, y pueden «competir» en cierta medida en torno al poder. Pero de estas diferencias y de esta competencia emerge el Partido, como organismo unificador supremo y fuente última de todo poder real.

En estas condiciones, «destruir el aparato del Estado» significa inmediata y directamente: *destruir el aparato del Partido burocrático.* Tarea que coincide a su vez con la expropiación de la clase dirigente. La revolución rusa deberá empezar por la destrucción del aparato del Partido, del Estado y de la gestión burocrática de la economía, que son esencialmente idénticos y están físicamente formados, con un margen de 10 % de diferencia, por las mismas personas.

Esto es lo que hizo la revolución húngara. La destrucción del aparato estatal y el del Partido fueron simultáneas, y la formación de los Consejos obreros, que es su contrapartida positiva, siguió prácticamente paso a paso a dicha destrucción. En el breve lapso de tiempo de que dispuso, la revolución húngara llegó muy lejos en ambas direcciones.

Los dos aspectos: destrucción de las instituciones del poder (Estado y Partido) y constitución de órganos nuevos (los Consejos), son inseparables. En la medida en que los antiguos centros de gestión y de coordinación de la vida social se hunden bajo los golpes de las masas, éstas tienden a reemplazarlos inmediatamente por otros nuevos —están casi *obligadas* a hacerlo— que ellas mismas modelan. A la inversa, en cuanto los nuevos organismos se constituyen, entran en conflicto con los aparatos de dominación

existentes. Y es, por lo tanto, «la misma» conciencia la que hace comprender que no hay nada que esperar de las antiguas instituciones y empuja a destruirlas, y la que incita a las masas a crear los instrumentos de su propio poder.

En Polonia, las cosas han pasado de otro modo. La crisis del régimen culminó en las «jornadas de octubre», y durante éstas, la movilización de las masas, la acción de la fracción izquierdista del Partido, la «media vuelta» de una parte importante del aparato burocrático, culminaron en un cambio de dirección y de orientación política, personificado por Gomulka. El partido sufrió profundas transformaciones que sería estúpido negar: destrucción de la ideología estalinista, libertad de expresión, cambio enorme en la mentalidad de la mayoría de sus militantes. La movilización de las masas fue también muy lejos: preparación a la lucha armada y constitución en algunos sitios de comités obreros, formación de órganos de enlace entre obreros y estudiantes. *Pero, el aparato del Partido siguió en su puesto, y los organismos de masa no se crearon.* También aquí fueron juntas ambas cosas. El Partido «reformado» se encargó de la «dirección de la democratización»; y los obreros no formaron los organismos de su propio poder. Para utilizar la terminología clásica, el octubre polaco fue una revolución, pero una revolución política, y no una revolución social. Si se quiere ver lo que significa una revolución política bajo el capitalismo burocrático, no hay más que mirar a las jornadas de octubre de 1956 en Varsovia (d).

El aparato del Partido y del Estado quedaron intactos; ese hecho determinó toda la evolución posterior. Desde sus primeros actos, Gomulka en el poder trató de conseguir un objetivo esencial: consolidar de nuevo la autoridad del Partido y del Estado. Esta consolidación, que se desenvuelve desde hace ya

casi seis meses, tiene su propia lógica, totalmente distinta de la de la revolución.

No ver eso desde el principio, creer y dejar creer que el Partido polaco hubiera podido seguir otro camino, era un error, una ilusión «reformista» sobre las instituciones burocráticas. Explicar las razones de este error puede ayudarnos a no volver a caer otra vez en él.

En Rusia, la clase burocrática está completamente formada y cristalizada, su separación del resto de la sociedad no puede ser más completa. En las «democracias populares», la sociedad evoluciona hacia el modelo ruso, y puede definirse ya como una sociedad capitalista burocrática; pero la cristalización de la capa dominante no está tan adelantada. Su subida al poder es mucho más reciente, su ruptura con las masas trabajadoras menos profunda; las enormes dificultades que encuentra para edificar una economía capitalista burocrática hacen no sólo que su régimen sea más vulnerable sino que su cohesión como clase sea también más frágil; la opresión «nacional» que sufren estos países por parte de Rusia tiende siempre a oponer, en el seno de la burocracia local, una corriente «titista» a una banda de «gauleiters», y al mismo tiempo suscita un acercamiento entre las capas inferiores de la burocracia y el resto de la nación explotada y oprimida. La composición del Partido «Comunista» refleja en general esa situación. La mayoría de sus adherentes actuales entraron en él después de la guerra, en muchos casos con la ilusión de ingresar en un partido revolucionario, pese a sus confusiones y deformaciones. Entre los más viejos, algunos no fueron nunca completamente estalinistas. La autodepuración de la burocracia no ha alcanzado la perfección del caso ruso; no hay que olvidar que Stalin mató o deportó a la décima parte de la población rusa para consolidar el poder de la burocracia. Por falta

de medios, los dirigentes de las «democracias populares» no consiguieron nunca ni imaginar algo parecido. Por último, el conjunto del sistema, mucho más inatacable que un Estado burgués mientras todo «funciona», es mucho más vulnerable ante un movimiento de masas en cuanto éste se desencadena, porque todas las instituciones, en teoría, «representan» a la clase obrera, y porque el mecanismo de la explotación aparece inmediatamente al descubierto, al menos para todos aquellos que viven bajo ese régimen.

En cuanto la movilización de la masa llega a cierto grado, la mayoría de los miembros del Partido pueden encontrarse del lado de la revolución, luchando con las armas en la mano *contra* el Estado y el partido del que formaban parte ellos mismos la víspera. ¿Pero qué es un Estado burocrático sin Partido «Comunista», y qué es un Partido «Comunista» sin sus militantes? Esta situación, casi inconcebible en una sociedad burguesa, se realizó en Hungría —y estuvo a punto de hacerlo en Polonia.

¿No podía pensarse entonces, que este Partido, cuya mayoría se situaba en el mismo terreno de las masas, al que éstas se acercaban de nuevo, en el seno del cual brotaban todas las críticas, se analizaban todas las ideas, podía, bajo la presión de las masas, cambiar de carácter, convertirse en un instrumento revolucionario? Esto es lo que pensamos, y éste fue nuestro error. La experiencia polaca demuestra que, aun en el caso más favorable que pueda imaginarse, el Partido burocrático sigue siendo el Partido burocrático. Al margen de la evolución que puedan sufrir sus militantes individualmente, su estructura, su programa, su mentalidad colectiva, la naturaleza de sus relaciones con el proletariado, en una palabra, su dinámica más profunda le llevan inevitablemente a frenar y a poner bajo su tutela el movimiento de las masas, a erigirse en centro supremo de dirección.

Aunque la inmensa mayoría de los militantes de los

actuales partidos estalinistas puedan ser recuperados para la revolución, no hay ni habrá nunca la menor posibilidad de que su organización, en cuanto tal, lo sea.

(a) En este volumen.

(b) Claude Lefort, «Retour de Pologne», «S. ou B.», 21 de marzo de 1957; recogido en *Elements...*, p. 221 y sigs.

(c) Recogido en E. Morin, *Introduction à une politique de l'homme,* Paris, Le Seuil, p. 141-152.

(d) Es interesante desenterrar lo que escribía en aquel momento E. Mandel (Germain) en la «Quatrième Internationale» n.º de diciembre de 1956, en un artículo titulado «la revolución política en Polonia y en Hungría» (síntoma compulsivo, el término «revolución política» aparece continuamente venga o no a cuento, en este artículo; su función es, claro está, disimular el verdadero contenido de la revolución húngara como revolución social): «...el poder del movimiento se ha hecho irresistible. La democracia socialista tiene aún unas cuantas batallas pendientes en Polonia. Pero la batalla principal, la que ha permitido a millones de proletariados *identificarse* (!) *de nuevo* (!) *con el Estado obrero* (!), ya ha sido ganada...» (p. 22). Y, más adelante: «La revolución política que está sacudiendo a Hungría desde hace un mes ha tenido un desarrollo más espasmódico y desigual que la revolución política en Polonia. No ha volado, como esta última, de victoria en victoria... Y eso porque, contrariamente a lo que ocurrió en Polonia, la revolución húngara ha sido una explosión elemental y espontánea. La sutil (!) acción recíproca entre los factores objetivos y subjetivos, entre la iniciativa de las masas y la construcción de una nueva dirección, entre la presión de abajo *y la cristalización de una fracción de oposición arriba, en la cumbre del Partido Comunista, influencia recíproca que ha hecho posible la victoria polaca,* no existió en Hungría.» (p. 23; el subrayado es mío). Pocas veces mostraron tan claramente los trotsquistas lo que de verdad son —y Dios sabe que lo han hecho muchas veces. Mendel veía como condición de la «victoria polaca» lo que ha sido precisamente una de las condiciones de la derrota —es decir, el hecho de que «una fracción de oposición arriba, en la cumbre del Partido Comunista» haya podido «influir» tan bien y tan sutilmente (el estilo es el hombre) en el movimiento de las masas, que al fin ha acabado por asfixiarlo silenciosamente. Y, lógicamente, lo que determinó al carácter radical de la revolución húngara: la pulverización del Partido Comunista, de arriba abajo, en pocos días,

es, a sus ojos, un síntoma de inferioridad. No es necesaria una interpretación demasiado «sutil» para descifrar en este pasaje la esencia del trotsquismo como fracción exilada de la burocracia: el movimiento de las masas tiene por función permitir que se manifieste «arriba, en la cumbre del Partido Comunista» una fracción de oposición, cuya victoria al fin permitiría la vuelta de los trotsquistas. No vale la pena añadir que les enviamos nuestros más ardientes deseos para que su proyecto se realice.

Sobre la degeneración de la revolución rusa *

No es posible comprender el proceso de degeneración de la revolución rusa si no se tiene una idea clara de la situación en la que ha *culminado* esa degeneración —dicho de otro modo, una idea clara de la estructura y de la naturaleza de clase de la sociedad rusa actual.

Una opinión aún muy extendida pretende que el régimen ruso presenta «defectos», «alejamientos», «distorsiones» en relación a la idea de una sociedad socialista que se tenía tradicionalmente, dentro del movimiento revolucionario, pero que, de todos modos, el régimen permanece esencialmente socialista en su estructura, que sigue representando un «Estado obrero» —degenerado, muy degenerado o monstruosamente degenerado, añadirá cada cual según su temperamento. Ese carácter «socialista» u «obrero» del Estado ruso proviene, según dicen, de la supresión de la propiedad privada, de la nacionalización de los principales medios de producción y de la planificación de la economía. Esa estructura, a los ojos de estos camaradas, no excluye distorsiones que expresan, precisamente, la degeneración, y en particular, la existencia de una capa social privilegiada y parásita (la burocracia rusa) —pero excluye por otra parte la existencia de clases sociales, en el auténtico sentido de la palabra, y la explotación de la sociedad por una clase dominante. La planificación efec-

* «L'Ecole émancipée», abril 1958.

tuada por la burocracia puede tener «defectos» y comportar un determinado derroche —pero permanece fundamentalmente sana e incomparablemente superior al mercado anárquico del capitalismo.

Los acontecimientos de Polonia y la revolución húngara de 1956 debieran haber reducido definitivamente a la nada esa concepción. Sometidos a un régimen idéntico en esencia al régimen ruso, los obreros húngaros han combatido hasta la muerte contra esa caricatura de socialismo, probando por medio de la crítica de las armas que se sentían sometidos a una explotación y a una opresión que sólo podía acabar con una revolución total, como única forma de extirparlas. Calificar esa revolución de «política», como algunos lo han hecho, queriendo dar a entender con ello que no se refería a la estructura de la sociedad, es jugar con las palabras. Los obreros húngaros defendían un programa cuyos puntos esenciales: gestión de las empresas por los trabajadores, abolición de las normas de trabajo, limitación extrema de la jerarquía de los ingresos, papel preponderante de los Consejos de trabajadores en todos los campos de la vida social, definen una sociedad diametralmente opuesta a la sociedad de las «democracias populares» o de Rusia; una sociedad en la que el poder sobre la producción y sobre el Estado pertenece efectivamente a los trabajadores organizados en los Consejos y no a la burocracia. Y no ha sido una casualidad que la burocracia rusa, sintiéndose amenazada de muerte por el ejemplo de esa revolución, interviniera dos veces consecutivas para ahogar en sangre la revolución socialista de los proletarios húngaros.

Pero hay gente que no renuncia fácilmente a sus ideas, por muy falsas que sean; o sea que esos hechos no nos dispensan de la obligación de resumir aquí las grandes líneas de un análisis de la estructura de la clase de la sociedad rusa, análisis que vale también para las «democracias populares».

La «nacionalización» y la «planificación» en sí mismas no son el socialismo, no suprimen las clases sociales, no suprimen la explotación. La nacionalización suprime la propiedad capitalista *privada,* tal como la conocemos tradicionalmente; excluye pues la existencia de una clase capitalista privada o de monopolios capitalistas como los que dominan a los países occidentales. Pero la nacionalización no da respuesta automática a esta pregunta: ¿quién domina, quién dirige, quién administra la economía «nacionalizada» —y quién, en definitiva, *se beneficia de ella*? Lo que determina la estructura de clase de una sociedad y la posibilidad de existencia de una clase explotadora no son las formas jurídicas de la propiedad, sino las relaciones reales de producción, el lugar determinado que tiene cada cual en la producción de la vida material. Entre una sociedad de pequeños propietarios, artesanos y granjeros libres y una sociedad capitalista, no hay diferencia en el régimen jurídico de la propiedad; la diferencia en su estructura de clase es la diferencia en las relaciones reales de producción, expresada por el hecho de que en el primer caso el productor *dispone* efectivamente de los medios de producción y dirige él mismo su trabajo, mientras que en el segundo caso, una clase social particular dispone de los medios de producción, dirige la producción efectiva, reduce a los productores a puros y simples ejecutantes, y de este modo puede apropiarse de una parte de la producción. No es una ley, sino un proceso de facto, lo que impide al proletario en la sociedad capitalista ser propietario de los medios de producción.

Así, no hay ninguna diferencia en la situación real de un obrero ruso o checo y la de un obrero francés o americano. En ambos casos, el obrero está reducido y limitado al papel de simple ejecutante. En ningún sentido el obrero ruso dispone, individual o colectivamente, de los medios de producción; en nin-

gún sentido se puede admitir que dirige el proceso de producción; en ningún sentido, participa en la gestión de la producción de su empresa, de la economía, del Estado o de la sociedad. Sus tareas en la fábrica están decididas, como en una fábrica francesa, por un aparato burocrático de dirección de la producción, formado por encargados técnicos y administradores económicos, aparato sobre el que no tiene ningún control y que otros han determinado, han orientado y dirigen. Este aparato sólo puede dirigir la producción desde el exterior, sin la menor participación de los trabajadores, imponiendo normas de trabajo que van progresivamente en aumento (los textos del XX Congreso del PCUS dan testimonio de ello); únicamente puede conseguir más trabajo de los obreros, por medio del incentivo de las primas, lo que demuestra de una manera definitiva que los obreros se sienten totalmente *ajenos* a la producción y se desinteresan de ella tanto o más que en Occidente.

De modo que existe una división radical de la sociedad entre una masa de trabajadores reducidos al papel de simples ejecutantes, y una categoría social, la burocracia, que domina el proceso de producción en cada empresa aplicando métodos esencialmente idénticos a los del aparato de dirección de las empresas capitalistas occidentales.

La burocracia dispone del trabajo de los productores en la empresa; dispone asimismo de los productos de ese trabajo a escala de la economía entera. El productor es expropiado de su actividad, ya que no la dirige ni individualmente ni colectivamente en la empresa en la que trabaja. Lo es asimismo de los frutos de su trabajo. Es la burocracia la que decide la repartición del producto social entre salarios obreros, sueldos burocráticos e inversiones. Es la burocracia la que decide dónde, cuándo, cómo, y para qué se construirá una nueva fábrica; qué máquinas serán empleadas para tal producción, a qué será destinado el producto.

Esa decisión no se toma, como en el capitalismo clásico, por «el juego ciego de las fuerzas del mercado», sino a través de la «planificación». Pero la planificación no tiene en sí nada de específicamente socialista; no es más que un medio de dirección de la economía, que será utilizado para tal fin o tal otro según sea una capa social con intereses determinados la que planifica o el conjunto de los trabajadores organizados. El contenido social de la planificación depende de *quien* hace la planificación —lo que implica la respuesta a la pregunta: *¿en provecho de quién se hace*?

El hecho de que sea la burocracia la que dirige soberanamente la planificación no ha sido discutido jamás, ni por los estalinistas. Simplemente se ha pretendido que la burocracia planificada en representación de los intereses de la población —y que su planificación se justificaba por su eficacia. Pero la idea de que la burocracia planifica según los intereses de la población no tiene sentido, desde el punto de vista sociológico. Hablando con precisión, es una idea que no convence ni a un niño. Como la burguesía, aunque bajo una forma distinta, asegura un desarrollo general de la producción, en el seno del cual privan sus intereses. Dada la repartición de los ingresos en Rusia, ese último resultado es casi automático. La petición de un burócrata, que desea una casa, un coche, una nevera, es «efectiva» o solvente, ya que puede pagar. La del obrero, buscando dos metros cuadrados suplementarios de espacio habitable o una bicicleta, no lo es, o en todo caso, lo es mucho menos. De manera que se fabricarán coches o neveras mucho antes de que sean colmadas las necesidades elementales de las masas de la población.

En cuanto a la eficacia de la planificación burocrática, es, hablando claro, un mito. Si la burocracia suprime el derroche de las crisis periódicas, introduce otro absolutamente comparable. Los textos húngaros o polacos publicados desde hace dos años —así como

los del XX Congreso, aunque, naturalmente, bajo una forma velada— constituyen una terrible requisitoria contra la incapacidad de la burocracia, su incuria, el impresionante gasto y derroche que inflinge, por medio de su gestión, a la economía. Esto no es ni un «accidente», ni un problema de personal: es todo el sistema lo que se discute, es la incapacidad constitucional de una capa de explotadores separados de la producción, persiguiendo sus propios intereses en una lucha permanente de bandas y de clanes que se destrozan entre sí, es la incapacidad, en definitiva, de dirigir de una manera racional la producción. «Únicamente las masas», decía Lenin, «pueden verdaderamente planificar, pues son las únicas que están en todas partes a la vez»— y, podemos añadir, porque son las únicas que no tratarán de imponer intereses particulares.

Un análisis marxista pone de manifiesto, en la sociedad rusa actual, una sociedad de clase y de explotación en la que la situación del proletariado es fundamentalmente idéntica a la que tiene bajo el capitalismo privado, mientras que la clase dominante y explotadora ya no está formada por patronos privados, sino por una burocracia que comprende a los dirigentes de las empresas, de la economía, del Ejército, del Estado, y de la cultura. Esa burocracia no es solamente una capa privilegiada en cuanto a los ingresos; constituye claramente una clase que, como tal, (arropada por la «nacionalización») se apropia de los medios de producción y los utiliza a su antojo. El burócrata individual no puede estar seguro de la estabilidad de su posición en el seno de la clase dominante hasta el punto en que lo está el capitalista privado —aunque el régimen tienda progresivamente a garantizar las situaciones individuales y su transmisión hereditaria (el hijo de burócrata puede tener la seguridad de ser burócrata en el futuro) y es ése uno de los sentidos de la «desestalinización». Pero la burocracia

como colectividad es, mientras no haya una revolución, tan inamovible como la burguesía. Treinta años de experiencia, y la revolución húngara, lo hacen bien patente.

¿Cómo ha llegado la sociedad rusa a este punto? ¿Cómo la revolución de octubre de 1917, que indiscutiblemente apuntaba a la instauración de un régimen socialista, se ha apartado gradualmente de sus objetivos para producir en última instancia el resultado contrario?

No se trata aquí de describir, ni de tan sólo resumir, la evolución real que ha llevado, desde los 1920-1930, a la cristalización de la burocracia como capa dominante incontrolada e inamovible. Las obras de Trotski, Victor Serge, Souvarine, Ciliga y tantos otros demuestran claramente el proceso por el que los burócratas del Partido, del Estado y de la economía han conseguido poco a poco su unificación, a la vez que han conseguido concentrar todo el poder en sus manos. Pero la discusión importante es la que intenta responder a esta pregunta: ¿Qué condiciones han permitido, primero que se formara esa burocracia, y luego que se hiciera con el poder total?

La respuesta clásica fue formulada por Trotski: para él, en suma, la aparición de la burocracia es un «accidente» histórico —de ahí que siempre se negara a reconocerle el estatuto de una clase social— accidente debido a las circunstancias concretas en las que se ha desarrollado la revolución rusa: el atraso económico de Rusia, por una parte, y por otra el aislamiento de la revolución, hicieron que el proletariado ruso, numéricamente débil, ahogado en una enorme masa de campesinos, no podía asumir por métodos socialistas la construcción y el desarrollo de la economía rusa. Diezmado por la guerra civil, desanimado por el fracaso de las revoluciones europeas, se ha retirado poco a poco de la escena política, dejando al Par-

tido y a la fracción burocrática del mismo, la dirección de los asuntos. El resto ha funcionado con una lógica irreversible. En una economía de pobreza y de penuria, la lucha de todos contra todos para el acaparamiento de los bienes de consumo invitaba a todos aquellos que disponían de la más mínima parcela de poder a utilizarlo en su propio interés, y por lo tanto a aferrarse a ese poder como el único medio disponible para la satisfacción de sus necesidades.

Es indiscutible la exactitud de esa descripción de Trotski, en tanto que descripción concreta. En efecto, las cosas se desarrollaron de este modo. Pero la crítica que puede hacérsele es infinitamente más grave, ya que puede decirse que, finalmente, el sentido del proceso que describe, se le escapa. Este análisis, en primer lugar, no nos explica nada, no nos sirve prácticamente para nada. ¿Qué conclusión práctica puede deducirse? Si la degeneración de la revolución rusa y la constitución de la burocracia se deben a accidentes, ¿qué puede hacerse sino desear que esos accidentes no vuelvan a repetirse? Si la degeneración es debida al atraso y al aislamiento, ¿qué podemos hacer nosotros, qué pueden hacer los obreros, excepto decirse que es de esperar que la próxima revolución estallará en un país avanzado y se extenderá rápidamente?

Pero, realmente, ¿fueron accidentes? En absoluto. Lo que en la actualidad es vital para el movimiento revolucionario es reconocer que la burocracia no es un accidente, sino todo lo contrario, es el producto orgánico del desarrollo del capitalismo y de la concentración de la producción. Ni la gran empresa puede ser ni es ya dirigida por un «patrón privado», sino por un aparato burocrático de dirección, ni la economía de una nación moderna está regida simplemente por las «leyes del mercado»: lo es cada vez más por una burocracia a través del Estado. La supresión de los patronos privados por medio de una revo-

lución proletaria no da una respuesta automática a esta pregunta: ¿quién dirigirá ahora la economía; los productores organizados o una nueva burocracia? En ese sentido, la experiencia de la degeneración de la revolución rusa, favorecida sin duda por factores específicos, tiene un alcance absolutamente universal. Hal que armar a los trabajadores y a los militantes con la conciencia de este hecho: toda revolución socialista corre el riesgo de una degeneración burocrática, contra la que no existen «garantías objetivas» incorporadas en un determinado grado de desarrollo económico o de extensión internacional: la única garantía se encuentra en la conciencia de las masas en lucha, en la conciencia del problema de la burocracia, precisamente.

Ya que, en efecto, y éste es el segundo error de Trotski, ¿en qué sentido puede decirse que el «atraso» y el «aislamiento» son accidentes o circunstancias particulares que no se reproducirán en el futuro? La verdad es, al contrario, que *toda revolución tiene lugar en un estado de «atraso»* y que *toda revolución empieza como revolución aislada.*

Si mañana se produjera una revolución socialista en un país «desarrollado» —en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos— ¿quién se atrevería a afirmar que queda excluida cualquier posibilidad de degeneración burocrática? Ya que, en definitiva, ¿qué significa el concepto de atraso y por qué se introduce en esa discusión? El argumento de Trotsky dice, en substancia: durante el tiempo en que la producción no pueda satisfacer todas las necesidades, se desarrollará una lucha de todos contra todos para el acaparamiento de los bienes, acaparamiento que conduce a una escisión de la sociedad entre explotadores y explotados. Pero esa situación persistirá tanto tiempo como persista el capitalismo. Nunca la economía capitalista llegará por sí misma a un estado de abundancia que suprima o *atenúe* ese conflicto. La lucha de todos contra todos es *más fuerte* en Francia o en

los Estados Unidos que en un pueblecito africano. Y es porque el capitalismo, no sólo desarrolla la producción, desarrolla paralelamente las necesidades, e, incapaz de dar otra satisfacción a los individuos, desarrolla hasta el límite una mentalidad adquisitiva que hace que, para el americano o el francés actual, la posesión de un automóvil o una nevera les parezca mucho más vital que para el habitante de un país «atrasado» la satisfacción de necesidades mucho más elementales. No existe un desarrollo económico automático que consiga un país «maduro» para el socialismo, y únicamente un loco se atrevería a determinar el nivel de la renta por habitante más acá del cual la degeneración de una revolución es fatal, y más allá resulta imposible.

Eso no significa que la instauración del socialismo sea posible en cualquier parte y en cualquier momento —ni que sea independiente del desarrollo económico. Pero el criterio decisivo reside en otra parte: no es la penuria más o menos importante de los bienes de consumo. Estrictamente hablando, esa penuria es en todas partes *la misma,* ya que no existe un *standard* absoluto de satisfacción de las necesidades: cada país posee la producción de sus necesidades y las necesidades de su producción, y en el tipo de sociedad actual, la distancia es en todas partes «la misma». El criterio decisivo es *la existencia de un proletariado* capaz de tener una conciencia socialista, de traducirla en su organización, de asociar democráticamente a la empresa socialista a las demás capas sociales explotadas. Si se trata de un país «evolucionado», el proletariado tendrá la ventaja de su importancia numérica, pero si se trata de un país «atrasado». tendrá la ventaja de poder aliarse con otras capas sociales explotadas y radicalizadas precisamente por la estructura atrasada del régimen —como el campesino ruso en 1917.

Un razonamiento análogo se aplica al problema del *aislamiento* de una revolución. Hay quien sostiene que

una revolución victoriosa en Alemania en 1919 o en 1923 lo habría cambiado todo. ¡Triste análisis el que acaba en jeremiadas! Pero, ¿quién se atrevería a sostener que en la Alemania de 1919 no se hubiera planteado el problema de la burocratización? Y, ¿puede buscarse la solución en la extensión continua de la revolución hasta que cubra el planeta? Pero el sentido de esa extensión depende de lo que ocurre *en cada etapa*. Si la revolución, que necesariamente *empieza en alguna parte*, degenera allí donde ha empezado, ¿cómo no darse cuenta de que este mismo hecho, o impedirá la extensión de la revolución (como lo demostró perfectamente Trotsky respecto a la Alemania de 1923 y a la China de 1925-27), o llevará únicamente a la extensión de un régimen burocrático (como ocurrió después de 1945 en las «democracias populares»)?

¿Y cómo no ver que las dos ideas del atraso y del aislamiento se rechazan recíprocamente? Si en la actualidad una revolución cubriera toda la tierra, ¿no nos damos cuenta de que se encontraría ante el terrible problema del atraso, ya que las cuatro quintas partes de la población mundial viven en un estado *más atrasado* que el de la Rusia de 1917 con una renta per cápita treinta veces inferior a la de los Estados Unidos? Los problemas que se desprenden de esta situación serían tan difíciles —no decimos *insolubles*— como los que debería afrontar por ejemplo una revolución aislada en Francia.

Una vez más, el criterio decisivo es la existencia de un proletariado capaz de elevarse a una conciencia socialista y de organizarse en consecuencia. Ese proletariado indiscutiblemente existió en Rusia en 1917, como lo prueba el hecho de la propia revolución, y la discusión importante es la que concierne a los problemas, las dificultades y los límites internos y externos con los que su acción se ha encontrado.

Si se sitúa la discusión en ese terreno, el más im-

portante y el único fecundo, aparecen entonces los verdaderos problemas. El proletariado ruso y en un grado menor, las demás capas trabajadoras de la población, abordan la revolución de 1917 y actúan, a lo largo de los años que la siguieron, de una manera contradictoria. Por un lado, las masas se organizan de una manera autónoma en los Soviets, instituciones que expresan el poder de la población y cuyo sentido y dinámica tienden a destruir el antiguo Estado burocrático y sustituirlo por un «Estado» que no se distinga de las masas organizadas. Al mismo tiempo, y más particularmente, los obreros se organizan en Comités de fábrica, que tienden no sólo a expropiar a los capitalistas, sino que reclaman explícitamente la *gestión* de producción. Por otra parte, las masas confían, cada vez más, en el partido bolchevique, en el programa del cual reconocen sus aspiraciones y con el que el proletariado se identifica casi físicamente en 1917-1921. De este modo se desarrolla una situación ambigua, en la que bajo la consigna «Todo el poder para los Soviets» es, de hecho, el partido bolchevique el que toma el poder, y en la que puede creerse durante un tiempo determinado que las dos cosas se identifican —es lo que contesta con altivo desprecio Lenin a los izquierdistas en *La enfermedad infantil...*— pero en la que finalmente se descubre que los Soviets no son más que simples apéndices del poder del Partido, en el seno del cual se toman todas las decisiones importantes (es lo que ocurre prácticamente desde 1919).

El propio Partido es una contradicción. Por un lado es un partido marxista, comunista, que tiene los mejores elementos del proletariado ruso, intransigente e indómito. Por el otro, en el plano político, programático e ideológico, está totalmente desarmado y cogido por sorpresa. No existe mito más falso que el de que se han alimentado las generaciones de jóvenes militantes desde 1917 concerniente a la claridad y a la rectitud de la estrategia y de la táctica del Partido bolchevique durante la revolución de 1917. El Partido

aborda la revolución después de haber sido educado durante años con la idea de que la revolución rusa sería «burguesa-democrática» y no socialista, que tendría que dirigir, en cooperación con el campesinado, la abolición del absolutismo zarista, la solución del problema agrario y la introducción de la jornada de ocho horas. Jamás estuvo preparado, jamás pensó en una revolución socialista. Cuando, en abril de 1917, efectúa, bajo el impulso de Lenin, su famoso «rearme», y sobrepasa la idea de la «revolución burguesa-democrática», no da ningún contenido socialista concreto a su programa. No sólo debe ser abolido el zarismo, también el poder de la burguesía debe ser suprimido, pero ¿para qué? En el plano político, la respuesta es el poder de los Soviets. Pero, ¿y en el plano económico? El Partido no tiene ningún programa; hay que recordar que en principio está en *contra* de la expropiación de los capitalistas, salvo en casos excepcionales. El programa de Lenin en *La catástrofe inminente*... prevé un consorcio obligatorio de los sectores más importantes de la producción, bajo el control del Estado. De hecho Lenin cree que Rusia no está «madura» para la introducción del socialismo y considera que sería «un gran paso adelante» si consiguiera introducir lo que él llama el «capitalismo de Estado» de la Alemania de la época, combinado con el poder soviético. Al principio, se piensa que de este modo los capitalistas podrán seguir dirigiendo la producción, sometidos al «control obrero». ¿Pero cómo es posible que las relaciones económicas permanezcan esencialmente capitalistas, si el Estado expresa realmente el poder de los trabajadores?

La concepción del propio Estado no es menos contradictoria. En 1917 Lenin escribe *El Estado y la revolución*, en donde la concepción de la supresión del Estado separado del pueblo y de su sustitución por organismos de masa se expresa con la violenta intransigencia que le es propia. Ni una vez, en ese texto, nos encontramos con el concepto de *partido* en rela-

ción con el problema del poder. Pero al mismo tiempo tiene lugar la insurrección de Octubre —e impide que Lenin acabe su libro— que da el poder a los Soviets, *y de hecho al partido*. La dictadura del proletariado es la dictadura de los organismos de masa del proletariado, en el seno de los cuales pueden afrontarse concepciones y organizaciones diferentes —¿o es la dictadura de un partido que es por definición, haga lo que haga y piense lo que piense el proletariado de él, partido del proletariado y se hace plebiscitar como puede por los organismos de masa? Durante un cierto tiempo puede negarse que exista un problema de este tipo. Pero en 1920 estallan huelgas en Petrogrado —y en 1921 el Partido ahoga en sangre la insurrección de Cronstadt y a su Soviet. La contradicción queda resuelta —la dictadura del proletariado no es sino la dictadura del partido.

Y ese partido, ¿qué es? Marxista, comunista en un sentido, por supuesto, ya lo dijimos antes. Pero al mismo tiempo fundado en la idea de que posee por definición la verdad, ya que la ideología socialista es su patrimonio, y en que la masa sólo puede, por sí misma, llegar como mucho hasta un trade-unionismo [1]. A esa ideología, naturalmente autoritaria, corresponde una estructura igualmente autoritaria y la constitución, mucho antes de la revolución, de una capa de hombres del aparato, los que Trotski en su *Stalin* denomina «hombres de comité», convencidos de su importancia, acostumbrados a solucionar ellos mismos todos los problemas y a considerar a las masas como algo que existe para ejecutar sus consignas.

Entretanto las masas, al tiempo que confían en el Partido, intentan realizar por sí mismas ese programa socialista que el Partido no posee. Contra las consignas del Partido, los obreros expropian casi en todas partes, de 1917 a 1918, a los capitalistas; el Partido reconoce al fin ese estado por medio de los decretos

1. Lenin, *¿Qué hacer?*

de nacionalización de las empresas. Los Comités de fábrica reclaman la gestión de la producción y la llevan a cabo en varios lugares. El Partido contempla esas tentativas con desconfianza, intenta instaurar un aparato de dirección de empresas responsable únicamente ante el poder central, es decir, ante el propio Partido. Así como en la constitución y dirección del Ejército Rojo, quiere sobre todo soluciones «eficaces» —y sólo reconoce como eficaces las soluciones conocidas, o sea de tipo capitalista: dirigentes de la producción nombrados desde arriba, o cuerpos profesionales de oficiales. Esas soluciones tradicionales fueron efectivamente de hecho, eficaces: tan eficaces, que las cosas volvieron a su estado tradicional. Lo que subsiste de los intentos de gestión es arrastrado por el huracán de la guerra civil. Acabada ésta, ya no es posible volver atrás. Los Soviets están completamente dominados y domesticados por el Partido, y el propio Partido ya no tiene nada que ver con el proletariado o muy poco. En 1923, escribe Víctor Serge, «el Partido contaba con 350.000 miembros: 50.000 obreros y 300.000 funcionarios. Ya no era un partido obrero, sino un partido de obreros convertidos en funcionarios».

Finalmente, la cuestión de la degeneración de la revolución rusa es efectivamente en el fondo una cuestión de *madurez* —pero de una madurez muy distinta de la que pensamos normalmente. Se trata del problema de la madurez de la conciencia revolucionaria de de las masas y de la vanguardia organizada, madurez que concierne tanto al problema del socialismo como al de las relaciones entre la masa y la organización. Los trabajadores rusos apuntaban a la instauración de una sociedad socialista, como dan fe de ello no sólo la expropiación de los capitalistas, sino, sobre todo, su organización en Soviets y Comités de fábrica y sus tentativas de apropiarse de la gestión de la producción. En relación a esa conciencia socialista de las masas, el Partido de vanguardia estaba indiscutiblemente

atrasado; y lo estaba todavía más en relación a esa otra idea que al fin lo domina todo, la idea de que la construcción del socialismo sólo puede ser la obra de las propias masas. Pero en este punto las propias masas no tenían una conciencia muy clara; creían que era posible delegar su poder, su decisión, su iniciativa al Partido, en el que, hay que reconocerlo, una gran cantidad de hechos les incitaban a confiar.

Ese análisis nos permite comprender, no sólo la degeneración de la revolución rusa, sino incluso los fenómenos esenciales de la sociedad que nos rodea en actualidad: nos permite precisar las nociones del programa socialista, y situar en el centro del mismo la idea de la *gestión obrera* de la producción y de la sociedad; nos hace ver que, si una organización revolucionaria permanece indispensable, sus relaciones con las masas trabajadoras, deben ser resituadas sobre una nueva base y que, en ningún caso, esa organización debe buscar el poder para sí misma. Demuestra al fin que, lejos de «pudrirse» como creía Trotski, las condiciones de una revolución socialista siguen desarrollándose, ya que el proletariado no cesa de crecer en número, y está situado por la evolución del capitalismo, privado o burocrático, y por su propia actividad política, ante el problema de la burocracia y del contenido real del socialismo, de manera que se ve forzado a tomar conciencia de él, cosa que era literalmente imposible en 1917. Son testigos de esa madurez, una vez más, la revolución de los obreros húngaros y su programa.

Concepciones y programa de «Socialisme ou Barbarie» *

El primer número de «Socialisme ou Barbarie» apareció en marzo de 1949. Desde entonces, nuestro objetivo y nuestro programa han seguido siendo los mismos y nos parece útil definirlos escuetamente al comienzo de ese texto: nuestro objetivo es la construcción de una organización revolucionaria a escala internacional, cuyo programa será el poder directo de los trabajadores, o dicho de otro modo, la gestión de la producción por los propios trabajadores, así como de la economía y de la vida social en general.

Estaba claro en 1949, y lo sigue estando en la actualidad, que la construcción de una nueva organización revolucionaria es imposible sin una reconstrucción extensa y profunda de la *teoría* revolucionaria. Sin *desarrollo* de la teoría revolucionaria, escribíamos en nuestro primer número, no hay desarrollo de la acción revolucionaria. Ese desarrollo, a su vez, nunca lo hemos concebido como el simple perfeccionamiento o enriquecimiento de un sistema esencialmente establecido. El trastorno y cambio continuos de la realidad social que caracteriza la época capitalista debe encontrar su corolario en una revolución permanente en el seno de la propia teoría revolucionaria. De otro modo, esa teoría se transforma gradualmente en dogma, frena mucho más que ayuda a la lucha revolucionaria

* Publicado en «Etudes» (Bruselas), n.º 6, octubre de 1960. Reproducido aquí según el manuscrito original, que había sido comprimido en «Etudes».

y se convierte en una de las formas de dominio del pasado sobre el presente que expresan la alienación del hombre bajo el capitalismo. Nos permitimos añadir que, si comprendemos la evolución y el contexto que han llevado a un gran número de compañeros, rompiendo con el estalinismo, a proclamarse, en estos últimos años, «revisionistas» o a aceptar ese adjetivo, para nosotros esa denominación es falsa y traduce una ruptura *incompleta* con el estalinismo porque dice demasiado a la vez que demasiado poco. Demasiado porque un revolucionario no necesita proclamar su derecho a revisar como «un derecho aparte» [1]; demasiado poco porque un revolucionario es, constantemente, algo más que un «revisionista»: es un revolucionario respecto de sus propias concepciones, que jamás podrán ser para él verdaderas por el mero hecho de que *lo fueron.*

La cuestión rusa y sus implicaciones

Es imposible reflexionar claramente sobre los problemas actuales del movimiento revolucionario, si no tomamos claramente partido sobre la cuestión del estalinismo, considerado, no como el poder personal de Stalin, ni como una fase pasajera en la evolución de la sociedad rusa y los partidos comunistas, sino como la expresión más típica del dominio de una burocracia «obrera», que sobrevivió y sigue sobreviviendo en sus aspectos más puros, a la muerte de Stalin. Ya que la cuestión del estalinismo es la cuestión central con la que se enfrenta inmediatamente cualquier reflexión sobre la experiencia del movimiento obrero durante el último medio siglo, y concretamente toda

1. Es imposible no constatar que, para cierto número de intelectuales occidentales desorientados, la reivindicación del derecho de revisar, convertido en un fin en sí, tiende a cubrir la ausencia de revisión y sobre todo de nuevas posturas precisas y coherentes; y acaba convirtiéndose en una actitud de irresponsabilidad.

reflexión sobre la inmensa experiencia de la revolución rusa —la única revolución obrera victoriosa en nuestros días— y sobre su degeneración.

Desde el principio, consideramos que la «cuestión rusa» era la piedra de toque de los problemas teóricos y prácticos de la economía actual. La experiencia, de casi ya quince años, nos confirmó totalmente esa idea. Nadie entre los trotsquistas, o esa parte de los «revisionistas» que se niega a tomar claramente partido sobre la naturaleza de la sociedad rusa, creemos que consiga pensar claramente incluso sobre problemas que en apariencia están muy alejados de éste. Ya que éste es el punto en el que coinciden todos los interrogantes, donde estalla toda la problemática del movimiento revolucionario contemporáneo.

El actual régimen de Rusia —y de los países del Este de Europa y de China— ¿es socialista, tan «deformado» o «degenerado» como se quiera? Si es así, entonces hay que echar definitivamente por la borda todas las concepciones que, desde hace más de un siglo, han unido a la transformación socialista una modificación radical del destino del hombre en la sociedad: la superación de la explotación y de la alienación, el poder de las masas, el derrumbamiento de los valores capitalistas. Hay que decir, francamente, que el «socialismo» es el desarrollo acelerado de la producción —de una producción que permanece capitalista en sus técnicas, en sus métodos, en el lugar en que sitúa al hombre en el curso del trabajo, en los objetos que produce— bajo la dictadura totalitaria de una burocracia privilegiada; lo que viene a decir que el socialismo no es más que un *capitalismo condensado*[2]. Al mismo tiempo hay que abandonar cualquier crítica del capitalismo salvo ésta: que no desarrolla

2. La ideología de la producción, la subordinación de toda la orientación de la sociedad al aumento de la producción —*aunque* ésta se proclame como un «medio» para aumentar el consumo o el tiempo libre— es la típica ideología capitalista. En su propia organización material, la producción es capi-

lo bastante deprisa la producción —dicho de otro modo, que no es lo bastante capitalista. Por último hay que calificar de utópico todo el contenido humanista tanto del marxismo como de las revoluciones obreras, y abandonar a un futuro indefinido cualquier esperanza de modificación del destino de los hombres.

Si esas conclusiones parecen inaceptables, nos vemos obligados a definir la naturaleza sociológica e histórica de ese régimen, y al mismo tiempo, a decir qué es lo que entendemos positivamente por socialismo. Finalmente, hay que responder a esa pregunta: ¿por qué y cómo la revolución de Octubre de 1917 llevó a la burocracia al poder? ¿La degeneración de la revolución rusa es, a escala de la historia, una especie de accidente, como afirman, o casi, los trosquistas, haciendo así imposible cualquier concepción coherente de la historia? ¿No será, puestos al otro extremo, una fatalidad, como escribe Merleau-Ponty [3] y como afirma ahora Sartre al tiempo que se descubre marxista [4]?

talista. La estructura de clase de la sociedad, la repartición de los ingresos e incluso los valores últimos de la sociedad están encarnados en la producción. Los objetos producidos no son «neutros», no materializan valores económicos suprahistóricos; llevan la marca de la cultura que los ha engendrado, concretamente en la actualidad, la marca de la cultura capitalista. Hace falta una buena dosis de cretinismo burgués para ver en el aumento de la producción de automóviles, por ejemplo, «un progreso en sí».

3. «La democracia directa, "el dictado propulsado de abajo arriba"... es un concepto político pomposo con el que se viste al Apocalipsis... Como el "poder del proletariado" es un problema que se presenta como solución, una pregunta que se da como respuesta, un sobrepasar la historia con una idea...» «existe pues, al mismo tiempo que un progreso histórico, una postración, una merma, una inmovilidad de lo histórico y, al tiempo que una revolución permanente, existe una decadencia permanente que alcanza a la clase dirigente en la medida en que dirige y dura...» *Les aventures de la dialectique* (1955) pp. 292, 295 y, en general, todo el «Epílogo» (pp. 273 y ss.).

4. «...la razón que hace que la dictadura del proletariado

La única tentativa de respuesta coherente a esas preguntas fue, como se sabe, la de Trotski. La degeneración de la revolución rusa, para él, era el resultado combinado del aislamiento de la revolución rusa y del estado atrasado del país. Producto de esa degeneración, la burocracia era una capa parásita, sin un «papel histórico» propio y sin estabilidad, ya que estaba desgarrada por la contradicción entre sus intereses de capa privilegiada —que le llevarían a una restauración del capitalismo— y el fundamento de su existencia, que era, de hecho, «las conquistas de Octubre», es decir la nacionalización y la planificación de la economía. Mientras esas «bases socialistas» no se suprimían, el Estado ruso permanecía como un «Estado obrero degenerado», la tarea de los revolucionarios de todos los países era defenderlo de los ataques del capitalismo mientras que, en Rusia, bastaba con una «revolución política» para resituar a la sociedad en el camino del desarrollo socialista; efectivamente las «relaciones de producción», que determinan la naturaleza de clase de una sociedad, permanecían socialistas, ya que *la propiedad había sido nacionalizada y la producción planificada*. De todos modos, la burocracia, esa excrecencia monstruosa de la revolución, era un fenómeno histórico episódico, era imposible que Rusia escapara a la alternativa histórica: vuelta al capitalismo o avance hacia el socialismo (liberado de la burocracia). El pronóstico histórico de Trotski era firme y categórico, y tuvo la honradez intelectual de proclamar que lo que valía su concepción se vería en los hechos, en la Segunda Guerra mundial [5]: producto del aislamiento de la revolución

---

no haya aparecido aún (como ejercicio real del poder por la totalización de la clase obrera) estriba en que la propia idea es absurda...» *Critique de la raison dialectique* (1960) p. 630.

5. *In defense of Marxism*, p. 9 y otras, y en varios artículos del período 1939-40. No podríamos decir lo mismo de los que hoy se proclaman sus partidarios y jamás intentaron explicar seriamente cómo la concepción trotsquista tradicional

en un solo país, la burocracia, formación histórica aberrante, no lograría superar la prueba de la guerra. El vencedor, ya fuera el capitalismo o el proletariado, la liquidaría. Por razones análogas, los partidos estalinistas romperían sus relaciones con Moscú y se convertirían en simples organizaciones social-patriotas, al servicio de su burguesía nacional.

Es útil recordar esta concepción de Trotski ya que todavía se utiliza en la actualidad, tanto por los comentaristas profesionales de los asuntos soviéticos, como Isaac Deutscher —que, por cierto, la simplifican bastante— como por las organizaciones o tendencias de izquierda que no se resignan a una ruptura radical con los partidos comunistas y los «países socialistas».

El fin de la guerra y la evolución, durante los años siguientes, no sólo aportaron el mentís más categórico al pronóstico de Trotski, sino que incluso llegaron a pulverizar los conceptos básicos de su teoría. La burocracia rusa salía enormemente reforzada de la prueba de la guerra; si su régimen, igual a cualquier otro régimen de clase, contenía contradicciones, no tenía la más mínima relación con el castillo de naipes que describía Trotski. El «aislamiento» estaba roto por la burocracia que extendía su poder hacia la mitad de Europa y sobre China, e instauraba en esos países regímenes análogos al régimen ruso, que evidentemente, era ridículo calificar de «Estados obreros degenerados». La idea de que la «nacionalización» y la «planificación» sólo podían ser el resultado de una revolución del proletariado y, en consecuencia, bastaban para trazar la línea de demarcación entre un régimen capitalista y un «Estado obrero» era reducida de este modo a la nada —o entonces había que

---

de la burocracia podía conciliarse con la supervivencia y la enorme extensión geográfica del régimen burocrático, y con el surgimiento de «Estados obreros» que han «degenerado»... sin haber sido jamás obreros.

admitir que el socialismo podía ser instaurado por la acción de la burocracia, que el proletariado sólo podía desempeñar el papel de infantería y de mano de obra pasiva, y que cualquier recriminación concerniente a su destino durante esa «edificación del socialismo» no era más que palabrería moral-sentimental. Aislamiento y atraso, incluso si habían desempeñado un papel —papel que ahora es importante examinar— en los orígenes de la formación de la burocracia, ya no podían explicar su existencia permanente, ya que ésta resultaba compatible tanto con la extensión del régimen sobre un tercio de la población mundial, como con un desarrollo industrial que rivalizaba con el de los países capitalistas.

De modo que había que volver a examinarlo todo de nuevo, y en primer lugar la naturaleza de clase del régimen ruso. Un nuevo análisis del concepto de la «nacionalización de los medios de producción» permitía demostrar que esa nacionalización no abolía en absoluto la *estructura* de clase de las relaciones de producción. El error de Trotski había sido confundir las *formas jurídicas de propiedad* con *el contenido social y económico efectivo de las relaciones de producción*[6]. Son las relaciones concretas que

6. Véase para esa cuestión y, más en general, sobre el análisis de la economía y de la sociedad rusas: RPR, y «La explotación del campesinado bajo el capitalismo burocrático», Vol. I, p. 243 y ss. — Sobre las contradicciones internas de la economía burocrática, véase *RPR*, en el presente volumen — Sobre la «desestalinización», sus fuerzas motrices y sus perspectivas, véase Claude Lefort «El totalitarismo sin Stalin — la URSS en una nueva fase», «S. ou B.», n.º 19 (julio de 1956) trad. esp. *op. cit.*; R. Maille, «Las nuevas reformas de Jrushov», *ib.*, n.º 22 (julio de 1957). — Sobre los otros países burocráticos además de Rusia véase «La burocracia yugoeslava», en el presente volumen; Hugo Bell, «El estalinismo en la Alemania oriental», «S. ou B.», n.º 7 (agosto de 1950) y 8 (enero de 1951); P. Brune, «La lucha de clases en la China burocrática», *Ib.*, n.º 24 (mayo de 1958); «La China a la hora de la perfección totalitaria», *ib.*, n.º 29 (diciembre de 1959). — Sobre los acontecimientos de 1953 y 1956 en Alemania Orien-

se instituyen entre individuos y grupos en el seno
gracias a la producción las que traducen la estru
tura real de una sociedad; las formas de propied
son su expresión adecuada en determinados aspect
mistificada en otras. Así como no podemos contenta
nos con aceptar sin más las cláusulas de una Co
titución burguesa que proclama la «igualdad de
ciudanos», la «soberanía del pueblo», etc. y prescin
de un análisis de los mecanismos económicos, soc
les y políticos que llenan de contenido esas form
—análisis que demuestra el carácter ilusorio de
«igualdad», «soberanía», etc.—, del mismo modo
podemos limitarnos a decir, en el caso de Rusia o
otros países del Este: la propiedad pertenece a la «
ción», sin intentar descubrir qué grupo o catego
social desempeñan efectivamente el papel de esa «
ción», cuál es el depositario *de hecho* del poder e
nómico, por lo que *dispone* en consecuencia de
medios de producción y del producto social.

La categoría social que desempeña ese papel
Rusia hace ya tiempo que ha sido identificada: es
burocracia (de las empresas, de la economía, del Es
do, del Partido, de la cultura). Y, una vez que
hemos librado del punto de vista trotsquista, es fá
ver, utilizando las categoría marxistas fundamental
que la burocracia es, en Rusia y en los otros paí
del Este, una clase dominante y explotadora en el s
tido más amplio del término. No sólo porque
una clase privilegiada y que su consumo improduc
vo absorbe una parte del producto social compara
a la que absorbe el consumo improductivo de los
pitalistas en los países occidentales; dirige además
beranamente la utilización del producto social to

---

tal, en Hungría y en Polonia, véase los numerosos artícu
publicados en los números 13, 19, 20, 21, 22 y 23 de So
lisme ou Barbarie». En particular, los números 20 y 21 es
dedicados casi íntegramente al análisis de la revolución húng
y de los acontecimientos en Polonia.

primero, determinando la repartición entre salario y plusvalía, luego, determinando la repartición de esa plusvalía entre su propio consumo improductivo y las nuevas inversiones, y por último, determinando la repartición de éstas entre los diversos sectores de la producción.

La función y la situación de la burocracia son profundamente idénticas a las de la *clase* capitalista —sean cuales fueren las indiscutibles e importantes diferencias de su organización como clase, de la situación de sus miembros individuales, etc.[7]. Y, asimismo, la situación y la función del proletariado, son idénticas a las existentes bajo el capitalismo privado; y esa identidad debería ser infinitamente más fácil de reconocer para los que están interesados ante todo por el destino del proletariado en la sociedad y no están obnubilados por inútiles esquemas. El proletariado ruso está sometido a la relación de salario igual que el proletariado occidental; no dispone de los productos de su trabajo, no dispone de su propia actividad, vende, contra una cantidad determinada, su tiempo, su vida y su fuerza a la burocracia que las utiliza a su manera. Y el constante esfuerzo de la burocracia en la producción va dirigido a aumentar la productividad del trabajo reduciendo al trabajador a la nada, exactamente como en Occidente y utilizando los mismos métodos: división cada vez mayor de las tareas, defi-

7. Véase sobre estos puntos los textos ya citados sobre la cuestión rusa. Añadiremos que el carácter profundamente capitalista de la organización económica y social de la burocracia puede verse en el hecho de que esa organización no es más que la extensión al conjunto de la producción y de la economía de la organización capitalista de la empresa. La «planificación» burocrática de la economía consiste en tratar a los sectores y a las empresas del mismo modo que se tratan los talleres en el planing de producción de una empresa capitalista, de forma que el *sujeto* de la planificación es un aparato burocrático de dirección separada de los ejecutantes y opuesta a ellos. Sobre las contradicciones y la irracionalidad fundamental de esa planificación; véase CS III, en particular p. 104-116.

nición de esas tareas con la preocupación dominan
de hacer el trabajo cada vez más impersonal y m
controlable, medida y control de los gestos, cuantific
ción de todos los aspectos del trabajo y de la prop
personalidad del trabajador, mecanización, que apu
ta esencialmente a la sumisión del trabajador a un ri
mo de producción independente de él —resumiend
el mismo proceso de reificación del trabajo y de ali
nación del trabajador que ha caracterizado al capit
lismo desde sus primeros días.

La burocracia determina la utilización del produc
social; determina asimismo la utilización de los m
dios de producción en cualquier instante, su existe
cia, y naturaleza a largo plazo (esos medios no so
sino plusvalía acumulada). Pero todo ello es pos
ble porque, en cualquier momento, domina y dete
mina ante todo el proceso de producción, dicho d
otro modo, porque *dirige* la producción. Se consta
pues que el fundamento del dominio de la burocrac
sobre la sociedad rusa, es su dominio en el seno de l
relaciones de producción. Se constata al mismo tiemp
que ese dominio ha sido siempre la base del domini
de una clase sobre la sociedad [8]. En la época conte
poránea, la esencia efectiva de las relaciones de clas
en la producción es la división antagónica de los pa
ticipantes en la producción en dos categorías fijas
estables, dirigentes y ejecutantes. En el caso del rég
men ruso, esa esencia se nos presenta bajo su form
más directa, desprovista de todos los aspectos secun
darios que podían disimularla en las fases precedente
de la evolución histórica [9].

8. Véase en particular *RPR*, pp. 175 a 183 de vol. 1.

9. No nos es posible extendernos aquí sobre la relació
de régimen burocrático con la evolución histórica del capit
lismo en general. En tanto que la tendencia dominante d
capitalismo es la concentración de las fuerzas productivas y qu
ésta sólo alcanza su límite con la estatificación integral de
economía (que tiene como corolario inevitable el reemplaz
del «mercado» clásico por el «plan» como modo de integr
ción de los segmentos de la economía), es justo ver en

La nacionalización de los medios de producción y la planificación de la economía no resuelven en modo alguno el problema de la estructura de clase de la economía y de la sociedad, no significan en absoluto la supresión de la explotación. «Privados» o «nacionalizados», los medios de producción no se convierten en propiedad social colectiva hasta que los trabajadores no disponen efectivamente de ellos, mientras no ejerzan directa e integralmente la *gestión* de la producción y de sus medios. De todo ello resulta esta conclusión fundamental, de la que ya dijimos al principio que constituye la piedra angular de cualquier programa revolucionario y a la que la revolución húngara de 1956 ha suministrado una confirmación impresionante: una revolución socialista tiene por objetivo primero y central la *gestión* de las empresas, de la producción, de la economía, del Estado y de la vida social en general por los propios traba-

---

dominio de la burocracia (que «personifica» como clase el capital estatificado) la etapa última del desarrollo del capitalismo. En ese sentido, sin desconocer en absoluto las numerosas e importantes diferencias que separan este régimen del capitalismo «privado» —como hacen los partidarios de una concepción ingenua del «capitalismo de Estado» aplicada a la URSS—, lo hemos definido como un *capitalismo burocrático*. Pero, al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que la evolución hacia el capitalismo burocrático es el proceso dominante del conjunto del mundo moderno. En los países capitalistas occidentales, es éste el fruto orgánico de la evolución capitalista: concentración de las fuerzas productivas y desaparición o limitación consecutiva de la propiedad privada como fundamento del poder; aparición en el seno de las grandes empresas de enormes aparatos burocráticos de dirección; fusión creciente de los monopolios y del Estado; intervención progresiva del Estado en la economía y en la vida social en general. En los países atrasados, el capitalismo burocrático aparece en la actualidad, ante la ausencia de un movimiento revolucionario internacional, como el camino de paso obligado hacia estructuras modernas (que son, por supuesto, estructuras de explotación). — Sobre las profundas transformaciones del capitalismo contemporáneo y los problemas que plantean desde el punto de vista revolucionario, véase *MRCM*.

jadores. Dicho de otro modo, esa idea viene a decir que la revolución socialista quiere desde un principio suprimir la distinción entre dirigentes y ejecutantes, en tanto que categorías fijas y estables, tanto en la producción como en los demás ámbitos de la vida colectiva.

La degeneración de la revolución rusa y sus lecciones

La supresión de la propiedad privada y de las antiguas clases dominantes plantea el problema de, *¿quién* dirigirá de ahora en adelante la producción, y cómo? Si la colectividad organizada de los trabajadores no consigue instaurar su dominio efectivo en la producción, como la sociedad no soporta el vacío, una nueva capa de individuos se apoderará de esa dirección y una estructura de clase nacerá inmediatamente, ya que la capa dirigente utilizará su poder para crearse privilegios, y, para aumentar y consolidar esos privilegios, reforzará su monopolio de las funciones de dirección, con tendencia a hacer su dominio más completo y a extenderlo por todas las esferas de la vida social [10].

Esa es la esencia del proceso que tuvo lugar en Rusia después de 1917. Las tentativas de los obreros rusos, desde 1917 a 1919, para apoderarse de la gestión de las fábricas, fracasaron. Varios factores condicionaron ese fracaso, pero hay uno que debe retener nuestra atención, ya que es el único del que se desprende una lección *universal*: la política y el papel del Partido bolchevique. El Partido bolchevique se opuso a la gestión obrera —al principio, se opuso incluso a la expropiación de los capitalistas, que en la mayoría de los casos fue llevada a cabo por los pro-

10. Véase *SB*, pp. 119 a 129 en el vol. 1.

pios obreros— y quiso instaurar un aparato propio de dirección de la producción, únicamente responsable ante el poder central, es decir, a fin de cuentas, ante el Partido. Y es que el Partido, contrariamente a la mitología que prevaleció ulteriormente, y a pesar «del rearme ideológico» de abril de 1917, abordó la Revolución de octubre con una falta de preparación total en cuanto a su contenido y sus tareas. Es cierto que, si bien muy pocas personas —entre las cuales Lenin y Trotski— creyeron que el proletariado ruso podía llegar al poder antes que el proletariado occidental, nadie había soñado que pudiera afrontar tareas de reconstrucción socialista de la sociedad antes que el proletariado de Europa y sin su ayuda. Pero, excepto las consignas «transitorias» que se dirigían a la población en general o al campesinado (paz, la tierra para los campesinos, etc.), el programa de octubre del Partido bolchevique sólo comportaba una única consigna socialista, y además exclusivamente *política*: todo el poder para los Soviets. En el plano económico, las concepciones de Lenin eran en cierto modo «clarísimas»: repetía incansablemente que en Rusia se trataba de construir una especie de «capitalismo de Estado» [11], cuya dirección estaría en manos del poder soviético.

Esa concepción es evidentemente un contrasentido: el proletariado no puede ser esclavo seis días a la semana en la producción, y soberano libre en una actividad política dominical. Una revolución que no empieza por transformar de inmediato y de una manera

11. Véase por ejemplo *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*. También el artículo, escrito en mayo de 1918 y publicado en «Pravda», «Infantilismo de izquierda y mentalidad pequeño burguesa» (*Selected Works*, New York 1943, pp. 351-378, especialmente p. 264-265). Por otra parte hay que subrayar que, aunque esas concepciones de Lenin pueden parecer que correspondan al «atraso» de Rusia, nadie en el movimiento socialista occidental tenía en aquel momento una idea más clara de lo que significa la revolución socialista en el plano de la producción y de la economía.

tangible la vida cotidiana de la gente está condenada a ver refluir muy deprisa su pasión política —ya que con la experiencia constatarán que esa vida política no sirve para modificar su situación. Ese reflujo se produjo inevitablemente en Rusia, ayudado poderosamente por la actitud del Partido bolchevique, que, al concebir su papel como el de una *dirección* inamovible de la revolución, identificó de inmediato la dictadura del proletariado con la suya, y poco a poco fue reduciendo los Soviets al papel de meros auxiliares, y más tarde de ornamento de su poder [12].

Esta actitud del Partido bolchevique no procede, evidentemente, del carácter de sus dirigentes, ni tan sólo de su concepción de la organización o de su ideología. El bolchevismo ha sido la culminación más extrema y más consecuente de una concepción de la lucha de clases, de la revolución socialista, del papel del proletariado en ella, que forma un todo, compartido por la gran mayoría de los revolucionarios rusos o no, y que continúa siéndolo. Esa concepción —de la teoría revolucionaria como ciencia en posesión de una categoría de especialistas, del Partido como dirección de la clase, de la organización del Partido según un modelo que es de hecho un modelo capitalista, del propio socialismo como un simple sistema de transformaciones objetivas de la economía— traduce de hecho la penetración de las ideas, de los valores, de las estructuras y de los modelos de comportamiento *capitalistas* en el movimiento obrero, que reintroduce en la clase la división entre los dirigentes y los ejecutantes, que constituye el hecho capitalista fundamental [13].

12. La historia de este período es demasiado conocida para que valga la pena insistir. Pero, sobre su muy instructiva repetición traspuesta y abreviada en Polonia desde octubre de 1956, véase el artículo de Claude Lefort, «Retorno de Polonia» citado más arriba, p. 284, y, en el presente volumen, «La vía polaca de la burocratización».

13. En ese sentido, cuando Lenin, siguiendo a Kautsky,

Pero al mismo tiempo sería superficial y unilateral considerar que esa concepción sólo ha existido y existe en los revolucionarios; no hubiera tenido ninguna eficacia histórica de no encontrar su corolario en una actitud correspondiente del proletariado, actitud ésta que es también el resultado de la influencia profunda de la sociedad establecida, de sus normas y de sus valores. Concepciones de los militantes y actitud del proletariado expresan ambas esa etapa de la evolución durante la cual el proletariado cree poder liberarse delegando su papel histórico, la dirección de su movimiento y de la sociedad, a un partido que se eleva por encima de la clase. Esa etapa alcanza su límite para transformarse al mismo tiempo en su contrario bajo el estalinismo, que enseña al proletariado el auténtico rostro del partido dominante como capa explotadora [14].

La revolución proletaria sólo puede suprimir efectivamente el capitalismo, en cualquiera de sus formas, en la medida en que tienda desde un principio a suprimir la división de la sociedad entre dirigentes y ejecutantes, reabsorbiendo toda capa dirigente particu-

---

habla del socialismo como de un producto de la cultura científica y filosófica burguesa que se introduce en el proletariado desde el exterior, gracias a los intelectuales pequeño burgueses (en *¿Qué hacer?*), tiene al final razón de una manera inesperada: es efectivamente una ideología burguesa la que, con el nombre de socialismo «científico», los intelectuales pequeño burgueses introducen la mayoría de las veces en el proletariado.

14. Existe pues una *historia*, en el más exacto sentido de la palabra, del proletariado, que puede entenderse como una dialéctica de su experiencia de la sociedad y de su propia acción. En cada nueva etapa de su acción, el proletariado está obligado a superar los resultados objetivados de su acción anterior. Sobre ese problema, que desde un principio hemos considerado como el fundamental, véase *SB*, p. 110-111; Claude Lefort, «La experiencia proletaria» «S. ou B.», n.º 11 (noviembre de 1952). (Ahora en *Elements*, l. c., pp. 34 a 58). Véase también, «Sartre, el estalinismo y los obreros», «S. ou B.», n.º 12 (agosto de 1953), en particular pp. 85 a 88.

lar y socializando integralmente las funciones de dirección. El problema de la capacidad histórica del proletariado para conseguir la sociedad sin clases no estriba en su capacidad de derrocar físicamente a los explotadores en el poder (lo cual no presenta dudas), sino en la capacidad de organizar positivamente una gestión colectiva, socializada, de la producción y del poder. Es por lo tanto evidente que la realización del socialismo por cuenta del proletariado mediante una burocracia o un partido cualquiera es una noción tan absurda y contradictoria como la de «círculo cuadrado» o la de «pájaro submarino»: el socialismo no es más que la actividad gestora consciente y perpetua de las masas. Resulta asimismo evidente que el socialismo no puede ser «objetivamente» inscrito en una constitución cualquiera, en la nacionalización de los medios de producción o la planificación, ni tampoco en una «ley» que instaure la gestión obrera: si la clase obrera no puede dirigir, ninguna ley conseguirá que lo haga, y si dirige, la «ley» no hará sino constatar ese estado de hecho.

De este modo, desde la crítica de la burocracia, hemos llegado a formular una concepción positiva del contenido del socialismo: resumiendo, el socialismo, en cualquiera de sus aspectos, no significa otra cosa que la gestión obrera de la sociedad; la clase sólo puede liberarse realizando su propio poder. El proletariado únicamente puede realizar la revolución socialista si actúa de una manera autónoma, es decir si encuentra en sí mismo la voluntad a la vez que la conciencia de la transformación necesaria de la sociedad. El socialismo no puede ser ni el resultado fatal del desarrollo histórico, ni una violación de la historia por un partido de superhombres, ni la aplicación de un programa procedente de una teoría verdadera en sí —sino el desencadenamiento de la actividad libre de la masas oprimidas, desencadenamiento que el desarrollo histórico hace *posible*, y que la ac-

ción de un partido basada en *esa* teoría puede *facilitar* enormemente.

Estas ideas pueden y deben ser concretadas en un programa socialista, elaborado a partir de la experiencia positiva y negativa de las revoluciones obreras y del análisis de las condiciones reales del mundo moderno. Los elementos fundamentales de ese programa son [15]:

— Todo el poder pertenece a los Consejos de los trabajadores (Consejos de empresas, administraciones del «Estado», cooperativas, comunas rurales). Esos Consejos están formados por delegados de la base, elegidos y revocables en cualquier instante. Son constantemente responsables ante la Asamblea general de sus mandantes, que se reúne regular y frecuentemente, y decide, directamente, todas las cuestiones importantes.

— La gestión de la producción y de la actividad corriente de las empresas y de las administraciones pertenece a los trabajadores (obreros, funcionarios, empleados, técnicos) que las hacen funcionar. El órgano de esa gestión es la Asamblea de taller, de departamento, de empresa y del Consejo de empresa.

— La producción y la economía están organizadas según un plan general, elaborado a partir de las proposiciones de las empresas, discutido entre los representantes de los Consejos, y sometido al voto de la población trabajadora [16].

15. Véase CS II, y D. Mothé, «La fábrica y la gestión obrera», «S. ou B.), *n.°* 22.

16. La técnica moderna (cibernética y análisis operacional) permite orientarse en el laberinto de la planificación y demuestra definitivamente que la burocracia es económicamente superflua. Véase en *CS* II, los capítulos sobre «La gestión de la economía» y «La fábrica del plan». La idea central es que todo el trabajo «intermediario» de la planificación puede desde este momento ser industrializado, y la población llamada a pronunciarse *con conocimiento de causa* sobre las variables fundamentales del plan (cantidad de trabajo a suministrar niveles de consumo, repartición del excedente entre acumulación y aumento del consumo, etc.).

— Se instaura la igualdad completa de los salarios, ingresos, etc.

— La educación es la misma para todos los niños.

— Se suprime el Estado, en tanto que aparato de dirección separado e independiente de la sociedad. Sus administraciones productivas o necesarias son transformadas en «empresas» dirigidas por los que trabajan en ellas, bajo el control de los organismos de poder de los trabajadores.

— El ejército y la policía permanentes quedan suprimidos. Se constituyen milicias de trabajadores bajo el control de los Consejos de empresa.

— Las funciones necesarias de un «gobierno central» se confían a una Asamblea de representantes elegidos y revocables de los Consejos. En todos los casos en que es materialmente posible —que son muchos más de lo que generalmente se cree— se instaura la *democracia directa,* es decir, la decisión mayoritaria de todos los interesados [17].

Esos puntos conciernen a la *organización* de la sociedad socialista. Pero es asimismo necesario que los revolucionarios se hagan una concepción de la *orientación* de esta sociedad. En la actualidad es indiscutible que los gérmenes de una nueva concepción del hombre y de la sociedad —y por lo tanto de los valo-

17. Aquí también la idea central es la de poner la técnica al servicio de la democracia. Las posibilidades de utilización de los *mass media* son, en este sentido, inmensas. Por otra parte, el problema de las «posibilidades materiales» de la democracia es un problema de asignación de recursos. En una empresa en la que los gastos ocasionados en al actualidad por la gestión burocrática (salarios de todo el aparato que tiene por función la *dirección del trabajo de los demás*) son, por ejemplo, un 20 % del total de los salarios, creemos que la gestión obrera podrá funcionar con gastos inferiores —es decir, con menos de una quinta parte del tiempo total del colectivo de los trabajadores consagrado a la gestión. Pero incluso si esa gestión absorbiera el 40 % de ese tiempo, sería racional e incluso *económico,* desde el punto de vista de una sociedad socialista, aplicarlo. El mismo razonamiento se aplica a la gestión de la sociedad global.

res que la actividad social debe perseguir— contenidos en las obras de juventud de Marx, han sido olvidados, así como bajo otra forma, los representados por las revoluciones y luchas obreras. El movimiento llamado «obrero» se ha hundido en el cenegal de los valores capitalistas, e inculcarlos en el proletariado se ha convertido en la función de las grandes organizaciones «obreras». Todo se desarrolla como si el socialismo apuntase, esencialmente, a un aumento más rápido de la producción, para procurar a los hombres niveles de consumo «cada vez más elevados» y «asuetos» que el capitalismo sería incapaz de proporcionarles. De hecho, el capitalismo los proporciona, lo que en modo alguno ha atenuado la crisis y la tensión en la sociedad, ni su decadencia [18]. Dicho sea de paso, la demostración más profunda del carácter capitalista del régimen ruso estriba en el hecho de que Jruschov es incapaz de proponer a su sociedad otro ideal que el de los niveles americanos de consumo de mantequilla, la semana de cuarenta horas y los vuelos espaciales.

La raíz de la crisis de todas las sociedades contemporáneas reside en la crisis del trabajo, en la alienación del hombre en el curso de su principal actividad. Esa alienación, simétrica a la división de la socie-

18. No vemos el origen de la crisis del capitalismo ni en la supuesta «incapacidad de desarrollar las fuerzas productivas», ni en su igualmente supuesta «incapacidad de elevar los niveles de consumo», sino en el carácter contradictorio que toma bajo el capitalismo la actividad fundamental del hombre, es decir, el trabajo. Véase Ph. Guillaume, «Maquinismo y proletariado», en «S. ou B.», n.º 7 (agosto de 1950); *CS* I, II, y III; y *MCRM* I y II. Es una de las razones por las que hemos atribuido siempre una gran importancia a la descripción de la situación del obrero en la producción por los propios obreros; véase Paul Romano, «El obrero americano», «S. ou B.», números, del 1 al 5 y 6; G. Vivier, «La vida en la fábrica», *id.*, números, 11, 12, 14, 15, 16, y 17; los textos de D. Mothé citados más arriba. — Sobre la situación del obrero contemporáneo fuera de la producción, véase D. Mothe, «Los obreros y la cultura», *id.*, n.º 30 (abril de 1960).

dad en dirigentes y ejecutantes, hace tiempo que está encarnada en la propia naturaleza de los instrumentos de producción, en la tecnología moderna. No es ésta el resultado de un desarrollo técnico o científico «neutro», sino función de la naturaleza de clase de la sociedad. Las máquinas que existen en la actualidad, en Detroit, en Billancourt o Stalingrado, no tienen en sí ninguna validez suprahistórica, son el producto de una selección dos veces secular, en parte «espontánea», en parte consciente, que está orientada a subordinar el trabajo en su realidad cotidiana concreta al dominio del capital. La sujeción del trabajador y el carácter absurdo del trabajo se desprenden inevitablemente de la propia naturaleza de esas máquinas. Una gestión obrera que se superpusiera a ese estado tecnológico sin afectarlo no cambiaría en absoluto lo que hace del trabajador una ruina humana. La solución no está tampoco en el aumento de los «asuetos» (aunque es evidente que es obsolutamente necesario). La solución se encuentra en la transformación del propio trabajo de manera que pueda volver a ser o, más exactamente, sea por primera vez en la historia una actividad creadora libre. Eso implica la restitución a los hombres de su dominio sobre el proceso material de producción, y esto es imposible sin una transformación consciente de la tecnología en ese sentido, que la ciencia y la técnica modernas hacen por vez primera posibles, y que será una de las primeras tareas de la sociedad socialista [19].

No vemos el socialismo como un medio para elevar el nivel de consumo; ese aumento es más bien el *pa-*

19. Hablamos aquí de la transformación del trabajo porque nos parece el punto central. Es evidente que es indisociable de una transformación profunda de todos los aspectos de la vida social, ya se trate de la naturaleza de los objetos de consumo, ya de la educación, de las relaciones de la población y de la cultura, de la separación de la ciudad y el campo, etc.

nem et circenses que esa sociedad descompuesta puede proponer a sus esclavos. Vemos en el socialismo un medio de dar un sentido a la vida de los hombres, o mejor, una organización de la sociedad que permita a los hombres definir por sí mismos el sentido que quieren dar a esa vida.

El socialismo no procede simplemente de un ideal moral de mejoramiento de la sociedad y de la condición humana; su fuente primera es la lucha de los trabajadores contra la explotación y la deshumanización a la que están sometidos. Incluso si «marxistas» miopes no se dan cuenta, esta lucha no cesa jamás. Que los trabajadores formen Consejos y tomen las armas para reivindicar la gestión de la producción y de la sociedad, como en Hungría en 1956 [20], o que combatan por medio de huelgas «salvajes» las condiciones de trabajo y los métodos de producción en la fábrica capitalista, como en Inglaterra y en los Estados Unidos desde hace quince años [21], o que presionen para la obtención de reivindicaciones antijerárquicas, como en 1955 en Nantes [22], hacen algo más que combatir la explotación; impugnan las normas de la sociedad establecida, indican el camino de un movimiento socialista.

Sin embargo, al mismo tiempo, el proletariado está constantemente sometido a la influencia de la sociedad capitalista en la que nace, en la que participa, a la que en definitiva hace funcionar. La degeneración de las organizaciones obreras —partidos y sindicatos— es, a fin de cuentas, en su sentido más

20. Véase los artículos, relatos y documentos publicados en los números 20, 21, y 23 de «S. ou B.».

21. Véase los textos dedicados a esas luchas en el n.° 18 de «S. ou B» (enero de 1956); también. «Las huelgas de la automación en Inglaterra», *id.*, n.° 19 (julio de 1956); S. Tensor, «Las huelgas de mayo, junio y julio en Inglaterra», *id.*, n.° 26 (noviembre de 1958).

22. Véase los textos que a ello se refieren en el n.° 18 de «S. ou B.».

profundo, un aspecto de esa influencia, de la penetración de las ideas, de las normas, de los modelos de organización capitalistas en el movimiento obrero. Más arriba ya dimos un ejemplo acerca del Partido bolchevique. Pero esa penetración va infinitamente más lejos de lo que se suele creer; la estructura de las organizaciones obreras ha sido casi siempre calcada de los modelos capitalistas. Un sindicato o un partido, social-demócrata o «bolchevique», funcionan según el modelo «parlamentario» que implica desde un principio una separación radical entre dirigentes y dirigidos; la función del partido revolucionario ha sido concebida como la de una dirección del proletariado separado de la propia clase; su programa, como un sistema de verdades que se desprende de una teoría «científica»; por último, esa teoría revolucionaria, tanto en su contenido como en la concepción de su función que ha prevalecido, traduce una profunda influencia de la cultura capitalista [23].

Si es evidente que una organización revolucionaria es indispensable para el desarrollo de la lucha del proletariado y su victoria, y que es urgente construirla, también lo es que esa construcción sólo puede emprenderse sacando todas las lecciones de las experiencias vividas, y que el proletariado las saca desde hoy mismo a su modo, al negarse cada vez más a «seguir» a las grandes organizaciones burocratizadas. Esas lecciones son: que la organización revolucionaria no es la dirección del proletariado, sino un instrumento de su lucha; que la teoría revolucionaria sólo puede encontrar su fuente y origen en la experiencia y la acción del proletariado, tanto la histórica como la cotidiana, y que, en consecuencia, no puede ser elaborada por una capa especializada de intelectuales; que, por lo tanto, una de las tareas primordiales de la organización revolucionaria es la de realizar en su seno la fusión más am-

23. Véase *PO* I y II.

plia de los intelectuales y los obreros: que, en fin, no puede permitir que la división entre dirigentes y ejecutantes se instaure en su seno, y que, en consecuencia, su estructura debe estar inspirada en el tipo de organización que representa un Soviet o un Consejo de empresa —dicho de otro modo, que su funcionamiento y su estructura deben ser una prefiguración de la gestión obrera.

La educación sexual en la URSS *

En 1959 se publicó en Moscú un libro redactado por un eminente médico, el doctor T. S. Atarov, «Médico de honor de la República socialista rusa», uno de los títulos más codiciados en la URSS. El libro, del que en pocos días se vendieron cien mil ejemplares, lleva el ambicioso título de: *Los problemas de la educación sexual.*

Después de una introducción «marxista» sobre el tema, que comporta extensas citas de Marx y Engels sobre la esclavitud de la mujer en la sociedad burguesa, el autor declara que la revolución rusa ha suprimido muchos males en este campo, entre otros la prostitución, para la que, afirma, «no existe ninguna base social». La monogamia ha sido conservada, pero en la sociedad rusa tiene un significado distinto.

«Sería, sin embargo, un error pensar que la transición es completa... En la actualidad, subsisten aún antiguos restos ideológicos...» Muchos hombres, dice, engañan a sus mujeres sin el menor remordimiento, muchos jóvenes tienen relaciones premaritales sin sentirse culpables y, lo que es más grave aún, algunos jóvenes tienden a reducir sus relaciones con el sexo opuesto a una pura satisfacción de sus necesidades físicas, sin relaciones espirituales o morales.

De entre los «destructores de leyes» hay algunos que llegan a dar una expresión «filosófica» a su acti-

* «S. ou B.»., n.° 34 (marzo 1963). Escrito con la colaboración de Alain Girard.

tud. Afirman que la promiscuidad en la que se comprometen es un sustituto inevitable de la prostitución del pasado; declaran también que la vida en sociedad reclama una cierta libertad en las cuestiones sexuales, ya que la libertad es «biológicamente natural», mientras que la monogamia rechaza los impulsos naturales del hombre.

Esa actitud, afirma el doctor Atarov, es contraria a las ideas de Lenin para quien el «amor libre» no era una solución en ningún sentido, en una sociedad socialista bien organizada. Es asimismo falso, dice, que la licencia sexual sea un sustituto inevitable de la prostitución. En los países burgueses, existen ambas. Bajo el socialismo, no hay necesidad de ninguna de las dos.

En el capítulo I, el autor se esfuerza en encontrar una solución feliz y armónica que combinaría «la libertad y la disciplina». Por último llega a este criterio: «que una conducta armónica se realiza cuando los deseos personales del individuo coinciden con los intereses de la sociedad en general» (aunque no cita a Immanuel Kant).

En el capítulo II, el autor insiste en la diferencia entre la pubertad y la madurez sexual y aconseja a los padres sobre el modo de ayudar a los adolescentes en esos años difíciles. Acerca de la menstruación, declara que en ningún caso deberá introducirse algodón o gasa en la vagina, como lo hacen equivocadamente tantas mujeres. Los órganos externos deberán lavarse dos veces al día con agua caliente hervida.

Otro problema complejo es el de la masturbación. «En las condiciones soviéticas, la masturbación ya no es un fenómeno de masa como lo fue en el pasado, aunque subsiste.» Diversos factores la favorecen: vestidos demasiado apretados en las zonas bajas pueden despertar la sensualidad por una fricción constante de los órganos genitales. Otras causas de la masturbación: las malas costumbres de los chicos, tales como tener las manos en los bolsillos de los pantalo-

nes o bajo las sábanas, echarse boca abajo o hacerse cosquillas mutuamente bajo el brazo o en el pecho, etcétera. El estreñimiento y una vejiga llena tienden a favorecer la masturbación. La lectura de libros excitantes, la contemplación de la vida sexual de los animales lleva también a la masturbación, así como la vida sedentaria, el aislamiento de la colectividad y, desde luego, el alcohol.

Para el doctor Atarov es indiscutible que la masturbación tiene un efecto nocivo sobre el sistema nervioso. El adolescente se vuelve irritable, apático, se cansa en seguida y es indiferente al trabajo físico o intelectual. Da por lo tanto una serie de consejos para combatir ese mal temible: comidas regulares, ejercicio, andar, deporte y cultura física, en fin, todo lo que desvía la atención del niño de las preocupaciones sexuales. Las costumbres de dormir son muy importantes a este respecto: una cama dura es esencial. Es indispensable que el niño o el adolescente no observen la vida sexual de los animales así como debe impedírseles la utilización de malas palabras, de tacos.

Los padres deben velar para evitar las malas influencias de los compañeros de colegio, de los juegos excitantes, libros y películas. Ellos mismos deberían evitar los gestos que puedan estimular los órganos genitales de los niños: especialmente los niños pequeños no deberían ser movidos o transportados de modo que sus órganos genitales sean frotados constantemente.

Las caricias en el pecho o en el vientre deben evitarse por completo, ya que despiertan inevitablemente la sensualidad, y los padres que las practican hacen mucho daño a sus hijos. Además, indican un nivel muy bajo de cultura de los padres.

Asimismo, declara el doctor Atarov, debería prohibirse a los jóvenes determinadas actividades: no deberían ser camareros o camareras en los cafés, restaurantes o bares. La atmósfera de esos sitios, con sus

constantes idas y venidas de toda clase de gentes, es nociva e invita a los jóvenes a embarcarse en relaciones premaritales. Jóvenes solteros no deberían trabajar en esos sitios.

En el capítulo III, «La educación moral de los jóvenes», el doctor Atarov insiste aún en la diferencia entre pubertad y madurez sexual. Algunos jóvenes no la comprenden, dice, y, desde el momento en que existe deseo sexual, llegan a la conclusión errónea de que ese deseo debe ser satisfecho, que la castidad es mala y contraria a las leyes de la biología. Esa falsa visión justifica a sus ojos el comienzo de una vida sexual prematura. La ciencia médica, dice el doctor Atarov, rechaza totalmente esta teoría. Ninguna enfermedad ha sido jamás provocada por la castidad, que es del todo inofensiva, no sólo para los jóvenes sino incluso para los adultos. Las personas que practican la castidad jamás se quejan de ningún malestar: al contrario, están rebosantes de energía y de poder creativo. Por el contrario, la promiscuidad sexual conduce a menudo a una vejez prematura y a la impotencia.

El capítulo IV está dedicado a las relaciones extramaritales que el doctor Atarov condena severamente, citando algunos ejemplos. He aquí dos de ellos:

1) *Boris,* tornero de 20 años. No ha recibido educación secundaria. Cuando a los 15 años, se puso a trabajar en una fábrica sus padres «no protestaron» (¡sic!).
Boris era un buen obrero, bien considerado por sus jefes (re-sic). Pero su vida privada era totalmente desordenada.
Una noche en el baile encontró a una chica. Se hicieron rápidamente amigos y, 2 o 3 días más tarde, la «intimidad» tuvo lugar. Boris ni tan sólo se había preocupado de preguntarle su nombre, y sin embargo, había sido lo bastante elocuente para persuadirla y rendirla a

sus encantos. La relación no duró: en menos de un mes Boris abandonó a la chica.

Lo que debe subrayarse en esta triste historia, según el doctor Atarov, no es sólo la actitud de Boris, sino la confianza ilimitada de la chica, que no supo resistir los atrevimientos de ese encuentro de ocasión. Los padres de la chica y la escuela que frecuentó son asimismo responsables de lo ocurrido. En cuanto a Boris, su actitud no le aportará ninguna felicidad. De este modo se condena a la soledad. Jamás disfrutará de las alegrías de una vida familiar y por último contraerá una enfermedad venérea (!).

2) *Pedro,* estudiante, 26 años, vivía maritalmente con una chica. Un día de vacaciones encontró a otra chica. Se hicieron «íntimos» sin conocer ni sus nombres. Al volver a su casa, infectó a la chica con la que vivía de una manera permanente con una enfermedad venérea contraída en su relación durante las vacaciones. Esa actitud de Don Juan es despreciable. A pesar de todo, Pedro es un estudiante excelente y está muy considerado por sus compañeros.

En este capítulo, leemos aún la declaración siguiente:

«Cuando un joven piensa casarse, los padres no deben permanecer neutrales. El matrimonio soviético no es únicamente un asunto individual, sino un asunto de la sociedad y del Estado. Las personas que consideran el matrimonio como una diversión temporál cometen un crimen contra la moralidad socialista.»

En el capítulo V, el doctor Atarov trata de problemas particulares, tales como el amor no compartido. «El amor no compartido no debe ser considerado como una tragedia vital. En la sociedad socialista, en la que el servicio público es la cosa esencial, y mientras el apasionado tenga un mínimo de

disciplina interior, debe poder superar su desgracia. El *trabajo* y el apoyo moral de sus camaradas deben serle de gran ayuda.»

A modo de conclusión nos parece que lo más acertado es citar esta frase del doctor Atarov que resume claramente el espíritu de su libro:

«La ley no puede ocuparse de todos los casos de conducta inmoral, pero la presión de la opinión pública debe seguir desempeñando un papel activo en la lucha contra todas las formas de conducta inmoral».

¿Por qué extrañarse que casi toda la producción rusa en materia literaria sea una especie de Paul Bourget (donde el catolicismo es ahora «socialismo»), cuando la moral sexual oficial, tal como la vemos a través del libro del doctor Atarov, recuerda terriblemente los consejos de educación sexual que consignaban, en los libros para el uso de los padres, los médicos bien pensantes de los alrededores de 1890? Todos los fetiches de la moral burguesa y más en general: de la moral de las sociedades de clase patriarcales, toda la ideología reaccionaria, pomposamente disfrazada bajo el nombre mistificador de «ciencia», todos los prejuicios más atrasados y la mala fe hipócrita de una pequeña burguesía puritana, los encontramos en el libro de Atarov. Si la moral es una «superestructura» cuyo contenido estaría determinado sin ambigüedad por las «infraestructuras», ¿cómo es posible que la superestructura moral de la sociedad «socialista», su ideología sexual, sean idénticas a la moral sexual más rigurosamente burguesa, y burguesa, además, del siglo XIX?

No queremos tratar aquí este asunto que sería inacabable, además sería ingrato hacerlo a partir de las «ideas» de Atarov. Pero algunas observaciones se hacen indispensables, si queremos entender el significado

social de la moral sexual que expresa y su función en el edificio de la sociedad rusa.

Atarov parte de ese viejo sofisma, consistente en establecer una distinción entre pubertad y «madurez sexual» y en sacar conclusiones completamente arbitrarias. Esa argumentación, especie de chantage pseudocientífico, traduce una ignorancia considerable, ignorancia tanto en materia médica como etnológica. El único sentido que puede tener, desde el punto de vista médico y psicológico, la distinción entre pubertad y «madurez sexual», es éste: la pubertad comporta la capacidad sexual propiamente dicha, es decir, la capacidad de copular; no comporta necesariamente la capacidad de reproducción, es decir la aptitud de ser fecundadas, en lo que respecta a las chicas y quizás la aptitud de fecundar para los chicos, que en la mayor parte de los casos parece que sobrevienen algunos años más tarde.

De modo que es de una perfecta mala fe crear una confusión entre «capacidad sexual» y «capacidad de reproducción». Y es del todo arbitrario, desde el punto de vista científico, justificar, como tan maravillosamente lo hacen Atarov y la moral sexual burguesa, la interdicción de las relaciones sexuales infligida a los adolescentes, por una «inmadurez» que sólo puede ser, como máximo, una inmadurez desde el punto de vista de la reproducción. Pero si el único objetivo y la sola «justificación» de las relaciones sexuales fuera la reproducción, ¿por qué no prohibírsela a las mujeres después de la menopausia? ¿Por qué no prohibirla, de una manera más general, a todo el género humano, a excepción de dos, tres o cuatro veces necesarias para la reproducción de la especie? La función sexual en el ser humano sobrepasa de mucho su significado reproductivo, como lo prueba el hecho de que un individuo normalmente constituido puede tener y tiene relaciones sexuales miles de veces a lo largo de su vida, mientras que cuatro o cinco bastarían para asegurar la reproducción. De todas for-

mas, la discusión tiene algo de intrínsecamente absurdo si se quisiera sostener (a pesar de las evidencias más banales) que la pubertad no comporta la capacidad sexual, entonces ¿por qué molestarnos en prohibir algo que sería imposible? A nadie se le ha ocurrido prohibir a los bebés pilotar aviones. Todos los argumentos pseudocientíficos sobre la realidad o no de la capacidad sexual de los adolescentes apuntan al camuflaje de este hecho: hay que *prohibirles* el uso de sus facultades sexuales, en particular a los adolescentes, aunque también a los individuos en general, desde el momento en que se sitúan fuera del marco «impuesto» por la sociedad.

¿Cuáles son las justificaciones de esa prohibición? Repiten a menudo (y también es algo que insinúa la distinción entre «pubertad» y «madurez») que una libre actividad sexual por parte de los adolescentes tendría resultados catastróficos porque acabaría con la procreación de niños y esos adolescentes no estarían a la altura, ni moral ni económicamente, de la responsabilidad que ello supone. Pero ante todo, y como ya se ha dicho, es prácticamente seguro que en la mayor parte de los casos, las relaciones sexuales entre adolescentes no acaban en la procreación. Se conocen tribus de la polinesia o indias [1] en las que los adolescentes pasan una fase de varios años de libre comercio sexual (en la que incluso las parejas se constituyen de un modo estrictamente transitorio) sin que tengan niños, ya porque exista una imposibilidad psicológica en el sentido mencionado más arriba, ya porque las chicas, manteniendo ese conocimiento de su cuerpo que el hombre occidental ha perdido, evitan las relaciones durante los días en que pueden ser fecundadas. Y cuando esa fase ha concluido, al tiempo que la tribu les reconoce como adultos, chicos y chicas contraen matrimonios estables con los que tendrán hijos.

1. Véase M. Mead, *Coming of Age in Samoa,* y Elwyn Verrier, *The Murias and their Gothul.*

¿Qué impide suministrar a los adolescentes los medios y los conocimientos anticonceptivos existentes? ¿Qué, sino la voluntad de la sociedad de reprimir su actividad sexual blandiendo la amenaza del hijo, como antaño (y aún ahora, como lo hace Atarov) la de las enfermedades venéreas?

Por último, si para *un* individuo situado en un marco social determinado que no puede modificar con sus simples deseos o actos, la posibilidad de tener un hijo puede presentarse —ya se trate de un adolescente o de un adulto— como la amenaza de una catástrofe, habida cuenta de las condiciones impuestas por la sociedad, no podemos adoptar el mismo punto de vista cuando examinamos el problema a escala general. ¿Por qué los adolescentes tendrían que asumir la responsabilidad económica de un hijo? ¿Por qué no podrían tener recursos económicos propios? ¿Por qué deben ser educados de manera que resulten incapaces de asumir la responsabilidad de un hijo o de otra cosa? No decimos que es necesario que los adolescentes tengan hijos, sino, simplemente, que para discutir el problema sin poner en tela de juicio ni un solo momento los postulados del orden establecido hay que ser increíblemente hipócrita e ignorante.

Igualmente reaccionarias y anticientíficas, bajo su cobertura pseudocientífica, son las ideas del doctor Atarov sobre la masturbación. No hablaremos del ridículo que supone establecer una relación de causa efecto entre la masturbación y los vestidos demasiado apretados, etc., relación calcada de la sabiduría sexológica de las ayas de 1880. No hablaremos tampoco del mentís que Atarov se inflinge a sí mismo, con lo que dice acerca de la extensión de la masturbación en los adolescentes, y ni de sus tesis sobre la ausencia de «madurez sexual»: ¿qué presupone la masturbación en los adolescentes sino la intensidad del deseo sexual, primero, y luego la capacidad de satisfacerlo? ¿Por qué el deseo se satisface de este modo? En la mayor parte de los casos,

porque las presiones sociales, tanto internas como externas, impiden satisfacerlo de una manera normal. Es precisamente la «moral» hipócrita que Atarov defiende lo que crea y multiplica el «mal» que condena y persigue.

Pero lo que Atarov dice del carácter dañino de la masturbación no sólo es erróneo, es francamente criminal. Ya que en la medida en que la masturbación va acompañada, en el caso de los adolescentes, de efectos dañinos, éstos no proceden del propio acto de la masturbación, que en sí no es noscivo, y hasta en la medida en que permite al organismo liberarse de una tensión que no puede eliminar normalmente, es, al contrario, benéfico. Esos efectos provienen del conflicto que existe, en el adolescente que se masturba, entre la necesidad de satisfacer el deseo por el único camino que le dejan abierto, y la prohibición social-«moral» que pesa sobre la masturbación, la culpabilidad de practicarla, la angustia de castración que resulta de los consejos y amenazas sobre la decadencia física y moral que provocaría la masturbación[2]; culpabilidad y angustia que la cháchara de comadre que propaga Atarov ayuda a extender y confirmar.

Evidentemente todo eso está relacionado con las cómicas concepciones del doctor Azarov sobre la castidad, casi imposible de discutir en serio, como lo se-

2. Hablamos del caso más simple, del más «normal». De todos modos es indiscutiblemente cierto que, en la medida en que existen efectos nocivos, éstos provienen de un conflicto interiorizado por el sujeto. Pero el conflicto puede hacerse más complejo: por ejemplo, si en las fantasías que acompañan siempre a la masturbación se manifiestan «desviaciones» sexuales del sujeto muy reprimidas y censuradas, el sujeto se siente, por así decirlo, doblemente culpabilizado por su acto de masturbación. Pero también en ese caso, es evidente que prohibir la masturbación equivale prácticamente a romper el termómetro: lo que hay que hacer, es tratar la neurosis en el plano individual, eliminar o reducir sus causas en el plano social. Sobre todos esos problemas, véase la obra fundamental de W. Reich, *La función del orgasmo*.

rían las teorías físicas de un autodidacta que no supiera nada ni de la física moderna ni tan sólo de la física clásica. Ya que lo que Atarov afirma no sólo es síntoma de una total ignorancia del psicoanálisis [3], sino que incluso está por debajo de la psiquiatría clásica e incluso por debajo del nivel de un buen médico de cabecera como los que salen en las novelas de Balzac. Recordemos la frase de Charcot (citada por Freud) describiendo a un colega el caso de una mujer que sufría graves trastornos y cuyo marido era más o menos impotente. Al darse cuenta de que su colega no veía la relación, Charcot exclamó con gran vivacidad: «¡En esos casos es siempre la cuestión genital! ¡siempre, siempre, siempre!». Y un médico vienés, Chrobak, antes de la aparición del psicoanálisis, al enviar a Freud una paciente que, casada desde los dieciocho años con un hombre impotente, y, virgen aún, sufría graves crisis de angustia, le escribía lo siguiente: «Sabemos perfectamente cuál es la receta para ese caso, pero por desgracia no podemos prescribirla. Es: *Penis normalis. Dosim. Repetatur* [4]».

Son incontables los casos, en terapéutica psicoanalítica, en que el restablecimiento en el individuo de la posibilidad de masturbarse sin angustia ha comportado la desaparición de síntomas graves, tics, etc. Pero de todos modos, la manera en que Atarov plantea el problema de las relaciones entre la castidad y la salud o la creatividad del individuo es tan lamentable que la discusión se hace imposible a ese nivel. *Qué* castidad, *de quién, en qué* momento de su existencia, *en qué* contexto, *para qué, con qué* compensaciones y

3. Aún recientemente, un Tratado de psiquiatría soviético hablaba de este modo sobre el psicoanálisis: «El freudismo no tiene ningún valor científico. Su popularidad debe buscarse en su significado ideológico: es aprovechable para el sistema capitalista. Únicamente lo aceptan las personas que tienen una compresión muy superficial de la psiquiatría clínica.»

4. W. Reich, *l. c.*, p. 80-81.

derivaciones —fuera de esas preguntas el problema no tiene sentido. Lo que dice Atarov— que la castidad aumenta la energía y el poder creador— no sólo es falso desde el punto de vista empírico (entre los individuos creativos existen en la misma proporción los castos que los «libertinos», los «normales» como los perversos sexuales, cosa que puede confirmar una breve mirada a la historia), pero, lo más cómico, es que cae en una caricatura, grotesca a fuerza de simplismo y de ingenuidad, de ese freudismo que rechaza: ya que eso implica que toda la «energía» de la líbido no realizada sexualmente se transformaría íntegramente y sin pérdida en actividad sublimada. Y eso es monstruosamente falso; el problema de las relaciones entre líbido reprimida y sublimación es infinitamente más complejo y una «regla» general de este tipo no tiene, hablando con propiedad, ningún sentido.

¿De qué se trata, a fin de cuentas, con todo eso? Está claro que los argumentos pseudocientíficos de Atarov (como sus equivalentes en Occidente) sirven únicamente para esconder una ideología, una «moral» sexual que, desde el punto de vista de una justificación racional, es del todo arbitraria.

Pero esa ideología, arbitraria desde el punto de vista científico, tiene unas funciones, un significado y una raíz social muy concretos. Idéntica a la moral represiva que predomina (o mejor dicho, ha predominado) en Occidente [5], apunta, como ésta, a prohibir a los individuos el ejercicio autónomo (es decir, consciente y dirigido por uno mismo) de una de sus actividades más esenciales. Quiere privarlos de libertad y de responsabilidad en un ámbito fundamental, y

5. Se sabe que está hundiéndose en los países industriales modernos, sin que la sociedad establecida pueda reemplazarlo por otra. Esto plantea problemas esenciales de nuevo tipo, de los que esperamos tener ocasión de hablar otra vez.

obligarlos a adaptarse a normas impuestas desde el exterior y a la presión de la «opinión pública», y no a criterios forjados por cada uno a partir de sus necesidades y de su experiencia. De modo que es una moral de opresión y de alienación. Está destinada a fabricar en masa a individuos llenos de conflictos internos y con una estructura de carácter complementaria, antropológicamente, de la estructura jerárquica de la sociedad: aceptación de normas irracionales con tal de que estén santificadas por el orden establecido, infantilización ante las personas que encarnan, a la escala de la sociedad, la imagen paterna, papel dominante desempeñado por compensación por casi todos los hombres en su familia y por algunos en su pequeño medio de trabajo. Volveremos, en un próximo artículo, sobre ese problema fundamental que va mucho más allá de las ideas del doctor Atarov o incluso de la cuestión sexual en la URSS.

Diremos únicamente, para acabar, que la URSS presenta el mismo aspecto de sociedad de opresión y de alienación, ya sea analizando su régimen de trabajo en las fábricas, ya su estructura política o su moral sexual oficial.

Acracia

1. ¿Qué es la propiedad?
   Pierre-Joseph Proudhon. Prólogo de Mirko Roberti. Traducción de Rafael García Ormaechea (1903).

2. Historia del movimiento macknovista
   Pedro Archinof. Prólogo de Volin. Traducción de Diego Abad de Santillán.

3. El movimiento anarquista en China
   Robert A. Scalapino y George T. Yu.

4. «Mujeres Libres» España 1936-1939
   Edición de Mary Nash.

5. Malatesta, vida e ideas
   Vernon Richards.

6. Consultorio Psíquico-sexual
   Félix Martí Ibáñez.

7. Los trajes nuevos del presidente Mao. Crónica de la «Revolución Cultural»
   Simon Leys.

8. La sociedad burocrática. Vol I: Las relaciones de producción en Rusia
   Cornelius Castoriadis.

9. La anarquía según Bakunin.
   Edición a cargo de Sam Dolgoff con apuntes biográficos de James Guillaume.

En preparación

Cronstadt
Edición a cargo de Enrique Escobar.

El terror bajo Lenin
Jacques Baynac.

Discurso sobre la servidumbre voluntaria
La Boétie. Prólogo de Claude Lefort.

Diez años en el país de la mentira desconcertante
Anton Ciliga.

Despotismo en el taller, caos en la sociedad: éste era, según Marx, el capitalismo. Hoy, **Cornelius Castoriadis** puede definir, parafraseando a Marx, el nuevo fenómeno que éste no pudo prever: despotismo y caos en el taller y en la sociedad, éste es el «capitalismo burocrático» imperante en los regímenes del Este, ese otro sistema que se reparte con el primero la explotación en el mundo actual.

Los textos aquí reunidos (1949-1960) están dedicados al análisis del por qué y cómo, tras el XX Congreso del PCUS y la «destalinización», se asientan definitivamente, en los países llamados socialistas del Este, la burocracia y su aparato represivo. Al igual que el tomo anterior (Vol. 8 de esta colección), *La sociedad burocrática 1. Las relaciones de producción en Rusia*, estos escritos provienen de la revista «Socialismo o Barbarie» (1949-1966).

De los análisis de **Castoriadis** y los demás colaboradores de la revista, como Lefort y Mothé, se desprende: 1. que la «planificación» burocrática de la economía reemplaza el caos del mercado por irracionalidades e inmensos despilfarros revelados ya por el XX Congreso y los acontecimientos de 1956 que son en realidad el resultado necesario de la dominación de una capa separada de los productores y en conflicto frontal con ellos; 2. que, por lo tanto, los trabajadores insurrectos se ven llevados a luchar por la gestión colectiva de la producción y el poder de sus propios Consejos (Hungría 1956); 3. que la crisis yugoslava (1949-50) señalaba ya que las luchas entre burocracias nacionales no son sólo accidentales —lo cual ha sido confirmado más tarde por el conflicto ruso-chino; y 4. que no hay ilusión más catastrófica que la de creer que un partido comunista del Este, por muy «reformado que sea» pueda hacer otra cosa que volver a conducir la sociedad hacia el poder totalitario de la burocracia (Polonia 1956-57).

La obra de **Cornelius Castoriadis,** que iremos publicando regularmente en **Acracia,** provoca sin duda en nuestros disciplinados esquemas mentales una formidable explosión de pensamiento libre. Esto es sin duda lo que lo convierte en uno de los pensadores más sugerentes y proféticos de nuestro siglo.

Foto de la cubierta: En la noche del 23 de octubre de 1956, la estatua de Stalin es derrumbada por el pueblo insurrecto en la capital de Hungría, Budapest. (Foto Paris-Match.)